

M E M O R I A S

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

DISCURSOS ACADÉMICOS

XC ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA

V CONGRESO DE ACADEMIAS. PARTICIPACIÓN DE LA MEXICANA

TOMO XX

MÉXICO, 1973

Derechos Reservados ©
por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.
Primera Edición: Noviembre de 1973. 1 000 ejemplares.

TOMO XX

México, 1973

PRÓLOGO

Por don JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

El presente tomo, XX de las *Memorias* de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, abarca los discursos académicos pronunciados en actos diversos que la corporación celebró durante los años 1965, 1966, 1967 y 1968.

Dieron lectura a sus discursos de ingreso como Académicos de Número los señores don Justino Fernández y don Efrén Núñez Mata, y como Correspondiente, con residencia en Jalapa, Ver., el señor don Aureliano Hernández Palacios.

En septiembre de 1965, la Academia celebró el XC aniversario de su fundación, y en ese acto varios de los señores académicos presentaron trabajos que se publican en este volumen.

Del 24 de julio al 1º de agosto de 1968 se celebró en Quito, Ecuador, el V Congreso de Academias de la Lengua Española. Asistieron, en representación de la Mexicana, el Director, don Francisco Monterde, y el académico don Alfonso Junco, y se presentaron las ponencias de los mencionados señores Junco y Monterde y de los señores académicos Dávila Garibi, Huacuja y León-Portilla, que aparecen en este mismo volumen.

Se rindió homenaje a la memoria de los señores académicos don Federico Gamboa, don Luis González Obregón, don Andrés Bello, don Manuel González Montesinos, don Balbino Dávalos, don Alejandro Quijano, don Enrique Fernández Granados, don Victoriano Salado Álvarez, don Celestino Gorostiza, don José María González de Mendoza, don Ángel María Garibay K., don Joaquín Arcadio Pagaza, don Ezequiel A. Chávez y don Manuel Romero de Terreros. Se conmemoró el cincuentenario del fallecimiento de Rubén Darío; se dedicó una sesión a Jorge Manrique y se conmemoró, asimismo, el centenario del nacimiento del propio Rubén Darío.

La corporación tuvo la pena de perder, en el lapso a que este volumen se refiere, a sus Individuos de Número los señores don Manuel González Montesinos, don Celestino Gorostiza, don José María González de Mendoza, don Ángel María Garibay y don Manuel Romero de Terreros. A nombre de la Academia

hablaron en el panteón, respectivamente, los señores académicos don Salvador Azuela, don Salvador Novo, don Jaime Torres Bodet, don Salvador Novo y don Francisco Monterde.

Durante los citados años 1965, 1966, 1967 y 1968 se recibieron e incorporaron a la biblioteca de la corporación varios libros, cuyo obsequio se agradeció debidamente a los donantes.

PRÓLOGO

Por don José Ignacio Dávila Carrón

El presente libro, XX de la memoria de la Academia Mexicana de Letras, de la Española, aporta los discursos pronunciados en actos diversos que la corporación celebró durante los años 1965, 1966, 1967 y 1968.

Dentro de sus discursos de recepción como Académico de Número los señores don Justino Fernández y don Esteban Núñez Méndez, y como Correspondiente, con residencia en Jalapa, Veracruz, el señor don Aureliano Hernández Palacios.

En agosto de 1965, la Academia celebró el XC aniversario de su fundación y en ese acto varios de los señores académicos presentaron trabajos que se publican en este volumen.

Del 24 de julio al 1.º de agosto de 1966 se celebró en Guadalajara el V Congreso de Academias de la Lengua Española. Asistieron, en representación de la Mexicana, el Director, don Francisco Monterde, y el académico don Alfonso Juárez y se presentaron las ponencias de los señores señores Juárez y Monterde y de los señores académicos Dávila Carrón, Huentay y León-Portilla, que aparecen en este mismo volumen.

Se realizó homenaje a la memoria de los señores académicos don Feliciano Gamboa, don Luis González Obregón, don Andrés Bello, don Manuel González Montemayor, don Beltrán Dávila, don Alejandro Quijano, don Enrique Fernández Gamboa, don Victoriano Saldaña Álvarez, don Celso Góngora, don José María González de Mendoza, don Ángel María García R., don Joaquín Aranda Páez, don Ezequiel A. Chávez y don Manuel Romero de Terreros. Se conmemoró el cincuentenario del fallecimiento de Rubén Darío, se celebró una sesión a Jorge Manrique y se conmemoró, asimismo, el centenario del nacimiento del propio Rubén Darío.

La corporación tuvo la pena de perder, en el lapso a que este volumen se refiere, a sus académicos de Número los señores don Manuel González Montemayor, don Celso Góngora, don José María González de Mendoza, don Ángel María García y don Manuel Romero de Terreros. A nombre de la Academia

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

EL LENGUAJE DE LA CRÍTICA DE ARTE *

Por don JUSTINO FERNÁNDEZ

Señor Director de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Me presento ante ustedes con el gusto que me causa que un grupo de amigos me haya considerado digno de formar parte de esta institución, a la cual han pertenecido y pertenecen tantos distinguidos hombres de letras. Quiero forjarme la ilusión de que encontraron en mí algún valor, por pequeño que sea, y no me han escogido y aceptado sólo por bondad amistosa; sin embargo, una voz interior me dice que esto último es lo verdadero. En todo caso les agradezco profundamente el honor que me han dispensado, y soy consciente de las obligaciones que trae aparejadas.

Pero al mostrar mi gratitud, siento la necesidad de hacerlo de manera más personal y específica y referirme al doctor Francisco Monterde, dignísimo director de esta Academia, y al doctor Ángel María Garibay K.; este último en repetidas y públicas ocasiones había sugerido mi nombre para ocupar un sitio entre ustedes; ahora mi deuda con el sabio humanista se amplía y pierde sus límites, ya que me ha honrado aceptando contestar este discurso.

Necesitaría hacer una larga lista de los señores académicos que me han dado su apoyo, pero a lo menos he de expresar mi agradecimiento al doctor Luis Garrido por haberse ocupado con anticipación en la crítica de mis trabajos; valga su nombre como símbolo de todos aquellos de quienes quedo deudor.

Aun tengo que destacar a los tres señores académicos que presentaron formalmente la propuesta para mi posible admisión en esta Academia; ellos son Salvador Novo, Miguel León-Portilla y Rubén Bonifaz Nuño; jamás podré agradecerlo de manera suficiente.

En verdad me siento un poco semejante a aquel personaje de Bernard Shaw,

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 23 de julio de 1965.

el Mr. Doolittle de *Pigmalión*, cuyo discurso, al ser nombrado miembro de una institución altruista, me voy a permitir parafrasear. Diría así:

¿quién os pidió de mí un académico? Yo era feliz. Era libre... Ahora estoy preocupado... y tendré que aprender un lenguaje escolástico... Es fácil decir que pudiera no haber aceptado, pero no he tenido el valor porque estoy intimidado...

Intimidados estamos todos, de una manera u otra, de quedarnos en la sombra, cosa que nuestra vanidad no quiere permitirnos. Pero la vanidad tiene también un sentido positivo: ella puede movernos a realizar grandes empresas, o a lo menos algunas, así sean modestas. Ningún síntoma es más acusador de vacua vanidad que creerse un genio o un ser desproporcionadamente superior a los demás. Puedo confesar sin asomo de vergüenza que no he pecado de lo uno ni de lo otro, pues a la altura de mi vida cualquiera de tales actitudes equivaldría a pública ostentación de insensatez. Me presento, así pues, tal cual soy, y creo que no podría ser de otra manera. Lo que valga en las lides literarias es bien sabido por muchos de los señores académicos; de varios de ellos que han muerto y de otros aquí presentes he aprendido no poco, ya que por ser ellos buenos amigos me han señalado defectos cuando ha venido al caso.

Y vuelvo a recordar a *Pigmalión*, pero ya no al de Shaw, sino a aquel maestro clásico que es símbolo de la vida, porque ésta, que tiene mucho de azarosa, nos va haciendo lo que somos, y en ocasiones nos encumbra, con asombro de propios y extraños; así lo ha hecho conmigo, al traerme a ocupar un sillón en esta Academia.

Me ha tocado por honrosa suerte el sitio que perteneció a un ilustre mexicano, a un prócer de las letras, a un pensador político y social, a un historiador, a un diplomático e internacionalista, a un educador y gobernante, a un patriota cuyo pensamiento se dilatava con sentido universal; en suma, a un humanista cabal; me refiero al doctor Isidro Fabela. Tan sólo mencionar su nombre equivale a evocar nuestro pasado inmediato, la gesta de la Revolución Mexicana y los vaivenes de nuestra historia en lo que va del siglo. Pero no sólo a eso, sino también a evocar la imagen del hombre probo que consagró su vida a la cultura en bien de sus semejantes y en especial del pueblo de su país.

La obra de este patricio no puede abarcarse en unas cuantas líneas, pues es tan variada, tan rica en ideas, en actitudes y sugerencias que desborda todo intento de síntesis. Por otra parte, mis limitaciones no me permiten referirme con conocimiento suficiente a muchos campos que cultivó de modo extraordinario, como el de la jurisprudencia, el de la política internacional y el de la diplomacia. El historiador, el periodista y el literato se acercan más a mi comprensión; en esos terrenos, además del interés intrínseco de los temas y de la veracidad y amplitud de miras del tratamiento que les da, puedo captar la firmeza de sus actitudes, la

nobleza de su espíritu, y las cualidades de la prosa fecunda y vivaz que manejó con tanta soltura. Aún más puedo aproximarme a sus semblanzas biográficas, quizá porque trata de figuras gigantes de la historia, o de otras no menos significativas a quienes conocí en vida y que me distinguieron con su amistad. Al estadista y gobernante rindo mi admiración en homenaje.

No extrañará que por mis preferencias me detenga con mayor interés y deleite en la obra literaria de Isidro Fabela, así como en su evidente pasión por el arte, y que haga especial hincapié en el sentido estético que permea por completo su producción. En estos aspectos definidores de su personalidad, tanto como en aquellos otros a que aludí anteriormente, creo percibir al Fabela más íntimo, más romántico y, por lo tanto, más sentimental, sin que ello quiera decir que no se encuentre en ellos al hombre de pensamiento, que siempre acaba por imponerse mostrando su hondura reflexiva y su capacidad de teorizante. Muy por el contrario; Fabela, por tener alma de artista, sabía combinar los sentimientos con las ideas y ambos con la imaginación.¹

Uno de sus ensayos me da la clave para comprender el estilo de su obra escrita; lo tituló "El lenguaje como obra de arte".² En él se preocupa por las palabras como elementos estéticos con valor intrínseco, con alma, con nervio y con destino. Discurre también sobre la lucha del escritor, que es empresa bella y heroica, y dice que "en la depuración de la forma ponemos nuestra inclinación al arte". Así lo llevó él al cabo, pues no se encontrará uno solo de sus trabajos que carezca de aquel afán depurador que debe reputarse como de creación artística, no importa el tema que trate. Es tal sentido estético el que da fluidez a su prosa, precisión y elegancia a la expresión de sus ideas.

En su ensayo titulado "Madre",³ y en el "Diálogo de la tierra y el cielo",⁴ hace resaltar una teoría sobre el amor maternal; en la "Carta a mi hijo Daniel",⁵ incluye una tesis sobre la vida matrimonial, y cuando recuerda tiernamente su casa solariega, tras los recuerdos autobiográficos surge una teoría del amor a las cosas propias y de la significación de las cosas mismas, que coincide con la famosa teoría de Lipps sobre la proyección sentimental.

Los cuentos regionales que publicó bajo el título de *La tristeza del amo*,⁶ son ejemplos magníficos de cómo se puede dar al amor por la provincia un sentido humanista universal. En ellos se encuentran acaso sus más bellas y sentidas páginas y su mejor prosa dramática, además de un conocimiento de la vida en el campo que, al evocar tiempos y circunstancias desaparecidos, tiene también el valor

¹ He consultado la obra: *Homenaje a Isidro Fabela*. Antología del Pensamiento Universal de Isidro Fabela. Prólogo y Selección de Baldomero Segura García. Universidad Nacional Autónoma de México, 1959 (2 vols.).

² *Op. cit.*, vol. I, pág. 351.

³ *Ib.*, pág. 33.

⁴ *Ib.*, pág. 37.

⁵ *Ib.*, pág. 46.

⁶ *Ib.*, págs. 58, 59, 63, 65, 66, 69, 76 y 82.

de un testimonio auténtico. En esos cuentos, como en otros ensayos, nos da Fabela imágenes en que mezcla lo autobiográfico con reflexiones variadas de alto sentido moral.

Entre los *Cuentos de París*⁷ que conozco, descuella el titulado "El hermoso infeliz",⁸ que se inicia con un diálogo, en Florencia, que versa sobre el *Perseo* de Cellini y el *David* de Miguel Ángel; aquél significa el amor, éste la idea; y se pregunta el autor sin decidir: ¿cuál de ellos es mejor? Por último, la belleza varonil del *Perseo* y del *David* lo lleva a discurrir acerca de la incapacidad que, para suscitar el amor, acompaña generalmente a los hombres hermosos y acaba por hacerlos infelices.

Siempre hay una idea y una meditación en los ensayos de Fabela, ya sea en su *Don Quijote*,⁹ en que habla de la inclinación devota por la estética que existe en el hombre de letras, o bien al hacer la semblanza de Alfonso Reyes,¹⁰ en la cual considera, como en algún otro ensayo, lo que es, o debe ser propiamente, un poeta.

En cuanto al arte mismo y especialmente al de la pintura, por el que tuvo Fabela no sólo predilección, sino pasión y comprensión, escribió a lo menos dos ensayos excelentes, uno sobre Rubens,¹¹ en que muestra una vasta erudición, y otro acerca de Diego Rivera,¹² con visión positiva y entusiasta, que identifica con su fe en México. Algún día conoceremos lo que escribió sobre ese mago del paisaje que fue el Doctor Atl. De la sensibilidad estética de Isidro Fabela y de su amor al arte queda el testimonio vivo en la "Casa del Risco", que guarda la colección de obras que logró reunir con certero gusto, y que donó desinteresadamente a la Nación, así como su rica biblioteca, que da prueba de su interés de educar y de hacer participar a otros en sus tesoros espirituales, con el ideal, siempre en él presente, de contribuir a la mayor elevación de la cultura en México.¹³

He querido evocar aquí la personalidad de Isidro Fabela en su doble aspecto de pensador y de artista, porque esto último le da un brillo especial y un prestigio ante los hombres que, como yo, piensan que el arte es un bello instrumento de revelaciones. Tal equilibrio de su personalidad, aparte de sus elevadas cualidades morales, es lo que la hace excepcional. Quede pues, aquí, mi modesto homenaje al patricio inmaculado que es honra y prez de nuestra cultura. Me gustaría saber lo que don Isidro Fabela opinaría del heredero de su sillón en esta Academia; nunca me será dado, pero sí puedo decir que me enorgullece no sólo pertenecer

⁷ *Ib.*, págs. 87, 96 y 99.

⁸ *Ib.*, pág. 87.

⁹ *Ib.*, pág. 111.

¹⁰ *Ib.*, pág. 119.

¹¹ *Ib.*, pág. 155.

¹² *Ib.*, pág. 161.

¹³ Isidro Fabela tiene también el mérito de haber salvado de su destrucción definitiva las ruinas de la casa en que nació Sor Juana Inés de la Cruz, en Nepantla, Estado de México, y de haberlas convertido en monumento nacional.

a esta noble institución, sino ocupar, así sea inmerecidamente, el sitio de un hombre tan ilustre en las letras, en el pensamiento y en la historia de nuestra patria.

Para esta ocasión me he propuesto tratar un tema que espero interese, a lo menos por la poca frecuencia con que se ha considerado teóricamente. Sólo me es posible ofrecer ahora algunas reflexiones sobre “El lenguaje de la crítica de arte”, sin la pretensión de entrar profundamente en el asunto, ni mucho menos la de exponer todas las implicaciones y aclaraciones filosóficas y filológicas que podrían ser desarrolladas en relación con él.

Desde un punto de vista teórico la crítica de arte, me refiero a la de las artes plásticas y en especial a la de la pintura, presupone obviamente la relación entre el crítico y la obra de arte concreta. El crítico ha de tener ciertas condiciones que le abran la posibilidad de serlo, tales como la sensibilidad, la inteligencia y la imaginación. Se trata, claro está, de que esas condiciones estén, en cuanto fuere posible, alejadas de un “estado natural”, y lo más cargadas de cultivo histórico en todos los aspectos de la cultura pasada y actual.

Ya que la obra de arte es, por su propia naturaleza, una síntesis expresiva de las condiciones del artista, y que éstas son semejantes, en principio, a las del crítico, la cuestión de la crítica radicarán en la coincidencia entre las condiciones de uno y otro, considerados como polos de un mismo eje. Porque, en verdad, la relación del crítico se establece con el artista, por medio de la obra de arte, y no con ésta como *cosa*, como algo que sólo está allí para ser objeto de un goce estético y de una consideración teórica, en los que se agote su interés. Por el contrario, la crítica de arte, en su más alto nivel, es testimonio de relaciones humanas; es la expresión de cómo un hombre, el crítico, siente, comprende e imagina que es otro hombre, el artista, partiendo siempre de la obra u obras específicas.

Al expresarse el artista pone en forma estable, en la obra, aquello que quiere comunicar a otros, usando de una cierta manera y de ciertas técnicas que le permitan alcanzar con la mayor perfección sus propósitos. Es condición primera lograr una síntesis emocionante que, por serlo, ha de ser también bella de algún modo, y en la cual queden involucrados su idea y su ser por entero en indivisible unidad. Así, el artista crea lo que podemos llamar, por analogía, un “lenguaje”, que es de formas únicas, personales, originales.

El crítico, al expresarse por escrito, también pone en forma estable su modo de comprender y estimar la obra, y si su interpretación es justa y penetrante descubre para sí y para otros, con el empleo de un lenguaje adecuado, tanto la manera y la técnica, o sea la forma en que se ha expresado el artista, como la idea expresada por él, sus sentimientos, su imaginación creadora y la belleza alcanzada, del tipo que ésta sea; aún más, ha de esclarecer el lugar que tenga la obra en la historia y su proyección en la cultura.

Pero un verdadero crítico no se limita a descifrar el *cómo* se ha expresado el

artista, ni *lo que* ha expresado; ambos aspectos sólo son los datos primordiales que le permiten proseguir su indagación. Todavía ha de establecer, por métodos histórico-comparativos, la originalidad de la obra, y sus implicaciones circunstanciales y universales. Así habrá descubierto las intenciones y manipulaciones del artista, habrá situado sus valores propios y su proyección en el tiempo. Sólo entonces tendrá pleno conocimiento de la obra, y ello lo pondrá en relación directa con el creador de ésta, al comprender su "lenguaje" y lo expresado por él. Pero no es suficiente.

Sólo cuando se establecen coincidencias profundas entre el espíritu del crítico y el del artista, puede aquél decir que ha comprendido, en verdad, la obra y a su creador. Al descubrir intuitiva e imaginativamente las motivaciones de éste, sus procedimientos, sus resultados y sus significaciones históricas, y al coincidir de alguna manera con ellos, habrá cobrado una experiencia estética y humana que ya no le abandonará, porque habrá pasado a formar parte de su ser, que es enriquecido con ella, como sucede siempre que se establecen relaciones afectivas basadas en la conciencia de la comprensión.

He hablado de la crítica de arte en su forma más plena y elevada, según alcanzo a comprenderla; pero, ciertamente, no es la única manera como ella existe. Más adelante me ocuparé en otras. Por ahora dejemos anotado, se deduce de cuanto he dicho, que el artista crea un modo original de comunicación que, en sentido figurado, podemos llamar "lenguaje", y que el crítico crea también una visión original, que ha de transmitir por medio del lenguaje, empleado el término, en esta ocasión, en su pleno sentido.

Ahora bien, el problema para el crítico es la expresión de lo que comprende del "lenguaje" del artista, de lo que descubre, de lo que siente, de su visión imaginativa de la obra y del creador de ella. La crítica de arte es compleja, por cierto; pero ha de expresarse ordenada y claramente, hasta donde ello es posible. Deberá usar un lenguaje culto que, a mi modo de ver, debe ser a la vez claro y sencillo, pues no está reñido lo uno con lo otro; si bien utilizará un lenguaje técnico, en alguna parte de su expresión, por necesidad de emplear los términos exactamente adecuados; también podrá, llegado el caso, expresarse en un lenguaje forense; pero jamás deberá descender al uso de un lenguaje grosero y vulgar.

El problema está en pie. La parte inicial de la crítica, esto es, la técnica, es la más asequible o dominable, porque debe ser objetiva y existe una tradición en los términos. Sin embargo, con las novedades del arte de los últimos tiempos, es decir, de los días e instantes más recientes, se presentan algunas dificultades, y con frecuencia es necesario aceptar las invenciones lingüísticas de los artistas mismos, y explicarlas para facilitar su correcta comprensión.

La invención de nuevos vocablos por parte del crítico es, por lo general, muy aventurada, y a menudo aquéllos están destinados a caer en el olvido, a menos que se trate, como en ciertos casos históricos, de nomenclaturas que cobran popu-

laridad por su fácil acceso y porque, bien lo sabemos, si al público se le da una palabra a la cual pueda asirse, aunque su connotación sea vaga, la emplea a diestra y siniestra sin conciencia de su significación. Valga el ejemplo del término "cubismo", que designa una manera histórica de expresión artística de nuestro siglo. Se sabe que fue pronunciado por primera vez por Matisse ante unos paisajes, con caseríos muy simplificados, que Picasso había pintado en España por 1909. Después el término fue adoptado por otros artistas y por el más eficaz expositor y defensor del movimiento cubista, Guillaume Apollinaire. Hoy día muchos emplean el término de "cubismo" en su acepción más elemental y sin conciencia de sus implicaciones artísticas e históricas. Sería interesante rogarles que explicaran la teoría a la que responde tal palabra. Y, por cierto, el artículo respectivo del *Diccionario* de la Real Academia es poco satisfactorio. Además de que otros términos contemporáneos, no menos justificados y famosos, no tienen aún lugar en él.

Creo que es más sabio el crítico capaz de explicar los términos consagrados por el uso y la costumbre, que el que tiene la manía de inventar vocablos incapaces, por lo general, de ir más allá de su persona. Y no niego el derecho a la invención, a la creación de palabras que enriquezcan el acervo del lenguaje; pero el buen éxito de tal invención, como todo, es en parte cuestión de suerte; hay términos que se difunden fácilmente y otros que, aunque sean apropiados, no adquieren carta de naturalización.

El mayor problema para el crítico surge, según mi opinión, cuando ha escalado el nivel del análisis formal y de la información necesaria, y pasa al de la interpretación. ¿Cómo traducir en palabras las emociones que ha suscitado en él una obra de arte? ¿Cómo explicar las revelaciones que de ella ha recibido? ¿Cómo hablar de la significación profunda de la obra y de su proyección en la historia? ¿Cómo contar a otros su propia experiencia, para lo cual ha de hacer una suerte de pública confesión? Claro está que todo es posible... cuando el crítico sabe cómo hacerlo. No sólo están a su alcance los medios del lenguaje culto con el cual puede expresarse, sino multitud de recursos y matices que está en posibilidad de usar directa o indirectamente, por medio de metáforas y alegorías que sean comprensibles sin gran dificultad. Pero ¿hasta qué punto el lenguaje puede dar cuenta de su vivencia de la obra de arte y de su íntima relación espiritual e imaginativa con el artista? Ciertamente que tiene en sus manos un arma poderosa, como es la sugerencia, mas ha de emplearla sólo cuando es inevitable, y a riesgo de perder claridad. Aunque bien sabemos que en cuestiones humanas nada es completamente diáfano, y que la existencia, como el arte, participa de la luz y la sombra, el crítico ha de prohibirse la posibilidad de ser deliberadamente enigmático, si en verdad pretende la comunicación con otros, que es lo que justifica su actividad.

Una experiencia mía viene a cuento. Después de estudiar los "Caprichos", de Goya, me encontré con un problema de expresión al que no he podido dar solu-

ción plenamente satisfactoria.¹⁴ Por la naturaleza misma de los grabados, y por sus temas, plasmados magistralmente por el genio español, la expresión de su crítica es problemática. Ni su descripción ni su interpretación pueden pasar en parte, de manera clara y sencilla, a la forma escrita. Si se llamasen las cosas por sus nombres sería inevitable descender a lo escatológico, a lo grosero y vulgar; y no se puede servir carne cruda. Si se atuviera uno a los términos técnicos, prestados de la biología, de la anatomía, o de la psicología freudiana, iba a acabar por escribir un indigesto tratado de sexología, apto para mostrar sólo parte del tema. Con buena pluma se puede escribir de todo, mas podría resultar que el arte literario encubriera al otro. ¿Qué hacer? Me resolví por la sugerencia, que no es satisfactoria sino a medias, y llamé, a la manera de Goya, vino al pan y pan al vino. Casos semejantes se presentan, por ejemplo, en relación con ciertas obras de Picasso. Causaría mayor escándalo escribir de manera llana sobre el asunto, que el que pudieran provocar las obras mismas.

Alguien preguntará: ¿es que el poder expresivo del arte es mayor que el de la palabra escrita? A lo que contestaré que de ningún modo; pero que aquí se trata de poderes distintos. Y no me refiero por ahora al arte literario, sino a la crítica de arte, que no es arte sino en un cierto sentido, porque, hasta lograr la interpretación sintética final, es ante todo discrimen de formas y significaciones. Con el "lenguaje" del arte se puede "hablar" de todo, simbólica y metafóricamente, y, de golpe, comunicar un mensaje íntegro, de manera directa y reveladora. El lenguaje de la crítica es diferente, pues ha de servir para comunicar descubrimientos y revelaciones; pero justificándolos paso a paso, con el debido conocimiento, sutileza y cuidado. De ahí provienen las diferencias entre ambos lenguajes, y de ahí, también, la responsabilidad del crítico, a cuya sabiduría queda la posibilidad de hablar de ciertos aspectos del arte, aun los más escabrosos, sin traspasar límite alguno. La crítica es un juego en el cual hay que jugar libremente, como en el del arte; pero sin pasar las fronteras establecidas por la discreción; el crítico ha de tener —como dijo Baudelaire— "una inteligencia sutil de todo el mecanismo moral de este mundo",¹⁵ si bien habría que agregar: "y de las circunstancias", ya que a fin de cuentas todo es histórico.

Es necesario que me ocupe aquí en dilucidar la posición de la que podemos llamar crítica de arte de expresión literaria. Siempre he admitido, por convencimiento y experiencia, que ese género de crítica puede estar cargado de intuiciones, revelaciones y atisbos justos, finos y aun geniales, que cuentan, además,

¹⁴ Fernández, Justino. "El sueño de la razón produce... monstruos." Universidad Nacional Autónoma de México. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 15. 1947. Véase también: "Goya contemporáneo. 1946-1746". Universidad Nacional Autónoma de México. *Filosofía y Letras*, núm. 23. 1946.

¹⁵ Baudelaire, Charles. *Oeuvres*. Texte établi et annoté par Y. G. Le Dantec. Paris. Bibliothèque de la Pléiade (2 vols. 1938). vol. II, p. 332, en relación a Constantine Guy, "El pintor de la vida moderna" (1859-1860).

con el atractivo de estar expresados en elegantes y bellas formas; así, debe ser tomada muy en cuenta por el crítico propiamente tal. Pero como se trata de una expresión artística, comunica su mensaje directamente, podemos decirlo así, aunque use sugerencias, símbolos, metáforas y alegorías, y no emplee las debidas justificaciones técnicas, históricas, comparativas y filosóficas, que no le son necesarias, pero que constituyen el soporte y las condiciones de posibilidad de la crítica de arte en pleno sentido. Es natural que el literato se exprese en lenguaje literario, es decir, artístico, cuando le interesa el arte y se ocupa en él; no se quiere sugerir con esto que carezca de conocimientos técnicos y de ideas, que podrán ser muy buenos; pero al lenguaje literario le son propias ciertas condiciones, diferentes de aquellas a que tiene que sujetarse el lenguaje de la crítica. Poner una obra de arte al lado de otra, aunque ésta se ocupe en aquélla, es tanto como colocar dos misterios juntos; mientras que la crítica de arte propiamente dicha se ocupa en aclarar, hasta donde ello es posible, los "misterios" del arte y del artista, con ciertos métodos y procedimientos, y con ciertas limitaciones también. Son modos distintos de aproximaciones a los creadores; el modo literario es literatura, es arte directo; el modo de la crítica de arte es indirecto, analítico; pero llega a la síntesis por la interpretación justificada.

La crítica no es arte en el sentido en que lo es la expresión literaria; pero tampoco deja de serlo, pues acaba por crear, con su lenguaje propio, una imagen de la obra y del artista, imagen que en parte está justificada y en parte es también obra de creación. Al fin y al cabo, los humanos nos interpretamos unos a otros, e imaginamos cómo son los demás, porque saberlo a ciencia cierta, sólo a Dios es posible.

Parece conveniente aclarar una aparente contradicción en lo dicho arriba en cuanto a que la obra de arte revela directamente su sentido, y, al mismo tiempo, es considerada como un misterio. Lo que quiero decir con lo primero es que la obra de arte, por ser síntesis emocionante, expresa en un solo tiempo lo que el artista quiere comunicar, y más o menos abiertamente, queda de una vez por todas en las formas expresivas. Ahora bien, lo expresado corresponde en última instancia al misterio que es todo hombre. Así, no se trata en verdad de una contradicción, sino de aspectos de la complejidad propia de todo lo humano, que puede ser claro y misterioso al mismo tiempo.

Otro aspecto de nuestro tema es la relación de la crítica con la historia del arte; puede decirse que no existe la una sin la otra. No sería posible hacer crítica del arte sin conocimientos históricos, de muy variados tipos; en primer lugar porque si suprimiera la comparación con otras obras del pasado y de su tiempo, abandonaría la posibilidad de establecer la originalidad. Pero, además, no podría situar la obra de arte en su tiempo y circunstancias, ni menos aún dar cuenta de su proyección en la cultura de su momento histórico y en otras épocas. En cuanto a la historia del arte, no podría existir si el supuesto historiador careciera de

sentido crítico, pues bien sabemos que hay períodos de mayor o menor importancia artística, así como hay obras y artistas de valores tan relevantes que no podrían tratarse en los mismos términos ni con la misma extensión y pormenor que otros artistas y obras de valor secundario. La historia ha de estar, ciertamente, documentada; pero su interpretación y valoración dependen del sentido, de los conocimientos, de los prejuicios y, en última instancia, de la capacidad imaginativa y creadora del historiador. Sin estas condiciones jamás se podrán producir visiones amplias o sintéticas, de acuerdo, claro está, con lo que sea el historiador, con su actitud, su ideología, sus gustos y preferencias. Una investigación que sería reveladora y que no se ha hecho es la relativa al lenguaje de la crítica de arte en la historia porque ciertamente cambia como todo a través de los tiempos.

A menudo son confundidas la crítica de arte y la historia incluso por críticos e historiadores, con la expresión literaria propiamente tal. Pero una cuestión es que la crítica o la historia estén bien escritas y que usen un lenguaje claro, elevado y quizás aun elegante, y otra es que sean arte con pleno sentido, es decir, "bellas letras". De tal confusión proviene una expresión híbrida, a menudo cargada de cursilería.

Cuando Baudelaire definió la crítica de arte, lo hizo de la siguiente manera.¹⁶ Escribió un primer párrafo en que dijo:

Creo sinceramente que la mejor crítica es aquella que es divertida y poética; no esa otra, fría y algebraica, que, bajo el pretexto de explicarlo todo, no tiene ni odio ni amor... Así, la mejor explicación de un cuadro podrá ser un soneto o una elegía.

Hasta aquí justifica la crítica de arte de expresión artística, mas a renglón seguido, en un segundo párrafo en relación con el anterior, expresa lo siguiente:

Pero este género de crítica está destinado a las compilaciones de poesía y a los lectores de poemas. En cuanto a la crítica propiamente dicha, espero que los filósofos comprendan lo que voy a decir: para ser justa, es decir, para tener razón de ser, la crítica debe ser parcial, apasionada, política; es decir, hecha desde un punto de vista exclusivo, pero... que abra los mayores horizontes.¹⁷

Jamás confundió Baudelaire el lenguaje de la crítica de arte con el arte literario, y por cierto no le faltaban posibilidades creadoras en este género. Por el contrario, toda su crítica es de tipo histórico y filosófico, expresada en claro y directo lenguaje, sin que carezca de sus toques de irónico humor.

¹⁶ Baudelaire. *Op. cit.*, vol. II, pág. 64. "Salón de 1846".

¹⁷ *Ibid.*

En verdad, así como no puede existir la crítica de arte sin conocimientos históricos, tampoco puede hacerlo prescindiendo de nociones filosóficas que le den posición, estructura, y que le "abran los mayores horizontes". Y, una vez más, el lenguaje de la crítica de arte en el aspecto filosófico, ha de ser claro y vital, o sea que, hasta donde es posible, ha de evitar los tecnicismos que obstruyan la más amplia comunicación. Aquí surge la cuestión de a quién está dirigida la crítica, a qué tipo de público, o al público de qué niveles culturales. Es evidente que un lenguaje culto es la vía de comunicación natural entre personas de cierto nivel de cultura, y que lo que diga el crítico de arte será comprendido mayormente por aquellos que sean más aptos; pero si su lenguaje se mantiene en un plano comprensible para los de más abajo y para los de más arriba, alcanzará radio mayor. Claro está que mientras más técnico y erudito sea el lenguaje, el diálogo será más limitado en número de interlocutores, y que no es recomendable llegar a la sencillez pedestre para alcanzar al público más numeroso, porque la crítica pierde entonces mucho de cuanto la hace justa y penetrante. Pero no hay que olvidar que es posible hablar de manera complicada de meras vaciedades y que es posible expresar sentimientos e ideas profundas sin pedantería y con ánimo de encontrar interlocutores. La cuestión de la universalidad requiere consideraciones especiales que no es oportuno tratar ahora.

Otro aspecto del problema es el tono, o los tonos, en que puede expresarse la crítica de arte, por clara que sea, y el problema depende del tipo de expresión artística de que se hable. No será igual el tono en que se escriba sobre José Clemente que aquel en que se escriba sobre Diego, porque el expresionismo dramático y trágico del primero requiere un lenguaje a tono con él, y en cambio el clasicismo del segundo, aunque desarrolle temas dramáticos, impone un lenguaje sereno.

Un último punto hay que considerar: la exclusividad del léxico del crítico de arte o, en otras palabras, la justificación que tenga para usar vocablos o términos tomados quizá de otras disciplinas o de otras artes. En algunos casos ciertamente hay que apropiarse expresiones de la ingeniería, de la medicina, de la psicología, de la musicología o de otras actividades de la cultura, y no hay razón que lo impida, siempre que, al hablar del arte de que se trate, no se encuentren los términos adecuados. Pero en este aspecto no se tiene más garantía de buen éxito que la discreción del crítico, pues también existen las manías, los usos y los abusos. En todo caso, Aristóteles tiene la palabra.

Agregaré, para terminar estas reflexiones sobre algunos aspectos del lenguaje de la crítica de arte, que la emoción y el entusiasmo por la obra de arte no sólo no disminuyen o desaparecen al llevar al cabo el crítico los análisis formales, las comparaciones necesarias y las investigaciones que convengan; antes al contrario, si con esos procedimientos se reafirman los valores intuidos en las primeras contemplaciones, la emoción y el entusiasmo tendrán una base de sustentación. Es

como si en las relaciones humanas se descubrieran virtudes y valores que las estrechan más. Es obvio que, como en la vida, también en la crítica hay errores y decepciones.

La crítica de arte tiene un sentido vital porque, por una parte, nos pone en relación con otros hombres del pasado y del presente, por medio de sus obras; por otra, ayuda a establecer una comunicación espiritual entre el arte, y los artistas y el público; y, en fin, en esas relaciones el crítico se descubre a sí mismo, y al expresarse se entrega a los demás. La crítica de arte, pues, propicia una de las más altas formas de la convivencia humana, que es la estética, por medio del diálogo, y éste requiere un lenguaje suficiente para convencer, para conmover, para estimular la imaginación y para hacer, como escribió José Martí, que la verdad "perdure y centellee en las mentes y en los corazones".¹⁸

Me he permitido hacer en esta ocasión algunas reflexiones sobre el lenguaje de la crítica de arte que provienen, como es evidente, de mi experiencia, o sea de unas tres décadas de ejercicio de la que es para mí la actividad más grata, y la razón, según creo, señores académicos, de encontrarme entre ustedes. Ojalá me sea posible contribuir de algún modo a los fines de esta noble institución, cuyas viejas raíces se extienden y proliferan en nuestro mundo mexicano.

¹⁸ Martí, José. *Obras completas*. La Habana, Cuba. Editorial Lex. 1946 (2 vols.), vol. II, pág. 1854.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don ÁNGEL MARÍA GARIBAY K.

Norma de nuestros estatutos académicos y costumbre no olvidada nunca es la de dar la bienvenida y presentar a los benévolo concurrentes la persona del que llega a esta venerable institución, ya casi centenaria entre nosotros. Pero hay casos en que la bienvenida sobra, porque todos pensamos que se ha retrasado varios años, y la presentación del nuevo académico es inútil, cuando todo el mundo lo conoce y lo aplaude. Y si ello no fuere seguro, el discurso que acabamos de oír nos hace ver cuán acertados fueron los señores académicos que presentaron su candidatura y todos los que con su voto la hicieron efectiva. El doctor Justino Fernández tiene todos los títulos que se requieren para ingresar a esta Academia. Y si no se conocen es por la ligereza o miopía que suele dominar entre los apresurados. Para cumplir con mi oficio esta noche y para dar gozo a mi propia alma daré breves notas sobre el doctor Fernández y su obra.

Paradigma y modelo lo llamé alguna vez ya no sé en dónde. Y eso es. Dotado de maravillosos dones, puede hacer una síntesis de los más variados elementos, descubriendo el hilo sutil que los encadena. Lo acabamos de oír en el elogio que hizo de su predecesor en la silla, el inolvidable Isidro Fabela, hombre multiforme, que, perdido en los vericuetos de la diplomacia y sumergido en los hondos problemas del pensamiento y el obrar jurídico, aún tuvo tiempo para cultivar con dulce ternura las letras. No solamente fue eso, sino que ha fecundado una tradición que florece en muchos, entre ellos un colega también nuestro, el doctor Gómez Robledo, que a la honda especulación sobre los temas de la historia del derecho y la ocupación diplomática, halla tiempo y modo de prodigar a México sus excelentes estudios humanísticos, en campo tan dejado de lado como es el helénico principalmente. El elogio de Fabela es una página de antología tal como lo elaboró Justino.

Fuera de lugar sería tratar de todas sus obras en cerca de treinta años de labor infatigable. Quede a los bibliógrafos darnos en forma completa la lista de artículos y libros que en este tiempo de su dedicación a la crítica del arte en México, y aun fuera de él, han sido muestra de su ingenio y laboriosidad. Me limitaré a hacer

dos observaciones. Una sobre el valor de sus obras fundamentales, otra sobre lo que acaba de decirnos en su brillante disertación.

I

Escogió el doctor Fernández como asunto de su labor, al mismo tiempo universal y mexicana, la crítica del arte en México. Aunque no tengo autoridad para ello, afirmo que esa crítica es mucho más difícil que la científica o la literaria. Tiene que abarcar campos sumamente separados unos de otros. Tiene que partir de principios establecidos, no por la autoridad de los maestros anteriores, sino por una filosofía de la realidad, a veces volátil, a veces abstrusa.

El campo de la crítica del arte en México estaba, si no desolado, sí muy en principios de cultivo. Habíamos tenido precursores como Couto, como Revilla, como el inolvidable Toussaint, todos ellos colegas nuestros, para mencionar a los más notables. Pero había que formar un cuerpo de contemplación y de examen tocante a lo que nuestro México integral ha producido en el arte hace milenios. Unos se detenían ante la belleza de la producción del tiempo virreinal, y con justa razón. Es una época que no acaba de verse a la luz de los valores universales en conjugación con los eternos y humanos. A la etapa que precedió a la venida de los españoles pocos o nadie dedicaban esfuerzos. Era necesario que algunos extranjeros trataran de ver lo que vale la belleza artística de la vida anterior a la conquista. Y entre los mexicanos apenas cabe mencionar al gran Salvador Toscano, a quien una muerte prematura y doliente arrebató a la ciencia mexicana.

Uno de los libros más importantes de Fernández fue el *Prometeo*. En él pretende ensayar, pero de hecho nos hace una obra magistral sobre el arte de la pintura y sus vicisitudes de nuestros tiempos. Abarca allí a los más excelentes pintores de nuestra época. Comienza con Gauguin y acaba con Orozco, con ese sentido universalista que va ya siendo norma en los estudios elaborados en nuestra patria. Ya terminando el libro da una bella síntesis que exhibe y afirma la norma interior que va gobernando la mente y el corazón del crítico. Como me parece en sí misma muy verdadera y en su relación con el doctor Fernández muy determinativa de sus ideales y de sus labores, voy a darla íntegra:

Tengo para mí que no es posible siquiera la existencia de un gran arte, si éste no tiene un horizonte metafísico, trashumano, religioso. En una palabra, que no hay verdadero arte sin contar con Dios. ...La expresión humana, para que sea arte, ha de ser revelación en formas armoniosas, bellas por su equilibrio, emocionantes por su lirismo, de la realidad humana total que inevitablemente habrá de incluir el sentido metafísico, trashumano, religioso de esa realidad: sin ellos la pintura no es sino pasatiempo y no lo que debe ser: un bello instrumento de revelaciones. (*Prometeo*, pág. 219.)

Podrán disentir algunos de los términos que usa el autor. No habrá hombre sensato que niegue que para hallar belleza en el arte se requiere una luz que se refleja de lo trascendente.

Esta norma rige en sus restantes obras. Por eso, cuando se dedica a hacer una visión de conjunto de todo el arte mexicano inicia su magnífica trilogía con la *Coatlicue*. Esa mole tremenda y misteriosa que la piedra cristaliza al esfuerzo del indio azteca y en la que están comprendidos los misterios de aquella misteriosa metafísica que apenas a tanteos vamos alcanzando a percibir. Es uno de los monumentos de necesaria meditación, porque en él se concentra toda la sabiduría de varios milenios, que la piedra escultora de los artistas mexicanos dejó para siempre en la piedra bruta de las canteras bien esculpidas. Un verdadero código en piedra que ansía ser totalmente comprendido e interpretado.

Sigue el doctor Fernández interpretando monumentos prehispánicos de la gran riqueza que nos queda de ellos. Ve las profundas insinuaciones de la *Coyolxauhqui*, o se acerca a la misteriosa sonrisa de *Xochipilli*. Pero la fundamental exégesis quedó hecha. En esta primera etapa ha definido y dado a ver el complejo misterioso y no totalmente profundizado de la sabiduría y de la intuición, más que teoría, en el orden estético que tuvieron los antiguos mexicanos.

La segunda tentativa, gloriosamente superada, fue la de resumir el ideal del Virreinato. Esta etapa, que llamaron los resentidos o los apresurados tres siglos de oscuridad, nos deja maravillas en el arte, como en la literatura. Lo que nos ha pasado es que, influidos por las lecturas de los fáciles escritores, nos declaramos en contra de una cultura que fue maravillosa. Pudo extenderse al norte, pudo desbordarse hasta la remota región de Oriente en la conquista y edificación de las Filipinas. Y dentro, creó la literatura que por investigar totalmente se halla. En ella tenemos tesoros que no se aprecian porque no se conocen.

El doctor Fernández escoge para tipo del arte de esa etapa la monumental creación del Altar de los Reyes de nuestra Catedral.

En esta maravillosa combinación de colores, símbolos y sugerencias halla él la clave de lo que fue la Nueva España. Una y multiforme, dócil y bronca, original y absorbente. Recibe lo que le viene de la metrópoli, pero le pone su propio sello. El Altar de los Reyes, tal como lo ve Fernández, es la expresión de lo que fue y pretendió ser en aquellos siglos el dominio español en América. Bueno o malo su ideal, como tendrá que juzgar la historia, fue el que se plasmó en monumentos como éste, que es solamente una muestra de los múltiples que hallamos en nuestra patria. Mérito del nuevo académico es el de habernos hecho volver a aquel penumbroso altar ante el cual nos espantamos de niños, meditamos de jóvenes y no acabamos de salir del conjuro los viejos. La suma belleza en la suma sencillez. La dorada luz que orla a los personajes y la sombra en que se sumergen. ¿No es ésa una de las fases de nuestra vida y alma? Callados y recatados; impe-

tuosos y dolientes, estáticos y dinámicos: un pueblo que ha sufrido mucho, porque ha amado mucho.

Dedica el tercer volumen de su Trilogía Justino a la grandeza de los tiempos nuestros. Es *El Hombre*. Pero el hombre en llamas, como somos los mexicanos del siglo veinte. Y tiene el tino de escoger al maravilloso pintor Orozco, de quien antes había también dado una preciosa antología. Éste no totalmente comprendido artista, uno de los más grandes de nuestra época, si no el mayor, tiene el don de captar y expresar lo que somos, pero más lo que podemos ser. Un día me dijo Diego Rivera: "Todos buscamos, pero Orozco halla." Modestia del gran pintor también eximio; pero con un gran fondo de verdad. Hallar lo que es mexicano, hallar lo que es y lo que quiere seguir siendo México, creo que debe ser el anhelo de todo artista de la vida nuestra: lo mismo el de la arquitectura, que el de la escultura, el arte de la pintura, la música o la poesía.

Con la poesía tenía que culminar Justino. No que él se dedicara a hacer poemas, sino que nos lleva a la honda riqueza de aquel que pudo juntar en sí la compleja conjugación de todas las artes. Miguel Ángel, el insuperado, fue arquitecto, escultor, pintor y poeta. ¿Puede llegar el hombre a más? Y fue además un hombre en plenitud, con sus elevaciones y sus miserias, con sus maravillas y sus locuras. Todo genio —han dicho— es un loco en germen. Loco maravilloso, si lo fue el gran artista, es el tema del último libro fundamental de Justino.

En el bello volumen nos da, además de la ilustración gráfica, tan difícil de tener junta, la interpretación de la vida y de la obra de Miguel Ángel. Lo valioso es, primero, la interpretación de artista.

Su intento lo resume en las líneas finales de su introducción. Lo voy a insertar íntegro:

A Miguel Ángel se le podrá odiar, como a todo genio, en una época o en otra, por unos o por otros, y hasta se le podrá olvidar por un tiempo, pero no para siempre; porque como su David con la honda, él está en la historia con el arco, listo al disparo. En una época como la nuestra de ciencia prodigiosa, de corrientes sociales unificadoras, de teorías económicas dominantes y de materialismo en general, salvar el espíritu es una actitud digna, a mi juicio, y nada mejor para ello que vivir imaginativamente, como todo, entre los grandes espíritus creadores. Mi modesta aproximación a Miguel Ángel significa como imagino que debe haber sido. Y nada más. (*Miguel Ángel*, pág. 14.)

Cité esta página porque me parece ver en ella repetidos y sintetizados los mismos ideales de sus principios. Buscar la superación del hombre sobre la cotidiana miseria es el ideal del artista. No puede ser otro el del crítico del arte, que va a la zaga del que crea, para interpretarlo a nosotros los míseros profanos.

Hizo más en este volumen. Nos dio toda la poesía de Miguel Ángel desde

1503 a 1560. Doloroso es que no haya incluido el texto italiano original. Era preciso, tanto más que no es tan fácilmente asequible. Pero hay hechos que se explican, ya que la inserción hubiera abultado el volumen con demasía. Con todo ello, la edición es magnífica y la traducción acaso un poco fría y amortecida, da al fin el sentido de lo que el atormentado artista en todos los ámbitos, dio al mundo en bellos poemas.

No he hecho sino un apresurado resumen de la obra de crítico del doctor Fernández. Queda fuera de examen la abundante cantidad de trabajos menores que se hallan incluidos en la Revista de su Instituto, que él dirige, y en otras publicaciones.

Auguro al doctor Fernández una vida larga y fecunda, tal como la necesitan el arte y la crítica de él en México. Una vida así es riqueza nacional.

Tal es en suma la obra literaria del nuevo académico. Tocaré el punto que él se propuso exponer, en breves reflexiones.

II

Trató el doctor Fernández en la segunda parte de su discurso sobre el lenguaje de la crítica del arte. Tema que tratado con su extensión da para largo libro. Me tomaré, para concluir, la licencia de hacer dos o tres observaciones.

Justino se refiere principalmente a la interna armonía que debe reinar entre la concepción y la expresión. Realmente cada ciencia y cada disciplina humana tienen su propio lenguaje. No es posible que el médico use el mismo que usa el filósofo. Pero el médico, como el jurisconsulto, tiene que tomar una norma de expresión que llegue a ser de comprensiva facilidad para los laicos en estas materias. De otra manera se incurre en el grave problema de la incomprensión general o en el más temible, por ridículo, de la cursilería.

El doctor Fernández se atiene a la intimidad. Yo quisiera decir algo de la expresión ya divulgativa para que todos comprendan, cuanto les sea posible, la elaborada crítica del estudioso.

Y toco ahora uno de los puntos más discutidos. ¿Cuál es la misión de las Academias de la Lengua?

Dos escollos opuestos hay, ambos fatales. Piensan unos que la misión de las Academias es hacer un museo de la lengua. Recoger y guardar fósiles, como si se tratara de algo muerto. Y encastillarse en un torreón que tiene más de las siete moradas de Santa Teresa. Nada mudar, nada alterar. Y la vida se ríe de ellos. Porque veinte naciones, al menos, que hablamos la lengua española formamos un organismo vivo y pleno de energía. Cada día tiene que nacer una nueva serie de palabras, como nacen nuevas células en el organismo de todo viviente. Tiene que abrirse a la novedad. Y eso lo ha comprendido la central de Madrid, cuando en la nueva edición del *Diccionario* ha dado cabida a tantas palabras, a las que

torcían el gesto los puristas de antaño. Debemos al llorado don Julio Casares, su secretario perpetuo, un anticipo de las muchas novedades que ha de traer el *Diccionario*, novedades que para muchos son tan viejas como la conquista.

Otra falsa concepción es la de pensar que toca a las Academias crear nuevas palabras. No es un troquel que acuñe monedas nuevas. Es un cuerpo de dirección y de examen que cumple con la norma que lleva en su lema: Limpiar, fijar, dar esplendor. El que crea las palabras nuevas es el pueblo. Y entiendo por pueblo desde el mediocre menestral que para sus oficios las requiere, hasta el enaltecido sabio que se pierde en las esferas de la química, de la física o de la astronáutica.

Correr al par del tiempo, pero con la dignidad debida es el fin de la Academia. Y como curioso hecho quiero recordar lo que se decía en 1713, al fundarse la Academia Española. Doy solamente una muestra:

Desterrar las voces nuevas, inventadas sin prudente elección, y restituir las antiguas, con su propiedad, hermosura y sonido mejor que las subrogadas. Como por inspeccionar, averiguar y por pontificar, presidir en la iglesia, calificando de barbarismos dichas voces nuevas. (*Diccionario de autoridades*, I, pág. XVII.)

Barbarismos parecían a la Academia de 1713 inspeccionar y pontificar. ¿Quién no los usa hoy día? Y el *Diccionario* oficial las tiene bien colocadas en su sitio en nuestros tiempos. Lo que ayer fue de expulsar se vuelve en tiempos nuevos de uso normal y corriente.

Tocará a la Academia en sus estudios del léxico artístico y de crítica del arte examinar y aquilatar.

Precisamente por eso forman parte de ella personas que han cultivado diversas disciplinas. Ellas darán la luz para la comprensión y la ayuda para la inserción de nuevas voces en el tesoro, sumamente incompleto, por otra parte, de nuestra lengua tan bella como mal tratada.

Por eso me doy el gusto de felicitar al nuevo académico, que viene a prodigarnos sus luces en su propio campo, cultivado por tan largos años. Doy mis parabienes a la venerable Institución que al fin, tarde, verdad es, acoge en su gremio a este meritísimo autor, que augura una laboriosidad sin medida. El nombre mismo que lleva, el de su padre famoso en nuestra historia, nos hace pensar en que será tan duradera su obra como fue la de él.

Y también felicito a México que ve renovarse en su Academia las antiguas glorias. Próxima a cumplir sus noventa años, da muestras de juventud y brioso renacimiento.

Y me felicito a mí mismo, por haber tenido al fin el placer de ver académico a don Justino Fernández, amigo de casi treinta años, a quien conocí en los páramos en que yo habitaba, para verlo elevarse a la grandeza de la gloria.

LOS SENTIDOS EN LA ESTÉTICA DE LA LITERATURA*

Por don EFRÉN NÚÑEZ MATA

Debo comenzar estas palabras con mi profundo agradecimiento a mis amigos los señores académicos profesor don Daniel Huacuja, doctor don Francisco Fernández del Castillo y licenciado don Salvador Azuela, quienes, con gran benevolencia, valoraron mi nombre y me propusieron para ser uno de los miembros de número de esta Academia, y del mismo modo me expreso de los demás académicos que me otorgaron, con su voto, una muy honrosa distinción en que queda adeudada mi gratitud.

Ocupo la vacante que dejó el doctor Manuel González Montesinos, cuya vida, consagrada al estudio, es ejemplo vivo y permanente de lo que puede una clara inteligencia.

Me bastó leer su discurso de recepción¹ en esta Academia, para admirarlo en un sitio en que impera el decoro, y la ciencia filológica y lingüística se hermanan en el solio del verdadero sabio. Lo es en el más noble sentido del término y porque en todo tiempo creyó que defender la pureza del español, tenía el compromiso de defender la historia y el suelo que nos pertenece.

Su preparación académica en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Sorbona de París, le dio el suficiente conocimiento, que agrandó y depuró con nuevas experiencias. Se hizo erudito y fue un poligloto que aprovechó las otras lenguas para señalar los puntos precisos de la propia. Por eso mismo pudo, en su pieza de recepción, no estar muy acorde con los límites que señala Robles Dégano para la plenitud del desenvolvimiento del español.

La fecha estricta fijada por el gramático Robles Dégano, de 1600 a 1660, como el período de madurez, de perfección y excelencia del idioma, la acepta el señor González Montesinos; pero opina, y creo que con gran acierto, que como el erudito español se apoya, ante todas las cosas, en la ortología de nuestra lengua, parecen demasiado rigurosas aquellas fechas, si se toman en cuenta otras cualidades valederas, y deberían incluirse en el período clásico a los autores comprendidos "desde el último tercio del siglo XVI hasta fines del XVII". Y tenía para ello sobrada

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 9 de diciembre de 1966.

¹ *El uso y el abuso del idioma.*

razón, pues quien se adentre en este problema, justificará la atinada observación del maestro mexicano.

Cuando menciono a mi antecesor en la silla que ocupó, me viene a la memoria el nombre de don Manuel G. Revilla —que fue miembro de esta Academia—, defensor de la integridad del español y autor del libro *En pro del casticismo* que, en su cátedra, empleaba cierto humorismo, y en lo que concierne a su afán de evitar los galicismos, al escritor español Adolfo Castro y Rossi, igualmente académico de la Real Española que, en 1899, editó su valiosísimo estudio con la denominación de *Libro de los galicismos*.

Toda la obra de don Manuel González Montesinos se encuentra dispersa en los periódicos de su tiempo y creo que manos generosas debían reunir ese material en bien de nuestra cultura.

Dejó inédita una obra que trata de la *Estética de Edgar Allan Poe y los críticos "neohumanistas" norteamericanos*, escrita en inglés, en la que, según el señor Académico don Miguel León-Portilla, testimonia su noble cultura, y yo creo —por otros datos que conozco— que hay razón para considerarla de gran valor, pues conocía la literatura de los Estados Unidos así como la de Francia y España y otros pueblos.

Es indudable que amó profundamente a Francia, ya que este país le dio parte de su cultura, tanto que se enlistó en la Legión Extranjera en la Primera Guerra Mundial y recibió, entre otras, las condecoraciones de la Cruz de Guerra y de la Legión de Honor. Creo pertinente aclarar que el amor del caballero mexicano a Francia se vigorizó en él por ser esta nación cuna de libertades y de la gran cultura que derramó por todos los pueblos.

A este respetable maestro universitario sustituyo con mis modestas prendas personales. A mí me sucede, aunque en distinto camino, lo que a Sancho cuando iba a gobernar la ínsula Barataria y a quien le dice Don Quijote: "Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron." Y cito estas palabras cervantinas, porque más que a mis pocos méritos para ocupar una silla de la Academia, lo debo al consenso generoso de esta docta corporación.

Antes de don Manuel González Montesinos la ocuparon don Joaquín D. Casasús, traductor de latinos y de quien dijo el poeta español Manuel Machado: "Tu musa es la divina Musa clara / que jugó con la lira de Tirteo." También en este sitio estuvo don Enrique Martínez Sobral, autor de una obra titulada *Económica*, notable maestro de la cátedra de economía política. Igualmente la tuvo don Alfonso Cravioto, delicado poeta y filólogo. Algún orgullo ha de tener mi modestia: es que me precedieron algunos maestros en este ejercicio, y maestro sigo siendo y moriré con este título muy honroso en la vida nacional de mi patria.

Hemos empleado esta denominación en el presente ensayo ("Los sentidos en la estética de la literatura"), porque son los sentidos los que sirven para la percepción de lo estético y no por olvidar que los mismos descubren otros caminos y lo monstruoso y lo inelegante. Queremos, no obstante, valernos de esta designación a los sentidos que muestran, fuera y dentro de nuestro mundo interior, lo que es la belleza desde los grados menores hasta los superiores en la literatura; también con excelencia suma que linda, a veces, en lo maravilloso del arte. No olvidamos que es el cerebro el que dirige y ordena en la creación de cualquiera obra humana.

Sólo nos referiremos, en muy cortas dimensiones, a la literatura de habla española más por deber de que nos pertenece que por exclusión de las otras lenguas.

Algunas formas artísticas se prestan poco para utilizar ciertos sentidos, mas cobran soberanía con los otros que prestan hermosura a la obra.

La realidad explica razones así como la imaginación, e instituye escuelas que imprimen su gusto a una época. No está la verdad en la percepción hecha por esas cinco ventanas del conocimiento, cuanto en la perfecta creación literaria. También en el equilibrio de toda expresión serena a lo que se produce, por más que resplandezca la pasión que es dinamia permanente.

No pretendo mostrar ejemplos definitivos, ni siquiera los mejores que yo pueda conocer; lo que quiero mostrar es que los sentidos ayudaron lo mismo a un Miguel Ángel para crear sus obras maestras en diversas ramas del arte, que aquí en México a un Hermenegildo Bustos y a José M^a Velasco en la pintura. Me limitaré sólo a las letras.

Lo que precisa recordar es que en la literatura cuando decimos *pintar* u *oír* sugiere que *vemos* u *oímos*, y esa es la verdad donde hay un sentido, o dos, o más.

El *gusto* es el sentido que entra en la salsa de la vida. La sapidez suprema está en la boca que inunda el ser interior; el mundo encuentra en el *gusto* una especie de *crisóstomo* —boca de oro— para sentir lo exquisito de las cosas y entrar en el país de la gustación universal. El hombre inventó la salsa y se valió de las especias y condimentos para poner un sello de placer delicioso en lo que comemos.

Aun en una conciliación o reconciliación, el gusto ha precedido o seguido al término de los sinsabores. Lo que falta, a veces, es sazonar las relaciones universales. La vida no debe ser insípida. No hay poeta que no proclame que lo insípido es alejamiento, y uno de México diría que más vale un mole picante a la mexicana, aunque digamos que "sabe que rabia", que el desabrimiento en una mesa.

Por supuesto que no vamos a recordar los banquetes pantagruélicos que se dieron en Roma y en otros lugares de la tierra, pues hasta chicos de escuela suelen

curiosear en las páginas de la historia y aprenden que un señor llamado Carlos Eugenio Wutemberg hizo correr fuentes de vino para la multitud que concurría a una de tantas orgías, y Horacio refiere que los dos hijos de Arrio comían carne de ruiseñores, por la que pagaban gruesas sumas de dinero, y la lista es demasiado larga. Creo, sin embargo, que vale recordar a Brillat-Savarin porque éste, con otros, ejerció el oficio de la gastronomía con eficiencia de gran señor en que podríamos decir que entra la belleza, lo suntuoso y lo original del arte culinario. En cierto momento magnificó la vida e iluminó la conversación de la mesa.

Conocidísimo es el episodio de las bodas de Camacho que refiere Cervantes en *Don Quijote*. El rico labrador Camacho deseaba casarse con la hermosa Quiteria y a este fin dio un banquete. Lo primero que miraron los ojos de Sancho fue espetado en un asador de un olmo, un entero novillo; y en el fuego donde se debía de asar, un mediano monte de leña. Luego se describen seis ventrudas ollas alrededor de la hoguera, además de otras seis medianas tinajas que en cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros; liebres enteras y gallinas sin plumas estaban colgadas de los árboles, para sepultarlas en las ollas que no tenían número, igual los pájaros y caza de diversos géneros; zaques de más de dos arrobas, llenos de vinos de todo género; rimeros de pan blanquísimo; quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla... Sólo los cocineros, todos limpios, pasaban de cincuenta. Especies de diversas suertes parecían haberlas comprado por arrobas; el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, dice Cervantes, que podía sustentar a un ejército.

Todo aquello despertó el gusto de Sancho, cuya mirada iba de uno a otro sitio.

El relato cervantino es, probablemente, tomado de la realidad y no obra de la imaginación española. Los cronistas (véase el epílogo de la obra de Don Quijote que publicó en Madrid en 1897 el editor Felipe González Rojas) refieren que con motivo del nacimiento de Felipe IV, acaecido en Valladolid en 1605, y con el deseo y necesidad de la paz con Inglaterra, envió España a Londres, para ajustarla, al Condestable de Castilla don Juan Fernández de Velasco, quien fue recibido y obsequiado con pompa y magnificencia. Inglaterra, a su vez, devolvió la visita con don Carlos Howard, conde de Hontinghan, acompañado de seiscientos ingleses. Entre los muchos sucesos agradables y ventajosos con que se ratificó el juramento de paz, estuvieron los abundosos y espléndidos convites que le dieron el Condestable de Castilla y el Duque de Lerma, pues a la riqueza y buen gusto de los aparadores y vajillas, se unió la muchedumbre y variedad de exquisitos manjares y bebidas. Baste decir que sólo en la mesa del Condestable se sirvieron mil doscientos platos de carne y pescado, y eso sin contar con los postres ni otros muchos que quedaron por servir.

Me parece pertinente recordar aquí la cena que se imagina dar a una dama el mentiroso don García en *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón. El

romance, en los labios de don García, es altamente bello, y el suceso tiene lugar a orillas del río Manzanares:

Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el soto formaba de olmos,
y la noche de tinieblas,
se ocultaba una cuadrada,
limpia y olorosa mesa,
a lo italiano curiosa,
a lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
sólo invidiaban las almas
a las aves y a las fieras.

La descripción tiene rasgos soberbios y seguramente que el olfato y el gusto no andaban ociosos.

Dice el dramaturgo mexicano:

Entre tanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.

Aquí estaba el buen gusto español, junto con la abundancia y refinada cocina que es madre del deleite supremo y aun de la belleza.

El doctor Antonio Ros ha publicado recientemente un libro curioso y ameno que tituló *El tabaco, el café y el vino*. No recomienda el uso del tabaco, pero hace el elogio del café, que dice "ha sido en demasiadas ocasiones torpemente calumniado". Dejo la responsabilidad de estas palabras al galeno.

Son interesantes sus citas en la literatura y en la ciencia y apegadas en la comisión de producir grata sensación al tomar la bebida universal, que nada tiene que ver con la angina de pecho o con las arteriosclerosis, como afirma el escritor citado y el doctor Gregorio Marañón. La literatura romántica fue muchas veces del brazo de esta bebida. Dice Eça de Queiroz en una visita que hizo al antiguo Cairo: "Descansamos en una plazoleta.² Dos palmeras y un sicomoro descuellan sobre una pared de mezquita listada de blanco y escarlata. Ahí descubrimos cafés oscuros, desiertos, misteriosos. A la puerta, sobre especie de altas jaulas de

² *Las deliciosas bebidas no alcohólicas*, de Federico Marín. México, 1966.

mimbre, se sientan árabes taciturnos.” Es obvio que el café los metía en el silencio meditativo o en una conversación.

La historia de los cafés en Europa es la historia de la gente que buscaba un sitio para olvidar un poco el ruido del mundo y gozar con las voces cordiales, lo mismo en Londres que en Marsella, en París o en Madrid, y donde los hombres de letras, como Baudelaire y Verlaine, Víctor Hugo y Alfredo de Vigny, desgranaron su poesía imponderable y bella; y esto pasó en todas partes en que el café y el talento se arrimaron a la poesía o a la novela y aun a la música como en los vales rítmicos y luminosos de Chopin.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo era aficionadísimo al café. Lo fueron así muchos literatos, y en una mesa de café se escribieron hermosos poemas.

A “La Parroquia” de Veracruz concurría Salvador Díaz Mirón, lugar que ha tenido larga fama por lo sabroso de su bebida. No sería posible enumerar los sucesos de los cafés del mundo. Me permito, por eso, sólo citar las palabras de Ukers: “¡Oh café! tú disipas todas las preocupaciones, siendo deseado por todos los estudiosos.”

El gusto por las bebidas se ha multiplicado y ellas traducen, en cierto modo, épocas de la especie humana.

Grecia fue la madre del gusto de los vinos y la literatura de este pueblo está llena del mito de Baco que plantó y divinizó la vid; era dios de la alegría.

El género poético de las festivas anacreónticas fue inventado por Anacreonte y ha pasado a la lírica moderna. Cantaba al amor y al vino.

Después de Anacreonte escribieron sobre el tema Horacio, Catulo entre los romanos; Villegas, Meléndez Valdés en España; muchos en Francia y en otros países. En México debemos a Enrique Fernández Granados un poema delicado:

Si queréis de mi lira
oír los sonos,
dadme vino de Lesbos
que huele a flores.

Para el doctor Gregorio Marañón “el vino es, en lo humano, cirineo de la tristeza”. En *Fausto* de Goethe, en el *Eclesiastés* y en otras obras se encuentran elogios al vino.

En las cuartetas de Baltasar del Alcázar, don Lope de Sosa, en una cena, apura la bota hasta embriagarse y se le perturba la vista. Habla el poeta:

Alegre estoy, vive Dios:
más hay un punto sutil:
¿no pusiste ahí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Don Alfonso Reyes, gourmet de los buenos, se mete con su *Minuta* por estos caminos; loa a un cocinero que hace honor a la “tradición nacional”, así como al aperitivo, a los entremeses, al platito de almendras... Dice del jerez:

Dedalito de gualda
que incita escalda
“Entre pecho y espalda”
que escalda incita

Ay que si escalda
suenan la campanita
de la Giralda.

En las *Memorias de mis tiempos*, de Guillermo Prieto, leo estos versos conocidos:

Yo quiero beber atole
de enfrente de San Fernando:
el atole es de los buenos,
la atolera se está enfriando,

que, en la vena popular, al último renglón le han cambiado la cara con la malicia muy mexicana.

Puedo referirme al estudio que sobre el chocolate hizo Luis Castillo Ledón, que tiene una conclusión muy nuestra. Dice que si a alguien de México le preguntan cómo quiere el chocolate, que responda que a la mexicana, porque fue México el que descubrió la bebida olorosa y de aquí se difundió por toda la tierra. Las combinaciones del cacao que se conocieron en el México precortesiano, son: el mezclado con miel de abejas, con orejuelas, chocolate enteramente puro o con elote, o con flores de temecaxúchitl, o con pulque, según el estudio de Federico Marín.³

El poeta Miguel Álvarez Acosta pinta de vivos y hermosos colores a su ilustre ciudad de San Luis Potosí en la hora en que “la esquila ensaya / la canora piedad de sus metales”:

El recinto casero se satura
de olor a chocolate,
el refectorio en deshilados luce
maravillas de encaje,
y va la fruta de horno a la merienda
con “soletas”, “madrinas” y “alamares”.

³ *Op. cit.*

Pintaron los dedos ágiles del poeta Ramón López Velarde, algo del mapa gastronómico de México en una estrofa que es como una canción:

Cuando nacemos nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego, te regalas toda entera,
suave Patria, alacena y pajarera.

La provincia se muestra con rostro propio en el poema "Asueto" del poeta Francisco González León, de Lagos.

Casamenteras visiones
de casonas solteronas:
las jaleas, los guayabates
que saben a miel de abejas:
almíbares suaves
que el arcón guarda bajo siete llaves.

La poetisa Alaíde Foppa⁴ es autora de un cálido elogio a las frutas. Pone alegres y delicadas palabras. La fruta es un don de la tierra. Digo yo que cada una tiene su aroma y su gusto; es boca, paladar y olfato. La piña es carne almibarada que cierra su festín con gracia. La manzana es rotunda geometría, y si alguien quiere morderla, halla fresca acídula y calmante entre los dientes. La uva es múltiple fruto grávido de zumos; diáfana, jaspeada de tinta verde rojiza. La pera es para ser comida en porcelana; sorprende por su dulzura la suavidad del delicado sabor de su pulpa lisa que evoca vagamente la tersura de un seno adolescente. La fresa, aunque la cubre el follaje por el suelo, el color de su sangre la delata y apenas ofrece resistencia a los dientes que muerden con delicia ese corazón chiquito y sin engaños.

Mas es tiempo ya que, en una estación, detengamos este asunto armonioso por entender la verdad de la belleza en otro sentido:

El tacto. ¿Qué es lo que atañe al sentido del *tacto* en lo que tiene de bella una obra literaria? Sin exagerar, este sentido juega interesante papel en la vida del hombre. Pero no basta que se sepa que por este sentido tocamos y detectamos todo lo que nos rodea, y que se apodera de nosotros cierta sensación de tibieza, la tersura, el terciopelo y la seda de las cosas en el frescor de la primavera, de la naturaleza y de la vida, pues si sólo existiera lo áspero, mataría, en el aire que respiramos, la poesía vívida, la llama que no quema la epidermis. El tacto acerca en lo físico y en lo espiritual. No es simplemente el contacto o la tangencia

⁴ Alaíde Foppa, *Guirnalda de primavera*, 1965. México. A. Finisterre.

con el transeúnte que nos encontramos al paso; es también el tino con que obramos. Es, en cierto modo, asimiento y abrazo con el mundo en que vivimos; caricia en lo húmedo de los verdes del prado coronado de rocío; el golpe del polvo del desierto. Es el pulso en la sangre de las arterias. Los dedos táctiles del viento.

En la literatura y en el habla común empleamos ciertas expresiones que sugieren sensaciones táctiles. Un solo poeta, Manuel Machado, escribió estas expresiones: “frescura de las rosas”, “las tardes tibias”, “ya está aquí el pueblo de la ruda mano”, “yo corté una rosa / llenita de espinas”; “se llena la pradera de rocío...”

Otros ejemplos pueden darnos la razón, como en este cuarteto del poeta español José Moreno Villa, que abarcan la zona de este sentido en lo físico y en lo abstracto:

Un cerco de finas púas
llena toda meditación;
cada entrada en el cercado
es estría en el corazón.

El poeta mexicano Jaime Torres Bodet tiene, en su poema “La explicación”, estos tres versos que acomodan, para mí, admirablemente al tema:

Te toco
en el oro del pan recién horneado
y en la delgada piel del agua limpia.

El poema es de bello linaje, de forma tersa.

Del bello libro *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, desprendemos estos renglones:

“Platero (el borriquillo) es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

“Lo dejo suelto, y se va al prado; y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente «¿Platero?», y viene a mí con un trotecito que parece que ríe, en no sé qué casabeleo ideal...”

He copiado estas palabras por el sentido que tienen; esa expresión de: “peludo, suave; tan blando por fuera”..., unta los dedos de suave belleza.

A veces, con intención de entender mejor la imagen, el poeta borra uno o más sentidos, como en los versos de Salvador Novo:

TEMPRANO

La noche se ha borrado de todos los ojos
un pequeño deber fija los rostros
aprender, enseñar, trabajar...
han muerto el tacto y el sabor
parece que hasta tengo corazón.

Y ésta es la manera feliz de contener un poco la savia briosa de la vida que circula por los vasos.

El poeta español Manuel Altolaguirre en una estrofa da sensación de ese sentido:

Parece que se persiguen
las altas hojas del trigo,
apretada brisa verde
de limitado dominio.

Del gran escritor mexicano Enrique González Martínez, me viene a la memoria esta estrofa:

y besarás el garfio del espino
y el sedeno ropaje de las dalias...
Y quitarás piadoso tus sandalias
por no herir a las piedras del camino.

¡Qué fino modo tiene el artista para expresar el roce de unas piedras!: “Y quitarás piadoso tus sandalias / por no herir a las piedras del camino.”

De Antonio Machado, es esta imagen de Soria:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras...!

Aquí se siente lo duro de los “ariscos pedregales” y de las “calvas sierras”.

Un poeta mexicano, Juan B. Delgado, describe, en “París y otros poemas”, a Lutecia en invierno:

En la tísica arboleda
de los campos,
rútila, y algente y leda,
cae la nieve en finos lampos
con el rumor de la seda.

Bernardo Ortiz de Montellano posee sabiduría poética: por eso puede, en una estrofa, introducir tres sentidos en forma agradable:

Rosa de los sentidos que prefiero,
tacto, aroma y color en la mirada,
venenosa frescura respirada,
recinto de la vida del florero.

Ahora entremos en el territorio del *olfato*.

El *olfato* es a modo de antena. Oliscar es oler y averiguar por dónde o de dónde vienen los olores que inundan la morada del propio ser. El perfume se derrama en las batallas del amor. Cuando penetramos en un jardín, parece que la tierra vuelca en nosotros todos los divinos efluvios; ellos inspiran al poeta. Un ramo de rosas es como un ramo de corazones. Hay olores agradables, de eso ni duda; también olores desagradables que titulamos tufo, fetidez, hedor y peste. Por fortuna la tierra está llena de buen olor en la relativa proximidad de los seres.

Sin olvidarme de aquel suceso en que Cervantes refiere que Don Quijote y Sancho pasan una noche tremenda, y Sancho se abraza a su señor, quien lo reprende, pues percibe un olor que no es de ámbar, traeré aquel caso en que el Caballero de la Triste Figura dicta una carta para Dulcinea del Toboso, que su escudero debe retener en la memoria y un tercero trasladará al papel. Cuando Sancho está de regreso, le pregunta Don Quijote cómo encontró a la señora Dulcinea. Hay este diálogo gracioso entre señor y escudero:

“—Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a darle nombre? Digo, ¿un tufo o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.”

Aquí se ve que Sancho no cree en ningún olor sabeo ni en ninguna fragancia.

Afirmaba alguien, con ribetes de filósofo, que cada pueblo y hasta cada civilización tiene su olor; creo que no andaba por mal camino. Mas hablemos de las buenas razones del *olfato*.

Un suceso que cuenta Azorín es singularmente hermoso. Refiere el escritor que una dama vuelve al viejo solar en que vivió en sus días infantiles, sólo que ahora acompañada de su esposo y de una niña, que es su hija. La madre ha contado, con húmeda emoción, cómo era la casa en que habitaba, y los perfumes quedan revoloteando en la frente de la niña.

Azorín ha titulado el ensayo conmovedor *Flores del romero*.

Tiene olor de añoranzas que evoca cierta melancólica dulzura, cuando la mujer vuelve a Sevilla y quiere ver "El huerto de las campanillas".

Habla Azorín:

—¿Tenías allí muchas rosas? —pregunta la niña.

—Muchas, muchas rosas —contesta la dama.

—¿Y claveles? ¿Había muchos claveles?

—Muchos, muchos claveles.

—¿Y jazmines? ¿Daban mucho olor los jazmines?

—Muchos, muchos jazmines. Los jazmines, al anochecer, llenaban de suave olor el huerto."

Ha venido después un silencio como si en un fino algodón se enredasen aromas lejanos, y tibios y esplendentes.

¿No es verdad que por nuestros ojos pasa la majestad florida de todos los jardines de la tierra y de los aromas dilectos y, con todo eso, la juventud jovial, el espíritu indemne?

Porque las flores representan la lozanía de la vida; están en la llaga inocente del amor.

Los escritores han agrandado el mundo de las fragancias hasta lo inverosímil en los descubrimientos como el ámbar, el sándalo, el áloe.

El *oído* es el recinto de todas las músicas de la tierra y del cielo. En sus compartimientos moran también todos los rumores. Por el oído conoce el hombre, desde milenios, antes que nacieran los Beethoven, el alfabeto de todas las sinfonías. De niño aprendió a distinguir —en la alborada de la historia— el zumbar de la abeja, del trino de los ruiseñores; el murmullo de los ríos, del ulular del viento en los pinares. Pegada su oreja a la tierra supo de dónde venía el alboroto del mar, el rugir de las tempestades, el paso del enemigo mortal.

Alargó sus oídos por medio de prodigiosos instrumentos y pudo sorprender otros ruidos y otras voces debajo de la línea de su propio silencio, y la ciencia se adueñó de las señales para describir otro universo perdido a nuestro común vivir. ¿Quién fue el primer iluminado que alargó los oídos y la vista? Porque antes era sordo y ciego para percibir el otro mundo estético. Entonces fue cuando se apoyó también en estas máquinas estupendas desde una barandilla; aun él mismo creó sonidos, y armonías y canciones; una palabra bella y sonora como signo de su sabiduría. Ése es el legado de las culturas que abastecen las sapien-

cias de hoy en la tierra. El hombre se gobierna y ama lo melodioso, el ritmo de las frondas; pero padeció miedo mortal y pánico —el pánico de estos tiempos de angustia—, cuando conoció los últimos instrumentos de la segunda guerra mundial, y pidió, desde entonces, por su seguridad duradera, que sólo se oyera la natural música de sus ciudades o la de sus bosques; los himnos de majestad en la casa donde el niño puede dormir en la noche tranquila y despertar, soñando en la alborada, en una nueva y verdadera hermandad en que todas las criaturas arriesgan su espíritu por las voces trémulas del amor inefable y radiante.

En la literatura todo lo que oye el hombre lo cincela en la voz. Si es musical, lo afina, le pone su fiebre y su coraje, o su admiración.

En este pensar, como el poeta mexicano Mauricio Gómez Mayorga, buscamos la soledad de los “murmullos azules”.

Es a veces tan grande
la paz del paisaje,
que no hay un deseo
que turbe el momento
ni una angustia
que quiebre el silencio.

Debemos a un poeta de la tierra mexicana, a Javier Peñalosa, este soneto:

DIÁFANA DEL ÉXTASIS

En una flauta azul transita el viento
cuando quiere beber en nuestro oído.
Honda perplejidad, puro sonido
de su trémulo y claro advenimiento.

Renovada cadencia en el aliento
—copo de aire—, su canto conmovido
a orillas de la luz está dormido.
¡Qué sueño depurado el sentimiento!

Respiro. Sueño. Dejo la ventana
abierta a la quietud intransitiva
para ser más cristal en la mañana.

Mi piel es de cristal, y es sensitiva
al aire que desprende la campana.
Y en esa flauta azul se muere viva.

¿Habéis oído y retenido el silbato de una locomotora? Pues he aquí unos versos sabios de Xavier Villaurrutia en que los pinta:

SILBATOS

Lejanos, largos
—¿de qué trenes sonámbulos?—
se persiguen como serpientes,
ondulando.

Ignoro por qué Ángel Valbuena Prat quitó de su obra de literatura la nota en que decía que una estrofa de fray Luis de León, por las *eses* que se multiplican, semejaban los pífanos de una orquesta. Creo que así es para mi mente:

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

Porque tratándose de una oda a un músico cabe pensar que el poeta español construyó la estrofa con entendida pluma.

Juan Ramón Jiménez dice en uno de sus poemas dolientes:

He puesto una rosa fresca
a la flauta melancólica:
cuando cante, cantará
con música y con aroma.

Tendrá una voz de mujer
vacilante, arrulladora,
plata con llanto y sonrisas,
miel de mirada y de boca.

—Y será cual si unos finos
dedos jugasen con sombra
por los leves agujeros
de la flauta melodiosa—.

¡Tonada que no sé yo,
oída una tarde en la fronda;
tonada que fui a cojer
y que huía entre las hojas!

Para ver si no se iba,
la engañé con una rosa:
cuando lllore, llorará
con música y con aroma.

De seguro que a quien lea estos versos le quedará redonda en los oídos una música tibia, fina y aromada

Me ocupo ahora en el sentido de la *vista* dentro de la literatura.

La *vista* es la claridad de los cielos y de la tierra. El cristal de los mares y el verdor de las selvas; el júbilo de la belleza sutil y armoniosa de una rosa o de una mujer; es la luz, pues la ceguera es la noche sin estrellas, el tumulto de sombras, la cámara obscura muerta. El ojo atisba lo porvenir y fabrica lo presente. Es brújula de la ciencia y vigilancia de la vida universal. Cuando distingue a los seres y a las cosas se vale de la línea, de la forma y el color. Es lo visible y lo invisible, lo concreto y lo abstracto, porque al término de lo físico penetra en el subsuelo del ser. Cuando se vale del color está definiendo el ruboroso mundo del gorjeo y de los aromas que pueblan los jardines. Sólo un poeta —Manuel Machado— se sirve de más de 40 colores para sus pinturas, de los seiscientos y más que nombra la palabra: rojo, cárdeno, encendido, rosa, ébano, púrpura, carmín, grana, escarlata, plata, oro, moreno, azul, celeste, nácar, garzo, rubio, blond, morado, y algunos más.

Dejo ya de lucubrar, y me adentro en lo que la retórica denomina descripción; lo que el artista ve y desea que también veamos, en un paisaje, una ciudad, un rostro, un río que corre y golpea las piedras, el camino lleno de meandros o la montaña que dialoga con las nubes. Cuando describe lo físico del hombre pinta un retrato, y no es difícil que se adentre más allá de lo que ven los ojos para poner líneas al retrato moral.

Difícilmente hay quien supere la descripción del desierto mexicano que mira el poeta Othón. El desierto es seco, ardiente, desolador, mientras se contempla el río Nazas.

UNA ESTEPA DEL NAZAS

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil ni una rompiente
y, al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

La descripción de las ciudades no es cuestión sencilla: en cada estación que hacemos hay que poner, con sobrios trazos, lo que da color a cada urbe: el ruido alegre de Madrid, el encanto de Venecia, el babilónico trajinar de Nueva York, el agua fuerte del otoño de París...; y caminando por otros lugares abrir las pupilas deslumbradas en el Louvre o en el Escorial, ahí donde se evoca a los personajes notables de la historia, o en sitios amenos, como el mercado de las flores de Holanda; y en estas ciudades de América que cada día cobran esplendor y belleza.

Deseo recordar a dos miembros prominentes de esta Academia que en los últimos años escribieron libros sobre sus paseos por otros mundos; a Genaro Fernández Mac Gregor y a Carlos González Peña. Sus libros revivían lugares y sucesos, la gracia que anima el recuerdo.

Luis Garrido es de los últimos escritores que han recorrido España. En su libro *Días y hombres de España*, sabe cómo poner aquí una tinta y cómo cincelar allá una frase; le da galanura al recuerdo de las viejas ciudades españolas: Toledo, San Sebastián, Sevilla, Granada, Córdoba y a todo lo que a su paso encontró que ilustra la historia de aquel gran pueblo. Cuando leí su pintura de Granada, me acordé de otro viajero, de Andrés Navagero, que escribió sobre la misma augusta ciudad en otro estilo; pero no más noble que el escritor mexicano. Dice el doctor Garrido sobre la ciudad de Granada:

“De las ciudades andaluzas, Granada es la que recuerda más su pasado árabe, no sólo por la fisonomía de su pueblo, sino por sus leyendas que refirió en bella prosa Washington Irving, evocando a Yusef, Ben Ferrag, Boabdil, los reyes moros, y a la frágil y hermosa Lindaraja y a la tímida y dulce Zoraida.

“Su principal construcción es la Alhambra, cuyas torres y murallas dominan la ciudad. Dotada de grandes puertas, una de las cuales tiene la forma del ojo de una cerradura, presenta por fuera un aspecto militar, pero su interior es de gran magnificencia, cual corresponde a un verdadero palacio, decorado con azulejos de relieve, formando rombos de colores, y con los techos dorados y las puertas taraceadas. Uno se imagina la visión maravillosa que representaría en su época, con las ventanas cerradas por celosías y vidrieras policromadas, y las alcobas y salones llenos de tapices y alfombras. Los patios luciendo fuentes y sur-

tidores, cuyo murmullo se conjugaba con el canto de los ruiseñores, mientras el sol irisaba de reflejos el agua del estanque.”

Aquí en la tierra vivimos en la luz y en las sombras; la luz ilumina el espíritu, las sombras lo pueden volver sombrío, y en esta lucha, nuestro vivir se liga con todo lo que nos da alas para subir. El ilustre poeta Octaviano Valdés busca la plenitud de la vida en este debate de la tierra:

Espejo mío,
enciende las estrellas olvidadas
cuando sombra mi cuerpo no tenía,
a la orilla del alba,
anterior a la muerte de los lirios
en un tiempo de alondras, las palabras.
Es que la vida es grito, es canción, es clamor.

¡Qué soberbio compendio el de la poesía japonesa en sus formas distintas!

Muchos escritores en español la han seguido como fue el caso de Ramón Gómez de la Serna, el del café madrileño “Pombo”. No sólo se requiere de la concisión sino de la precisión; es algo sucinto que llena un paisaje o un ser en una especie de constelación.

El poeta Francisco Monterde publicó (1962) un bello y elegante libro ilustrado por el artista Hokusai. Le puso el nombre de *Netsuke*. Contiene el Haikai visto en tierras del Japón, mas con finas tintas mexicanas.

Pinta el volcán, que miran las pupilas viajeras de este modo:

Fuji, nevada
señorea tu cima
las nubes altas.

Describe el desfile de los pinos:

¿Monjil cortejo
por esa loma? Pinos
de hábitos negros.

Estas pinceladas sobrias cuando describe la primavera inmediatamente después de la ida del invierno:

Ido el invierno,
el júbilo en tus flores
brota, cerezo.

También otros escritores mexicanos han empleado esta forma breve. José Juan Tablada es uno de ellos.

El color prevalece en este poema:

EL SAÚZ

Tierno saúz,
casi oro, casi ámbar,
casi luz...

El poeta español García Lorca pone color y emoción en la pintura del baile de una muchacha en una calle de Sevilla:

La Carmen está bailando
por las calles de Sevilla.
Tiene blancos los cabellos
y brillantes las pupilas.

¡Niñas,
corred las cortinas!

En su cabeza se enrosca
una serpiente amarilla,
y va soñando en el baile
con galanes de otros días.

¡Niñas,
corred las cortinas!

Las calles están desiertas
y en los fondos se adivinan
corazones andaluces
buscando viejas espinas.

¡Niñas,
corred las cortinas!

En la pintura de los retratos físicos o morales, hay modelos admirables en la literatura de habla española, lo mismo en verso que en prosa. A ciertos escritores les bastan breves líneas: son sobrios; otros se valen de varios atributos hasta lo nimio. Es también obra del tiempo y de las escuelas literarias.

De la conocida tragicomedia de Calisto y Melibea desprendemos un retrato magnífico.

El galán, Calisto, da toques finos y excelentes al retrato de Melibea:

“Comienzo, dice, por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son, y no resplandecen menos.

“Su longura, hasta el postrero asiento de sus pies, después crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se lo pone... Los ojos verdes, rasgados; las pestañas luengas; las cejas delgadas y alzadas; la nariz mediana; la boca pequeña; los dientes menudos y blancos; los labios colorados y grosezuelos; el torno del rostro poco más luengo que redondo... La tez lisa, lustrosa; el cuero oscurece la nieve...”

Cervantes hace un magnífico autorretrato, muy conocido, y leyendo sus palabras tenemos la convicción de que así es la figura que de él vemos en sus obras.

Un poeta mexicano, Salvador Díaz Mirón, ha pintado en “El Fantasma” un retrato admirable de Jesús. Resplandece en el cuadro la blancura, la levedad, lo ingrávido.

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos —que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos —que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello,
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrigó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;
y un relámpago enciende mi alma negra.

Aquel tan noble mexicano, impar amigo y humanista, don Gabriel Méndez Plancarte; el que hizo que se viera en Hidalgo no al viejecito de Dolores sino al lozano espíritu de un libertador, pintó a Cristo en forma admirable. He aquí algunas estrofas del poema:

Le vi pasar... En la penumbra clara
se dibujaba su gentil silueta
con blancuras de mármol de Carrara
y perfiles augustos de profeta.

Le vi pasar... Su corazón llagado
sobre el manto lilial, intacto y leve,
semejaba, de espinas coronado,
rosa de sangre sobre albor de nieve.

Le vi pasar... Llevaba en la pupila
el extraño fulgor de una turquesa
y en su mirada, como el mar, tranquila,
palpitaban abismos de tristeza.

Clavó en mis ojos sus azules ojos,
en que puso el dolor sus tintas vagas
y me mostró —como claveles rojos—
la floración de sus divinas llagas.

Quiero cerrar este corto y desmayado estudio, evocando la anécdota que cuentan del poeta Francisco Orozco Muñoz.

Daba su cátedra de historia del libro. Sus alumnos estaban pendientes de sus palabras. Les dijo, que si se hubiese visto obligado a optar por uno de los dos sentidos, el de la vista y el del oído, habría preferido, sin vacilar, no oír la música de Beethoven, ni de Schubert, ni de Chopin; pero no se habría perdido de dejar de leer sus libros predilectos: a Cervantes y Shakespeare y a los otros; de contemplar el cielo estrellado de que habla fray Luis de León, o esta ciudad de México, tan hermosa y tan plácida, o los volcanes que la custodian; el rostro amado de una mujer, la mano tendida de un amigo... Pero, en fin de cuentas, lo cierto y verdadero es que queremos vivir con los cinco sentidos alertas para pulir nuestro entendimiento y nuestra razón, y hasta para alejar la pesadilla que asuela o lo que desvirtúa las galas del arte que rompe el claro y sonoro silencio de las cosas.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don DANIEL HUACUJA

En la región donde se estrecha el territorio patrio evocando la idea de graciosa cintura, en la comarca angosta que da motivo a que tan cerca se aproximen los vastos océanos, en la zona ístmica del Estado que atesora portentosos rasgos naturales; en aquella provincia dueña de luminosos valles sombreados por bosques espesos y añosas selvas, circuidos por enormes bastiones de montañas gigantescas en cuyos flancos destaca el perfil de los recios cactus que simulan enormes candelabros; en esa tierra impregnada de exquisitas fragancias, cuna de hombres bravíos y de mujeres esbeltas y armoniosas en su total belleza; allí donde la limpidez y diafanidad de la atmósfera favorecen la ilusión de tener muy cerca la bóveda celeste; en ese jirón delicioso, almácigo de artistas y poetas, nació Efrén Núñez Mata.

Vio la luz primera en una época en que maestros meritísimos se esforzaban por hallar recursos técnicos que ampararan sus ansias de señalar rumbos nuevos a la enseñanza y enfilarla definitivamente por cauces progresistas. Fehaciente testimonio de la realidad de esos afanes lo ofrece la actuación de los congresos pedagógicos reunidos en 1898 y en 1901. Pudo estimarse entonces la potencia del esfuerzo desarrollado por eximios mentores nacionales y fue patente la cooperación brindada por algunos maestros extranjeros en quienes bullía el pensamiento de que la función de educar transita en pos de metas universales y, con altruismo innegable, pusieron a contribución su talento, su sabiduría y su experiencia.

La ocasión es propicia para recordar y enaltecer la obra de los varones que decoran y prestigian el campo de la escuela en las postrimerías del XIX y en los albores del siglo actual.

Discípulo de Froebel, Enrique Laubscher, nacido en Baviera, llegó a México en 1880 y tres años después, desde la Escuela Modelo de Orizaba, difundía con entusiasmo los nuevos procedimientos en la enseñanza de la aritmética, de la lectura y de la escritura.

En Puebla primero, y a partir de 1888 en Jalapa, otro educador alemán, el doctor en ciencias físicas don Hugo Topf, contribuyó a propagar principios no-

vedosos en la transmisión de los conocimientos sobre la lengua, la geografía y las ciencias naturales.

Después de graduarse en Zurich, donde estudió, y bien preparado con la práctica que adquirió en Alemania, en Inglaterra y en Francia, para beneficio del país, arribó a México don Enrique C. Rébsamen, quien encontró el apoyo de un Mecenas en el preeminente gobernador de Veracruz, don Juan de la Luz Enríquez, y bajo su amparo tuvo la oportunidad de elaborar el plan de reformas que implantó al tomar la dirección de la Escuela Normal de Jalapa y cuyo contenido propagó con liberalidad no sólo entre los maestros empíricos que acudían de los diversos cantones veracruzanos, sino también de lugares lejanos de aquel centro.

Cuando en 1901 el amado varón fue designado Director General de Enseñanza Normal, conquistó por méritos propios el rango que merecía, sus discípulos le estimamos cordial y francamente y con general beneplácito extendió sus ideas bienhechoras por distintas entidades de la República.

Colaboradores activos y eficaces fueron: don Miguel F. Martínez, en Nuevo León; don Alberto Correa, en la capital y, en Oaxaca, don Casiano Conzatti. Sus simpatizadores propagaron con éxito sus ideales y espiritualmente identificados en los propósitos de fijar metas que señalaron la transformación progresiva de los escolares, lograron resultados opimos.

Oaxaca fue terreno propicio para el desenvolvimiento de esas aspiraciones.

Casiano Conzatti, inmigrado en 1881, estrechamente se vinculó a México con sincera devoción. Científico de renombre mundial, sin desatender las investigaciones que realizaba respecto a los géneros vegetales mexicanos, los recursos naturales y la repoblación arbórea del Estado de Oaxaca, en lo concerniente a la escuela siguió los trazos marcados por el maestro Rébsamen y con entusiasmo férvido, desde la dirección de la Escuela Normal de aquella entidad, se reveló como uno de los más prestigiosos innovadores y animadores de la cultura mexicana.

Hombre de mente disciplinada a lo largo de varios lustros consumidos en el estudio, valorizó en términos justos el alcance de la función que el momento exigía a ese plantel y le imprimió las directrices que pronto le atrajeron fama.

En la consolidación de esa estructura tuvieron participio: el señor doctor don Ramón Pardo, profesional incansable y buscador asiduo de los medios apropiados para tonificar espiritualmente a la juventud; don Victoriano González, caballero de modestia connatural, cordial y exquisito y educador sobresaliente, y don Abraham Castellanos, indígena nacido en la sierra mixteca de Nochistlán, directo discípulo de Rébsamen, inteligente y dinámico, que compiló sus experiencias en un libro sobre organización escolar.

Los maestros nombrados, con otros poseedores de cualidades semejantes, convirtieron aquella normal en semillero de profesores nutridos con copiosos conocimientos relativos a la psicología del niño, tan hábiles como Luis R. Alarcón,

Antonio Santamaría, César A. Ruiz, Manuel Quiroz Martínez, José Calvo y Efrén Núñez Mata.

Dueño de valores reales, dotado de recursos espirituales para triunfar, desde que se graduó como maestro de enseñanza superior, el nuevo académico palpó la necesidad de forjarse personalidad consistente y, a partir de entonces, ha discurrido con fortuna en la curva siempre ascensional.

Ha ocupado los puestos de profesor de grupo, director e inspector de las escuelas oficiales; Jefe de la Sección Técnica de Primaria y Normal en la Secretaría de Educación, Director de Educación en los Estados de Oaxaca y de Tamaulipas, Secretario General, primero, y más tarde Director de la Escuela Nacional de Maestros y Director de Alfabetización y Educación Extra-escolar.

En pleno disfrute de la herencia que le legaron los ilustres maestros que antes me honré en rememorar, se ha esforzado en emularlos y en ser uno de sus continuadores fieles.

Don Efrén Núñez Mata se ha ocupado en el estudio de la Historia para transmitirla en el aula con la intención de que, sobre la base de los acontecimientos pasados, los alumnos puedan fundar criterio sobre los actuales; enfoca la mira en la urgencia de crear en los escolares hábitos de conducta sanos, limpios y vigorosos y a ello propende en su obra *México en la historia*, donde presenta las figuras epónimas que por su relieve ejemplar constituyen tipos de perfección.

Se esmera en patentizar la coherencia que existe entre los estudios históricos y las actividades cívicas, en hacer inteligible el mundo social, en robustecer el espíritu de solidaridad y aprovecha las oportunidades favorables para exaltar los sentimientos altruistas que edifiquen con firmeza los ideales de libertad y de justicia. Preferentemente, desde su juventud, cuando perteneció a las sociedades literarias "Ignacio Ramírez", "Ignacio M. Altamirano" y "Licenciado Verdad", demostró afición y apego a los estudios lingüísticos y experimentó el halago de propagar esos conocimientos.

Ha sido valioso elemento en el conjunto de maestros beneméritos que en esta capital, día tras día, realizan con apostólica devoción la tarea de estudiar los temas inherentes al lenguaje y de ministrar a sus discípulos el instrumento que, a la vez que les permita grabar en el cerebro las ideas, les aperciba para comprender con exactitud los pensamientos ajenos. Soy testigo de las energías gastadas por esas personas, consagradas a coadyuvar de veras en la difusión de los ideales que proclama la Academia y en desembarazar de estorbos el camino que conduce a la obtención de un medio de comunicación claro y correcto.

Acuden a mi memoria los trabajos dignos de los de estos guías incansables, que pugnan por hacer entender que el lenguaje se desenvuelve en relación directa con los tesoros que perennemente arrima la experiencia y crece por la necesidad de convertir en más extensas y fáciles las relaciones entre los humanos.

Ha dado lustre a la falange de maestros avezados a esas lides intelectuales el

grupo de damas que quizás con sacrificio de otros sentimientos, han hecho entrega de su claro entendimiento a la causa de la enseñanza de la lengua y han conseguido siempre triunfos merced a su férvida dedicación: Dionisia Zamora, Soledad Anaya Solórzano, Ofelia Garza, María del Rosario Gutiérrez Eskildsen, María Edmée Álvarez y Esperanza Orozco, en las escuelas de segunda enseñanza, y María y Conchita Caso, María Canales, Ernestina Salinas y María del Carmen Millán, en la Universidad, merecen nuestra admiración y nuestro respeto.

El señor profesor Núñez Mata ha participado con denuedo en la misma empresa y ha rendido atención a los diversos ciclos de la enseñanza. Imbuido en la idea de que el niño campesino representa gran valor en la vida mexicana y conforme al dictado de don Andrés Quintana Roo de que el alma de esos seres debe ser sólo tocada por manos sin mácula, requirió la colaboración de la maestra doña Esperanza Mendieta y elaboraron para los pequeños aldeanos que concurren a las escuelas rurales de la República el libro de lectura *Alma campesina*, que participó en el certamen abierto el año de 1930 y con éxito lisonjero obtuvo el galardón ofrecido por la Secretaría de Educación Pública.

En 1956 contribuyó con otra obra que trata de *Homónimos y algunos sinónimos y antónimos*, valioso elemento que auxilia en la tarea de poner las bases en que se asiente el correcto uso del idioma.

Sobre igual tema dio a la imprenta en 1958 un cuaderno destinado a los alumnos de las escuelas primarias y deseoso de vigorizar el entendimiento infantil por procedimientos fructuosos, define previamente los vocablos de manera clara y sencilla y se vale de ilustraciones adecuadas que dejan imagen perdurable y útil para no desbarrar en la ortografía de esas palabras.

Lo que llevo expresado nos convence del apego del profesor Núñez Mata a la esencia noble del magisterio en medida tan amplia como resuelta ha sido la ofrenda de sus potencias al estudio de los asuntos relativos al buen decir.

Acabáis de escuchar su ensayo respecto a la intervención de los sentidos corporales en la creación artística por la afinidad existente entre la experiencia sensorial y los sentimientos o los pensamientos, al grado de que las sensaciones provocadas por el ámbito externo pasan a constituir el lenguaje simbólico de que se echa mano para representar lo que acaece en el mundo interior.

Los símbolos, que en ocasiones tienen significación meramente individual, llegan a adquirir carácter universal y aunque el simbolismo alcanzó mayor auge en el movimiento modernista, don Francisco Quevedo y Villegas, que asimismo se apodó "cofrade de la risa y carcajada y el hermano mayor del regodeo", "ya que pasó su verde primavera", en algunos de sus versos amatorios increpa a Lisis con rudeza y la llama "hielo", "nieve", o, mostrando la recóndita tristeza que le inquieta, la califica de "dura" y de "áspera". En la misma época de oro, el antequeriano Pedro de Espinosa, citado por Pedro Henríquez Ureña, en relación con los poderes visuales, "tuvo aptitud para sugerir lujosas combinaciones de color,

así como para percibir notas desusadas: los "olivares pálidos del Betis", las "aguas claras como ámbar" del Genil, "los plateados lirios", el "azul ceniza del cielo", "el turquesado mar de Barcelona".

Con qué primor fray Luis de Granada, al referirse al artificio del fruto de su nombre, habla de granos de color tan vivo como el coral asentados en una cama blanda y "todo el fruto alegre a la vista, dulce al paladar, sabroso a los sanos y saludable a los enfermos".

A menudo se habla del color en su plena connotación, pero es común que los poetas lo presenten de manera indirecta con el ánimo de sugerir impresiones o sentimientos en quien escucha o lee.

Genial artista del color y de la forma, Gutiérrez Nájera, que con mano maestra dio profundidad tanto al sentir y al pensar de sus personajes como al espacio en que ambulan, usando su elegante habilidad nos hace partícipes de su naturaleza exquisita cuando en "Mis enlutadas" dice:

Descienden taciturnas las tristezas

al fondo de mi alma,

y entumecidas, haraposas brujas,

con uñas negras

mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,

de nieve son sus lágrimas:

hondo pavor infunden... yo las amo

por ser las solas

que me acompañan.

Y después:

Suelen dejarme cuando sonriendo

mis pobres esperanzas

como enfermitas, ya convalecientes,

salen alegres

a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego

y por la puerta falsa

entran trayendo como nuevo huésped

alguna triste,

lívida hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita

tiniebla de mi alma,

y van prendiendo en ella mis recuerdos

cual tristes cirios

de cera pálida.

Seguramente recordáis el poema del *Duque Job* titulado "Para un corpiño" y la destreza y donaire con que establece semejanzas.

.....
la gardenia inmaculada
es la blanca desposada
esperando al prometido
.....

¿Ves los copos de la nieve?
¿Son palomas entumidas!
tiene un alma cuanto es bello;
.....

Representa el color un papel importante en las composiciones porque exhibe el estado de ánimo del protagonista y es, a veces, indicio fiel del momento psicológico del escritor.

El blanco incluye la idea de pureza, de castidad, de inocencia, de verdad.

Con el signo de la palidez se sugieren efectos de reposo, de sosiego, de tranquilidad o de debilidad y se excitan los sentimientos ante lo contingente, fortuito, inesperado e intempestivo.

Lope describe, con la brillantez de todo lo suyo, la emoción de Lucinda en el momento en que escapaba el pajarillo "al libre viento en que vivir solía" y dice:

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo
dijo (y de las mejillas amarillo
volvió el clavel, que entre su nieve ardía):
¿Adónde vas por despreciar el nido
.....

Los escritores, al mencionar el azul, evocan lo delicado y artístico y consiguen elevarnos desatándonos de lo terrenal y lo vulgar.

Es común usar el verde como distintivo de lo tierno, de lo inmaduro, de la esperanza, de lo que se vislumbra en horizontes lejanos.

Como séquito obligado, el dorado lleva tras de sí un cúmulo de ideas suntuosas, de fausto, de largueza, de esplendidez y de magnificencia.

El rubor, la pena, la vergüenza, se identifican con el rosa y de allí derivan los cuasirreflejos ruborizarse y sonrojarse.

Las tonalidades oscuras, como la bruma, la penumbra, la nebulosidad, son empleadas para condensar e interpretar lo indefinido, lo indeciso y cuanto se ignora.

La Décima Musa expresa tiernamente en una de sus lirás:

Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía;
y si, de luz avaro,
de tinieblas se emboza el claro día,
es con su oscuridad y su inclemencia,
imagen de mi vida en esta ausencia.

Entre los poetas contemporáneos más finos, Luis Cernuda en una de sus bellas composiciones dice:

Tu destino será
escuchar lo que digan
las sombras inclinadas
sobre la cuna.

Por último, el hambre, el vicio, la desolación, el terror, la tragedia y la muerte, tienen en el negro el alcance de todo lo que es abominable.

El discurso que acabáis de escuchar de labios del señor profesor Núñez Mata os muestra uno de los diversos ángulos hacia los cuales se proyectan sus aficiones y sus impulsos. Nunca ha dejado de mano su vocación poética. De la atracción que sobre él ejercen las letras dan testimonio las diferentes obras que ha publicado, entre las cuales mencionaré: *El libro de los madrigales*, *Voces de cielo y tierra*, y *Ella*, en las que vibra su sensibilidad exquisita, y otras colecciones de finos poemas salidos a la luz con los títulos de: *Fuerza*. *¡No!* y *Albas*.

Por otra parte, ha colaborado en muy prestigiados periódicos y revistas y es autor de numerosos ensayos sobre literatura, sociología e historia.

El alcance de sus pensamientos y el arte con que han sido expresados en sus escritos le han hecho merecedor de múltiples premios y galardones, le han connotado la estimación y el respeto de sus lectores y le otorgan crédito de ilustrado y culto.

Aquilatando la valía de sus conocimientos gramaticales y filológicos; sus dotes múltiples de maestro, escritor, periodista y poeta; la amplitud de su experiencia y sus antecedentes de austeridad y de decoro, es seguro que cooperará con asiduidad y perseverancia en el mantenimiento y sublimación del alto prestigio de este Instituto.

Por esos mismos relevantes méritos, señor profesor don Efrén Núñez Mata, esta ilustre Academia os franquea de par en par sus puertas. ¡Sed bienvenido!

LA OBRA DE CAYETANO RODRÍGUEZ BELTRÁN*

Por don AURELIANO HERNÁNDEZ PALACIOS

Señores Académicos:

Llego reverente a esta tribuna, con el temor de quien conoce sus limitaciones, para hacer el elogio de un veracruzano ilustre, maestro en el buen decir, que en su tiempo enseñó con decoro, cultivó las letras y fue, en las lides del periodismo, paladín de las causas más nobles y más justas.

Tal oportunidad me la brinda este acto tan solemne y honorífico que me conmueve profundamente, porque nunca esperé que los opacos lineamientos de mi vida, que ha discurrido calladamente en la provincia, se vieran un día iluminados con destellos áureos como los de esta noche en que se me hace acreedor a una distinción tan elevada, como es la que me prodiga la Academia de la Lengua, al recibirme en su seno como a uno de sus miembros correspondientes.

Desde esta cumbre señera, pináculo del pensamiento, que ha sido enaltecida y consagrada por la presencia y la palabra, plenas de autoridad y de prestigio, de auténticos valores literarios, rindo el tributo de mi devota admiración a don Cayetano Rodríguez Beltrán, quien vio la luz primera en la Perla del Papaloapan, el 24 de septiembre de 1866, y cuya obra meritísima trataré de exaltar, en el primer centenario de su natalicio.

Tres son las facetas de la destacada personalidad de Rodríguez Beltrán: la de maestro con vocación auténtica, la de periodista culto y valiente y la de escritor costumbrista que pone en su obra "un aliento amoroso, con la inefable ternura de quien muy hondo lleva en su corazón al paisaje y a los moradores de los siempre evocados cuadros del solar nativo".¹

El maestro

En su tierra natal, Tlacotalpan, y en Jalapa, donde también discurre parte de su fecunda existencia, desempeña las arduas tareas docentes y en ellas pone el

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública del 14 de octubre de 1966.

¹ Pasquel, Leonardo: *Revista Hoy*, n° 1035. 22 de diciembre de 1951.

fuego de su entusiasmo y el amor de su corazón a sabiendas de "que si quiere cumplir con su deber tiene que sacrificarse a sí propio en provecho de la humanidad, aunque ésta lo befe y lo moteje con la burla más sangrienta y la crítica más severa". A pesar de lo cual "pone en práctica todos sus saberes, en acción todas sus bondades, en ejercicio todas las potencias de su espíritu", para que le quede "allá en el último confín de su ser, donde lo espiritual se confunde con lo humano, algo grande y sublime que le dice en medio de sus tribulaciones y de sus alegrías ¡adelante!,"² voz que lo alienta en la lucha, que le aplaude en la victoria. Y es que la vida se tradujo para él en callado e incesante esfuerzo. Su misión fue cumplida con hombría de bien y con indestructible lealtad para los propósitos que florecían desde las más profundas raíces de su ser, porque el hombre se confundió en el maestro para lanzar el mensaje a que obliga sentir el alma henchida y desbordante de anhelos y de inquietudes."³

Rodríguez Beltrán fue maestro, en el más amplio y cabal sentido del vocablo, porque llevaba en el alma un caudal inagotable de caridad y de amor.

El periodista

"Desde muy joven consagró sus afanes al periodismo con un entusiasmo y una fe nada comunes y con una perseverancia digna de ser imitada por muchos afiliados que desesperan del triunfo o se rinden a las contrariedades que experimentan los que cultivan las bellas letras. Las primicias de su talento revelaron desde luego al discreto pensador, y en las cuestiones importantísimas que abordó desde sus primeros pasos en la prensa veracruzana, descubrióse al periodista digno e ilustrado, dispuesto siempre a salir en defensa de los augustos principios liberales y reformistas y de las fórmulas salvadoras de la democracia..." "Escribió variadísimos artículos con tendencia didáctica o filosófica, otros conforme con las circunstancias o necesidades del momento; no pocos puramente literarios o de atildada y juiciosa crítica; algunos gallardamente descriptivos o de carácter elegíaco. En todos ellos nótase buena distribución de partes; perfecto desarrollo de la idea o designio que tomó por tema el escritor; conceptos levantados y fines altísimos; forma correcta, la mayor parte de las veces; estilo elegante y florido, sin degenerar en metáforas decadentes ni en giros ampulosos y policromos de esos que tan del gusto son de ciertos escritores de fin de siglo."⁴

Conocía y amaba su noble oficio de periodista y daba normas para quienes, como él, quisieran ejercerlo. Así decía: "Para escribir un artículo lo primero que se necesita es saber hacerlo, es decir, tener la fórmula antes del diagnóstico;

² *Atrevimientos literarios*, pág. 114. Tlaxotalpan, 1904. Imp. La Reforma.

³ Pasquel, Leonardo: *Revista Hoy. Ibidem.*

⁴ Menéndez, Rodolfo, Prólogo a *Atrevimientos literarios*, págs. 7-8, Imp. La Reforma. Tlaxotalpan, Ver. 1904.

se debe pensar sin meditaciones de enajenado, antes de escribir; pensando el fin, se conoce el medio, y conociendo el medio, se llega al principio; es un método que manifiesta la gimnasia del entendimiento, poniendo a prueba la memoria y la imaginación para producir la idea..." "Antes de escribir pensad el artículo, ni mucho ni poco, lo suficiente para no estar con la cabeza por el techo y el pensamiento por los cerros de Úbeda, sino tomar las cuartillas y llenarlas hasta dar la medida de vuestra concepción y el grado de vuestro criterio; procurad que no sobre la mitad, y antes bien, es mejor que falte y que el lector la reponga con su perspicacia o la comente con su ignorancia"... "Dejad acumular en el cerebro agrupaciones de pensamientos; establecer relaciones para que la idea resulte, y entonces, escribid, y dejad correr la pluma, que las palabras se combinan, se estrechan, se conjuntan; salen los períodos, concuerdan las palabras y hablan y gesticulan los conceptos, ante un cortejo siempre atento de adjetivos y adverbios."

"Después concluid y no terminad; encarnad en el final la causa, el efecto y el medio, sin antagonismos y con propiedad, con efecto dramático y no teatral; final majestuoso, conciso y metálico que deja un surco en la memoria, donde se acurruque el pensamiento para sentir el calor de la imaginación y no morir en la plena oscuridad de la indiferencia vulgar."⁵

Y estas reglas eran seguidas fielmente en la prosa elegante y castiza de Onateyac, anagrama del nombre del escritor, cuya "labor afanosa y perseverante transparentan las miles de páginas salidas de su pluma tan cuidadosa y festiva".⁶

En los periódicos *Don Liberato*, *El Tlacotalpeño*, y el *Correo de Sotavento* que se publicaban en la época de oro de Tlacotalpan, dio a conocer Rodríguez Beltrán las primicias de una labor intelectual que había de dar, con el tiempo, frutos sazonados de una cosecha opima. Sus escritos traspasan los límites estrechos de su natio y ocupan sitio preferente en las páginas de *El Dictamen* de Veracruz, *El Mundo Ilustrado*, de México, y *El Mundo* de La Habana. En estas lides del diarismo, la pluma del Lic. Vidriera unas veces, la de Onateyac, en otras, siempre fue la misma: "Pródiga, liberal y justiciera, dentro de los límites de la equidad terrena y hasta donde puede llegar la bondad cristiana; que supo de fracasos, acicate para mayores empeños; que gozó de aciertos, aliento para difíciles y arduas empresas; que no mojó sus puntos, jamás embotados por la dádiva mercenaria, en la bilis de la envidia ni los destruyó con el corrosivo del egoísmo; que no cortó sus genuinas barbas por fuerza de la adulación intrigante y artera; que en medio de las decepciones, desengaños, sinsabores, hostilidades, durezas, rigores y privaciones encontró airosa salida y sorteó escollos inmutables y nunca hubo ocasión para que Shylock exigiera el tributo de la piltrafa de carne a su deudor; la fuente corría mansa y cada vecino llevaba agua para su molino sin la cobardía que anona-

⁵ Rodríguez Beltrán, Cayetano. *Op. cit.*, pág. 200.

⁶ Pasquel, Leonardo. *Rev. cit.*, pág. 67.

da ni la vileza que nulifica; y como espada espartana fue derecha a su fin para, a las veces, semejante a la poderosa lanza de Aquiles, curar las mismas heridas que causó".⁷

El escritor

Rodríguez Beltrán perteneció a la escuela realista; ello explica la temática de su obra literaria, en la cual se acusa un costumbrismo acentuado con pinceladas de color y una profunda devoción por el terruño. A decir de uno de sus biógrafos fue un "Cuentista y novelador de episodios y costumbres que siempre transcurren en la región, sus obras constituyen verdaderas estampas que diseñan en todo su relieve y color el tono de la vida comarcana". "Sus pinceles no trabajan con trazos bruscos y precisos. Su manera llevábale a extenderse en detalles muchas veces accesorios. Para la arquitectura de sus libros llama la atención por el orden que ofrece, por la estabilidad de su estructura, que se antoja levantada ladrillo a ladrillo según un plan de conjunto previamente concebido. Los personajes se acreditan cabalmente humanos y dentro de su unidad de carácter presentan con acierto las peculiaridades regionales, sin llegar a ser propiamente estudios profundos y reveladores de la psicología regional."⁸

"Una profunda devoción literaria obliga a este fecundo escritor a constante vigilia intelectual", de la cual proceden *Una docena de cuentos*, prologada por Rafael Delgado; *Atravimientos literarios*, prologada por Rodolfo Menéndez; *Perfiles del terruño*, *Pajarito*, *Cuentos costeños*, con prólogo de López Portillo y Rojas; *Por mi heredad*, y *Un ingenio*, publicada en 1923, y dedicada a Tlacotalpan.

Atravimientos literarios es una colección de artículos que el autor ofrece "tal cual fueron escritos al correr de la pluma y publicados para saciar la prensa periódica cada día más hambrienta".⁹

López Portillo, al referirse a esta obra, dice: "Tiene alteza de ideas, profundidad [y] una muy cuidadosa preparación científica y literaria que lucen y resplandecen para honra y preza de su autor".¹⁰

En uno de sus artículos publicados en este libro, el autor expone sus ideas acerca de la escuela realista; establece la distinción entre realismo y naturalismo explicando cuáles son las finalidades de la novela realista, sus tareas y las cualidades del novelista. Afirma que "la novela moderna es realista, afiliada a la escuela especulativa del positivismo e inspirada en estudios psicológicos y sociológicos de antropología honda y precisa; en ella, a decir del autor, se estudian los fenómenos del espíritu, las rancias en costumbres, los productos de un me-

⁷ Rodríguez Beltrán, C.: "Exequias de mi pluma", *El Dictamen*, Veracruz, 21 de abril de 1939, pág. 2, col. 6-7.

⁸ Pasquel, Leonardo. Rev. cit.

⁹ Rodríguez Beltrán. *Atravimientos literarios*, pág. 13.

¹⁰ López Portillo y Rojas. Prólogo a *Cuentos costeños*, pág. 17.

dio ambiente viciado, para buscar la panacea que modifique ese mismo medio y cure el producto transformándolo, haciéndolo de otra manera; sostiene, por otra parte, que "en la novela moderna no se vienen a analizar vicios de conformaciones ante una plancha de anfiteatro, ni enfermedades exóticas como en una sala de clínica; porque la humanidad está ya harta de ver retratadas sus deformidades físicas, y vive curiosa de conocer sus alteraciones psicológicas, la herencia, las costumbres, la asociación, el atavismo, etc." Y al referirse al novelista, sostiene que éste "ha de tener la observación del historiador, la profundidad del filósofo y la percepción del pintor; ya que ser artista, en toda la acepción del vocablo, es [ser] verídico, real, sugestivo".¹¹

Como se ve, el autor se afilia al realismo y su obra demuestra que es un escritor fundamentalmente costumbrista que recibe la influencia de los españoles Pereda y Palacio Valdés y de los mexicanos López Portillo y Rafael Delgado, afiliados a una misma escuela.

En 1902 se publica *Perfiles del terruño*, que enmarca en ameno cuadro la vida y las costumbres de Tlacotalpan. En ellos describe, de mano maestra, los habitantes, las casas y su arquitectura; los floridos patios, las calles, el mercado; el paisaje embellecido por el "Río de las Mariposas"; los paseos, las fiestas, los juegos de los niños, las fondas y lo que en ellas se come y se bebe; los cantos populares y y todos los tipos que discurren por la bella "Perla del Papaloapan" sin olvidar la manera peculiar de expresarse de los tlacotalpeños. En esto de retratos de tipos populares, Rodríguez Beltrán, cabe afirmar, fue un verdadero maestro.

En 1905 aparecen sus *Cuentos costeños* con elogioso prólogo de López Portillo y Rojas, quien otorga al escritor veracruzano, con todo acierto, el título de costumbrista, a pesar de que la Academia Española no aceptaba todavía este vocablo para designar a los escritores que, como Rodríguez Beltrán, pintaban y describían las costumbres de una región.

Afirma el autor que estos cuentos "son en su mayor parte desmañados, se resienten del medio en que vegeto y del trabajo en que vivo; no son puramente costeños; es decir, que no todos tratan de asuntos costeños; pero el hecho de haber sido escritos por un costeño, bien puede ser motivo para darles ese título a falta de otro más apropiado. «Dorotea», entre ellos, será el más genuinamente costeño, pues en él retrato a la mujer pobre de mi querido terruño, tosca e ignorante; pero de sentimientos delicados y alteza de alma, tanto más de admirar, cuanto que carece de educación, si admitimos que los sentimientos y las sensaciones se modifican con los medios educativos empleados para desarrollarlos".

Opina López Portillo que "«Dorotea» es un cuento delicioso, cuya protagonista, mujer fea y vulgar, pero de corazón de oro, recoge a una huérfana a quien no socorren personajes ricos, la cría y educa esmeradamente a costa de grandes sacrificios y logra, al fin, verla casada y dichosa antes de entregar el alma al Crea-

¹¹ Rodríguez Beltrán, *Op. cit.*, págs. 68, 69 y 70.

dor. La trama es sumamente sencilla; pero se muestra tan esmaltada con finezas de ejecución y realizada a tal punto con la pintura de nobles y delicados sentimientos, que es una pura filigrana del principio al fin, y una especie de bálsamo para el corazón que desfallece de tristeza y de desaliento en medio de las miserias de la vida".¹²

Onateyac también fue poeta, el sentimiento y las imágenes, en equilibrada conjunción producen joyas pulimentadas, brillantes y resplandecientes, donde a falta de ritmo y consonantes, está la emoción poética para decirnos: "Lentamente la niebla empezó a disiparse; pálidos reflejos y tímidos colores ascendían del caserío húmedo y del césped irisado; las sombras humosas que borrraban obstinadamente el paisaje iban con fuerza esfumándose arrojadas por la claridad tardía. De trecho en trecho desgajábase la neblina; la luz, a tiempos tenue y radiosa a ratos, incendiaba los árboles y coloreaba las riberas descubriendo un dilatado monte ceñido de un cielo azul y sereno. No sería posible expresar el color del agua en esa hora: salían del río vahos misteriosos y descubríase el agua en parte turbia, después azulosa, y ya que el sol había dispersado la niebla, tersa y tranquila, como claro azófar en que se espejeaba el risueño paisaje costanero, mientras en el puntiagudo campanario, calentado por los tempranos reflejos y sombreado por las altas casuarinas, se desperezaban las campanas, y quedas primero, avivadas en seguida, se resolvían alegres, vocingleras y tenaces, en repiques que llamaban a misa".¹³

Destaca el amor que tuvo el escritor por la belleza de lo circundante, que trascendió su alma para traducirse en cuadros de color y de luz, en armonía perfecta; en fin, en obra de arte.

En 1922 se da a la estampa *Cuentos y tipos callejeros*, en los cuales el autor no logra su propósito, porque la trama, la anécdota, es muy débil y los personajes no son relevantes, destacando, en cambio, los cuentos de carácter costumbrista, por lo pintoresco. Las estampas de "los tipos callejeros" son magníficas porque están dentro del "costumbrismo" que Rodríguez Beltrán sentía, amaba, en suma, sabía hacer.

De sus novelas, la más conocida es *Pajarito*, en la cual los tipos mejor trazados, en los que se detiene el novelista, son los de las clases populares de Tlaxotalpan y Veracruz, lugares donde acontece la novela. Y es que Rodríguez Beltrán sentía en verdad al pueblo y por ello sus personajes, aun cuando a las veces sólo son siluetas sin hondura, en cambio siempre están dibujados con detenimiento, con cuidado, en una palabra, con cariño; pero el aspecto más valioso de la novela es el ambiente, el paisaje, es decir, el marco en el cual el autor encuadra las escenas. Rodríguez Beltrán, insistimos, era un auténtico y neto costum-

¹² Rodríguez Beltrán: *Cuentos costeros*, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Veracruz, 1954, pág. 15.

¹³ *Op. cit.*, págs. 23 y 24.

brista; sus descripciones podrían aislarse y serían por sí mismas verdaderos y magníficos cuadros de costumbres.

Lloyd Read incluye esta novela en su obra *The Mexican Historical Novel*, explicando las razones que le asisten para ello, al decir: "El espíritu de esta época destaca bastante en algunas partes de la obra para justificar el incluirla dentro del grupo histórico. La manifestación más interesante de la mente en esta época de la historia mexicana es la descripción de los juegos de los niños. El autor pinta niños pequeños ocupados en juegos militares, marchando, ejecutando numerosas maniobras, improvisando batallas y combates, peleando con imaginarios enemigos, con palos a manera de rifles durante las horas de recreo, en las escuelas, para preparar la defensa y un ataque estratégico..." Y añade: "Ciertamente en pocas novelas la preocupación emocional de una generación ha sido tan bien analizada en las actitudes de los niños. Estudios sociológicos serios de este espíritu de pandilla, entre los jóvenes, han sido escritos con menos penetración que el de Rodríguez Beltrán".¹⁴

El estilo es el de la escuela que seguía el autor: el lenguaje en los diálogos corresponde a los personajes, lo cual es de gran importancia desde el punto de vista del costumbrismo y la filología. Cuando el autor habla por sí mismo, peca de purista, emplea locuciones muy castellanas, demasiado castizas, que recuerdan a los escritores españoles de su época; en cambio hablan los personajes y se revela como un verdadero maestro en el manejo del lenguaje vivo, familiar, popular de la región. Aquí radica la verdadera importancia de la obra, pues en ella encontramos muchos regionalismos, modismos, dichos populares; en resumen, lenguaje popular regional perfectamente captado, lo cual nos permite saber cómo habla el pueblo tlacotalpeño, y, en general, los habitantes de Sotavento.

Los filólogos pueden encontrar, en toda la obra de Rodríguez Beltrán, un inestimable material de estudio, como pueden encontrarlo también los historiadores y los sociólogos, habida cuenta de que el escritor aprovecha en su obra muchos elementos folklóricos, registra sones veracruzanos y copia los versos improvisados en los fandangos, con agilidad, intención y alegría, al compás del arpa y del requinto, así como describe la vida y las costumbres de los habitantes de esta bella y rica región del solar jarocho.

Las costumbres son temporales, cambian de una a otra época; pero de este cambio nace su valor histórico, pues cada etapa de la vida social tiene sus necesidades espirituales, sentimentales, intelectuales, de las cuales se derivan las materiales.

Los cuadros de los autores costumbristas no sólo sirven para saber cómo vive el hombre, sino también para saber cómo es el hombre, para comprender su ser histórico.

¹⁴ J. Lloyd Read: *The Mexican Historical Novel*. Instituto de las Españas en los E.U.A. Nueva York, 1939, pág. 304.

Si las costumbres son procesos de la vida humana y, por consecuencia, procesos históricos, la obra de Cayetano Rodríguez Beltrán, en este aspecto, tiene un inestimable valor para la historia.

No puede contenerse, en el trazo de unas cuantas cuartillas, toda una vida, en cuyo cañamazo el hombre fue dando sentido a su existencia, sin el propósito definido que trascendiera a las generaciones que le sucedieron en el decurso de los años. Y mucho menos puede hacerse cuando esa vida está plena de valioso contenido, en los tres aspectos que le fueron característicos y de los cuales, por obvias razones, limitadamente nos hemos ocupado.

Rodríguez Beltrán, ya lo hemos destacado, ejerció con decoro y apostólicamente la noble profesión de maestro, en el periodismo de su época dejó testimonio de su defensa apasionada de la verdad y la justicia; en tanto que su vida literaria fue laboriosa como la vida de las abejas.

Un ingenio fue la última novela de Rodríguez Beltrán, escrita en Xalapa en 1919 y publicada en 1923. La dedicatoria reza: "A Tlacotalpan, mi querido e inolvidable terruño, cercano y seguro albergue de mi vejez", anhelo que no vio cumplido el escritor quien siguió morando en la Atenas Veracruzana hasta su muerte, acaecida el 16 de junio de 1939, cuando contaba con 73 años de edad.

Él hubiera anhelado escuchar, bajo la tierra pródiga que hollaron sus plantas, el zureo de las palomas, el abanicar de las palmas en las noches estivales; saber que el anchuroso Papaloapan sigue abriéndose como un surco, con las barcas, mientras sus aguas saltan bullentes y blancas en cascada.

Él hubiera deseado descansar para siempre bajo la tierra que lo vio nacer y a la que tanto amó; cabe las riberas del poético río de Las Mariposas, que son el fiel trasunto de la paz virgiliana, turbada sólo a veces por un vuelo de garzas, que salpican de blanco el azul de los cielos y el verde de las palmas. Pero no pudo ser así, y Xalapa la gentil y florida, a la cual también amó mucho, custodia su sueño de eternidad y lo cubre amorosa con las flores de su perenne primavera.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don LUIS GARRIDO

Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Por encargo de esta docta corporación doy respuesta al discurso que acabáis de escuchar, y con el cual el señor licenciado Aureliano Hernández Palacios cumple el requisito estatutario, para su admisión definitiva como miembro Correspondiente de la Academia.

Los cursos del doctorado de Derecho Penal, que se impartieron en la Universidad Veracruzana durante el año de 1943, me llevaron a la bella ciudad de Jalapa, y entonces tuve la satisfacción de conocer al beneficiario, que a la sazón desempeñaba el cargo de juez municipal. Era un joven amante de la ciencia jurídica y de las bellas letras, y por la noche solíamos recorrer las pinas callejas de la villa que se asienta al pie del cerro Macuiltépetl. Nuestras deliciosas excursiones nos permitían contemplar en el silencio la planicie del Calvario con sus vetustas torres o la armonía de la catedral, en el ambiente embalsamado por las flores profusas de los tiestos y jardines.

En las noches lunares los tejadillos y gráciles aleros de las casas enjalbegadas, proyectaban sombras misteriosas sobre el empedrado de los patios de cantera gris. El barrio de la Soledad, la cuesta del Jalitic y el Parque de los Berros, solían ser escenarios para nuestros diálogos, comentando la hermosura de los naranjos en flor, las magnolias y camelias que vislumbrábamos a través de las rejas. Cuando había llovido, las gotas de los balcones de madera solían tocarnos al paso.

Ha corrido el tiempo y todavía al evocar la ciudad añoro su embrujo con su poética capilla de San José; el musgo de sus tapias, la sencillez de su templo llamado de los Corazones y el recuerdo del gran bardo Díaz Mirón, que moró en aquella tierra privilegiada, me producen una indefinible emoción. A la sombra de los opulentos árboles de la plaza, el licenciado Hernández Palacios me refirió alguna vez en forma breve su autobiografía. Oriundo de Tequila, Veracruz, realizó allí sus primeros estudios. En 1935 pasó a Córdoba en donde cursó el bachi-

llerato. Las sierras del ocaso, el paisaje espléndido de verdores iguales, las turgencias suaves de la tierra umbrosa cubierta de cafetos y la calma de la villa despertaron su vocación por la poesía, que se robusteció en Jalapa donde terminó su carrera de abogado y de doctor en ciencias penales.

Su destino en la vida activa lo llevó a la enseñanza. Ha sido maestro de Literatura y Lengua Española, y de diversas asignaturas jurídicas, y ha prestado en su Estado natal sus servicios en cargos de responsabilidad educativa hasta llegar a la Rectoría de la Universidad Veracruzana, y también ha desempeñado la magistratura en dos ocasiones.

En 1946 publica su primer libro de versos *Voces de angustia*, en el que se evade de sus faenas forenses y de sus preocupaciones de catedrático. Su expresión lírica fluye clara, enajenada por la pureza de los cielos radiantes y la belleza de las cosas y de los seres. Su frondosa tierra cordobesa, cuya tibieza húmeda persiste en las noches de luna, le inspira versos de ardoroso romanticismo. Pero es el amor de la mujer soñada el que alucina al poeta, ejerciendo una influencia vivificadora sobre su corazón y sus sentidos.

Quiero acercarme a ti,
Como se acercan
Las mariposas a los lirios;
Como se acerca la nube
A la montaña
Para besar sus riscos...

Al cantar su sentimiento amoroso, el licenciado Hernández Palacios tiene la virtud suprema de manifestarlo en su aspecto más noble y filosófico, con su significado tierno y misterioso. Sus versos tienen la fuerza de la sinceridad, el dulzor indefinido de lo que dormita en el mejor rincón del alma. Pero en este desfile de mujeres amadas, el poeta ilumina su estro con la evocación profunda de la que le dio el ser:

Mi madre es una mujer sencilla,
sin historia; su vida tiene
la limpidez de un manantial.
No sabe de rencores
ni de tragedias hondas
y es diáfana
como la luz crepuscular.

Sus versos son agradables, sin imágenes complicadas ni artificios, pero con nostalgia melancólica y la veracidad del que abre las compuertas espirituales, para que fluya libremente la inspiración:

La luz que a morir empieza,
pone sobre mi tristeza
un halo de claridad;
la noche tiende su manto
en la azul inmensidad...
y cesan pena y quebranto,
pues mi contenido llanto
se volvió serenidad.

En 1960 da a la estampa su segundo libro de poemas que intitula *Canciones ingenuas*. En este período el poeta se ve más atraído por los temas de la naturaleza veracruzana, reflejando un profundo amor a las cosas; las naranjas que cuelgan en Coatepec como esferas de oro; el cristalino chorro de la fuente; la neblina jalapeña que cobija las calles de viejos arrabales y el majestuoso Papaloapan, Río de Mariposas, cuyas riberas turban el vuelo de las garzas.

Su cariño por la naturaleza es natural y espontáneo, y lo asocia a veces con sus recuerdos de juventud y de pasión: el jardín que María cuidaba con afán; los viejos durazneros que presenciaron sus juegos con Leonor; las espigas doradas que recogía acompañado de su madre en las tardes otoñales, y el árbol bajo cuyas frondas solía meditar.

Toda la modalidad de los trabajos poéticos del nuevo académico es de efusión y simpatía humana, que por fortuna son sentimientos que todavía perduran en los artistas provincianos, que no saben de filosofías decadentes, ni de morbosidades sexuales, ni de estéticas estrafalarias. Son cantos afectuosos, con un sentido normal de la vida. Son notas personales, autobiográficas:

Te doy gracias, Señor,
porque me has permitido
ver mi huerto florido,
mis rosales en flor,
y un hogar construido
con ternura y amor.

Pero el licenciado Hernández Palacios ha consagrado también sus esfuerzos intelectuales a las tareas educativas, las cuales ha desarrollado como catedrático y director. En el programa de Lengua Española de la Universidad Veracruzana dio muestra elocuente de su inquietud por las cuestiones idiomáticas, estableciendo que los maestros no deben dar en forma exclusiva "la enseñanza en la gramática" sino el ejercicio, depuración y mejoría de ese medio de expresión nuestro que es el idioma español; señalando, además, que el programa debía contener alusiones a puntos gramaticales como era obvio, pero no de manera exclu-

siva, pues "el uso y la ventaja de un lenguaje es mejor y más propio a las variadas circunstancias".

En efecto, no se puede concebir una lengua inmutable y estática, pues como producto social tiene que sufrir los embates de las nuevas necesidades de expresión, ya que está íntimamente relacionada con la sensibilidad y cultura de las nuevas generaciones, y a veces el inventario de nuestras actuales palabras no satisface las exigencias que surgen con el avance de la civilización y de imprevistos descubrimientos.

Por tal motivo, el caudal del idioma se va enriqueciendo con otras voces, y manifiesta una vida exuberante, según puede comprobarse en las sucesivas ediciones del *Diccionario*, pues cada una de ellas aumenta su léxico, lo que facilita el vuelo de las ideas y la pintura en una variada gama de matices de las cosas y los seres.

Pero las inquietudes del licenciado Hernández Palacios no sólo se han manifestado en estos aspectos, sino que como jurista ha sentido inclinaciones por el Derecho Penal. En su examen de grado presentó una tesis sobre el estado de inconciencia, en el que estudia con acopio de doctrina y buen criterio la eximente respectiva, alabando la solución técnica que a este problema dio el legislador veracruzano. Su interés por las cuestiones penales lo llevó a fundar en Jalapa la *Revista Jurídica Veracruzana*, que ha logrado sobrevivir y en cuyas páginas podemos encontrar excelentes ejemplos del pensamiento y estudio de nuestros hombres de toga.

El recipiendario pertenece al grupo de abogados que en 1944 siguieron los cursos del doctorado en Derecho Penal, que gracias al apoyo del gobernador don Jorge Cerdán se fundaron por primera vez en la República, y en los que figuraron como alumnos los señores licenciados Celestino Porte Petit, Fernando Román Lugo y Alberto Sánchez Cortés, que se han destacado en el foro y la judicatura de nuestra capital.

Como guía de la educación el nuevo académico Correspondiente ha tenido felices intervenciones, en las que ha fijado su ideal con estas palabras: "Es urgente sentar las bases doctrinarias y una educación para la paz y para la libertad, iluminando el alma de los jóvenes con una filosofía de la vida que devuelva al hombre la confianza en sí mismo y la conciencia de que todos por igual tenemos el deber de cumplir con una misión, con un auténtico, personal e insustituible destino."

A sus alumnos ha dedicado las publicaciones que hizo acerca del primero y segundo cursos de Lengua y Literatura Españolas, y la edición de sus clases de Ética. Pero no sólo ha escrito libros de versos y obras de texto, sino de igual modo su pluma ha estado en continuo ejercicio, colaborando en diarios y revistas, con artículos de actualidad literaria, jurídica y pedagógica, haciendo honor al abolengo cultural de su Estado, que en el campo de las letras ha sido semillero de

próceres figuras. Merece cita especial su generosa actitud al frente de la Universidad Veracruzana, distinguiendo a viejos maestros de la institución como el doctor Manuel Suárez, a quien tanto debe la educación superior de aquella entidad, por sus esfuerzos relevantes en favor de su constante progreso.

El licenciado Hernández Palacios llega pues a esta ilustre casa, con un bagaje de prendas personales y de obra realizada, que hacen esperar una colaboración fructífera para las tareas de la Academia, en su carácter de miembro Correspondiente. El trabajo a que acaba de dar lectura versa sobre el escritor tlacotalpeño don Cayetano Rodríguez Beltrán, cuyo primer centenario de nacimiento se acaba de cumplir el 24 de septiembre último, el cual celebra hoy nuestra corporación. Dicha oración revela su calidad de escritor correcto, y sus dotes para estimar en forma equilibrada la personalidad y producciones del ilustre periodista, maestro y literato desaparecido.

Don Cayetano Rodríguez Beltrán perteneció a esa clase de beneméritos profesores en que ha sido fecunda la tierra de Díaz Mirón. Cultivó los números y las bellas letras y dio rienda suelta a su pensamiento desde las columnas de diarios y revistas, abordando temas de actualidad con acopio de civismo y devoción por los intereses del país. Sus críticas eran justas y humanas, sobreponiéndose a todas las pasiones y con una filosofía modesta de la vida. Tenía la brillante inteligencia y cordialidad de la gente ribereña del anchuroso río que baña su pueblo.

Sus escritos denotan un espíritu, como afirma el recipiendario, de gran elevación. Iba esparciendo sus impresiones en diversos diarios, por medio de su pluma que marchaba con serenidad, buscando siempre el meollo del tema. Poseía una convicción profunda de la verdad que iba a exponer. Liberal de buena cepa y demócrata convencido, perteneció a esa falange de hombres y mujeres con vocación literaria que dieron a Tlacotalpan, en cierta época, nombradía como tierra no sólo de pescadores, sino de poetas y novelistas. Recuerdo de mi adolescencia a la clara luz del alba, la visión tropical de la villa con su blanco caserío, del cual sobresalía la torre del templo y el follaje de las palmeras; la transparencia del aire recortaba con nitidez la silueta de las barcas y en la noche se veía el parpadear de las estrellas a través de los mosquiteros de gasa. La familia Vila que me hospedaba, compuesta en su mayoría de mujeres, iluminaba de emoción las veladas con las lecturas selectas y la declamación de los poemas de Rita y Rafaela. Era una arcadia hogareña que reflejaba el sentir del pequeño puerto, con ansia de poesía y amor.

Aquel ambiente propicio debe haber estimulado la inclinación de don Cayetano por las letras, amasando con sus observaciones el material que después explotaría en sus novelas y cuentos costumbristas, donde sus personajes ambulan con una gran sensación de la realidad. Por ello al frente de su libro *Un ingenio*, puso la frase de Stendhal: "Una novela es un espejo que pasamos a lo largo de un camino."

El ámbito del escritor corresponde principalmente a la naturaleza y cosas de su Estado, y por tal motivo sus narraciones son documentos preciosos y sentidos de personajes que fueron, pero también de sentimientos que son y serán siempre. En sus descripciones figuran —aunque de modo sucinto— los paisajes veracruzanos con sus ríos caudalosos, su mar turquesa, su naturaleza feraz y sus viejas ciudades. Las criaturas de su ingenio pertenecían a ese mundo provinciano en que fue creado y vivió los mejores años de su vida. Nos ha dejado pinturas exactas de los más diversos tipos populares. “Hay en cada pueblo —escribió don Cayetano—, en cada región, particularidades que parecen comunes y sin embargo a poco que se cotejen, son peculiaridades de un corto número de individuos; los que, aunque viven inmediatos unos de otros, se diferencian de lejos.” De tales particularidades se ocupó su pluma haciendo el estudio de los hombres y mujeres que observó; son evocaciones de su tiempo, perfiles de figuras que han desaparecido, como el aguador, o que subsisten pero sin el sabor de antaño, como la jarocho.

En sus actividades de novelista, Rodríguez Beltrán no tiene suficiente poder creador y se refugia en la observación directa, animando sus personajes tal como los vio en la brega diaria a través del diálogo, lo cual da a sus trabajos un valor documental, pues son pequeños cuadros con una tramoya sencilla y sin complicaciones estéticas.

La humana personalidad del autor de *Perfiles del terruño* no puede ser más estimable, por su ejemplar austeridad y su fervor moral, pues como él mismo expresó, en el curso de su obra “no movió su pluma ni la malicia que zahiere, ni malquerencia que enfade, ni injuria que afrente”, ya que sólo buscó entretenimiento y regalo para los demás. En esta forma el quehacer literario de don Cayetano cobra un valor de ejemplo, de pulcritud en el ejercicio de su misión.

Pero hay otro aspecto digno de señalarse en su trabajo, su sincero y ferviente amor a su terruño. Sin haber sido un glosador de los héroes de nuestra historia, es un patriota por la comprensión de los tipos populares, por su diario peregrinar, anotando sus frases y su indumento. Él contempló la entraña de la masa, consignando sus personajes más característicos en el campo de las letras. No trazó más que asuntos regionales, pero lo hizo con cariño, sintiendo la atracción de las cuitas y diversiones de sus conterráneos, de las callejuelas desiertas y caserones de sus ciudades tropicales.

Esta preferencia emocional del escritor por su patria chica, la manifiesta con severa sencillez, pues surge en sus cuentos y novelas, a veces en los relatos de hechos pretéritos como en “Las orejas de Pancho García”, pero siempre con el espíritu fiel de suministrarnos la crónica veraz, ya que como dijo: “Puesta la diestra sobre el pecho y el pensamiento en Dios”, fue ante todo un narrador oportuno, benéfico y justo, virtudes de las que dio muestra igualmente como pe-

riodista, al conservar la independencia necesaria para expresar de modo imparcial los comentarios que fuera menester.

Por todo ello ha hecho bien el licenciado Hernández Palacios en consagrar su discurso a recordarlo teniendo en cuenta, asimismo, que es honor de esta casa, la que lo tuvo en su nómina como miembro Correspondiente. Perteneció a esa pléyade de escritores veracruzanos que como don justificado han ocupado sillones en esta docta corporación. La imponente lista fue leída en memorable conferencia por nuestro inolvidable Presidente don Alejandro Quijano, y consta de preclaros nombres: don José Sebastián Segura, don Sebastián Lerdo de Tejada, don José María Roa Bárcena, don Francisco del Paso y Troncoso, don Rafael Delgado, don Silvestre Moreno Cora, don Salvador Díaz Mirón, don Carlos Díaz Dufoo, don Cayetano Rodríguez Beltrán, don Erasmo Castellanos Quinto y don José de J. Núñez y Domínguez. A estas figuras egregias ya desaparecidas, habría que agregar a los académicos don Rubén Bonifaz Nuño y don Miguel Alemán, que para fortuna nuestra, todavía comparten las tareas de esta Casa.

Hoy llega otro exponente de la cultura veracruzana, miembro de una nueva generación que escudriña el espíritu de los antiguos poetas y escritores con el anhelo de renovar y ensanchar el idioma, ligado al mundo de nuestros días y buscando una mayor amplitud y hondura estética. Ojalá que sus logros sean tan buenos o más altos que los de sus antecesores, para enaltecimiento de la cultura patria y noble ejemplo de los que a su vez los sucedan.

Por lo que respecta a esta Academia, esperamos que el nuevo compañero sume su esfuerzo con intensidad y eficacia a los trabajos que llevamos en ella para cumplir los fines con que fue instituida, en servicio de la pureza, propiedad y esplendor de una de las lenguas más bellas que aman los hombres: la Lengua Castellana, pues como dijo el doctor Marañón, estas instituciones "no se crearon para ser jardín de reposo y recreo para los valetudinarios del espíritu", sino para reflejar la vida intelectual de nuestra época, abriendo sus puertas no sólo a los consagrados por una obra eminente, sino a los que luchan con sensibles merecimientos para alcanzar gallardamente un prestigio cimero en el campo de las letras.

Compañero Hernández Palacios: Sed bienvenido, y que en el desempeño de nuestra misión tengáis siempre presente, que os habéis alistado bajo la bandera de los que velan por la calidad excelsa del idioma, que se derrama por las dilatadas tierras de la América hispana, como uno de nuestros mejores baluartes culturales.

PALABRAS DEL DIRECTOR

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española celebra esta sesión conmemorativa de su centenario celebrando, que es lo principal, su vida. En parte de sus actividades se publican estudios sobre política. Al cumplir sesenta años, la Academia desea que se le honre al cumplirla, conmemorando su

XC ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA

En sesión pública solemne efectuada el viernes 10 de septiembre de 1965, la Academia Mexicana conmemoró el XC aniversario de su fundación. En ese acto algunos señores académicos dieron lectura a los trabajos que aparecen en esta sección.

Entre sus actividades, las de tipo de literatura o las sociales de carácter más humano, el ideal y espíritu que anima a la Academia mexicana, desde los primeros años de su vida, y que está representado por escritores que además de poesía se ocupan de la novela, de otros géneros de una literatura más humana.

Conducidos de la dirección, según el orden cronológico, señores literarios, los académicos mexicanos que en su mayoría, después de un periodo de independencia, están en parte de la actividad y actividad en que participan, la Academia celebró su centenario según el orden de lectura, entre los Chicanos a don Ángel María Cervantes, don José Ignacio María García, don Miguel León Portillo, chileno; don Andrés Bello, mexicano del extranjero, entre los guatemaltecos don Daniel Guzmán y don Manuel González Hernández, entre los cubanos don Antonio Gómez Pacheco y don Carlos de Céspedes, entre los hondureños a don Carlos, don Manuel Abad y don Andrés Bello.

En esta sesión representada por don Alfonso Barrón, don Jaime Torres Bodet, don Carlos Pacheco, don Salvador Novoa, don José Guzmán y don Adolfo Guzmán, entre los dominicanos, además de Novoa por don Calisto Tanzi, la Academia, por don Manuel Pineda de Torres, don José Silva Novoa —en la Academia— y don Francisco Fernández del Castillo, en la Academia, la Academia, por don María Lina Cárdenas, don Augusto Velasco, don Manuel Magallanes y don Manuel

PALABRAS DEL DIRECTOR

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española decidió celebrar esta sesión conmemorativa de su nonagésimo aniversario, que se cumplirá mañana. En otros de sus aniversarios no pudieron efectuarse actos públicos. Al cumplir medio siglo, se intentó —sin que se lograra tal propósito— conmemorarlo en plena calle, frente a la casa de República de Cuba donde había nacido la Academia.

Las circunstancias son propicias, ahora, para que no pase inadvertido este aniversario: después de algunos en que los duelos se sucedían, el otoño ha respetado, esta vez, las hojas del árbol tutelar. La Academia Mexicana presenta un frente compacto, no sólo por las relaciones —cordiales siempre— que existen entre sus miembros. Ha dejado de parecerse a una sociedad de escritores, para acercarse al ideal y constituir una efectiva academia, donde las diversas ramas de ciencia y artes están representadas por escritores que, además de serlo, se especializan en alguna de ellas: resultado de una estructuración consciente.

Cuidadosos de la dicción, seguros al escribir —estudios, ensayos, libros—, los académicos numerarios de la Mexicana son, en su mayoría, prosistas; en su minoría, exclusivamente poetas. Si se parte de la actividad o actividades en que descuellan, la corporación reúne —enumerados, según el orden de ingreso—, entre los filólogos, a don Ángel María Garibay, don José Ignacio Dávila Garibí, don Miguel León-Portilla, nahuatlato; don Andrés Henestrosa, conocedor del zapoteca; entre los gramáticos, don Daniel Huacuja y don Manuel González Montesinos; entre los filósofos, don Antonio Gómez Robledo y don Octaviano Valdés; entre los latinistas, a este mismo, con don Manuel Alcalá y don Rubén Bonifaz Nuño.

La lírica está representada por don Alfonso Junco, don Jaime Torres Bodet, don Carlos Pellicer, don Salvador Novo, don José Gorostiza y don Alí Chumacero. La dramática, además de Novo, por don Celestino Gorostiza; la historia, por don Manuel Romero de Terreros, don Jesús Silva Herzog —en la economía— y don Francisco Fernández del Castillo, en la medicina; la narrativa, por don Martín Luis Guzmán, don Agustín Yáñez, don Mauricio Magdaleno y don Eduar-

do Luquín; la crítica —actividad que prefiero—, por don Antonio Castro Leal, don José María González de Mendoza, don José Luis Martínez, don José Rojas Garcidueñas, don Ermilo Abreu Gómez y don Justino Fernández, en la crítica de arte; la oratoria, por don Miguel Alemán y don Salvador Azuela, y el ensayo, por don Julio Torri, don Luis Garrido y don Jesús Guisa y Azevedo.

Algunos de los mencionados académicos serán quienes se encarguen de recordar aquí, esta noche, a los colegas que nos han precedido.

FRANCISCO MONTERDE

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

En sesión del 24 de noviembre de 1870 la Real Academia Española aprobó una propuesta de varios de sus miembros, en el sentido de que se fundasen Academias Correspondientes en Hispanoamérica. En México diversas dificultades, enumeradas por don Alberto María Carreño en su *Historia de la Academia Mexicana* hasta 1945 —tomo VII de las *Memorias* corporativas—, retrasaron la fundación. Tras varias juntas previas, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española quedó constituida el 11 de septiembre de 1875 y comenzó sus labores el día 25 siguiente, en el domicilio de su bibliotecario, don Alejandro Arango y Escandón, sito en la antigua calle de Medinas n° 6, hoy República de Cuba n° 80. Don José María de Bassoco fue el primero de los doce directores que en noventa años de existencia ha tenido.

Entre los acuerdos iniciales figuraron la redacción de una historia literaria de México, ulteriormente realizada en parte por don Francisco Pimentel, y la de un diccionario de mexicanismos, que empezó a componer don Joaquín García Icazbalceta; quedó inconcluso y fue el germen de la magna obra llevada a buen término por nuestro docto colega don Francisco J. Santamaría.

Doce eran los académicos. Poco después fueron electos otros, y más tarde se nombraron correspondientes en algunos Estados de la República. A principios de este siglo se fijó en diez y ocho el número de miembros, aparte los correspondientes. Por defunción o ausencia, entre 1913 y 1915 los académicos residentes en la ciudad de México quedaron reducidos a cuatro. Como, de acuerdo con el Reglamento adoptado en 1908, para celebrar sesión se requería un quórum mínimo de cinco, don Antonio Caso fue invitado a formar parte de la Academia. Electo en 1915 por los cuatro miembros en ejercicio, quedó regularizada la marcha de la institución.

En 1918 se reformó el Reglamento, estableciéndose que habría diez y ocho correspondientes en la República o fuera de ella; los residentes en el Distrito Federal pasarían por antigüedad a ser de número cuando ocurriera una de estas vacantes. En 1919 se acordó que la recepción de los individuos de número se efectuase en sesión pública. Lo mismo se estableció en 1940 para el ingreso de los correspondientes. Tales sesiones se celebraban en locales de otros organismos

culturales; las privadas, en el domicilio del Director. En 1950 el aumento de las cuotas individuales con que se sostenía la Academia permitió alquilar un despacho.

Con motivo del cincuentenario celebrado en 1925, se troqueló un distintivo en forma de medalla, que estuvo en uso hasta 1964, año en que la venera, semejante a la reglamentaria en la corporación matriz, fue distribuida a los académicos en sesión solemne por el señor Presidente de la República don Adolfo López Mateos.

En 1950, al ser recibido como individuo de número, el dinámico escritor don José Rubén Romero bosquejó el halagüeño cuadro de un congreso en que todos los académicos de lengua española examinasen los problemas que a ésta afectan y discutiesen las medidas apropiadas para mantener su unidad y pureza. El señor Presidente de la República don Miguel Alemán, que presidía la sesión, prohió tan pertinente idea. El congreso se efectuó en esta capital del 23 de abril al 6 de mayo de 1951.

Para ajustarse a las resoluciones en él tomadas, la Academia —que había reformado su Estatuto en 1931— adoptó otro el 14 de noviembre de 1952. Los cargos directivos, antes vitalicios, durarán cuatro años, con posibilidad de reelección; el Secretario seguirá siendo perpetuo. Se suprimieron los miembros correspondientes en el Distrito Federal; quienes entonces tenían ese carácter pasaron a ocupar sillas de número, aumentadas hasta treinta y seis. Igual cifra se fijó para los correspondientes en los Estados y el extranjero. Un liberal acuerdo del señor Presidente Alemán dotó a la corporación con un capital en fideicomiso; en consecuencia, la Academia se constituyó en Asociación Civil mediante escritura del 22 de noviembre de 1952. En 1956 obtuvo autorización para emplear una parte del capital, completada con generosos donativos de varias instituciones y de particulares, en adquirir el edificio que ahora nos alberga.

Las *Memorias* de la Academia en los primeros tiempos de ésta formaron seis volúmenes. La escasez de recursos y otras circunstancias adversas paralizaron la continuidad de esa publicación. En 1945 aparecieron los tomos VII y VIII, costeados por la Secretaría de Educación Pública, de la que era titular el señor académico don Jaime Torres Bodet. Una nueva interrupción fue remediada a partir de 1954 merced a los productos del patrimonio. El tomo XVIII está ahora en prensa. El *Anuario* se empezó a publicar en 1932.

El señor Presidente López Mateos, por conducto de la precitada Secretaría, al frente de la cual se hallaba nuevamente el señor Torres Bodet, enriqueció la hasta entonces pequeña biblioteca corporativa con la que perteneció a don Alejandro Quijano, nuestro meritísimo director desde 1939 hasta 1957.

Mucho más habría que referir, pero esta sucinta información resume lo esencial.

A lo largo del tiempo, la Academia Mexicana Correspondiente de la Espa-

ñola ha participado activamente en la obra común a todas: *limpiar* el idioma de voces bastardas, de locuciones viciosas, de extranjerismos intrusos; *fixar* el correcto significado de los vocablos; y *dar esplendor* a nuestra sonora lengua: la de Ruiz de Alarcón, del Inca Garcilaso, de Bello, de Montalvo, de Cuervo; por antonomasia, la lengua de Cervantes.

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA

POETAS EN LA ACADEMIA MEXICANA

Que hable de sus poetas, ordenóme
docta corporación: tan brevemente,
que reduzca mi verbo inelocuente
apenas a mentar su *caro nome*.

A las musas invoco, que inspiraron
a tan claros varones. Dicho sea
su elogio en verso, porque en él se vea
que aún resuena la lira que pulsaron.

Y si he de pasar lista a los poetas
cuyo recuerdo en la Academia brilla:
y no debe pasar de una cuartilla,
propio será reunirlos en cuartetos.

Acaso resultara más estético
—por más que pareciera anfibológico—
seguir en ello el orden cronológico;
pero es más justiciero el alfabético.

De Arango y Escandón a Antonio Caso
distancia va. Y Erasmo Castellanos
Quinto y Castillo Nájera, las manos
se den con Castro Leal en el Parnaso.

C tiene Casimiro del Collado
en abundancia. Salvador Cordero
con Alfonso Cravioto, valedero
terceto formen con Juan B. Delgado.

Fue don Balbino, como pocos, rico
de inspiración; y en versos, siempre Dávalos,
y los pulía así y acicalábalos
Escobedo y Tinoco Federico.

Al Padre Garibay alto sitúo
y a González Guerrero me enderezo;
y a torcer a los cisnes el pescuezo
va González Martínez como búho.

De Gorostiza versos inspirados
—Muerte sin Fin, y algún poema trunco—
abundan menos que en Alfonso Junco,
o que en Mediz faisanes y venados.

José de J. Núñez y Domínguez
a Pagaza se acerque, porque envuelva
a Carlos Pellicer aire de selva
que a Montes de Oca y Peón Contreras pringue.

Canta en verso a su hogar Juan de Dios Peza:
Puga y Acal le opone duras leyes;
surgen Manuel Othón y Alfonso Reyes,
Rubén Romero atreve la cabeza.

De José Sebastián, Seguramente
nadie se acuerda ya, vate vetusto;
pero en Playeras báiase don Justo,
y José Juan Tablada lo consiente.

Sigue Torres Bodet, el estilista;
treinta y uno van ya, sin Chumacero
ni Rubén Bonifaz, vate postrero;
y Octaviano Valdés cierra la lista.

La admiración con que los unge y premia,
por mi inválida voz les testimonia;
y con esta solemne ceremonia,
hoy cumple noventa años la Academia.

SALVADOR NOVO

LOS FILÓLOGOS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

Por don JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

No podía haber faltado en esta ilustre corporación un selectísimo grupo de académicos, hoy ya finados, que con gran provecho se dedicaron al estudio de una o más lenguas, desde el punto de vista filológico.

Ojalá tuviera tiempo de biografiarlos en esta sesión solemne en que la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, celebra el nonagésimo aniversario de su fundación, pero apenas podré hacer de ellos un breve recuerdo.

Quiero recordar que la Filología y la Lingüística están de tal manera relacionadas, que en la mayoría de los casos el filólogo es lingüista y éste, a su vez, filólogo.

Algunos señores académicos, además de haberse especializado en el estudio de la rica y hermosa lengua de Cervantes desde diferentes puntos de vista y en las disciplinas propias de su profesión, se dedicaron a estudiar otras materias, de manera que algunos de ellos, además de filólogos y lingüistas fueron literatos, poetas, historiadores, arqueólogos, antropólogos y algunos de ellos aun polígrafos, como mi dilecto amigo don Alberto María Carreño, Secretario Perpetuo y durante algún tiempo Director en funciones de esta Academia, y don Alfonso Reyes, fecundo escritor público de reputación científica universal, décimo Director efectivo de esta nonagenaria Institución, por lo cual varios oradores podrían hablar de la misma persona, de acuerdo con el tema que se propongan desarrollar.

Para evitar, pues, repeticiones, dada la pluralidad de conocimientos de algunos de nuestros colegas, me limitaré en mis apreciaciones, a no salirme de los dilatados campos de la Filología y la Lingüística.

Pláceme mencionar en primer lugar al erudito filólogo don Francisco Pimentel, originario de Aguascalientes y desde temprana edad avecindado en la que por antonomasia llamamos *Ciudad de los Palacios*.

Ocupó en esta Academia el sitio III y su obra principal fue el *Cuadro comparativo y descriptivo de las lenguas indígenas de México* en dos volúmenes, publicados, el primero en 1862 y el segundo en 1865.

Con singular cariño recuerdo entre los miembros de esta Corporación al doctísimo filólogo guanajuatense don Raymundo Sánchez, que ocupó el sitial XIII, del 7 de marzo al 24 de junio de 1952. Meritísimo maestro especialmente dedicado al estudio del idioma desde el punto de vista semántico. En sus últimos años estuvo publicando por medio de la prensa una larga serie de artículos sobre la semántica del español, que desgraciadamente quedó inconclusa.

Un merecido lugar de honor entre nuestros filólogos tiene don Joaquín García Icazbalceta, quien ocupó el sitial II, del 25 de septiembre de 1875 al 26 de noviembre de 1894, pues aunque sus principales aportaciones a la cultura de México corresponden a la historia nacional, escribió un magnífico *Diccionario de mexicanismos* que dejó inconcluso, cuya impresión inició en 1894 y logró terminar en 1909 su hijo don Luis García Pimentel, interesantísima obra que años más tarde mejoró, adicionó y publicó su colega Santamaría, de quien más adelante hablaré.

Don Darío Rubio, originario del Mineral de la Luz en el Estado de Guanajuato, quien ocupó el sitial V, del 28 de febrero de 1925 al 21 de enero de 1952, conoció muy a fondo la lengua de Cervantes y además de haber publicado algunas obras de carácter literario "hizo de su vida académica —dice Santamaría— un laboratorio constante, productivo i fecundo de obra lexicográfica i folklórica, desde *Nabuatlismos i barbarismos*, *Mejicanismos de la Academia*, *La anarquía del lenguaje en la América española* (su obra fundamental), *Refranes, dichos y dichosarchos mejicanos* hasta *El jaripeo*, de sabroso picor campirano". (*Diccionario de Mejicanismos*. Introducción, pág. XIV.)

Emocionado recuerdo al licenciado Francisco J. Santamaría, de quien fui sincero amigo y admirador. Ocupó en esta docta agrupación el sitial XXIII, del 2 de abril de 1954 al 1º de marzo de 1963.

Poseedor de una amplia cultura general y de una laboriosidad a toda prueba, fue un hombre polifacético: abogado, periodista, autor, político, gobernante, literato, historiador, filólogo, académico, etc.

Su obra cumbre fue el magnífico *Diccionario general de americanismos* en tres gruesos volúmenes que publicó en 1942, obra a la cual debe agregarse, como valiosísimo contingente a las patrias letras, el *Diccionario de mejicanismos*, que como continuación hasta la Z del *Vocabulario de mexicanismos* que el señor García Icazbalceta dejó inconcluso hasta la G, fue publicado en la Editorial Porrúa el año de 1959.

Muy especial mención debo hacer del licenciado don Alejandro Quijano, Director que fue de esta Academia, quien enriqueció a las letras españolas con valiosas producciones literarias a la vez que con algunos artículos de prensa de carácter lexicográfico, un estudio sobre el topónimo México, un excelente opúsculo acerca de términos de carácter provincial y algo más que de momento no recuerdo. Ocupó el sitial XVI, del 10 de abril de 1920 al 17 de febrero de 1957.

Debo hacer también particular mención del merecidamente llamado maestro de maestros licenciado e ingeniero don Manuel Orozco y Berra, escritor de una bien razonada *Geografía de las lenguas indígenas*; de don Rafael Domínguez, autor de un libro de *Gentilicios*; de don Primo Feliciano Velázquez, nahuatlato guadalupano y, entre los correspondientes, don Jesús Díaz de León, autor de un bien conocido texto de *Raíces griegas y latinas*.

He omitido a los gramáticos, porque ya de ellos se ocupará en especial otro estimado colega.

Para concluir, mencionaré a otros dos ilustres filólogos: don Miguel Salinas y don Pablo González Casanova, a quienes recuerdo con sentido afecto y gratitud.

Muchas gracias.

LOS GRAMÁTICOS

Por don DANIEL HUACUJA

A la esfera de las actividades de este Instituto, donde se disfruta de un ambiente de libertad inmarcesible, sus miembros todos han llegado con abundante bagaje de conocimientos gramaticales, base lógica sobre la cual reposa la calidad de sus escritos y el primor de sus producciones literarias.

En este mismo campo han brillado muchos varones doctísimos, de los cuales sólo mencionaré a los que definitivamente se ausentaron, que generosamente impulsaron el progreso del idioma y quienes, mediante los resultados de su labor persistente, llegaron a nulificar el pensamiento torcido, ya por ignorancia o bien con mala intención, de que los gramáticos pretendan fosilizar la lengua y conservarla vetusta y estadiza.

Fue notable, el esfuerzo de don José María Marroqui por dar a conocer en la Escuela Nacional Preparatoria los principios que norman la arquitectura de la lengua y lo extremó con sus lecciones de Ortología Castellana, Prosodia y Ortografía y con el sesudo estudio que publicó sobre la irregularidad de los verbos.

En el Estado de Veracruz, principalmente, y fuera de esa entidad, con verdadera unción se guarda el recuerdo de don Silvestre Moreno Cora que dio a la luz muy interesantes lecciones de Lengua Nacional.

En Aguascalientes al principio, y luego en México, se dedicó a la tarea magisterial el entendido filólogo doctor don Jesús Díaz de León, quien sobre muchas generaciones vertió su sapiencia y con sus *Ensayos etimológicos* y su *Curso de raíces griegas* cubrió toda una época.

Es oportuno recordar el empeño e innegable celo demostrados por don Juan B. Delgado tanto en Monterrey como en la capital del país por divulgar las leyes que presiden el desarrollo del idioma.

Por su parte, don Salvador Cordero se afanó en propagar el interés por la doctrina gramatical y en imbuir el gusto por las buenas lecturas. Consumó benéfica tarea en el H. Colegio Militar y en la extinta Escuela de Artes y Oficios y, además, enriqueció su obra de divulgación al editar sus observaciones relativas a los *Barbarismos, galicismos y solecismos de uso más frecuente*.

Nimbado por la singular atracción que ejercían su señorío y conversación galana, llegó de Jalisco el caballeroso don Victoriano Salado Álvarez; por la amplitud de su saber conquistó con rotundo éxito la cátedra de profesor de Castellano y nos legó como fruto de esa misma reconocida suficiencia, los amenos a la par que substanciosos estudios sobre *Minucias del lenguaje* y los *Mexicanismos supervivientes en el inglés de Norteamérica*.

También don Julio Jiménez Rueda contribuyó en la escuela a desarrollar y guiar las habilidades de los educandos hasta conseguir que usaran el idioma con propiedad y soltura y, además, recomendando procedimientos novedosos; escribió su *Primer curso de Lengua Española*.

Cabe mencionar, asimismo, la meritoria y trascendente labor de don Manuel G. Revilla, atildado cultor que, austero y solemne, fue una de las personalidades más prominentes entre quienes bregan por fomentar en la juventud el sentimiento de lo bello. Además, en su obra titulada *En pro del casticismo*, incluyó orientaciones precisas y adecuadas respecto a la manera como deben los maestros exponer la doctrina gramatical e hizo otras reflexiones certeras acerca de los motivos que impiden el buen aprendizaje de la ortografía.

Obra sólida y seria, coronada siempre por el éxito, fue la que en el profesorado realizó don Carlos González Peña y muy nutridos los grupos en los que imbuyó el pensamiento primordial de que, lejos de ser la gramática rémora que dificulte el avance del conocimiento, es poderoso factor para sus progresos. El refinado escritor se dio tiempo para editar su *Manual de gramática de la Lengua Castellana*, fuente en la que siguen abrevando muchos estudiosos.

Ora en su Estado natal o ya en el de Morelos y en esta ciudad, donde quiera que don Miguel Salinas ejerció la docencia, fue consagrado como un verdadero apóstol. Del perseverante propósito que le animó en la divulgación de sus ideas, queda testimonio patente en su *Gramática inductiva de la Lengua Castellana*, en su texto sobre *Construcción y escritura de la Lengua Castellana* y en sus *Ejercicios lexicológicos*, no sólo por la doctrina que abarcan, sino por los acertados consejos metodológicos que sirven a maravilla a los maestros de esta signatura para caminar sin tropiezos por el intrincado camino de la enseñanza.

Diminuto de cuerpo, pero de alma grande, de modestia congénita y de sabiduría envidiable, don Raymundo Sánchez actuó infatigablemente en las cátedras que obtuvo por oposición y llegó a ser reconocido como el más prominente gramático mexicano. Dejó huellas de su profunda erudición en las columnas periodísticas, en sus *Reflexiones sobre semántica* y en su estudio sobre *La braquigrafía y algunos despropósitos*.

En el concierto de sapientes patricios, ocupa escaño preferente el socio fundador y secretario de esta Academia, don Rafael Ángel de la Peña, varón esclarecido a quien reputó un distinguido académico español como el primer gramático de América. De presencia apacible, sencillo y modesto, encumbró una obra edifi-

cante que en todos los ámbitos puede mostrarse como ejemplo magnífico. Dilucidó los oficios lógicos y gramaticales de las palabras; estudió las letras desde los ángulos fonológico y filológico y dio cima a su tarea cuando erigió ese monumento sobresaliente al que tituló *Gramática teórico-práctica de la Lengua Castellana* y respecto al cual emitiera juicio el insigne filólogo don Rufino José Cuervo, que textualmente expresó: “es pasmosa la claridad y precisión que ostenta en el lenguaje didáctico” y “rico edificio de plan completo y armonioso en que se encierra toda la ciencia gramatical de nuestra lengua”, y a su vez el egregio crítico don Marcelino Menéndez y Pelayo cuando afirmó categóricamente: “esa obra contribuirá a difundir la sana doctrina gramatical, tan distante de las innovaciones temerarias y presuntuosas de imprevistos filólogos”.

Ojalá que el espíritu radioso de estos hombres eminentes alumbrase siempre los trabajos de la ilustre Academia Mexicana.

LOS JURISTAS

Por don LUIS GARRIDO

Señor Presidente,
Señoras y Señores:

En esta sesión para celebrar el nonagésimo aniversario de la Academia, tócame hablar de los juristas que han sido miembros de ella, y siendo frecuente que el cultivador del Derecho se consagre también a las letras, es importante el número de abogados que han figurado en su nómina. Sin embargo, pocos estuvieron en las faenas forenses, como nuestro llorado director don Alejandro Quijano, y como los señores licenciados Francisco de P. Guzmán y Genaro Fernández Mac Gregor, pues algunos sólo ejercieron en sus primeros años de vida profesional. Tal fue el caso de José Vasconcelos y Erasmo Castellanos Quinto.

Sirvieron con rectitud de conciencia en la judicatura, los señores licenciados Ignacio Mariscal, Justo Sierra, Alejandro Arango y Escandón, Manuel Orozco y Berra, José María Vigil, Manuel Sánchez Mármol, Victoriano Salado Álvarez, Emilio Rabasa y Francisco J. Santamaría. Fueron Presidentes de la Suprema Corte de Justicia de la Nación los licenciados Sebastián Lerdo de Tejada y Joaquín Cardoso, quien se significó por lo bien escrito de sus votos.

En la actividad legislativa de la República, varios de ellos tomaron parte en forma distinguida, y al efecto cabe citar al licenciado Ignacio Mariscal, por su intervención en las jornadas preparatorias del Congreso Constituyente de 1857 y en la Ley de Desamortización; al licenciado Joaquín D. Casasús, lo mismo que al licenciado Enrique Martínez Sobral, por su participación en las leyes que organizaron nuestro crédito y moneda a principios de siglo; al licenciado Silvestre Moreno Cora, por su ponencia de la Ley Orgánica de Instrucción Pública del Estado de Veracruz, y al licenciado Alfonso Teja Zabre, por ser uno de los redactores de las leyes penales vigentes.

Por su parte los señores licenciados Ignacio Mariscal, Sebastián Lerdo de Tejada y Joaquín Baranda desempeñaron con singular brillo la cartera del Ministerio de Justicia, cuando existía esta dependencia; otros juristas de la Institución: Antonio Caso y Julio Jiménez Rueda, se dedicaron a la docencia. Profesaron también cátedras en las Escuelas de Derecho los licenciados Silvestre Moreno Cora, Joaquín

D. Casasús, Balbino Dávalos, Ezequiel A. Chávez, Manuel G. Revilla, Genaro Fernández Mac Gregor y Alejandro Quijano, quien estuvo al frente de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Nacional.

Los prominentes hombres de letras del país han desempeñado con frecuencia cargos diplomáticos. A este grupo pertenecieron los licenciados Alfonso Reyes, Artemio de Valle-Arizpe, Balbino Dávalos, Antonio Mediz Bolio y Alfonso Cravioto. Se interesaron por el cultivo del Derecho Internacional Público los licenciados Joaquín D. Casasús, Genaro Fernández Mac Gregor e Isidro Fabela, los que publicaron diversos libros y alegatos, o fueron jueces de Cortes Internacionales. Algunos se vieron atraídos por la política y se dedicaron al periodismo. Tal hicieron los licenciados Justo Sierra, Ignacio Aguilar y Marochó, Rafael Gómez, Nemesio García Naranjo, Victoriano Agüeros y Francisco J. Santamaría.

Por último, varios de los prominentes abogados que pertenecieron a la Academia escribieron sobre temas de Derecho, mereciendo citarse en esta labor a los licenciados Silvestre Moreno Cora, Manuel G. Revilla, Francisco Pascual García y Antonio de la Peña y Reyes. Pero corresponde a Emilio Rabasa, por sus luminosas doctrinas constitucionales, y a Isidro Fabela y a Alfonso Teja Zabre, por sus obras, el honor de haber descollado en la literatura jurídica del país.

Esta brevísima reseña pone de manifiesto que la mayoría de los fallecidos hombres de Derecho, que pertenecieron a nuestro Instituto, sirvieron su profesión con honradez y patriotismo, de acuerdo con sus especialidades y preferencias.

FILÓSOFOS EN LA ACADEMIA

Por don OCTAVIANO VALDÉS

Varios de los más altos representantes de la Filosofía en México han desfilado por nuestra Academia durante los años que lleva de vida. En la época del positivismo hallamos a don Porfirio Parra, quien se adhiere al pensamiento de Stuart Mill. Rechaza toda explicación del mundo y sus fenómenos, fundada en las causas primeras. Sostenedor del asociacionismo psicológico y del empirismo, sólo acepta el razonamiento que se basa en la experiencia de los sentidos. Él y su maestro Gabino Barreda, a quien sucede en la cátedra, con fervor proselitista formaron varias generaciones de positivistas y de escépticos en relación con los valores espirituales.

Posteriormente, don Ezequiel A. Chávez —fruto también del ambiente positivista que dominó las cátedras en la Universidad Nacional, hasta la primera década de este siglo— modela su pensamiento en las teorías de Spencer y después en las de Stuart Mill. Mas ya en los últimos años de su madurez, su espíritu, aspirando a horizontes de trascendencia superior, halla demasiado estrechos los límites que le imponía el positivismo y lo abandona. Durante algún tiempo don Ezequiel Chávez vaga perdido por rumbos pseudomísticos, hasta que al fin descubre el camino de más segura espiritualidad. Paralelamente, en esta etapa de su vida, se dedica a estudios de psicología experimental y de la ciencia de la educación. Es además crítico agudo, usando del método psicológico, como lo demostró en su ensayo sobre la psicología de Sor Juana Inés de la Cruz.

Don Antonio Caso, uno de los varones más preclaros que han iluminado las cátedras de la Universidad Nacional. Por su sabiduría y valores humanos, fue no sólo un profesor, sino sobre todo maestro, formador de inteligencias, digno de haber figurado en los diálogos de Platón; pues su vida toda discurrió en función con el pensamiento puro, que excluía contaminaciones de intereses extrafilosóficos; pero sin que ello lo haya inhibido para la acción humana y viril, las veces que se la exigió su misma responsabilidad de maestro. Así lo contemplamos, cuando en tiempos aciagos para la Universidad Nacional, con el prestigio y valentía de su palabra, contribuyó en no pequeña parte a salvar al pensamiento de la esclavitud que se pretendió imponerle. Durante un cuarto de siglo fue el impulsor de la

filosofía en México. Su brillante y docta exposición supo despertar entre sus numerosos discípulos el amor y la vocación por esta disciplina.

Aun cuando no construye un sistema filosófico, sin embargo su reflexión abarca el conocimiento del ser y de la acción. Con sus célebres conferencias del año de 1909 y con su posterior enseñanza destrona al positivismo, oponiéndole las ideas más modernas de Boutroux, Bergson, Meyerson. Es antiintelectualista, e intuicionista. Su filosofía se resume en su libro: *La Existencia como economía, como desinterés y como caridad*.

Don José Vasconcelos, personaje el más complejo de las últimas generaciones de nuestra intelectualidad, es por lo mismo muy difícil captarlo en pocas líneas: profesor, rector de la Universidad Nacional y ministro de Educación, desarrolló un gran esfuerzo reorganizando la enseñanza universitaria y la popular. Él por primera vez en México difunde eficazmente la lectura de los autores clásicos, antes reducida a pequeños grupos. Es también benemérito por el largo favor que dispensó al movimiento revolucionario de artes plásticas.

Vasconcelos es notable filósofo y extraordinario escritor. Hombre genial, es pensamiento puro y a veces desatada pasión. Su especulación casi siempre profunda tiene sus quiebres de superficialidad como filosofía; olvidando de pronto los límites estrictos de la reflexión pura termina en poesía. Diserta sobre lo mucho que conoce y aun sobre motivos que posee a medias, magistralmente. Su lenguaje, vibrante, emotivo, vigorosamente expresivo, tiene sus caídas; pero aun de entre éstas salta de pronto la sorpresa de un relámpago genial. La característica de su pensamiento es la originalidad y el vigor.

Don José Vasconcelos es quizás el único entre nuestros filósofos que ha construido un sistema filosófico orgánico y original, denominado por él, "Monismo fundado en la estética", en el cual se advierte la influencia del monismo emanatista de Plotino. En la Teoría del conocimiento es antiintelectualista, e intuicionista con Spengler, Bergson y otros. Su criterio de verdad es la intuición emocional. La filosofía y el conocimiento no es "logos", sino armonía y síntesis de elementos heterogéneos, emocionales, intelectivos y místicos. La verdad halla su expresión en el juicio estético. El ser es un devenir entre el primer principio y el último fin, que se manifiesta en cada instante del devenir. La evolución del Universo consiste en la conversión de la energía cósmica en belleza. Finalmente, su sistema se integra, además, con motivos personalistas e ideas cristianas. Sus obras filosóficas, que no hay tiempo de enumerar, abarcan la Metafísica, Lógica, Ética, Sociología, Historia del pensamiento filosófico y otros varios motivos.

Don Antonio Gómez Robledo es, en la hora presente, uno de los más valiosos representantes de la Filosofía en México y en nuestra Academia. Ha sido catedrático de esta disciplina en la Universidad Nacional y representante diplomático de nuestro Gobierno en el extranjero, actualmente en la Comisión de desarme en Ginebra. Además de filósofo es un notable perito en Derecho Internacional.

Dueño de sólida cultura, como no es frecuente en nuestro medio, ha traducido y comentado la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles e interpretado con pensamiento propio y profundo *La política* de Francisco de Vitoria, *El poder político* según Suárez y la *Ética* de San Agustín. Ha escrito con mucho conocimiento sobre la Filosofía en el Brasil y acerca de otros varios motivos. Su pensamiento se apoya principalmente en Santo Tomás, pero sin encastillarse en rutinas; pues en su pensamiento hallan cabida las ideas de su tiempo. Tiene el don de no reflexionar nunca a la ligera y la rara virtud de expresar sus conceptos con belleza.

DRAMATURGOS ACADÉMICOS

Por don CELESTINO GOROSTIZA

Muy pocos son, en verdad, pero todos de probada ejecutoria, los dramaturgos que han ocupado un sillón en la Academia Mexicana de la Lengua. El primero en el tiempo fue José Peón y Contreras, cuyas obras post-románticas ya daban brillo a nuestra escena por el año de 1875. Le sigue el poeta Manuel José Othón. Sus dramas se tienden como un puente entre las postrimerias del romanticismo y los albores del naturalismo, escuela, esta última, que se afirma en Carlos Díaz Dufoo, autor, entre otros dramas, del famoso *Padre mercader*, y en Federico Gamboa, de quien se representaron con el éxito que correspondía a su fama de novelista, *La venganza de la gleba*, *A buena cuenta* y *Entre hermanos*.

José Juan Tablada probó sus aficiones y sus virtudes teatrales con una divertida sátira política titulada *Madero Chantecler*. José Vasconcelos tampoco pudo resistirse a la fascinación del teatro y dio a la escena un paso de comedia bajo el rubro de *La mancornadora*. Una sola obra también, *El vendedor de muñecas*, salió de la brillante pluma de Nemesio García Naranjo.

El teatro de tesis viene a quedar representado entre nosotros por Antonio Mediz Bolio, quien llena, él solo, toda una época. En algunas de sus obras se apunta la tendencia a la reforma social y en otras se inicia un lírico nacionalismo, que poco más tarde habría de ser ampliamente cultivado.

Alfonso Reyes encuentra en la literatura helénica una imagen de su personal conflicto patriótico y la vierte en los magníficos versos de *Ifigenia cruel*. Escribe, además, un gracioso juguete, poética justificación de *Landrú*, que él clasifica como "opereta". El padre Ángel María Garibay nos ha dado, traducidas directamente del griego, las mejores versiones castellanas que conocemos de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Nuestro digno director, Francisco Monterde, ha participado con su fértil producción dramática en casi todos los movimientos en favor del teatro mexicano. Sus obras se han mantenido siempre en el más digno nivel literario, al día con las modernas corrientes universales.

Ermilo Abreu Gómez colaboró activamente en el desarrollo del teatro regional yucateco y, después, en las primeras temporadas de teatro mexicano en la capital de la República. Ha escrito también numerosas obras para el teatro infantil, en

las que se conjugan su fina ironía y su alada imaginación. Julio Jiménez Rueda es una de las columnas más sólidas del teatro nacional, en favor del cual contribuyó no sólo como mecenas y como organizador, sino con la excelente calidad de su producción. Su *Siluetas de humo* es una de las obras sobresalientes del teatro mexicano.

Con su original personalidad, su incisivo ingenio y su extraordinaria agilidad mental, Salvador Novo ha escrito algunas de las obras más considerables del teatro nacional contemporáneo. *La culta dama*, *A ocho columnas* y *Yocasta o casi*, se representan continuamente desde hace varios años en toda la República. Sus adaptaciones de *El Quijote* y de *Astucia* para el teatro infantil, son ya clásicas en su género.

Finalmente, Mauricio Magdaleno, no obstante su fugaz intervención en el teatro, porque, de acuerdo con su propia declaración, encontró en la novela un medio más adecuado para expresarse, cuenta en su haber con varias obras de contenido social que ocupan por derecho propio un digno lugar en la dramaturgia nacional.

Me congratulo de haber sido el portavoz de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española para rendir homenaje en esta celebración de su nonagésimo aniversario, a los académicos que con su obra dramática han dado honor a las letras patrias.

LOS CRÍTICOS DE LA LITERATURA EN LA ACADEMIA

Por don JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

La nómina de nuestra Academia es, hasta cierto punto, la de nuestras más distinguidas personalidades literarias en los últimos noventa años. Para serlo del todo, sóbrarle acaso algunas figuras con que debió adornarse en sus orígenes, y fáltanle otras que, por sinrazones de facción, no llegaron a ocupar el lugar que aquí les era debido. Consiguientemente, los críticos de literatura académicos vienen a ser, con ciertas excepciones, los más representativos de nuestra historia literaria en este período.

En la Academia, en efecto, se han reunido los críticos e historiadores de las letras mexicanas que participaron en la fundación o en los primeros años de nuestra corporación, como Joaquín García Icazbalceta, Francisco Pimentel, Rafael Ángel de la Peña, Manuel Peredo —el crítico de teatro—, José María Vigil y Manuel Sánchez Mármol.

Aquí se encontraron más tarde quienes, además de poetas, fueron también, como críticos, defensores o adversarios del movimiento modernista, como Justo Sierra, Luis G. Urbina, Amado Nervo y Manuel Puga y Acal. Aquí vinieron luego los críticos ateneístas de 1910, como Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Genaro Fernández Mac Gregor, y los que prosiguieron y prosiguen la obra de esclarecimiento de nuestro acervo literario, ya en años recientes, como los desaparecidos Julio Jiménez Rueda, Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero, y como nuestros colegas Ángel María Garibay, Ermilo Abreu Gómez, Francisco Monterde, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Andrés Henestrosa, José Rojas Garcidueñas y Alí Chumacero.

La primera reflexión que despierta esta nómina de los críticos de la Academia es la de que buena parte de ella la forman quienes han ejercido, principalmente, otras tareas literarias u otras disciplinas, y que son más bien poetas o novelistas, historiadores o gramáticos. Así es, sin duda, como lo es también que críticos lo han sido, en algún momento, la mayoría de nuestros escritores. Sin embargo, el hecho es que los enumerados han sido autores de la mayor parte de los principales estudios críticos de los últimos noventa años y que sus obras han contribuido a dar

forma al cuerpo de conceptos, esquemas y teorías que forman nuestra imagen actual de la literatura mexicana.

¿Existe en México una crítica académica, diferenciada del resto de la crítica? Me parece que esa crítica existió en algún momento, con escritores como Rafael Ángel de la Peña y Carlos González Peña, en quienes se aliaban el gusto tradicionalista y los estudios gramaticales con los literarios. Ahora esa especie de crítica casi ha desaparecido, quizá porque la gramática se estudia cada vez menos y, lamentablemente, casi no figura como tema de investigaciones. Aunque la filología va ocupando su puesto, es evidente que nos falta fomentar y modernizar el estudio tradicional de las preceptivas de nuestra lengua. En cuanto a la defensa de tradiciones y en general al conservatismo en materia de gustos literarios, ello suele ser cuestión de edades y temperamentos. Quienes fueron los vanguardistas y los rebeldes de ayer, acaso son hoy fatalmente, para los jóvenes, los críticos conservadores de nuestra Academia. Pero ¿no será semejante designio de congregar los espíritus serenos y los inconformes, una de las condiciones que secretamente determinan la vida misma, y el secreto de su continuidad, de la Academia Mexicana?

LOS MÉDICOS EN LA ACADEMIA

Por don FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

El doctor José Peón Contreras. Nació en Mérida, Yuc., el 12 de enero de 1843. En 1862 obtuvo el grado de doctor en medicina, y se dedicó a ejercer su profesión. Vino a la ciudad de México, donde se distinguió en la difícil rama de las enfermedades mentales, lo cual más tarde fue motivo para ser director del viejo Hospital de San Hipólito.

Sus ocupaciones profesionales y su dedicación científica no impidieron que empleara buenas horas en cultivar la literatura. Ingresó a la Academia el 16 de marzo de 1896 y ocupó el sitio que dejó a su muerte don Francisco Pimentel. Dejó numerosas poesías, pero más se distinguió por sus obras teatrales, que fueron muchas. El teatro de su ciudad natal lleva su nombre. Murió en la ciudad de México a consecuencia de trombosis cerebral, el 18 de febrero de 1907.

El doctor Francisco C. Canale. Nació en Guaymas, Son., el 3 de noviembre de 1873. Era hombre de amplia cultura general y médica, con sólidas bases científicas y grandes cualidades humanas. Su producción literaria fue escasa, pero sus méritos le hicieron acreedor a ingresar a la Academia el año de 1915, y ocupó el sitio que tres años antes había dejado don Justo Sierra. Fue Tesorero de nuestra corporación desde 1915 hasta su fallecimiento. Murió en la ciudad de México, el 10 de octubre de 1934.

El doctor Enrique González Martínez. Nació en Guadalajara, Jal., el 13 de enero de 1871. Hizo sus estudios, incluso los profesionales, en su ciudad natal, donde recibió su título de médico en 1893. Desde estudiante llevó a cabo activísimas labores literarias y docentes. En 1908 fue nombrado Miembro Correspondiente de la Academia, en la cual fue individuo de número desde 1911, ya radicado en la ciudad de México. Fue Presidente del famoso Ateneo de la Juventud. Es imposible referir, aun brevemente, los cargos culturales, diplomáticos, docentes y políticos que desempeñó. De su labor literaria, abundantísima, *Los jardines de Francia* y *La muerte del cisne* bastarían para eternizar su memoria. Falleció en México el 19 de febrero de 1952 y sus restos descansan en la Rotonda de los Hombr

El doctor Francisco Castillo Nájera. Nació en Durango, Dgo., el 25 de noviembre de 1885. En 1913 se graduó en la Escuela Nacional de Medicina, en México. Espíritu inquieto, desde estudiante se dio a conocer por sus actividades literarias y políticas y sus dotes oratorias. Desde 1915 se distinguió como médico del Ejército Constitucionalista. Fue Director y reorganizador del Hospital Juárez, Jefe del Servicio Médico Legal y Profesor de esta asignatura. Fue Presidente de la Academia Nacional de Medicina. En China, Bélgica, Holanda, Suecia y Francia desempeñó el cargo de Ministro Plenipotenciario de México, y durante diez años el de Embajador en los Estados Unidos. En toda ocupación, en toda actividad, dejó abundante producción escrita, cuya publicación en conjunto sería de ingente utilidad para la historia literaria, científica y política de México. Ingresó a la Academia el 27 de septiembre de 1946. Su vida, que debe ser objeto de un verdadero estudio, terminó el 21 de diciembre de 1954.

ACADÉMICOS DIPLOMÁTICOS

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

La tarea con que esta Academia me ha honrado me obliga a un resumen tal, que apenas podré hacer una escueta mención de nombres y muy breves alusiones a los servicios que tantas eximias personalidades prestaron a México en el campo de las relaciones internacionales.

Y no puede ser de otra manera, por dos poderosos motivos: es el primero que, por un lado, se tropieza con la cautela que tradicional y justificadamente se mantiene para no divulgar lo que atañe a negocios internacionales, lo cual limita mucho la consulta de fuentes directas, y por otra parte, aun en los casos de los académicos diplomáticos que han dejado escritas sus memorias, es poco lo que dicen para juzgar de su labor diplomática, sin duda porque la responsabilidad, el cuidado y el hábito profesional imponen al diplomático tal reserva que, como decía alguna vez un amigo de larga carrera, ya desaparecido, terminada una gestión diplomática no conviene volver a tratarla ni consigo mismo.

El otro motivo es la necesidad de ceñirme a tan poco tiempo, en contraste con el gran número de académicos que han sido diplomáticos, pues no menos de la tercera parte de los académicos de número y considerable proporción de los correspondientes desempeñaron tareas diplomáticas, ya profesional o ya esporádicamente; y es de advertir que este curioso fenómeno prosigue hasta hoy, pues ahora también al menos una tercera parte de los actuales miembros de esta institución nos hemos visto, unos de modo habitual y otros ocasionalmente, honrados con servir a nuestro país en cuestiones internacionales. Voy a referirme solamente a los académicos ya desaparecidos, porque en la celebración de este nonagésimo aniversario de la Academia, me parece más propio tratar de quienes en el pasado le han dado lustre y honor.

De los once Directores que, precediendo al actual, ha tenido esta Academia, seis de ellos ocuparon cargos diplomáticos, y es justo mencionarlos primero.

Don Ignacio Mariscal ha sido, sin duda, el académico de más larga, más difícil y más responsable carrera diplomática: desde 1863 en que se encargó de la Oficialía Mayor de Relaciones, pasó por Washington y Londres, ocupó tres veces el puesto de Secretario de Relaciones Exteriores, la última durante veinticinco

años, hasta que murió en ese puesto en 1910. Prácticamente llevó el peso de toda la política exterior de México durante casi medio siglo; son muchos los tratados e innumerables las negociaciones que hubo de firmar; ni mencionarlos es posible; lo que de él se ha dicho es muy insuficiente y sería menester un grande y minucioso estudio para examinar su enorme labor.

Don Justo Sierra apenas si en sus últimos días se asomó a la diplomacia y don José López Portillo y Rojas se encargó, fugazmente, de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Don Joaquín Casasús fue más jurista que diplomático, pero cumplió con el cargo de ser el Agente de México ante los árbitros que conocieron del caso del Chamizal, en 1911.

Diplomático de carrera fue don Federico Gamboa; misiones muy delicadas tuvo que desempeñar en Guatemala, en Washington y al frente de nuestra Cancillería, en todas ellas actuó con gran valor y con gran dignidad, en honra de México y de él mismo.

También de modo profesional y largamente sirvió la carrera don Alfonso Reyes, poniendo al servicio de su representación el renombre que iba conquistando y enalteciendo con su pluma.

Académicos muy distinguidos en cuestiones internacionales fueron don Genaro Fernández Mac Gregor, cuya labor en la Comisión de Reclamaciones tuvo el aplauso de internacionalistas ilustres; don Enrique González Martínez quien, como Reyes, dio brillo a sus misiones diplomáticas con sus altas dotes de poeta; don Francisco Castillo Nájera, que en el decenio 1935-1945, con gran acierto defendió los intereses de México en los ominosos momentos de la expropiación del petróleo y de la segunda guerra mundial; don Isidro Fabela, siempre en ardua lucha contra las presiones y las abusivas pretensiones que los gobiernos fuertes ejercen internacionalmente contra los pueblos débiles. Todos ellos esgrimiendo el derecho con valor y habilidad y escudados en los principios de la justicia, armas no siempre eficaces contra los poderosos pero las únicas posibles para los diplomáticos mexicanos, cuyas tareas distan mucho, en la realidad, del oropel y de la frivolidad que a veces ante la opinión suelen aparentar.

¿Y cómo no recordar a tantos otros, que en tiempos y lugares diversos representaron y gestionaron en misiones muy diferentes? Don Balbino Dávalos, don Juan B. Delgado, don Victoriano Salado Álvarez, don Alfonso Teja Zabre, don José de J. Núñez y Domínguez, don Juan de Dios Peza, don Manuel G. Revilla, don Alberto María Carreño, don Ignacio Aguilar y Maroch, don Sebastián Lerdo de Tejada, don José María Marroqui, don Antonio de la Peña y Reyes, don Julio Jiménez Rueda, don Emilio Rabasa, don Antonio Caso, don Manuel Sánchez Már-mol, don Artemio de Valle-Arizpe, don Rubén Romero, don Antonio Mediz Bolio, don Alfonso Cravioto, don Victoriano Agüeros.

He mencionado sólo académicos de número y aún temo haber omitido alguno. ¿Y los académicos correspondientes? En la imposibilidad de referirme a todos, quiero citar sólo dos nombres particularmente ilustres: el de don Genaro Estrada, eficazísimo en el trámite, hábil en la gestión; el otro, y será el último, don Amado Nervo, cuya personalidad literaria fue su mejor apoyo para su misión de acercar nuestro país a los pueblos extranjeros, y cuya muerte dio ocasión a un estrechamiento de lazos y a un verdadero homenaje a México y a su representante; paradigma clarísimo de cuánto puede el cultivo de las letras favorecer las mejores tareas diplomáticas.

Numerosos, valiosos, brillantes, han sido los servicios prestados a México, en el campo del derecho de las relaciones internacionales, por miembros de esta institución. Justo es recordarlos ahora, porque el haber servido a la patria es honra de los que lo hicieron y ese honor recae en esta Academia, que lo recibe y proclama con gratitud y con orgullo.

LOS ACADÉMICOS HUMANISTAS

Por don RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Además de la universal concepción del humanismo, que encuentra en la cultura clásica grecolatina la expresión de los valores humanos en su más alta significación, y en su estudio el camino más afortunado para llegar a la rectitud de la conducta, y por medio de ella, a la realización de la dignidad y la libertad del hombre, además de esta concepción universal, el humanismo mexicano tiene, desde sus orígenes, la peculiaridad de dirigirse hacia una vivificación de esa cultura, adaptándola a los problemas modernos de nuestro país, y convirtiéndola en un instrumento actual y efectivo de formación de la conciencia de nuestros hombres.

Los humanistas que han pertenecido a esta Academia —y son tantos que la sola enumeración de sus nombres y algunas de sus obras agotaría sobradamente el tiempo de que ahora dispongo para hablar de ellos— siguen todos, de modo invariable, esa dirección educadora y, por ende, creativa.

Todos ellos, tanto los de criterios laicos como los de formación religiosa, situados como en flancos distintos de una misma montaña, miran siempre hacia la misma cumbre, y hacia ella se esfuerzan. Desde Pagaza y Montes de Oca hasta Valdés y Garibay; desde Vigil y Casasús hasta Reyes, han procurado el empleo de la cultura grecolatina como un instrumento que concilie el modelo supremo del hombre clásico con la realidad fundamental del hombre mexicano.

“Quien desde la escuela aprende... a escoger lo mejor..., es seguro que en su vida religiosa, moral, social y política, no despreciará los dogmas por vanas teorías, no abandonará la justicia por los placeres, no correrá en pos de utopías, ni predicará principios disolventes”, escribía Ipanandro Acaico, y agregaba: “Tengo la convicción de que hago obra meritoria ante Dios y ante los hombres, con presentar a la juventud mexicana buenos modelos que formen su gusto, y la aficionen a lo serio, a lo sólido, a lo verdaderamente bello, primero en literatura, y después en las ciencias y en la vida real.” Casasús, por su parte, lamentando que la educación positivista hubiera arrancado a los jóvenes los eternos modelos de la literatura clásica, teme “que la juventud misma haga alarde de desdenar o que en realidad desdeñe las útiles lecciones que con su estudio hubiera podido obtener”,

y se afana por demostrar “que bien se compadecen los nuevos cánones que sirven de base a la instrucción moderna, con el estudio de las letras clásicas”. Gabriel Méndez Plancarte habla de “un humanismo «humano» vivo e integral, que eleva a un primer plano la consideración de la persona humana y de su valor trascendente, con todas las consecuencias fecundas que de tal consideración se desprenden en el campo social”, mientras Octaviano Valdés busca en la modernidad de Horacio mensajes de libertad vital y artística, y Alfonso Reyes, al querer “el latín para las izquierdas”, quiere también “las Humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono”, el alimento humano, “hecho para varoniles templanzas”, que mantenga inamovibles las raíces de nuestro espíritu nacional.

Ésa es la manera como la obra de nuestro humanismo concibe el modelo clásico del hombre. Así, dechado ellos mismos, lo han concebido los humanistas que han honrado y enriquecido nuestra Academia. Esto es, la cultura clásica como la principal herramienta moderna de la educación, y esa educación como el único medio de dotar al hombre de este México actual, con la firmeza del rostro y la sabiduría del corazón.

LA ELOCUCENCIA EN LA ACADEMIA

Por don SALVADOR AZUELA

Con parquedad, pero siempre presente, la elocuencia ha estado representada en nuestra casa. El tipo tribunicio que escoge es apto para usar la palabra, tanto en forma oral como escrita. Quizás de modo no deliberado, influyen las objeciones a un género literario que la filosofía del arte tilda de impuro.

Don Sebastián Lerdo de Tejada, de la generación liberal de la Reforma, es famoso por la fuerza dialéctica y la capacidad de comunicar emociones, en el dominio de las más diversas formas tribunicias, con excepción de la oratoria sagrada. Humanista cabal, el obispo Ignacio Montes de Oca, a quien la leyenda atribuye la anécdota de que antes de pronunciar un sermón, hubo de dirigirse a los dignatarios eclesiásticos que presidían la ceremonia, para preguntar en qué idioma deseaban que hablara; era un príncipe de la cultura mexicana.

Las oraciones de don Justo Sierra parecen cinceladas en mármol. En la cátedra y en el parlamento alcanzó magistral autoridad. Y en la Universidad que fundó don Justo, su discípulo don Antonio Caso rescató a la filosofía para llevarla a su función directora. En todos los empeños intelectuales que realizó Caso, puso un fervor que contagiaba a sus oyentes, con el ímpetu de la elocuencia.

Don Francisco Elguero y don Luis María Martínez, ambos de Michoacán, se aparejan en el cultivo de las humanidades. Elguero enseñó con brillo, elocuencia forense, y dijo vibrantes discursos políticos y literarios, arengas y conferencias sobre temas teológicos. La palabra de don Luis María Martínez era sincera y honda; poseía una especie de poder magnético que subyugaba a su auditorio.

En el grupo parlamentario del Cuadrilátero, al lado de Querido Mohenó y de José María Lozano, se ubica a Francisco M. de Olaguíbel y a Nemesio García Naranjo. De la escuela literaria modernista, Olaguíbel fue maestro de la ironía y la emoción. García Naranjo hablaba con la tropical elocuencia con que escribía y conversaba.

Orador que gustaba de las imágenes en sus discursos, que parecían cincelados, se destacó en el Congreso de la Unión y en la tribuna académica Alfonso Cravioto, espíritu sensible a las artes plásticas. La musicalidad de Alfonso Teja Zabre nace,

como en Cravioto, en Olaguibel y en García Naranjo, de su temperamento de poeta, que se manifiesta en el medio forense y en la enseñanza universitaria.

Grandeza y miseria de la elocuencia, ella obra bajo los dictados circunstanciales del auditorio y se enaltece por la lealtad a la palabra estricta y bella.

NARRADORES EN LA ACADEMIA

Por don ALÍ CHUMACERO

A la Academia Mexicana han pertenecido y pertenecen narradores que representan todas las maneras de concebir y tratar el arte literario. A lo largo de noventa años, en su recinto se han dado cita escritores que provienen de la diversidad de estilos e intenciones característicos de las diversas escuelas, corrientes y tendencias que han predominado en nuestra literatura. Acaso algunos hayan sido académicos de acuerdo con la significación peyorativa del término, pero los más han ostentado ese título con el derecho que les otorga la calidad de su obra creadora, y no han faltado quienes, sin ser dechados de perfección formal, han contribuido con su presencia a que la institución se convierta simplemente en un ámbito que contiene la síntesis de un género artístico que por igual engloba la novela, el cuento y el relato. Así, en 1878, ingresó en ella Anselmo de la Portilla, español nacido en 1816, y de quien el Congreso Mexicano declaró que "había merecido el bien de México". Resabios de romanticismo habrán de perdurar en su olvidada novela *Virginia Stewart*, tan acentuados como los que sobrevivirían en académicos posteriores: Manuel Sánchez Mármol, Manuel Payno, Justo Sierra, Porfirio Parra, José María Roa Bárcena. *Juanita Souza*, del primero de los enumerados; *Los bandidos de Río Frío*, de Payno; los cuentos del tercero de ellos, y *Pacotillas*, de Parra, confirman esta aseveración, no obstante su actitud inclinada a hacer que la pureza del sentimiento se dé la mano con el afán de incorporar nuestras costumbres a la expresión literaria. El realismo, todavía aureolado por aires románticos, es significativo en José López Portillo y Rojas, que da un paso más allá del estilo aún conformista de José Peón y Contreras, y un paso más acá de las novelas precursoras de Emilio Rabasa que, como "pecado de juventud", había escrito algunas de las obras de mayor relieve en la historia literaria nacional. Al nacimiento franco del realismo, a menudo hermanado con el regionalismo, la Academia acoge a Rafael Delgado, a Federico Gamboa, a Cayetano Rodríguez Beltrán, tardíamente a Salvador Cordero, a Victoriano Salado Álvarez, que descubren facetas de la vida social. El último de ellos se desbordó hacia la recreación novelesca de la historia mexicana y, con prosa de tono antimodernista, "de leve dejo arcaico", analizó desde dentro hechos y anécdotas de singular interés. A su lado, los *Cuentos nerviosos* de Carlos

Díaz Dufoo señalan nuevas formas que, antes que lo tradicional, prefieren percibir el encanto de lo extraño.

Narradores han sido otros académicos posteriores: Isidro Fabela, que en un principio hizo sus armas literarias en el relato costumbrista y luego contó las experiencias de su juventud en el extranjero; José Vasconcelos, autor de cuentos donde se juntan el vigor descriptivo con la emoción del peligro; Genaro Fernández Mac Gregor, especializado en la crítica literaria; Antonio Mediz Bolio, descubridor del mundo maya; Carlos González Peña, novelista; Alfonso Teja Zabre, aficionado a lo exótico en *La esperanza* y *Hatiké*; Alfonso Reyes, uno de los introductores de lo fantástico en la literatura moderna de lengua española; José Rubén Romero, costumbrista y revolucionario; Julio Jiménez Rueda, aficionado al buen humor en *Las desventuras del Conde Kadski*, y Teodoro Torres, que apreció la Revolución desde la orilla de los hombres que entonces emigraban. Y, en fin, los representantes de las varias tendencias del género que hoy dan esplendor a la Academia Mexicana cuya misión consiste, principalmente, en dar esplendor a nuestra lengua.

LOS HISTORIADORES DEL ARTE EN LA ACADEMIA

Por don JUSTINO FERNÁNDEZ

De los variados campos de la cultura humanista que han cultivado los señores académicos, no es el menos importante el de la historia y la crítica del arte. Ante la imposibilidad de considerar, aquí y ahora, a todos aquellos que con mayor o menor asiduidad han contribuido a enriquecer esas disciplinas, mi propósito es poner de relieve, así sea brevemente, a cuatro distinguidos historiadores.

Don José Bernardo Couto (1803-1862) fue correspondiente de la Real Academia Española y es bien conocido como jurista y diplomático, pero sobre todo su nombre ha quedado en nuestra historiografía del arte por su famoso *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, que escribió uno o dos años antes de su muerte. En realidad, el *Diálogo* se refiere a la pintura colonial, tema de su predilección, pues él había organizado las galerías de la antigua Academia de San Carlos. Además de haber sido el primero en dar una visión coherente de la historia de ese periodo, lo hizo con un lenguaje elegante y ameno. Su *Diálogo* es el inevitable punto de partida para todo otro estudio del asunto.

También don Manuel G. Revilla (1864-1924) tuvo, como Couto, diversas actividades, mas su recuerdo queda en nuestra cultura como el del primer historiador de las artes plásticas, porque su obra *El arte de México*, editada en 1893 (la segunda edición apareció en 1923, el año anterior a su muerte), abarca el arte prehispánico y el colonial, pero, además, gracias a otros de sus escritos, su visión se amplía y completa hasta los años anteriores a la Revolución. Sus Biografías de artistas del siglo XIX son indispensables para el estudio del arte moderno mexicano. No sólo fue historiador y crítico del arte sino también un teórico de la estética.

A los anteriores académicos sigue en el tiempo y en la historia el maestro don Manuel Toussaint (1890-1955). Fue la máxima autoridad en el conocimiento del Arte de la Nueva España y uno de los primeros en descubrir sus valores. La importancia de Toussaint consiste en haber cifrado sus estudios en datos precisos, provenientes de documentos inéditos y de investigaciones realizadas en archivos. Pero no se quedó ahí, pues se afanó por visitar los monumentos y hacer estudios directos de las obras de arte; con fina sensibilidad hizo interpretaciones de excelen-

te sentido crítico. Entre sus diversos trabajos quedan en la historia, y difícilmente serán superados, *Arte colonial en México*, *Paseos coloniales*, *Pintura colonial en México*, de próxima aparición, y la monografía sobre la *Catedral Metropolitana y el Sagrario*.

La personalidad de don Manuel Romero de Terreros (1880-) es inconfundible en los estudios del arte de la Nueva España y del siglo XIX. Su obra se caracteriza por haber abarcado múltiples aspectos del arte y de la vida de los tiempos coloniales, y en conjunto forma una visión imprescindible y sin paralelo. Con agudeza de crítico identificó las obras del pintor Alfonso López de Herrera y ha hecho observaciones valiosas para la historia de la pintura. *Las artes industriales en la Nueva España*, sus libros sobre *Arte colonial*, y tantos otros trabajos de su vasta producción lo acreditan como un infatigable investigador. Don Manuel Romero de Terreros cumple este año sesenta de escritor y me es grato rendirle homenaje con admiración y afectuosa amistad.

Las obras de los cuatro académicos aquí considerados significan, cada cual con sus méritos, las aportaciones de mayor valía a la historia del arte mexicano.

V CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Quito, Ecuador, 24 de julio al 1º de agosto de 1968.

PARTICIPACIÓN DE LA ACADEMIA MEXICANA

Asistieron, en representación de la Academia Mexicana, el Director don Francisco Monterde y el académico don Alfonso Junco.

Se publican en seguida las ponencias presentadas.

ACADEMIA MEXICANA

Ponente:

FRANCISCO MONTERDE

Con el fin de que en todos los Congresos de Academias de la Lengua las ponencias se ajusten a alguno de los puntos contenidos en el temario que previamente se dé a conocer, y los ponentes puedan agruparse para trabajar durante el Congreso, según los temas respectivos afines, se propone:

Que la fecha en que haya de efectuarse el Congreso se dé a conocer con la necesaria anticipación y el temario circule unos seis meses antes de la fecha fijada para la realización del mismo.

ACADEMIA MEXICANA

Ponente:

FRANCISCO MONTERDE

Con el propósito de que se asegure la continuidad de las tareas emprendidas y no haya interrupción alguna en la celebración periódica de Congresos de la Lengua Española, se sugiere:

Que al aprobarse la sede del VI Congreso de Academias, a continuación se designe otra de las Academias para sustituir a aquélla, en caso de que, por causas imprevisibles de fuerza mayor, no pudiese efectuarse en la designada inicialmente, al expirar el término fijado, el próximo Congreso de Academias.

¿CÓMO NOS LLAMAMOS?

Siempre es bueno saber uno su nombre. Más, si es persona de viso. Y ahora estamos nosotros con todos los reflectores en la cara, por aquello de que América es el continente joven y anchuroso, reserva para el futuro de la civilización occidental, donde la angosta y angustiada Europa puede hallar energía, proyección y esperanza.

Y bien: ¿Cómo nos llamamos? ¿Cómo debemos llamarnos las gentes del Nuevo Mundo?

Puesto que el nombre de nuestro continente es América, todos los oriundos de él somos americanos. Esto es obvio y concluyente. Pero hay diferenciaciones indispensables. Y el uso no ha andado siempre del brazo con la propiedad.

Cuando nosotros fuimos Nueva España, y en grandeza y cultura marchábamos a la cabeza del hemisferio, era frecuente que, tomando la parte principal por el todo, nos llamáramos a nosotros mismos América.

“Levante América ufana la coronada cabeza”, decía en el siglo diecisiete, apostrofando a Méjico, Sor Juana Inés. Y al venir el movimiento insurgente, todavía nuestros caudillos y tribunos de entonces hablaban con anchurosa exaltación, de «la América», o, constriñéndose un poco, de «la América Septentrional».

En cambio, ahora que los vecinos del Norte marchan a la cabeza, es habitual que tomen para sí el nombre completo. Cuando ellos dicen, en inglés, “America”, significan los Estados Unidos: y ya es general que nosotros mismos, en el habla común, los distingamos por “americanos”, como si Méjico y todos los países del Sur no contaran en América.

Y aun cuando, queriendo limitar y concretar, les decimos “norteamericanos”, estamos concediéndoles la totalidad de “la América Septentrional” que antes se atribuían nuestros abuelos.

¿Propensión inconsciente del uso, que sin darse cuenta es cortesano y favorece al que predomina?

Pero la razón, la conveniencia de precisar, de diferenciar, de nombrar las cosas propiamente, reacciona.

¿Cómo debemos llamar a nuestros rubios primos?

Americanos, a secas, es demasiado grande: nos abarca a todos.

Norteamericanos, comprende a cuantos estamos en la América del Norte: así Méjico y el Canadá.

Saxoamericanos podría ser, por el origen sajón. Pero aquello está muy lejos, y además la designación étnica no parece oportuna tratándose del país —clásico *melting-pot*— en que se han mezclado, fundido y nacionalizado gentes de tantísimas procedencias.

Ya sin involucrar el nombre del continente, ocurren otras designaciones.

Desde luego estadounidenses —que en Colombia suelen contraer en *estadineses* para hacer más corto y manejable el vocablo— parece bien, porque arranca del nombre oficial del país: Estados Unidos de América. Mas la designación, un poco larga, no ha logrado mucho arraigo. Y hasta resulta que, por un remedio infelicísimo, tan artificial que nunca ha prendido en el uso, nosotros sobrellevamos el título oficial de “Estados Unidos Mejicanos”; y por allí vendríamos a parar también en estadounidenses.

Ante tanto embarazo para una exacta designación, algunos se han fijado en las iniciales: U.S.A. (*United States of America*), y han pensado en *usianos*. Sería breve e inconfundible, muy en consonancia además con el inicialismo que hoy prevalece: pero el artificioso nombrecito no ha prosperado.

Sí ha prosperado, en cambio, porque es tan natural como conciso, el nombre de yanquis. Propiamente yanquis (*yankees* en inglés), son, en familiar expresión, los nativos o habitantes de la Nueva Inglaterra. De allí se extendió a designar a los ciudadanos de Estados del Norte, y luego, con mayor generalización, a todos los de Estados Unidos. Ampliación convencional pero muy aceptable: es el tropo, cotidiano en cualquier lengua, de designar el todo por la parte. Ofrece la ventaja —indestructible— de la brevedad, y la desventaja —destructible— de que a algunos les puede sonar, aunque sin razón, despectivamente. Desventaja destructible, porque muchos escritores que usamos habitualmente ese vocablo, solemos juntarle honrosos adjetivos: “un yanqui ilustre”, “el admirable episcopado yanqui”, y así va desterrándose aun la sombra de cualquier prevención y arraigándose el uso recto y natural.

Para designar, pues, concreta y aisladamente al pueblo de los Estados Unidos, cabe el rápido y ya generalizado patronímico: yanqui. Pero si pensamos en su relación con el resto de América, quedaría lo que es propio y parece preferible:

angloamericano. Por una parte, el elemento de idioma y cultura: lo inglés; por otra parte, el elemento territorial: América.

Paralelamente, lo más propio y mejor para nosotros, tomados en conjunto, es hispanoamericanos. Hispanos por la lengua y el espíritu; americanos por lo aborigen y geográfico.

La frecuente designación de latinoamericanos, es más vaga y menos idónea. Merece eliminarse.

Latinos son los naturales del Lacio, en Italia, y, por extensión, los pueblos europeos que de aquella lengua —difundida por la Roma imperial— derivaron sus propios idiomas. Engloba, pues, la designación a franceses, italianos, etc. Y no hay por qué preferir lo ambiguo y difuso, cuando se tiene lo preciso y neto.

Para nombrar, para distinguir, para determinar en suma, hay que elegir lo que determina más, no lo que determina menos.

Hispánica es nuestra lengua, y el adjetivo no excluye lo portugués, idioma y sello del Brasil. Hispania era la totalidad de la península, y egregios lusitanos aceptan y toman para sí el nombre. Camoens llama a sus compatriotas, en el canto primero de los Lusíadas, “huma gente fortissima de Espanha”. El humanista André de Resende escribe: “Hispani omnes sumus”. Y Almeida Garret: “Somos hispanos, o devemos chamar hispanos aquantos habitamos a península hispânica”.

No hay por allí objeción. Cabemos todos los que estamos en la “América Española” o en “Hispanoamérica”.

En cambio, lo de América Latina —aparte su extensiva ambigüedad—, suena un poco a extranjero: *Latin American* o *Amérique Latine*, que parece esconder un nominal olvido —deseado o subconsciente— de lo más profundo y forjador de nuestra fisonomía: lo hispánico.

Iberoamericanos sería aceptable, aunque no tanto. Porque los iberos quedan lejísimos; porque no alcanzan a los lusitanos, que más bien se vinculan con lo celta, y porque cualquier designación étnica tiene inconvenientes fundamentales. Como en los Estados Unidos y con más razón que allá, es preferible desechar todo nombre de implicación étnica.

En el conglomerado de nuestros pueblos conviven las razas blanca, amarilla, negra, cobriza y sus mezclas. Hay muchos hispanoamericanos que no son, racialmente, ni españoles ni indios. Por eso no debemos llamarnos “indoespañoles”, si en ello queremos implicar el ingrediente étnico “indio”, aunque podríamos llamarnos así, si en ello sobrentendemos el ingrediente geográfico “Indias”, que equivale a América, con aquel viejo y linajudo nombre de pila en que curiosamente vino a perpetuarse el yerro inicial de Colón.

Lo intolerable, por angosto y zurdo, es aquello que tendenciosamente quieren algunos deslizar, de “indoamericanos” o “Indoamérica”, pues si se trata de Indias y de América, es albarda sobre aparejo; y si de indios, queda borrado todo lo

hispanico que nos caracteriza, y todo lo de otras razas incorporadas ya a nuestros pueblos.

Esto de las razas es negocio muy intrincado y abstruso. El propio racismo alemán lo declaraba, y al hablar de "los arios" no entendía con tal designación a los alemanes sólo, como generalmente se piensa: entendía a la vasta familia de los indoeuropeos.

En nuestro caso, ya el español de por sí era producto de una intensa complicación racial: iberos, celtas, romanos, griegos, cartagineses, germanos, árabes... Y con el inmenso mestizaje de nuestra América, la complicación llega a lo fantástico.

No conviene, pues, tomar elementos étnicos por base de nuestro nombre. Lo más cuerdo, sólido y exacto, es tomar, así para nuestros vecinos del Norte como para nosotros, un doble elemento: el de lengua (que lleva implícito el de cultura), y el de geografía.

Y así seremos, ellos, angloamericanos y Angloamérica; nosotros, hispanoamericanos e Hispanoamérica.

Esto, naturalmente, pensando en términos de relación colectiva y hemisférica. Porque, individualmente, con más breve eficacia nombraremos yanquis a los unos, y en cuanto a los otros no hay cavilación ni problema: mejicanos, ecuatorianos, brasileños, peruanos, argentinos... Todos estamos clara y católicamente bautizados.

ACADEMIA MEXICANA

Ponentes:

JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

DANIEL HUACUJA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

PRINCIPALES "PARCIALIDADES" O GRUPOS INDÍGENAS DE MÉXICO

AMUZGO. adj. Dícese del individuo del grupo étnico indígena que habita en la región conocida como la Costa Chica en los Estados mexicanos de Guerrero y Oaxaca. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma amuzgo, clasificado dentro del grupo lingüístico macro-mixteco.

AZTECA. adj. Nombre con el cual se designa al individuo descendiente de una tribu invasora y dominante de la familia náhuatl que hizo su aparición en la región central de México, posiblemente en el siglo XIII y llegó a preponderar en extensos territorios de diversas comarcas de los Estados mexicanos de Aguascalientes, Guerrero, Hidalgo, Morelos, Sinaloa, Tlaxcala, Puebla, Veracruz y Zacatecas, así como en el Distrito Federal. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo. || 3. m. Idioma azteca, conocido también como náhuatl o mexicano, de la familia uto-azteca.

COCAS. adj. Indígenas del Jalisco prehispánico, quienes todavía en la época de la dominación española ocupaban diversas regiones, particularmente la llamada Nueva Galicia. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo. || 3. Lengua coca, de la familia uto-azteca, con varias influencias taracahitas.

CORA. adj. Indígena perteneciente a un grupo étnico que habita en la parte meridional de la Sierra Madre Occidental entre los Estados mexicanos de Nayarit y Jalisco. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo al grupo citado. || 3. m. Idioma cora, de la familia uto-azteca.

CUICATECO. adj. Individuo de un reducido grupo étnico que habita en los distritos de Cuicatlán y Nochistlán, al noroeste del Estado mexicano de Oaxaca.

U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma cuicateco, de la familia macro-mixteca.

CHATINO. adj. Aplicable al indígena de un grupo étnico que habita en la región muy montañosa situada al suroeste del Estado mexicano de Oaxaca. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma chatino, de la familia macro-mixteca.

CHICHIMECA. adj. Individuo descendiente de una tribu primitiva, belicosa e indomable que, procedente del norte, llegó a establecerse en Texcoco. Después se mezcló con otros grupos de cultura más avanzada y se enseñoreó en tierras del centro del país. Actualmente se reduce a una zona del Estado mexicano de Guanajuato.

CHOL. adj. Indígena de un grupo étnico que habita en el Municipio de Palenque y zonas adyacentes en la región norte del Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma chol, de la familia maya.

CHONTALES. adj. Con este mismo nombre se conocen dos grupos diversos de indígenas: uno, de la familia maya, que habita en las zonas norte, occidental y central del Estado mexicano de Tabasco y otro, del grupo indígena uto-azteca, que radica en varios lugares de la sierra y la costa sur del Estado mexicano de Oaxaca. || 2. Perteneciente o relativo a estos grupos étnicos. || 3. Idioma chontal, de la familia maya, en el caso de los nativos del Estado de Tabasco, y de la familia uto-azteca en el usado por los oriundos del Estado de Oaxaca.

HUASTECO o HUAXTECO. adj. Se aplican estas designaciones al grupo étnico indígena que habita en una región bastante fértil y ricamente dotada de pastos y de bosques llamada Huasteca, la cual abarca la parte noroeste del Estado de Veracruz y sus colindancias con los Estados de San Luis Potosí, Hidalgo y Tamaulipas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma huasteco, de la familia maya.

HUAVE. adj. Indígena del grupo étnico macromixteco que habita principalmente en los distritos de Juchitán y Tehuantepec, en el Estado mexicano de Oaxaca. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma huave, de la familia macro-mixteca.

HUICHOL. adj. Individuo de un grupo étnico que se conserva sin ninguna mezcla y tiene su asiento en algunos municipios enclavados en la Sierra Madre Occidental, al noroeste del Estado mexicano de Jalisco y en parte, aunque pequeña, de los Estados de Nayarit y Zacatecas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma huichol, de la familia uto-azteca.

LACANDONES. adj. Indígenas de un grupo étnico que tiende a extinguirse; descende de la familia maya y vive de la agricultura, la caza y la pesca en las selvas del noroeste del Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma lacandón, de la familia maya.

MAME. adj. Indígena integrante de un grupo étnico cuyo principal núcleo radica en territorio guatemalteco y se extiende por el distrito de Soconusco, del Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma mame, de la familia maya.

MATLATZINCA, MATLALZINGA o MATLALCINCA. adj. Individuo de un grupo étnico de la familia otomí que habitó en el Valle de Toluca y fundó la ciudad del mismo nombre; después se diseminó y va desapareciendo. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a ese grupo.

MAYA. adj. Individuo de un importante pueblo indígena de origen muy remoto que en la época precolombina ocupó casi toda la costa oriental de México, desde el Estado de Tabasco hasta el de Tamaulipas. Hoy se encuentra en la Península de Yucatán, en los Estados de Campeche, Tabasco y Chiapas y en el Territorio de Quintana Roo. Por las exploraciones efectuadas se han descubierto restos arquitectónicos y piezas de cerámica que revelan el alto desarrollo social y artístico alcanzado por estos hombres y son demostraciones evidentes de una gran cultura prehispánica. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma maya, de la familia lingüística del mismo nombre.

MAYO. adj. Indígena del grupo étnico que habita principalmente en las márgenes del río del mismo nombre en el Estado mexicano de Sonora y en la región norte del Estado de Sinaloa. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a ese grupo. || 3. Idioma mayo, de la familia uto-azteca.

MAZAHUA. adj. Indígena del grupo étnico otomí que se localiza en la región noroeste del Estado de México. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma mazahua, de filiación otomí.

MAZATECO. adj. Individuo de una tribu que pobló y continúa viviendo en la región norte del Estado mexicano de Oaxaca. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma mazateco, de la familia lingüística macro-mixteca. || 4. Mazateco se llama también al oriundo del puerto de Mazatlán, Sin.

MIXE. adj. Aplícase al integrante de un grupo étnico, indómito, diseminado en las estribaciones montañosas del Nudo del Zempoaltépetl, en el Estado mexicano de Oaxaca y se extiende por el oeste de Chiapas y el sur de Tabasco. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma mixe, de la familia macro-maya.

MIXTECO. adj. Individuo de un importante grupo indígena de amplia cultura prehispánica. Según indicios arqueológicos, alcanzaron notables adelantos en pintura y orfebrería. En la actualidad los mixtecos son esencialmente agricultores y elementos de trabajo muy valiosos. Se encuentran esparcidos en tres zonas conocidas como Mixteca Alta, Baja y de la Costa en el Estado mexicano de Oaxaca, y las tierras pobladas por ellos se extienden a los Estados de Guerrero y Puebla. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Lengua mixteca, clasificada dentro del grupo macro-mixteco.

NÁHUATL. pl. Nahuas. adj. Así son llamados los integrantes de varios grupos indígenas que habitan en la región sur del Distrito Federal y en los Estados de Morelos, México, Puebla, Tlaxcala, San Luis Potosí, Jalisco (en esta Entidad son llamados CASCANOS, en algunas regiones, y TOCHOS, en otras), Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Chiapas, de la República Mexicana. Los estudios arqueológicos e históricos realizados comprueban la elevada cultura precolombina alcanzada por este pueblo. Disponían de una complicada organización política, social y religiosa que subsiste en algunos grupos nahuas y poseyeron un sistema de escritura pictórico e ideográfico, y en parte fonético, muy importante. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma náhuatl, azteca o mexicano, de la familia uto-azteca.

OTOMÍ. adj. Miembro del importante grupo étnico indígena, que habita en el suroeste del Distrito Federal y en diversas regiones de los Estados mexicanos de Guanajuato, Hidalgo, México, Michoacán, Morelos, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Tlaxcala y Veracruz. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma otomí, de la familia de igual nombre.

PAME. adj. Individuo de un reducido grupo étnico indígena que vive en las estribaciones de la Sierra Gorda del Estado mexicano de San Luis Potosí y en los límites del Estado de Querétaro. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma pame, de la familia macro-otomangue.

PÁPAGO. adj. Indígena de un grupo étnico reducido que habita en la región noroeste del Estado mexicano de Sonora y también al sur del Estado norteamericano de Arizona. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma pápago, de la familia uto-azteca.

POPOLOCA. adj. Se aplica este nombre a personas de dos grupos étnicos distintos. Uno de ellos habita en la región Central del Estado mexicano de Puebla; el otro, en las estribaciones de la Sierra de los Tuxtlas, al sur del Estado mexicano de Veracruz. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a estos grupos étnicos. || 3. m. Idioma popoloca, de la familia macro-otomangue, en el caso de los nativos del Estado de Puebla, y de la familia zoqueana en el caso de quienes habitan en la zona sur del Estado de Veracruz.

SERI. adj. Indígena de recia complexión que pertenece a un limitado grupo étnico refractario a la civilización y habita en la región central de la costa del Estado mexicano de Sonora y en la isla adyacente llamada del Tiburón, en el Golfo de Cortés. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma seri, de la familia macro-yumana.

TARAHUMARA. adj. Individuo del grupo étnico indígena que habita en la Sierra del mismo nombre, que es parte de la Sierra Madre Occidental, al sureste del Estado mexicano de Chihuahua y, además, en las zonas adyacentes del Estado de Durango. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma tarahumara, de la familia uto-azteca.

TARASCO. adj. Miembro de un importante grupo étnico que durante la época prehispánica desplegó avanzadas manifestaciones de cultura y en la actualidad vive en la región noreste del Estado mexicano de Michoacán. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma tarasco, de filiación no precisada, hasta ahora.

TEPEHUANO. adj. Individuo de la familia uto-azteca que habita a lo largo de la Sierra Madre Occidental, en diversos lugares de los Estados mexicanos de Chihuahua, Durango y Nayarit. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma tepehuano.

TLAPANECO. adj. Indígena del grupo étnico que habita en la Sierra Madre del Sur, en el Estado mexicano de Guerrero y en algunas zonas de la Costa Chica del mismo Estado. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. Idioma tlapaneco, de la familia macro-maya.

TOJOLABAL. adj. Individuo de un grupo de la familia maya que habita en amplia zona al suroeste del Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma tojolabal.

TOLTECAS. adj. Indígenas integrantes de un grupo de filiación náhuatl poseedor de esplendorosa civilización propia. Sus componentes peregrinaron del norte al centro de México y fundaron un importante estado político con su ciudad capital en Tula, Hidalgo. Allí son admirados aún los vestigios de sus grandes creaciones culturales, principalmente arquitectónicas, escultóricas, pictóricas y de cerámica. La dispersión de este pueblo ocurrió probablemente a mediados del siglo XI de nuestra era.

TOTONACOS. adj. Individuos pertenecientes a un importante grupo étnico que antes de la conquista alcanzó muy altos planos en el campo de la cultura. Ocuparon extensa zona en el territorio que en la actualidad constituye el Estado de Veracruz y parte del de Puebla, comarcas en donde sus descendientes siguen viviendo. Los aztecas llegaron a someterlos y es marcada la influencia que sobre ellos ejercieron

en lo relativo a costumbres, religión y organización social. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma totonaco, de la familia macro-maya.

TRIQUES o **TRIQUIS**. adj. Individuos del grupo étnico indígena que habita en la Alta Mixteca, al norte del Estado mexicano de Oaxaca. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma trique o triqui, de la familia macro-mixteca.

TZELTAL. adj. Se aplica este nombre al individuo de un grupo étnico de filiación maya que conserva huellas de elevada cultura prehispánica y que habita en las tierras altas del Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo. || 3. m. Idioma tzeltal.

TZOTZIL. adj. Individuo de un grupo de la familia maya que habita en la región montañosa cercana al Nudo de Huitepec, en el Estado mexicano de Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma tzotzil, de la familia maya.

YAQUIS. adj. Indígenas vigorosos, inteligentes e indómitos muy extendidos en las regiones fértiles del Estado mexicano de Sonora regadas por el río Yaqui. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma yaqui, de la familia uto-azteca.

ZAPOTECAS. adj. Constituyeron uno de los núcleos étnicos más importantes por su civilización y poderío. Los hombres que lo integraron eran de robusta complexión y muy inteligentes; las mujeres, gentiles y bellas. Los monumentos que nos legaron son notables y de ellos se admiran vestigios interesantísimos en Mitla y en Monte Albán. Las exploraciones efectuadas han permitido descubrir objetos ornamentales bellísimos de oro, marfil y jade de gran valor artístico. Los zapotecas habitan principalmente en la Sierra, el Valle y el Istmo, en el Estado de Oaxaca, aunque existen otros pequeños grupos en los Estados de Veracruz, Guerrero y Chiapas. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma zapoteco, de la familia macro-mixteca.

ZOQUE. adj. Individuo de un grupo indígena de la familia maya que en una época formó un estado independiente de alguna importancia; posteriormente sus integrantes fueron sometidos por otros pueblos y actualmente viven diseminados en varias regiones de los Estados mexicanos de Chiapas, Oaxaca y Tabasco. U.t.c.s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo étnico. || 3. m. Idioma zoque, de la familia zoqueana.

DON FEDERICO GAMBOLA*

Por don ALBERTO JORDA

El día 22 de diciembre (1964) se cumplían dos años del nacimiento de don Federico Gambola.

HOMENAJES

Kandela es la voz que se levanta en la forma y la idea a la singuliridad heroica de su primer libro, *Don Amador*, personificado como un desafío que va de niño a niño de generaciones. Y se repiten en adelante, al explicar ese libro, otros los mil fallos del mundo: mudanzas, guerra, la noche y el día, el amor de infancia, y el compromiso entre el niño y la Academia de la literatura.

Porque en la casa donde vive de niño a su abuelo, vive el Píndaro, el más —don gambola del padre de la memoria— "como una animal con dos alfileres en la su cabeza, siempre a su lado", que "los llaman la Puma y la Andorra". Son dones, una relación con Venezuela y "un poco como el se desvía y se desvía, pero sin perder, aunque se los llaman de cuando para un año de la".

Todos esos años le escribe el journal don Federico a la Academia y otros muchos años el año la España le mandó su correspondencia y otros después el año de la Hispania, para convertir el año —de 1923 a 1929— en se dio con vitalidad y se representaron ejemplos.

En su angustia con el mundo, los niños —algunos los guatemaltecos, que están entre por la época de don Alejandro Quijano, de Rubén Rumbos, de Carlos Fernández Mac Gregor—, y los don Federico el año, el año, el amor de la grande de la Academia. Y con de grande se el año por el mundo: que los don Federico los años de cuando de su vida, el año de cuando de su vida, el año de cuando de su vida.

Don Federico es la Academia... porque la Academia no es la que se puede llamar. "De la Academia, don Federico", cuando, en la Academia, don Federico, don Federico, y muchos la han cuando muy a la vida y vida en el se se repiten por el mundo de la Academia. Lo que se el se que la Academia es cuando en cuando de cuando don y repiten, repiten al año cuando y cuando en cuando repiten cuando. En un mundo de cuando de la

* Don Federico es la Academia... porque la Academia no es la que se puede llamar.

DON FEDERICO GAMBOA *

Por don ALFONSO JUNCO

El día 22 de diciembre (1964) se cumplieron cien años del nacimiento de don Federico Gamboa.

Rondaba él los veinticuatro cuando en 1888 puso firma y fecha a la alegórica introducción de su primer libro, *Del Natural*, presentándolo como un chiquillo que va de visita a casa de cumplimiento. Y es sorprendente advertir, al repasar ese libro, cómo las calidades del novelista auténtico aparecen ya hechas y derechas en el mozo de entonces, y es cosquilleante notar cómo la Academia le hacía cosquillas.

Porque en la casa adonde lleva de visita a su chico, vive el Público, el cual —son palabras del padre de la criatura— “tiene gran amistad con dos señoras de su posición, siempre a su mesa”, que “se llaman: la Prensa y la Academia”. Son duras, son volubles, son vengativas, y “aunque entre sí se detestan y se despedazan sin piedad, siempre se las encuentra de acuerdo para un auto de fe”.

Todas esas cosas le soltaba el juvenil don Federico a la Academia; y miren ustedes cómo al año la Española lo nombró su correspondiente, y vino después al seno de la Mejicana, para convertirse al cabo —de 1923 a 1939— en su director vitalicio y su representación ejemplar.

En su acogedora casa efectuábanse las sesiones —salvo las gastronómicas, que solían correr por la opípara cuenta de Alejandro Quijano, de Rubén Romero, de Genaro Fernández Mac Gregor—, y era don Federico el eje, el alma, el centro de gravedad de la Academia. Y esto de gravedad no se dice por estiramiento: que huelga ponderar las ágiles travesuras de su charla, el fluir delicioso de su anecdotario, la anchura jovial de su cortesía.

Don Federico era la Academia... porque la Academia no es lo que se suele fantasear. “De las Academias, libranos Señor”, clamaba, en lírica humorada, Rubén Darío, y muchos lo han tomado muy a lo serio y hasta no sé si se suponen genios por abominar de las Academias. Lo que yo sé es que la Mejicana no constituye un conciliábulo de señores tiesos y cejijuntos, cerrados al aire exterior y desvelados en disparar lingüísticos anatemas. Es un recinto de escritores de la

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 29 de enero de 1965.

más varia fisonomía, que no se mutilan, ni se deterioran, ni se apergaminan al entrar.

Claro que, dentro o fuera de la Academia, cada quien es lo que es, y nada más. Claro que aquí ni son todos los que están ni están todos los que son. Pero ciertamente fulge en nuestra Academia —y me restringo a los tiempos de Gamboa— la mayoría de los nombres más preclaros de Méjico: Enrique González Martínez, Carlos Pereyra, Antonio Caso, Mariano Cuevas, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes, Ezequiel Chávez, José Vasconcelos, Artemio de Valle-Arizpe, José Elguero.

Gente toda ella activa y en plenitud, generalmente no muy dada al melindre gramatical y filológico, porque sabe que el escritor de raza se mueve con holgura en el campo vivo del idioma, y conoce que el mensaje de los clásicos —singularmente de los clásicos españoles— no es un mensaje de acartonamiento, sino de audacia y personalidad.

Gente que llega de todos los rumbos del pensamiento y de la vida, porque nuestra Academia es lección y espejo de tolerancia, semillero de civilizada concordia, en que amigablemente departen el antiguo y el moderno, el heterodoxo y el católico, vinculados por recíprocas normas de respeto y por afines móviles de cultura.

Y aquí don Federico resultaba foco y suma natural de la Academia: porque en él condensábanse todos los dones de gentileza, de hidalguía, de hospitalidad intelectual y cordial que hacen apetecible y apacible la humana convivencia. Muy viajado y muy aireado, hecho al trato con gentes y costumbres del más vario linaje, recto sin rigidez y flexible sin torcedura, nada ponía en azoro ni encrespamiento su generosa y sosegada comprensión.

La sonrisita maliciosa y el terciopelo diplomático no lograban encubrir lo más hondo y mejor: el corazón del hombre bueno, la ternura profunda y pudorosa que el dolor acendró; soterrado venero que todo lo vivificaba y saturaba allá adentro, y que a ratos furtivos rompía el recato y salía a flor de tierra. Por eso, al conocer de cerca a don Federico, se hacía mucho más que admirarlo: se le quería.

Y, además, se le disfrutaba. Los que sólo han leído a don Federico lo conocen menos que a medias. A don Federico había que oírlo.

Había que oírlo en la charla amistosa, siempre urbano y compuesto, con el dardo melífico en los labios sin adarme de hiel en el corazón, con la flor y la réplica instantáneas, con aquel continente de quien no rompe un plato —¡y sabe Dios cómo anda la vajilla!—, sin perder nunca el comedido paso en el encuentro de opiniones, y entreverando siempre sus palabras con aquel arte sumo del que sabe —cosa un tanto olvidada por muchos excelentes conversadores— que la conversación es diálogo, no monólogo.

Y había que oír a don Federico cuando en el banquete, en la sesión, en

la coyuntura no buscada y sin exigencias de coturno, se veía obligado a hablar. Había que verlo levantarse, apoyar levemente las yemas de los dedos en la mesa, inclinarse un poco hacia adelante, y entre veras y bromas y como quien no quiere la cosa, ir deslizado halagos e ironías, entretejiendo abrojos y pensamientos, subrayando frases con dedicatoria, salpicando puntos suspensivos... y manteniendo en regocijo embobado a los oyentes.

MÉXICO EN LA OBRA DE DON FEDERICO GAMBOA *

Por don MAURICIO MAGDALENO

La fama, cuando otorga sus favores, es pródiga y lisonjera y se desenvuelve rápidamente, como un hilo de carrete de cuya punta pende un vistoso papalote en una tarde airosa de febrero; lo difícil, una vez que se acabó el hilo, es volverlo al carrete. ¡Y hay tantos carretes vacíos! La fama es como un canto que llena opulentamente noches y días de encantamiento y al pronto se consume, dejando por todo rastro unas cuerdas o una garganta rotas. ¡Y hay tantas cuerdas y tantas gargantas que alcanzaron, un instante, apasionada reverencia y hoy yacen en los fosos del olvido!

A Federico Gamboa lo sorprendió el derrumbe —en su caso fue un derrumbe el que dio por tierra con su bien ganada fama— cuando ya había cerrado su tienda por liquidación definitiva. Al menos, mientras sobrevivió a la ruptura del hilo de su carrete y a la decadencia de sus cuerdas y su canto, pudo hacerse la ilusión —ilusión de viejo— de que hilo y cuerdas y canto no terminarían con él y, aún convertidos en eco, lo acompañarían en su fin, y más allá. Cuando finaron los días de Federico Gamboa ya había acabado, también, el hilo del carrete que otrora escarpó preclaras eminencias de la fama. La última paletada de tierra que cayó sobre su ataúd, sepultó, también, su hilo y canto. Más allá del hilo y el canto, pareció perderse él mismo. No siempre la semilla se convierte en tallo y sementera. Al menos, no siempre inmediatamente. Es fuerza que se vaya hondo, que se disuelva en el mar de tierra del pasado, para que resurja. La suya era una semilla impregnada hasta la esencia del temple de su época, y las épocas fenecen y se olvidan. La suya, en efecto, murió y se olvidó; pero por sobre la muerte y el olvido de una época se levanta, tarde o temprano, el sentimiento del testigo que la contó, el poeta que escarbó en su alma. La época, una época, la más reciente inclusive, se apagaría, la trama que la compuso se carcomecería y desaparecería y su estro mismo, el estro cotidiano y vulgar que la animó, se evaporaría como un gas a no mediar el conjuro del artífice que recoge un punto de su paso.

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 29 de enero de 1965.

Federico Gamboa fue el autor más leído de su época en México, tanto como en la suya lo fue Fernández de Lizardi. En sus años y hasta bien avanzada la marca revolucionaria, *Santa* constituyó el más sonado éxito de nuestras letras. Después, el choque de otra generación, la nueva, lo desvalorizó y finalmente lo liquidó. Es ley que cada oleada humana se enfrente a la precedente y, a ser posible, la barra del mundo de las cosas vivas. Eso tiene de sagrado el ímpetu de cada generación novel; sin él, la savia vital dejaría de alimentar la marcha aparentemente litigiosa de la historia. A su turno, cada generación novel otoña, y al otoñar, la llena la serena visión del conjunto, el sentimiento de comprensiva suma en el que aquí-latarán las épocas, una tras otra, su sabiduría.

Federico Gamboa, hijo del siglo diecinueve, vascularmente decimonónico desde sus primeras hasta sus últimas letras, las de 1939, año de su desaparición material, fue un novelista de su época. Todo novelista, por lo demás, lo es de la que vive, así pueda parecer que por la semejanza de su obra la ignore. La época de Federico Gamboa la gobernaron, en la competencia de las ideas científicas que alcanzaron mayor circulación, Carlos Darwin y Claudio Bernard. De la preponderancia del hecho experimental, del hecho experimental erigido religión que mandó al cuchitril de los desperdicios todas las sospechas de asombro sobrenatural, surgió el naturalismo, cuyos más altos caudillos, Zola y los Goncourt, alentaron la formación literaria de Federico Gamboa. Quienes trataron de enfrentarlo a su abierta fe de creyente, no le arrancaron nunca una palabra de repudio a sus maestros; en 1893, año en que elaboraba *Suprema ley*, escribió garbosamente: "Zola, mi maestro (¡y a muchísima honra!)" Federico Gamboa pasa por el novelista naturalista por antonomasia de México; se le acomodó allí como un legajo en un archivero, se le puso el rubro, y a arriar con las peripecias de aquella bandería a la que asaltaron en el camino enemigos armados de todas armas. Y sin embargo, él, Gamboa, como tantos otros contemporáneos suyos que registraron el fluir de la vida de sus pueblos, en esta nuestra aporreada América mestiza —que lo registraron y lo retrataron en su obra al uso del día y de la corriente de ultramar—, era una flagrante contradicción entre los medios, el instrumental de la operación, y la honda nota vernácula y personal.

Conviene atender a su data, para fijarlo en sus justas proporciones. Hijo de un militar del bando imperialista que creyó, como muchos otros empecinados, en la solución de Maximiliano —cuando nació, hace una centuria, la sangrienta aventura estaba en toda su furia—, su vida rodó, sin tropiezos, en la paz de la dictadura, la paz fundada en los dogmas económicos de Ricardo y en la que quebraron, por abuso de la razón que les dio vida, los ideales liberales de la Reforma. Como los más de la clase social a la que pertenecía, clase media pacata y tradicionalista, coonestó la seducción de las doctrinas experimentales, que eran el emblema del progreso y la libertad con las encíclicas de Pío IX y León XIII, más la preocupación social que venía fermentando en los senos de los últimos años del

siglo. Fue la suya, en sus arterias más anchas, en su más viva corriente circulatoria, una época científicista y católica a la vez, y por derivaciones pragmáticas que agregaron a su sello un aire peculiar, cínica, libertina y gazmoña. La época, en fin, que pintaron con gordo y agresivo pincel Zola y los Goncourt; pero la época, también, en la que sangró el desamor, la herida protesta de León Tolstoi. Baste y sobre decir que Federico Gamboa fue contemporáneo, estrictamente contemporáneo de Ricardo Flores Magón, en el horizonte patrio, y de Lenin, en la esfera universal. Época de acumuladas materias de conflagración que estallarían, cerrando la centuria liberal, al producirse el trueno de la primera guerra mundial.

Federico Gamboa fue hijo y fruto puntual, no serondo, de esa era. Yo pasé, como otros mexicanos de ahora, bajo un arco magisterial, en 1922; tenía entonces cincuenta y ocho años y había concluido su labor de novelista. No era aún un viejo, pero era lo más parecido a un viejo. El antiguo régimen había estampado en él su imagen y, como ocurre con casi todos los sobrevivientes, ilustres y vulgares, había perdido el hilo de la fatal y tantas veces amarga continuidad histórica. Su vejez —ya dije antes que su vejez tenía algo de destruida anticipación— era la del siglo diecinueve que finaba en México, por aquellos años; su siglo, en fin, en cuya temperatura vivió y murió. Entonces no podíamos entenderlo; éramos demasiado tiernos para entenderlo y nos conformamos —hoy sé con cuánta razón, con qué adivinatoria razón— con oírle y respetarle. Porque todo él, eso que alienta en el núcleo del ser y fluye en un tono, en un talento, en un ceremonioso traje oscuro un poquito chapado a la antigua, desprendía respeto y dignidad. Enseñaba para vivir y no sé si le gustaría o no: presumo que sí, por el calor que ponía en su palabra y el modo, entre curioso y tierno, con que nos miraba tras sus gruesos anteojos. Jamás hablaba de sí y menos de su obra; era como si escondiese su vida en una de esas entresijadas bolsas interiores que se usaban entonces, su vida, sus sacrificios de galán vencido en tumbos de patria y facción, su mismo menosprecio de temas con que empezábamos a abanderar actitudes de combate y que él expresaba, si lo expresaba, amablemente, con la melancólica amabilidad de quien sabe que las mentes que alecciona corresponden, por modo inevitable, a otra mentalidad. Lo abarcaríamos después, mucho después, cuando la fuerza del loco viento amainó en nuestras propias ramas; lo abarcaríamos, sobre todo, en su doble fundamental dimensión de bondad de espíritu y de letras.

Cuando volvió a México, tras el destierro que le impuso su ínclito candor político, no sus yerros, ayunos de provecho, en 1920 ó 21, allá cuando la primera conciliación mexicana de la Revolución, se refugió en una pudorosa clausura. Escribió artículos, muchos, variadísimos artículos: el tormento de cada semana para quien debe hacer crecer su pan. Escribió, hasta el término de sus días, el registro casi cotidiano de unas memorias que ocupan millares y millares de páginas, desiguales y vivas, series y más series de historia personal y patria, de floridas

menudencias y enormidades de la suerte de la República en las que le tocó ser actor de primera fila. Había sido todo a lo que puede aspirar un hombre eminente en un país escaso de rectores; todo lo que es propio de las cumbres de la gloria y el poder; todo lo que da temple, por la responsabilidad a que obliga, al triunfador de alcurnia, y embriaga y pierde al necio. Había sido secretario de Estado de un régimen espurio que no lo manchó y que lo usó para encubrir sus felonías, y pudo levantarse sobre él para servir ejemplarmente a su pueblo, a lo más sagrado de su pueblo, a la soberanía nacional. Había sido candidato a la más alta magistratura republicana, ingenuamente enfrentado al usurpador, y ganó de torrente en unas improvisadas elecciones y sufrió la burla de aquél, y, lo que fue peor, su suerte. Máculas, no las tenía, pero debió ajobar con la peor de las máculas, la que no se perdona aunque todas las demás sean perdonadas: la de la derrota. En esta revuelta América nuestra su caso no es único. Vencido, no trató de enquistarse en las líneas de los triunfadores, como tantos otros que no tenían sus limpias, sus nobles credenciales; dio por humo lo que entonces y siempre ha sido humo, las lisonjeras veleidades de la fortuna, y se consagró a imprimir en el marco de México una figura, su figura, físicamente quebradiza —así parecía—, trajeada de oscuro, de cuyas soterradas tribulaciones no salió una queja, menos una desesperación o un encrespamiento de rencor.

Puesto yo en los mismos años en que le conocí y le oí, trato de explicarme su silencio de novelista, un largo silencio que desembocó en la muerte. ¿Tan graves fueron las averías sufridas en el pasado borrascoso que determinaron la ruptura de la vena que alimentó su creación? Fueron graves, evidentemente; pero, a decir toda la verdad —y recurro a sus letras mismas— había concluido como novelista en 1912, en agosto de 1912, fecha en que cerró, entre las brumas de Brujas, en Bélgica, donde atendió su último encargo diplomático, las voces de *La llaga*. Entonces exclamó, al frente de su última novela —escribió, es decir, en el tono sacro de una prez—: “Este cuento que quizás sea verdad, y que por serlo, resulta triste como es triste la mayoría de las verdades, va dedicado a México, mi tierra, en el primer centenario de su independencia política de España. En su regazo agosto de patria, quiero recitarlo con el anhelo de que las frentes que se inclinan sobre mis páginas piensen en las demás independencias de que México ha menester, y que sólo sus hijos podemos procurarles, si según lo afirman los de arriba y los de abajo, gobernantes y gobernados, buenos y malos, de veras lo amamos y de veras anhelamos verlo sin peligros de fuera ni llagas dentro, realizar su vida y alcanzar los destinos de relativa ventura, alcanzados por las nacionalidades que, no obstante sus imperfecciones y manchas —fatales para todas las humanas agrupaciones—, tienen derecho a que se las considere felices y grandes.”

Ahí está, si cabe decirlo, en esa grave ofrenda, su testamento de novelista. De él, autor de novelas, se han dicho más ligerezas —pese a que a las más las animó

la mejor intención hermenéutica— que juicios completos. Llamo juicio completo al que rebasa el puro pormenor de la letra para entender una obra eminente, la letra de una obra eminente, en el espíritu que le da vida. Entender la obra insigne por la pura letra es banalidad que no cala, por lo mismo, el profundo sentimiento que late bajo la piel, el espíritu que se expresa en giros muchas veces irregulares y en formas rugosas, pero que alcanza, allí donde falla la pura letra, por lograda que sea, un punto de eternidad.

Se lee por ahí, cuando se recuerda a Gamboa —que ahora suele ser forzoso recordarlo, dada la moda de las tesis de los estudiosos norteamericanos y el centenario de su nacimiento, que ocurrió un 22 de diciembre de 1864—, que sus novelas carecen de lógica; que sus personajes son difusos, falsos y hasta grotescos; que su acción es lenta, desarticulada y melodramática y que sus situaciones, como las del mal cómico, están compuestas en el aire, sin el acabado que da la verosimilitud. Probablemente toda esa recargada adversidad crítica tenga el peso necesario para echar abajo uno de los platillos de la balanza, precisamente el que me importa, si no mediara —y media, y ya veremos si no es el determinante, el fundamental—; si no mediara el otro, que es peso de preciosa ley, que sobrepaja todas las fallas, las presuntas y remarcables fallas de su obra novelesca, el soberbio retrato de una época, el más galano e intenso de toda nuestra literatura decimonónica, y la vida que late en su avenida de borascosas aguas mexicanas y que queda ahí, doblándose al peso de sus horas huideras o abatiéndose como aguacero y ventisca en una noche de un año noventa y tantos o mil novecientos cuatro o seis, en la abierta corredera de los Arcos de Belén, o en el desvelado cascabeleo de los collares de las mulitas del tranvía que traqueteaba frente al pecaminoso Tívoli Central, y en el alma toda del plural universo capitalino. Todo eso, el alma de un instante de México, su fluido vital, el estro de su sentimiento, hizo la novela de Gamboa. Y ahí está, como la aguja de un reloj que se paró exactamente un día de 1912.

Decía él, Gamboa, al frente de *La llaga*, en la ofrenda de su fábula, unas palabras que alcanzan una conmovedora expresión moderna, y tanto, que no parece sino que se refieren a nuestras luchas de hoy; decía: “En su regazo agosto de patria, quiero recitarlo con el anhelo de que las frentes que se inclinan sobre mis páginas piensen en las demás independencias de que México ha menester”. En años ulteriores a su último libro, antes de que él muriera —él lo alcanzó a ver—, México nacionalizó su petróleo, que fue una manera, importantísima, de lograr lo que él llamó “las demás independencias”. Me importa fundarlo en la corriente viva del tiempo y la historia; él presintió el latido del futuro y lo hizo suyo en su novela. Si lo sabía, no lo sé; es difícil saber lo que trae en su soplo el viento de los grandes. En todo caso, sabía que México necesitaba, para ser independiente, efectivamente independiente, muchas otras independencias, mentales, económicas y sociales.

Vuelvo a su numen de novelista, que, al fin y al cabo, eso fue, definitivamente: un novelista, un gran novelista, uno de los culminantes novelistas de México. Vuelvo sobre su idea, la de un México que reclama liberación, liberación del alma que aún está a oscuras y cuyo drama nos retrata, ahora mismo. He aquí otras palabras de *La llaga* sobre tan neurálgico tema nacional: "Unos y otros eran los de abajo, los instintivos, los históricamente postergados y continuamente desposeídos de privilegios, tierras, derechos y granjerías; los doblados secularmente encima de los arados; los que siempre jadearon bajo la pesadumbre de las cargas que enriquecen y benefician a los de arriba, el amo inacabable, ayer rey, presidente hoy, capitalista mañana y siempre amo; eran los que nunca se quejan, parias de todas las latitudes y de todas las épocas, que en racimos de padres, mujeres e hijos viven sacrificados y ofrendando su sudor y su sangre a los poderosos; eran el ancho escudo de carne, tras del que se parapetan los teorizantes, los filántropos y los déspotas; eran la muchedumbre, que conforme con su suerte, sufre todos los yugos y labra todos los campos, mansamente, perpetuamente, a cambio del mendrugo que acalle su hambre y de un descanso brevísimo que algo repare sus fuerzas jamás exhaustas; eran la masa que si se cruzara de brazos ¡sólo un instante! trastornaría al mundo"... .

Ahí está, en esa tirada, Gamboa. Ésa es el alma de su novela, en la que se retrata un individuo que planteó el drama social en años sordos. El mundo que lo rodeaba, su mundo, el mundo y la vida que compone el mundo, andaba mal y tenía hambre y sed de justicia. Sus labios, su corazón —sus letras, es decir— profirieron, expresa y apasionadamente un grito tan vivo, que respondía al dolor de los de abajo. Antes que él, unos cuantos años antes, sólo Heriberto Frías lo dijo heridamente en *Tomóchic*. Sólo por la confusión natural del violento suceso revolucionario —confusión a la que aumentó confusión la historia de Gamboa, Secretario de Estado del régimen abatido— pudo producirse la versión que lo identificó como un reaccionario. Cuando estaba indefenso, cuando volvió de su ostracismo y lo asaltaron las pasiones, aún calientes del gran cambio que se operaba en México, mentes inadvertidas y oportunismos rencos lo motejaron de reaccionario, y acaso acabó creyéndoselo él mismo. Yo lo rescato de tamaño dictorio, por mor de su obra y de patria y de verdad, y me atrevo a proclamarlo uno de los precursores, no el menos entrañable y sentimental, de la revisión social que dio marco nuevo a México. No solamente no fue Gamboa un cómplice de las compañías deslindadoras que arrancaron la tierra al aldeano, sino que peleó tamaña cuestión en su prosa ínclita, la peleó en todas las oportunidades de su novela, la peleó y, muchas veces, sangró en ella.

La Academia lo recuerda en su centenario. México honra en él afanes superiores de artista y pensador. Y la vida sigue empujando su barca y crece en él, en su eminente voz mexicana.

DON LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN *

Por don FRANCISCO MONTERDE

El 25 de este agosto se redondea una centuria, desde aquel día en que vino al mundo, en la capital de Guanajuato y en hogar de limpio linaje —el apellido materno lo enlazaba con familias ilustres—, quien sería considerado, por sus propios méritos, el cronista de la capital de la República, de la cual fue voluntariamente hijo adoptivo que supo honrarla.

El futuro historiador, nacido en periodo agitado —¿cuál no, dentro del XIX?— por las conmociones políticas, vio correr su infancia entre sobresaltos, en aquellos días en que, titubeante, renacía la República, tras dos imperios y dos intervenciones, de las que el espíritu nacional salió ileso, a pesar de los despojos sufridos y de las injusticias austeramente soportadas.

Desde niño se sintió, sin duda, vinculado —por natural reacción contra el desorden— con la patria grande: aquella que recorrió el Barón de Humboldt, cuyos límites, por el norte, confinaban con las gélidas regiones del ártico: de ahí, su devoción y su interés por esos tres siglos hacia los cuales se volvería, después, de preferencia, al contemplar el pasado, en sus investigaciones.

Trasladada pronto a México la familia, el pequeño no pudo fijarse en la imponente, recia construcción de la alhóndiga de Granaditas —de cuyos vértices pendieron, macabros remates, férreas jaulas donde cráneos egregios decían un himno mudo a la libertad—; en los tesoros churriguerescos de La Valenciana y en la firmeza de la mansión de Lucas Alamán, quien olvidó la noble actitud del Padre Hidalgo, frente a la acometida anárquica de las turbas sin freno.

De haberse formado en el ambiente de la ciudad minera —donde las construcciones se encaraman hasta la altura, apretujándose unas contra otras, en el laberinto de las callejas, que le añaden gracia— no se hubiera podido sustraer al influjo local de aquel medio en el que se siente próximo el latido del corazón de la patria. Imposible litigante, por su timidez, hubiese anclado, quizás, en una notaría pública —a menos que le atrajeran, allá como aquí, las tradiciones que aún se deslizan al oído de quienes gustan de callejonear por Guanajuato y añoran a Manuel Leal, su acucioso pintor con pincel y pluma.

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 13 de agosto de 1965.

En la adolescencia de Luis González Obregón se había afirmado de nuevo la República, y si en su infancia oyó hablar de Juárez y Lerdo, en su mocedad conoció a Porfirio Díaz —en plenitud iluminada por el triunfo de Puebla, antes de que se endureciese el puño del dictador—, como en la madurez vería, hasta donde alcanzaban sus débiles ojos, a Madero entre los leales cadetes del Colegio Militar, y después, en largo desfile, en medio de multitudes tornadizas, a los demás caudillos de la Revolución, cuyas proclamas desprendía, a veces, de los muros, por la noche.

Avecindado en la capital de la República, cursó aquí el bachillerato —único, dentro del programa positivista—, con el propósito de seguir la carrera de leyes, y tuvo la fortuna de haber contado, entre sus maestros, en la Escuela Nacional Preparatoria, al que lo fue por antonomasia, antes de Justo Sierra —que estudiaría como historiador—: al maestro Ignacio Manuel Altamirano, de quien González Obregón llegaría a ser discípulo predilecto: de sus manos recibió, al partir aquél para su final destino, en Europa, el manuscrito inconcluso del relato novelesco —excepcional por el ambiente, ignorado entonces para el autor—: *Atenea*, que de González Obregón, a mi vez, recibí para editarlo, como homenaje al maestro.

Según informe personal, fue un conterráneo de González Obregón, Eliseo García Lizalde, quien lo condujo al terreno que recorrería después con mayor frecuencia: el de las tradiciones de la ciudad de México, por el cual pasaron, con sus leyendas en verso, el general Vicente Riva Palacio y el cantor del hogar: Juan de Dios Peza.

No hay que omitir el indudable influjo del creador de las *Tradiciones peruanas*, aunque el estilo de aquel maestro remoto, don Ricardo Palma —narrador agudo que salpica su paternal relato con proverbios, y se deja arrebatar fácilmente por el libre vuelo de la fantasía—, difiera del directo, llano, sencillo de González Obregón. Más apegado se muestra éste a las crónicas —no siempre reveladas por él— y a la letra, que el paleógrafo descifraba e interpretaría el historiador, con alguna libertad: más cercano a los documentos, que González Obregón a veces descubría y a veces dejaba sólo entrever a los lectores.

El investigador paciente de los orígenes de la novela mexicana, el bibliógrafo a quien tanto debí, en esta disciplina, sigue los pasos de *El Pensador Mexicano* y reúne folletos de José Joaquín Fernández de Lizardi, antes de él ignorados. El cronista se inició con *Una posada* —que, según me dice, José Miguel Quintana posee— y en el último decenio del siglo XIX redactó las dos series de su *México viejo*, “noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres” —reeditadas juntas, por Bouret, lujosamente, en 1900, las cuales se completarían con el *México viejo y anecdótico* y *Las calles de México*, dos tomos, que terminó de publicar Manuel León Sánchez, en 1927.

Al mismo tiempo que escribe sobre Bernal Díaz del Castillo, el maestro Alta-

mirano y José Fernando Ramírez, el investigador explora los antecedentes de la Independencia; exhuma al pintoresco Guillén de Lampart y al animoso Fray Melchor de Talamantes, en los días que preceden y siguen al Centenario de la iniciación de la lucha libertadora.

Narra la historia de la Biblioteca Nacional, y reconstruye el cotidiano ritmo de la capital mexicana, un siglo atrás, en las amenas páginas de *La vida de México en 1810*; como evocaría finalmente al último señor del Anáhuac, *Cuauhtémoc*, en ocasión del cuarto centenario de su sacrificio, en esa ejemplar biografía que es la más sobria de sus publicaciones.

Sin aventurarnos a través de la copiosa bibliografía de González Obregón, guiados sólo por el recuerdo de gratas lecturas, no debemos olvidar que al autor de *Vetusteces* (1917) debimos los cultivadores —transitorios— del virreinalismo, hallar el norte: la brújula que nos permitió orientarnos por esos rumbos que fueron, a la vez, de evasión ante el caos político, y de certidumbre en la afirmación nacionalista.

Este propósito me permitió acercarme al cronista, cuando intentaba escribir en torno a *Las fiestas de México* —según conté alguna vez—, por encargo de la Dirección de las Bellas Artes, de la que era titular el poeta Alfonso Cravioto. Lo conocí entonces, en el ambiente más adecuado para el investigador: el Archivo General de la Nación, en la parte del Palacio Nacional que aún conserva, al fondo, el que fue jardín de los virreyes.

Era uno de sus más antiguos investigadores, si no el decano: para llegar hasta él, había que pasar frente al cortés, afable don Francisco Fernández del Castillo —autoridad en judaizantes, inquisidores, bibliófilos y libreros del virreinato—, y don Nicolás Rangel —bondadoso, jovial, dentro y fuera de la cátedra— según lo recordaría, entre otros, el “Bachiller”, que es, en verdad, licenciado José Rojas Garcidueñas, su alumno dilecto, continuador de las investigaciones que aquél inició en el teatro, aparte las de Ruiz de Alarcón, y acerca de la tauromaquia, entre los novohispanos.

González Obregón, menudo, frágil, se frotaba las manos, friolento, sentado ante su escritorio; dejaba de dictar a su secretaria —después su consorte: María Orea—, para recibir, comedido, al visitante, a quien tendía la diestra, sin poder verle ya, porque sus ojos apenas percibían la luz y las siluetas, borrosas, tras los gruesos cristales de sus anteojos.

Allí dejaba fluir la alocucionadora charla, y resolvía las consultas de quienes acudíamos a él como a fuente de información inagotable. Al concluir las labores, descendía las escaleras, apoyado en el brazo de doña María o de alguno de los visitantes amigos que a veces lo acompañábamos a su casa, donde era lectora habitual su prima doña Isabel Zapiáin Groth, según asentó él en una dedicatoria, agradecido.

Como la impresa en *El secreto de la Escala* —primer ensayo de novela corta virreinalista— fue para él, correspondió con una carta aún trazada por su mano: trémula, insegura caligrafía, y de él recibí ese “Parecer de un lector jubilado y calificador del santo oficio”, en el que decía, conmovedoramente: “. . . aunque la voluntad me sobra, me falta la luz, pues la lámpara de mis ojos se extingue poco a poco. . . Escribo a tientas y no puedo escribir con ajenas manos, ni aciertan éstas a buscar, ojeando y hojeando, los párrafos que podrían acomodarse a mi intento, ni tropiezan con facilidad con pensamientos de un Salomón o de un David, de un Séneca o de un Virgilio, de un Cicerón o de un Tito Livio”.

González Obregón, académico desde el 26 de julio de 1914, fue el cuarto bibliotecario, eficaz, de la corporación; ocupó la silla XI, en la cual lo sustituiría —al morir, el 19 de junio de 1938— don Nemesio García Naranjo, quien lo elogió, según merecía, en su discurso de ingreso. Habían escrito acerca de su obra, Ezequiel A. Chávez y Alberto María Carreño; después lo recordaron, en solemne sesión de homenaje rendido a su memoria, por la Sociedad de Geografía y Estadística, la Academia de la Historia y el Personal del Archivo General —del que era Director el irónico poeta Rafael López—, Manuel Toussaint, al representarlo, y Arturo Arnáiz y Freg, a nombre de la Sociedad mencionada.

Ahora debemos evocarlo, al cumplirse un siglo del nacimiento del escritor, cuyo nombre lleva —a iniciativa de un grupo de sus admiradores y amigos a quienes encabezé— la calle en que vio transcurrir varias décadas de su existencia, fecunda en escritos, generosa en consejos, pródiga en informes de quien, al ir casi a tientas por allí, mostraba alguna indecisión si escuchaba las buenas noches del “vecino”, pues titubeaba su memoria al confundirlo con el “sereno” cuya indumentaria había descrito la víspera, minuciosamente, en alguno de sus libros donde el aroma del “México viejo” perdura.

MIS RECUERDOS DE DON LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN *

Por don FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Esfumadas pero indelebles han quedado en mi memoria, con los lejanos recuerdos del hogar, las imágenes de mi Ciudad de principios del siglo. Las calles empedradas, la discreta yerba que crecía entre guijarro y guijarro, y las casas, de uno o dos pisos, donde habitaban decentes familias de la clase media (pequeños burgueses, como alguien diría). Por el sur, terminaba la calle ante el follaje de árboles de gran altura, entre los que sobresalían, orgullosos, los eucaliptus de la Alameda, ese gran jardín, prometedor de deleites infantiles. Hacia el norte, se perdía entre casuchas de modestos arrabales.

Las puertas de las casas estaban siempre abiertas. En los corredores nunca faltaban macetas con flores, ni jaulas con pájaros. Distintivos de un decoroso bienestar eran las "casas solas", con minúsculo jardín donde la bugambilia prodigaba hacia la calle sus rojas coqueterías.

Así eran las calles de Soto de la "Colonia" de Guerrero. Hoy parecen enfermas de lepra incurable, y de progresiva caquexia senil.

En la casa marcada con el número 1320, habitábamos nosotros, y en la otra "vivienda", Micrós (Ángel de Campo), hermano de mi madre.

Allá conocí a don Luis González Obregón, cuando él no alcanzaba aún la edad de 40 años, y yo, niño, apenas balbuceaba las letras del alfabeto en el Silabario de San Miguel y en el Libro de lectura de Rébsamen, poco tiempo después.

Un grupo en el que reinaba cordial y agradable amistad, había sido formado por corrientes que partían de diversos núcleos y que, a fuerza de simpatía, habían llegado a unirse en uno solo. Lo constituían, por una parte, antiguos alumnos del respetado y cariñosamente recordado colegio de don Emilio Baz; la reunión casi familiar, de discípulos (en San Ildefonso) de Ignacio Manuel Altamirano, llamada el "Liceo Hidalgo" y por fin, el corrillo "Bohemia", que celebraba sus amenas tertulias en la casa de don Enrique Olavarría y Ferrari. Amalgamábanse jóvenes y adultos de las más diversas ocupaciones y medios económicos, pero que tenían de común el cultivo o gusto por las letras y la buena música.

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 13 de agosto de 1965.

Puede recordarse, además de Micrós y de González Obregón, ya mencionados, a Ezequiel Chávez, Federico Gamboa, Luis Lagarde, Eduardo Vigil y Robles, Antonio de la Peña y Reyes, Enrique Fernández Granados, al joven doctor Leopoldo Castro, y muchos otros.

En la casa de Micrós, repito, conocí a González Obregón. Por advertencia de mi madre, saludé con respeto a don Luis, quien estrechando blandamente mi mano, aún pequeña y débil, me llamó con el hipocorístico de mi nombre de pila, y así lo hizo hasta sus últimos años. Aún recuerdo con toda nitidez, en la sala amueblada a la moda de los principios del siglo, adornada con curiosidades japonesas y objetos *art nouveau*, su pequeña figura, su negro traje, y la silueta de su cuerpo delgado, de apariencia quebradiza. Cara delgada también, tez blanca, gruesísimos espejuelos y bigote que parecía prolongar su bondadosa sonrisa.

Unos años después, conocí los inicios de una gran amistad. Micrós había escrito ya, con el nombre de "Ocios y Apuntes" una colección de algunas de sus cortas narraciones, breves pero siempre de actualidad.

El prólogo sería escrito por el Maestro don Ignacio Manuel Altamirano, pero "Una hada maléfica, escribía González Obregón, ha sido la que impidió que se escribiera el prólogo prometido". Ausente el Maestro, prologó el cordial amigo Luis. Él describe en el mencionado prefacio, la amistad que los unió en sus años mozos de la Escuela Nacional Preparatoria.

"En aquella cátedra sombría, dice González Obregón, acostumbraba yo sentarme allá arriba, en la última grada, y Micrós abajo, en el primer peldaño. Cierta mañana, en que el grado del fastidio había invadido hasta al bueno del profesor, noté que a hurtadillas de éste y poco a poco, Micrós iba subiendo las gradas, y con el pretexto de pedirme un lápiz para dibujar una de sus caricaturas con que desde entonces distraía sus ocios y con cara halagüeña y franqueza sin igual, me dijo:

"—¡Hombre! tengo muchos documentos sobre la Historia de México; mi padre me dejó muchos apuntes; sé que usted es afecto a todo esto... ¿Desearía usted verlos y decirme a dónde puedo enviarlos?

"Aquel condiscípulo diminuto de cuerpo, de ojos vivos y chispeantes, me sedujo, me simpatizó, le ofrecí mi casa y desde ese día fuimos amigos; amigos inseparables, con idénticas aficiones literarias y las mismas esperanzas para el porvenir.

"Las vacaciones de ese año las pasamos en un pequeño gabinete de mi casa, mitad pajarera de canarios y mitad biblioteca, en la que sólo había espacio para un confidente en el que tomábamos los dos asiento.

"Ahí leíamos mucho, durante aquel invierno y después durante varios años. Fumábamos sendos cigarrillos y apurábamos aromosas tazas de café. Nuestras lecturas predilectas eran los novelistas contemporáneos, franceses, españoles, rusos, desde Zola hasta Tolstoi, donde Pérez Galdós hasta Turguenef, sin olvidar a los

nuestros, a Fernández de Lizardi, Fernando Orozco, Justo Sierra (padre), al trascendental Facundo, a Guillermo Prieto, a nuestro inolvidable Altamirano.

“Ahí soñamos, preparamos nuestros exámenes, pronunciamos nuestros primeros discursos, hicimos juicios críticos, escribimos los primeros ensayos y concebimos finalmente la idea de fundar el Liceo, santuario de nuestras glorias y de nuestros afectos.”

No es de extrañar entonces, que, en la casa de Micrós, yo conociera a su amigo. Aún evoco las notas del piano donde alguien interpretaba una pieza de Chopin, o el vals francés *Cuando el amor muere* entonces de moda, o *Perjura*, recién compuesta por Miguel Lerdo de Tejada. Entre una y otra pieza musical oía entrecortados comentarios acerca de artículos de *El Mundo Ilustrado* o la revista *Arte Letras* y pasajes del *México viejo*, la obra consagrada de González Obregón.

Una tarde, la animada tertulia culminó en acalorada charla que se aplazó para el siguiente día en el atrio de la iglesia de San Hipólito. Aún recuerdo diáfananamente la animada calle del Portillo de San Diego, la iglesia, entonces con una sola torre, la portada barroca y los muros cubiertos de argamasa decorada con reminiscencias mudéjares. Todo era bullicio, ruido de piquetas, gritos de los albañiles, órdenes de los sobrestantes.

Casi indiferentes al barullo, mi padre, acompañado de mi insignificante persona, don Jesús Galindo y Villa y González Obregón, en animado desorden, hablaban de la ermita que Juan Garrido había levantado en 1522 para depositar los huesos de los soldados españoles y tlaxcaltecas que habían sucumbido en la “cortadura” de la Calzada de Tlacopan, la noche de señor San Juan, del año de 1520, la Noche triste o Noche tenebrosa.

En el mismo lugar donde estuvo la ermita, se construyó la iglesia, en donde, cada año, el 13 de agosto, día de San Hipólito Mártir, se conmemoró, durante el virreinato la caída de Tenoxtitlán, y se celebraba la fiesta solemne del “Paseo del Pendón”. Tan importante sitio era de gran interés a González Obregón, quien había escrito brillantes páginas sobre ambos motivos.

Pero había algo más. Desde 1566, Bernardino Álvarez había levantado el hospital y asilo para asistir a convalecientes y cuidar a los locos, a quienes él amaba por ser los “pobres inocentes, piedras vivas del Templo de Jesucristo”. Fue el primer manicomio que hubo en América, antes de que lo hubiera en muchas grandes ciudades de Europa; más de doscientos años antes de que Pinel pidiera a la Convención Nacional de París permiso para quitar las cadenas a las locas encerradas en la cárcel de Bicatre. Digamos de paso que el establecimiento fundado por Bernardino Álvarez duró hasta 1910, cuando se inauguró el Manicomio General de la Castañeda. Bernardino fundó también los Hospitales de San Roque en Puebla, de Santa Cruz en Oaxtepec, de la Concepción en Perote, de San Martín en Acapulco, y otros más. Murió de avanzada edad y fue enterrado en la misma iglesia de San Hipólito.

Tengo presente a González Obregón, vestido, como era su costumbre, de negro, y cubierto con un sombrero de bola del mismo color, de alas angostas y levantadas a ambos lados. De pie en la esquina de San Hipólito y Callejón del Toro (hoy Zarco) ante el bajorrelieve del indio arrebatado por una águila. Rememoraba la leyenda del rapto de un labrador, transportado a la gruta del Viejo Huemac, la mágica quemada que sufrió Moctezuma, y la implacable profecía del fin de su poderoso reinado.

El monumento iba a ser destruido para modernizar el atrio y la iglesia. Entramos a ésta y Galindo y Villa señaló el lugar donde antes yacían los restos de Bernardino, cubiertos con su lápida. La lápida había desaparecido para modernizar el templo, y los restos, los benditos restos, arrojados al osario.

Al contemplar la obra devastadora, febril e irresponsablemente destructora, la indignación de los tres visitantes no tuvo límites.

Al día siguiente, en *El Imparcial*, apareció el primer artículo de mi padre: "Un crimen de lesa civilización. La destrucción del Templo de San Hipólito." Se solicitó ayuda moral para detener la furia "modernista" que pretendía convertir la iglesia en otra igual a una de París. La amistad de Micrós con Luis G. Urbina, secretario de don Justo Sierra, logró una entrevista con el Ministro y, cuando menos, se pudo salvar el histórico bajorrelieve y evitar otros atentados contra nuestra tradición.

Más oportunidades tuve a partir del año de 1910. Don Federico Gamboa había sido nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores. Desde tiempos de don Lucas Alamán, el Archivo General de la Nación dependía de ese Ministerio. La cultura de don Federico no podía permitir que tan importante centro de investigación histórica languideciera, y procedió a formar la Comisión Reorganizadora del Archivo General de la Nación.

Nadie mejor que Luis González Obregón para Director de tan trascendental empresa. Mi padre fue nombrado Investigador del Ramo de Inquisición, donde hizo fructífera labor durante 17 años.

Coordinados por Luis González Obregón, en fraternal consorcio, paleógrafos e investigadores dieron a conocer colecciones de documentos importantísimos: El proceso del Cacique de Texcoco, Indios Idólatras y Hechiceros, la Constitución de 1812 en México y Libros y Libreros del siglo XVI, elaborado por mi padre.

Las inmensas salas del Archivo, en el lado sur del primer piso del Palacio Nacional, constituían un agradable retiro para quienes, hurgando en papeles que hablan, revivían el pasado. En invierno, el sol meridional penetraba por los anchos ventanales y daba luz y calor a ese sitio acogedor. Desde los balcones se veía la abigarrada multitud que deambulaba por la calle de la Acequia: soldados y soldaderas de los cuarteles cercanos, hombres y mujeres de todas clases que iban y venían por esa compleja construcción que se llamaba "El Volador" y que albergaba un extraño conjunto de oficinas: las de Pesas y Medidas; las del Registro

Civil y del Catastro, la Biblioteca y salas de juntas y sesiones de la Sociedad Científica "Antonio Alzate". Las construcciones rodeaban un inmenso patio, que del viejo *tianguís* de la ciudad, había llegado a ser el mercado de las cosas viejas, usadas o robadas. Se vendían libros viejos, tortas compuestas, aguas frescas, marcos deteriorados, instrumentos de disección anatómica, jarrones desportillados. Además, había puestos donde se hacían zapatos y se remendaban pantalones.

En fin, El Volador, que desapareció, como es bien sabido, para edificar el Palacio de la Suprema Corte de Justicia, escapa a toda descripción.

Don Luis, en el pequeño salón que servía de oficina del Director, después de curiosear El Volador, trabajaba a pausas, conversando. Sus escritos son en realidad conversaciones, con verdades y con exageraciones o repeticiones a veces, pero siempre amenas. Para González Obregón no hubiera tenido sentido el anotar fichas de acuerdo con las actuales reglas internacionales, ni hacer análisis minucioso de los hechos, ni de los documentos escritos, con fría metodividad. Con prácticas empíricas si se quiere, logró, como pocos historiadores, reconstruir fragmentos del pasado, supo, con claridad y sencillez, hacer que el lector supiera de las cosas pretéritas como si las estuviera viendo. Al comentar documentos curiosos que alguno de sus colaboradores le mostraba, intercalaba recuerdos de don José María de Ágreda, y fabricaba un nuevo artículo.

Mucho se decía entonces que don Luis se ocupaba en sus escritos de personajes secundarios, de acontecimientos triviales aunque regocijados o curiosos. Éste fue su mérito. Autodidacto de la disciplina como lo fueron muchos de sus contemporáneos, da a conocer su convicción de que la historia la viven y por lo tanto, la forman, los hombres comunes, en acontecimientos corrientes del diario vivir.

En 1914 y 1915 los acontecimientos de la política clausuraron el Archivo General de la Nación, pero no mataron en los historiadores el afán de estudiar.

Reuníanse a comentar los acontecimientos dramáticos de aquellos días, y a cambiar impresiones acerca de sus estudios históricos. Mi padre ponía en orden sus profusas notas sobre los conquistadores. Genaro García preparaba la biografía de don Juan de Palafox y Mendoza. González Obregón escribía capítulos de su próximo libro, que se llamaría *Vetusteces*. Jesús Galindo y Villa ponía a disposición de ellos, para sus estudios, el Museo Nacional.

Yo cursaba entonces Literatura Nacional en la Escuela Preparatoria con el bondadoso Rubén Campos. Mi inclinación a consultar el documento y la fuente original, me llevó a la casa de don Luis para pedir su ayuda. Él la otorgó generosamente.

Recuerdo con cariño su casa (el n° 9 de la calle de la Encarnación) y la escalera pintada al óleo. Por inexplicable capricho, la pintura ocultaba la piedra y ostentaba cuadros blancos y rojos.

Don Luis tenía una rica biblioteca. Todo ejemplar era algo así como un curioso

juguete que se cuida con amor. Pasaba un fino lienzo sobre la pasta de piel que lo cubría, para mantenerlo siempre limpio, lustroso y brillante.

Sin reticencias de ninguna clase me facilitó, para estudiar, la colección de Cantares Mexicanos, publicada por don José María Vigil; las viejas ediciones de los Diálogos de Cervantes de Salazar y de la Grandeza Mexicana, la Historia de la Literatura Mexicana, por Francisco Pimentel, y buena parte de contemporáneos entre otras la olvidada novela de mi maestro don Rubén, titulada *Claudio Osorno*.

¿Por qué esa predilección? ¿Por qué esa generosidad al prestarme sus libros, que para él eran joyas guardadas celosamente? ¿Afecto a mi padre? ¿Recuerdo a su íntimo amigo Micrós, ya para entonces fallecido? ¿Confianza y simpatía para el atolondrado “preparatoriano” entonces casi adolescente?

Acaso todo ello pesaría en el alma, en la mente de ese hombre que se acercaba a la vejez prematura, que vivía enteramente solo, aislado, y cuyos antiguos amigos de los buenos tiempos de Altamirano, unos habían muerto y otros vivían en el destierro.

Años después volví a la misma casa, cuando en ella se reunía la Academia Mexicana de la Historia, de la cual don Luis fue el primer Director y mi padre miembro fundador.

El Archivo volvió a abrir sus puertas a fines de 1915. Don José Cuéllar, nuevo Director, llamó a colaborar a mi padre y a don Luis. La importancia del Archivo era más que histórica. Llegaba a ser social y política. Porque el Plan de Guadalupe había proclamado devolver a los pueblos los ejidos que habían tenido durante el virreinato, de los cuales se les había despojado, había que acudir al extensísimo e interesante Ramo de Tierras.

Volvieron los bellos días de trabajo ameno y de cordial cooperación. Trabajar con gusto no es un trabajo sino una diversión, que permite ganarse la vida y proporciona satisfacciones, que ni con mucho dinero pudieran obtenerse. Alternábanse las labores de paleografía con agradables visitas. Cada consulta era motivo de nuevas investigaciones que culminaban en felices hallazgos y en publicaciones interesantes.

Mi examen profesional de médico tuvo lugar en la vieja Escuela de Santo Domingo, en mayo de 1923. Don Luis dio pruebas de su afecto obsequiándome una curiosísima obra de medicina, impresa el siglo XVII.

Ya para entonces, de modo lento pero continuo fueron apareciendo en don Luis los síntomas de una vejez prematura, y de condiciones que le atormentaron. Apareció la retinitis, consecuencia de la miopía progresiva que sufrió desde su juventud.

Pasaban los años y cada día era mayor el tiempo en que permanecía en la ventana para disfrutar el tibio deleite del sol. Sus viejos achaques eran el tema a que invariablemente caía su conversación antes tan amena y tan instructiva. Se quejaba de padecimientos intestinales que ningún médico había podido curar,

ni ninguna medicina aliviar. Era la colitis crónica ulcerosa, catalogada entonces y hoy entre las neurosis.

La enfermedad es más frecuente hoy día que por aquel entonces. Los problemas psicológicos de la gente han aumentado, pero se conoce más el proceso de su génesis.

A cierta edad, la enfermedad genera la necesidad de afectos, lo que crea un estado de dependencia que, al pasar a la conciencia, provoca irritabilidad y enojo. Para aliviarlas, el enfermo describe hasta el más mínimo detalle. El enfermo siente alivio y aun satisfacción en sus descripciones porque quiere ser el objeto de cuidados y atenciones especiales, ser el centro de la preocupación familiar, recibir muestras de atención, de cariño y aun de protección, sea cual fuere el lugar o el puesto oficial o social que ocupa. Al proceder así, rompe la monotonía de su vida, más aún si no tiene problemas ingentes de mantener a su familia.

No pretendo hacer un estudio psicológico de don Luis. Sería inoportuno y temerario. Pero es preciso describir su tipo psicológico, para entender su carácter y explicar algunos de sus actos.

Son (esa clase de enfermos) individuos de nivel mental elevado, meticulosos hasta la obsesión, egocéntricos, que llevan una vida bien regulada y rígida en su conducta, todo lo cual se acompaña de una marcada depresión psíquica. Son sujetos de fina sensibilidad, "esteticistas", con criterio analítico muy desarrollado, meticulosos, dotados de afán de perfección, lo que es de trascendencia indudable cuando se trata de personas de nivel cultural elevado.

Ese estado peculiar, que empeora al entrar la vejez, estorbó a don Luis el gozar plenamente los frutos de su trabajo.

Y decimos que fue trabajo, intenso trabajo. Entre quienes pasaron ratos agradables al leer capítulos del *México viejo* o de las *Croniquillas*, pocos saben lo que no dicen del autor las páginas por él escritas: la amargura interior, encubierta por una aparente tranquilidad.

"Hoy nos parece un cuento, no de la generación de nuestros padres, sino de épocas lejanísimas —dice Marañón—, que los hombres de ciencia, o de letras, hayan podido sostener a su familia, con modestia pero con decoro, hayan formado bibliotecas, hayan publicado a su costa algunas obras, tan sólo con un sueldo de diez o doce pesos diarios, más algunos ingresos eventuales por concepto de alguna clase en una escuela oficial o particular o las exiguas regalías de alguna publicación."

Así era la generación de nuestros padres, a la cual pertenecía Luis González Obregón.

Pero sus problemas psicosomáticos le amargaron sus últimos años, mas no puede decirse que no haya sido en muchas ocasiones activo y generoso.

Con mi padre, en un tiempo amigos sinceros, principiaron los incidentes desagradables, las ásperas discusiones. La amistad se enfrió y sobrevino un formal

rompimiento. Esto no es de extrañar. Don Luis y mi padre, como muchos hombres que nacieron hace un siglo, eran idealistas. Sólo los idealistas fueron capaces de hacer lo que hicieron, con tan escasos recursos los hombres de hace medio siglo, en la Ciencia, en la Historia, o en las Letras, durante los años que hoy parecen épocas remotas. Por poco que se medite en ello, parece que se hizo un milagro que no volverá a repetirse. El ideal puro, aun el más sano, suele conducir a la pasión, a la exageración, incluso al fanatismo y extravío, y aunque no llegue a esos extremos, aísla, como dice Marañón, al vecino, del vecino, y convierte en enemigo al hermano.

Creo, sin embargo, que los antiguos amigos conservaron la estimación e incluso el afecto de los viejos tiempos. Él nunca dejó de ser *Luis* para mi padre, y éste nunca dejó de ser *Pancho* para Luis. Aunque no faltaron quienes no solamente sembraron cizaña sino tuvieron especial empeño en cultivarla.

Mi padre dejó el Archivo y pasó sus últimos años en gratas investigaciones de la historia de nuestra vieja ciudad, en la Dirección de Monumentos Coloniales. Don Luis siguió su misma vida, y el tiempo implacable cumplió su misión.

Yo conservo de don Luis González Obregón gratos recuerdos.

La última vez que le vi fue en un atardecer, cuando apresuradamente salía de la Escuela de Medicina. Enfrente del portal, encorvado y con pasos menudos y cortos pero inseguros, él atravesaba la plaza que había sido el jardín de Santo Domingo, ya despojada de sus añosos fresnos.

Había adelgazado mucho, parecía más frágil que antes. Al caminar, los zapatos, que deslizaba torpemente por el pavimento, hacían ruido tenue y acompasado.

Al cruzarme con él, le saludé con respeto. No me vio, pero una dama que lo acompañaba y conducía, de facciones que me eran conocidas, le dijo al oído algunas palabras. Don Luis se detuvo, volvió hacia mí su débil mirada velada por los oscuros espejuelos, y dijo con la voz que tan familiar había sido en otro tiempo: "Adiós doctor... Adiós Panchito." Quise decirle algo, pero no tuve ideas ni encontré palabras, y él, con sus pasos cortos e inseguros, se alejó y desapareció en las sombras de ese anochecer de noviembre. Mejor dicho, se desvaneció entre las penumbras de ese crepúsculo invernal, pero no en la obscuridad silenciosa del indiferente e ingrato olvido.

DON ANDRÉS BELLO *

Por don FRANCISCO MONTERDE

Al mediar el mes de octubre, se cumplió un siglo de la muerte de Andrés Bello. Había llegado al mundo en Caracas, Venezuela, el 29 de noviembre de 1781; lo dejó en Santiago de Chile, el 15 de octubre de 1865.

La existencia de Bello —que con su obra une a las repúblicas hispanoamericanas— se reparte entre los dos países de nuestro continente, e Inglaterra, en la cual el escritor iba a revelarse.

Hijo de un jurisconsulto y compositor, y de una fina dama caraqueña, transcurre su niñez al lado de cuatro hermanas y tres hermanos, en un hogar donde la música no sólo está en los pentagramas.

Él prefiere las letras: compra libros —de clásicos—, en vez de golosinas. Los maestros estimulan esa afición, que se hace más firme tras su encuentro con el *Quijote*. Antes de cumplir los dieciséis años, Bello ingresa en la Universidad de Caracas; entre sus condiscípulos —después, alumnos— está Simón Bolívar. Bello no sólo domina español y latín; pronto lee en francés a Racine; más tarde leerá en inglés a Shakespeare.

Las lenguas extrañas le abren caminos cerrados para otros: cuando Humboldt y Bonpland llegan a Caracas, al concluir el siglo XVIII, Bello inicia su trato; y al comenzar el XIX, con los dos sabios, intenta ascender a la Silla del Ávila, cumbre que aquéllos conquistan.

Modesto, cumplido burócrata en su patria, a partir de 1802, está en contacto con los que luchan por la Independencia, desde 1810. En junio, la Junta de Gobierno de Caracas designa a Bello para integrar, con Bolívar y Luis López Méndez, la embajada que irá, en busca de apoyo, a Londres.

Bello será el secretario —su conocimiento del inglés lo justifica— y el único de los tres que permanecerá en Inglaterra, porque las negociaciones se prolongan, hasta 1829. Tal etapa fue de lucha y estudio; en ella fundó revistas, emprendió investigaciones, realizó valiosa obra literaria.

Herido Bello por una designación que le pareció injusta —más bien por creerse olvidado en Londres, pues consideraba que podría ser más útil en Amé-

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 22 de octubre de 1965.

rica—, solicita y logra pasar a Chile, a pesar de que el Libertador intenta retenerlo, con un puesto importante, en Colombia.

Para quienes convivimos con intelectuales venezolanos en destierro, es posible comprender su actitud en condiciones semejantes a aquellas en que él se hallaba.

Los chilenos brindan a Bello el sitio que mereció, como funcionario, y las oportunidades que desea tener, como legislador, político y maestro, y él las aprovecha.

Dentro de la democracia naciente, su privilegiada posición equivale a aquella de que disfrutó Goethe en Weimar; pero tiene que preparar, metódico, el ambiente propicio. Jurisconsulto, poeta, gramático, se esfuerza en formar la mente de una nación; educa desde el niño hasta el adulto; va de la primaria a la Universidad: su tarea principia con el alfabeto y llega a la filosofía.

Donante del fuego que redime, su labor trasciende más allá de su tierra: Colombia, Ecuador, Perú, los Estados Unidos, reconocen la autoridad de Bello como árbitro; sus fallos, en conflictos internacionales, se imponen.

Así llega el polígrafo —tras las encendidas polémicas de su plenitud, con el hispano José Joaquín de Mora y con el argentino Domingo F. Sarmiento— a un apacible crepúsculo; en él le ampara el respeto colectivo.

Gonzalo Bulnes contaba —y Emilio Edwards lo recordaría en años próximos a este centenario— que muy niño aún, el general Bulnes lo llevó a la alcoba donde Bello agonizaba: “a la cabecera de su cama, decía, su hijo Emilio, mi abuelo, estaba atendiéndolo solícitamente. Don Andrés, en su delirio, creía ver en las paredes y por las cortinas del lecho, los versos de la *Iliada* y de la *Eneida*. La fiebre lo consumía y se mortificaba por no alcanzar a descifrar esos escritos imaginarios. Y así murmurando frases entrecortadas, la luz de sus pupilas se apagó para siempre”.

Ejemplar fin de un investigador de las literaturas clásicas; de quien manejó seguro lenguas que ante el escrutador no tenían secretos, y forjó para el castellano moldes que perduran.

DON ANDRÉS BELLO *

Por don LUIS GARRIDO

Señor Director,
Señores académicos,
Señoras y señores:

El homenaje que hoy rinde la Academia a la figura de don Andrés Bello, en ocasión del centenario de su muerte, es el justo tributo a un prócer de la inteligencia, incorporado a las glorias americanas por su vasta obra de polígrafo, y cuyo nombre significa un copioso manantial de cultura.

Tuvo Bello más de una oportunidad para honrar el aspecto positivo de lo que dejó España en nuestros países, amén de que su estancia en Londres, como diplomático, le permitió estudiar la teoría de los valores de Bentham, los principios lógicos de Stuart Mill y las ideas sobre el conocimiento de Berkeley, trabajos que le dejaron honda huella en su espíritu de educador, a pesar de que postuló la emancipación política y mental de las antiguas Colonias.

Fue un observador sagaz del mundo que le rodeó, y asimismo un hombre de ideas positivistas, amante de la experiencia, de los análisis profundos y de la eficacia del método inductivo, lo que le consintió discurrir con claridad y expresarse en un lenguaje correcto y preciso, escribiendo su conocido libro la *Filosofía del entendimiento*, que Menéndez y Pelayo, con su gran autoridad, calificó de "la obra más importante que en su género tiene la literatura americana".

Esta noche me corresponde hablar, por acuerdo de nuestra corporación, de la inmortalidad venturosa que le asiste a Bello por sus trabajos de jurista, ya que su pluma fertilísima abordó también los temas de Derecho, con autoridad singular como internacionalista y legislador. Nombrado Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones de Chile, dicho cargo le brindó coyuntura para desarrollar sus conocimientos en el manejo de los negocios entre los Estados, siendo su influencia decisiva en la dirección de la política exterior de su patria adoptiva.

En 1833 publica sus *Principios del Derecho de Gentes*, que más tarde llama de *Derecho Internacional*, y en su colaboración del periódico *El Araucano*, y en su correspondencia como Secretario de Legación, expresó interesantes ideas sobre

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 22 de octubre de 1965.

asuntos y doctrinas de carácter jurídico, que afectaban las relaciones entre Chile y otros países, y así, en 1835, da a la estampa unos enjundiosos artículos propugnando el acercamiento con España, para prevenir cualquier reclamación diplomática y obtener su reconocimiento *de jure*.

Bello desempeña un papel sobresaliente para orientar las relaciones de nuestras jóvenes Repúblicas, que apenas lograda su independencia, tenía necesidad de protegerse de los ataques de fuera. A este efecto, proclamó el derecho de las naciones iberoamericanas a subsistir. Su labor en este aspecto adquiere trascendencia histórica, ya que proclama el imperio de la fuerza inmarcesible y luminosa de las normas jurídicas, conceptuando grave yerro torcer el camino de la sana convivencia de los Estados, y por lo tanto, se entregó a la tarea de defender y vindicar los derechos nacionales.

Redacta el alegato de Chile contra una reclamación de Estados Unidos y Francia, e igualmente concluye un Tratado de Comercio con el gobierno norteamericano, buscando el beneficio mutuo y velando en todo momento por la independencia y soberanía de su patria de adopción. A este respecto, afirmaba que en tales documentos debía consagrarse el principio de igualdad, ya que "poner trabas o estímulos artificiales a cualquier comercio o cualquier industria extranjera, sería embarazar ese derrame del comercio y la industria de las viejas naciones sobre las nuevas, que de ningún otro modo pueden desenvolverse con tanta fecundidad y energía, como dejando el asunto al curso natural de las cosas".

Bello, sin titubeos ni desmayos, tuvo que enfrentarse al mundo flamante de las Repúblicas hispanoamericanas, y vio que el arsenal del Derecho Internacional, que había estudiado en Europa, no respondía en muchos casos a lo que demandaban estos países, y entonces tuvo que hablar de substituir la fuerza por el derecho, infundiendo mayor aliento a las ideas excelsas que habían de regular hasta nuestros días la convivencia interamericana, y por ello afirmó que el país más débil goza de los mismos derechos y está sujeto a las mismas obligaciones que el imperio más poderoso.

Ese sentimiento de oponerse a la violencia y rendir culto a la justicia, lo llevó a escribir sus *Principios del Derecho de Gentes*. Internacionalista de cultura clásica, aumentó su prestigio, porque al escribirlos dio rienda suelta a su clara vocación de maestro, y sin ambiciones políticas, dedicó su obra a la juventud de este hemisferio, y superó en mucho el pensamiento dominante de su época, por el acierto de recurrir al rico venero de su espíritu de hombre inspirado y justo. Su pasión por el derecho lo lleva a consagrar buena parte de su vida al estudio de las normas internacionales y civiles, procurando que no sólo tuvieran existencia en las páginas de los libros y de los códigos, sino que cobraran vigencia en la realidad. Fue un precursor de varias doctrinas que hoy se sustentan, y así tratándose del reconocimiento de los gobiernos de facto, anticipándose a la tesis de nuestro extinto Canciller y colega don Genaro Estrada, expresó: "Si al estallar cada una de esas

mutaciones, hubiesen de examinar los títulos de cada nuevo gobierno, para mantener o interrumpir nuestra amistad y comercio, con el país que les obedece, y si mientras recaiga sobre él la sanción del tiempo, debiese someterse a un entredicho en sus comunicaciones diplomáticas, tan necesarias para el cultivo de esa misma amistad y comercio, para la protección de los intereses privados, nunca más expuesto a peligros que en épocas de conmociones civiles; es excusado decir los inconvenientes que esta conducta traería necesariamente consigo", agregando, más adelante, que no debemos erigirnos en jueces de cuestiones ajenas, además de que "nada nos prohíbe tratar con autoridades que lo son de hecho, mientras conservemos una prudente circunspección e imparcialidad, y ciñamos las comunicaciones económicas diplomáticas, a lo que en la mayor parte de los casos debería ser su exclusivo objeto, la seguridad y fomento de los intereses económicos".

Bello fue en el cenáculo luminoso del Derecho, un gran exponente de las ideas de su tiempo, no exentas de atisbos innovadores, como acabamos de ver, pero en sus exposiciones campeaba la modestia, y al hablar de sus *Principios del Derecho de Gentes* los calificó de un simple "bosquejo reducido, pero comprensivo, del estado actual de la ciencia"; pero su espíritu adquiere verdadera reciedumbre al negociar como representante de los intereses patrios, aprovechando al máximo las aportaciones de la escuela clásica del derecho internacional. Con magistral serenidad analizó los problemas de nuestras Repúblicas, desde el punto de vista de sus antiguas culturas y de su posición de Estados recién nacidos a la vida de relación universal. Era partidario de pactos regionales, pero no de la organización de Congresos Americanos, pues veía difícil, por la vida agitada de nuestros países, que se pudieran hacer reuniones de esta naturaleza, ya que "los miembros —decía— de este vasto cuerpo que ocupa un territorio mayor que el de Europa no pueden auxiliarse de un mismo modo y con igual eficacia unos a otros", considerando, además, que a pesar de concurrir todos a un mismo fin, "los medios de que pueden poner en acción serán siempre diferentes, según las varias posiciones en que se hallan y los diversos casos que sobrevengan".

Bello, como internacionalista, vivió la actualidad de su tiempo y en su obra publicada en 1832, y concebida en Londres, reflejó, nítidamente, todo el saber de su época, que puso a través de su libro al servicio de nuestra gran familia ibero-americana, la cual estimaba profundamente, a causa de que, según sus propias palabras, "descienden de un mismo origen, hablan un mismo idioma, profesan una misma religión, reconocen la influencia de unas mismas costumbres y de una misma legislación civil, y han organizado instituciones análogas".

Entre los autores a los que siguió con frecuencia, figuran Vattel, Kent, Wheaton, Martens, Phillimore, reconociendo la influencia de algunos de sus principios, pero también acudiendo a otras fuentes, y al análisis exhaustivo de las cuestiones fundamentales. Por su plan y método, así como por abarcar lo principal del panorama del derecho de gentes, se considera, justamente, su trabajo en la literatura jurídica de

habla castellana, como el primero en importancia. Desde luego, representa un magnífico esfuerzo, por dar plena autonomía a esta disciplina, y agrupar y resumir aspectos comerciales y marítimos que no se acostumbraba tratar. Hoy día muchos puntos explorados por él han sido superados, pues la organización económica y social del mundo ha cambiado, pero subsisten sus ideas, en lo que concierne al respeto que se debe a la norma jurídica, a la defensa y vindicación de los derechos nacionales, a la supremacía de la inteligencia y del espíritu, y a la lucha que aconsejaba por los fueros de la justicia, proscribiendo el recurso de la fuerza para dirimir los conflictos entre los Estados.

Se ha dicho de su trabajo que algunos temas secundarios los trata con amplitud, y otros de verdadero interés los limita en su desarrollo o los omite, pero debe considerarse que representa uno de los primeros esfuerzos en esta materia, y por ello, a pesar de su falta de proporción, fue acogido con aplauso y mereció el honor de ser traducido al inglés y al francés, gracias a los principios y doctrinas que incluye, los cuales ilustra con ejemplos, y además, por el magnífico estilo y claridad de que siempre hizo gala el autor.

Su posición frente al problema de la efectividad del Derecho Internacional mediante sanciones, lo estudia con cierto escepticismo, pues a su juicio no era posible una autoridad super-estatal, apoyada por todos los demás miembros de la comunidad internacional, ya que una organización de tal naturaleza sería un “semillero de disputas y querellas, que empeoraría muchas veces los males en vez de ponerles remedio”, y también por la circunstancia de que los Estados no se interesan por dichas sociedades, cuando los asuntos de éstas no les conciernen de manera directa.

No obstante, Bello fue partidario de la Unión Americana, y sobre el particular, asentó que el objeto primordial de ella era garantizar la estabilidad exterior de nuestras Repúblicas, pues a su juicio: “Los peligros capaces de comprometerla seriamente, pueden venir no sólo de una nación extraña a la América, sino también de la América misma. Si el medio más adecuado de rechazar los ataques contra la independencia de los estados americanos es la acción común de todos ellos, para que esta acción esté siempre pronta, para que sea eficaz y vigorosa, es indispensable que los que han de ejercitarla no se encuentren nunca divididos entre sí por desacuerdos o animosidades. Hacer imposible la guerra entre ellos, remover toda causa que pueda menoscabar su buena inteligencia y cordiales relaciones, trazar el camino para zanjar pacíficamente sus desavenencias y conservándolos así unidos, y de consiguiente fuertes, ponerlos en actitud de ocurrir con oportunidad y decisión, a conjurar los comunes peligros, tal es el gran resultado que está llamada a alcanzar la Unión Americana”.

La fecundidad de su labor en el campo internacional se advierte en muchas páginas de sus libros, en las que señala temas cardinales para la convivencia pacífica de las naciones, tales como el principio de la igualdad entre los Estados; la cues-

ción del reconocimiento de los mismos; el derecho de legación o embajada; la intervención de los Estados, asunto en el que sostiene que a ninguno le está permitido mezclarse en los problemas internos de otro, salvo el caso de que vaya de por medio su propia seguridad. Se ocupa igualmente de la celebración y ejecución de los contratos y del tema de la nacionalidad, a la que le da gran importancia cuando dimana del nacimiento, y estudia de igual manera el derecho de asilo, pronunciándose a favor de que los infractores políticos disfruten de él, pues entregarlos para que se les juzgue significaría "un acto inhumano y bárbaro".

Reseñar todos los aspectos de la obra de Bello como internacionalista, sería en extremo prolijo, pero puede afirmarse que su actividad en este campo fue notoria y esplendente, de acuerdo con el mundo que le tocó vivir: falto de comunicaciones y con el régimen de la esclavitud en algunos países. Pero para el limitado caudal de experiencias y conceptos que se habían elaborado hasta entonces, su visión de diplomático y de jurista fue en extremo luminosa, pues abordó los conceptos básicos del Derecho de Gentes, algunos, como el Mar Territorial y la Plataforma Continental, en forma reducida, debido a que no dispuso de la técnica moderna, y en otros temas, porque el desarrollo de las cuestiones relativas no había alcanzado la riqueza de nuestros días, como lo referente al comercio, agentes diplomáticos y consulares, tratados internacionales, medios conciliatorios y todos los aspectos del estado de guerra. Y si bien resulta anticuado al tratar algunos de ellos, en otros se revela el hombre clarividente, como en el caso de su preocupación para definir al agresor, asunto que tantos esfuerzos ha consumido en la ONU, con el fin de precisarlo, y de igual modo sus palabras sobre la conciencia internacional resultaron proféticas, al expresar que se debía fortalecer la política del siglo que vivió, en el sentido de que era necesario multiplicar los puntos de contacto entre los pueblos, para unirlos y fraternizarlos, a fin de hacer de todo el género humano una familia, pues resistir a esta tendencia era descender en la escala de la civilización.

La vocación inequívoca de jurista está patente en Bello, en sus estudios de Derecho Internacional, por el resumen cabal que hizo de los conocimientos de su época, correspondiéndole el honor de haber sido el primero que escribió en América el primer tratado sistemático sobre la materia y el de haber presentado puntos de vista, que ponen de manifiesto su profunda preocupación por contribuir al desarrollo del espíritu de justicia en el Nuevo Mundo.

Pero tal fase de la vida de Bello se continuó en su papel de legislador. En efecto, durante su periodo de Senador en Chile, tuvo una intervención prominente en la confección de muchas leyes, no sólo para mejorar su factura, sino para crearlas, como aconteció con el ordenamiento civil, a fin de poner término al problema de la confusión de las disposiciones heredadas de España y de las expedidas después de la Independencia. El gobierno le encarga tan honroso y difícil cometido, el cual desempeña con verdadera aptitud y diligencia, a tal punto, que ya en 1835 había terminado la tercera parte de la obra, la cual fue observada por

peritos en derecho, entre los que figuró el maestro don Miguel María Güemes, algunas de cuyas observaciones fueron aceptadas por el autor, sobre todo en materia de herencias y legados.

Integradas después varias Comisiones redactoras del Código Civil, de las cuales Bello fue Secretario, se dio término a la tarea en 1852, siendo Presidente don Manuel Mont tanto de la República como del grupo redactor. Este trabajo realizado durante un cuarto de siglo, mereció la más cálida aprobación, convirtiéndose dicha ley en un modelo para el resto de América. Su vigencia en Chile pone de relieve la perspicacia de Bello como legislador, pues se adaptó a las exigencias nacionales de una manera admirable, favoreciendo el desarrollo de la familia y de los bienes en el país. No es un cuerpo de leyes que se inspirara en normas arcaicas, ya que por el contrario, siguió las líneas europeas más avanzadas, juzgando que la experiencia de esos pueblos serviría, sin duda, para nuestras Repúblicas.

El inteligente y culto comentarista de dicha obra, mi excelente amigo el maestro en Derecho Civil don Pedro Lira, dice justamente sobre el particular: "Cuando se leen sus disposiciones se advierte que aparece compuesto para un país de ciudadanos iguales y libres, capaces todos de contratar, llamados todos a adquirir propiedades y a cambiarlas, dotados todos de ilimitadas expectativas económicas y de amplios y seguros derechos. No menciona a los indios, que los había y en abundancia, en la región de la Araucanía, aun no civilizada, ni pone el dedo en la llaga de las desigualdades económicas. Es probable que el autor pensara en que los indios debían requerir una legislación especial, pero no hace referencia a ella, como acostumbra en el Código. Su fe en la ilustración y en el progreso quizá le hizo creer que al correr de los años, los indios podrían aplicar también el Código Civil."

A este respecto, cabe señalar que la europeización de las disposiciones legales en la América Latina obedeció a una imitación extralógica, que no tuvo en cuenta la población indígena de Bolivia, Perú, Ecuador y México, la que representa una cifra importante, pues el legislador partiendo del axioma democrático, proclamó la igualdad ante las leyes, olvidándose de que en la mayoría de los casos el indígena alejado de las ciudades, no participa en el gobierno y su carácter ciudadano es puramente virtual. De acuerdo con tal orientación, no es de extrañar que Bello no planteara esta cuestión de antropología social, tan complicada y difícil.

Él respiraba una persistente solicitud por robustecer los lazos sociales, particularmente los de la familia, de acuerdo con las diversas jerarquías, y por lo mismo flota en los preceptos respectivos una alta moral y un arraigado sentimiento católico, al normar sobre todo la vida matrimonial.

Bello trabajó incansablemente para completar la legislación civil de Chile, y al efecto redactó las normas relativas a la prelación de créditos, estableciendo un sistema claro y preciso sobre dicha materia. Pero, sin duda, las disposiciones que propugnó para que la riqueza territorial no se sustrajera a la libre circulación a través del mayorazgo, constituyen una reforma de gran trascendencia social y

económica, al facilitar la división de los grandes latifundios. Tuvo también el acierto, en un país joven que necesita robustecer su desarrollo, de rodear de garantías la propiedad privada y sistematizar el derecho sucesorio, reconociendo parcialmente la libre testamentación.

Mostró siempre como legislador, un espíritu partidario de la igualdad entre los hombres y de respeto a sus libertades. Por eso la parte del Código Civil, que reglamenta los contratos, se inspira en el principio de la autonomía de la voluntad. Llama la atención cómo apoyó algunas instituciones que, en nuestros días, han tenido verdadero auge, como el fideicomiso. En otros aspectos —el caso de los hijos ilegítimos—, lo reglamenta sin desprenderse de los prejuicios de su tiempo, pero atendiendo, hasta donde le era posible, a los dictados de la equidad y del derecho natural.

La obra que llevó a cabo Bello en el Derecho privado es digna de su fama, porque puso orden donde imperaba la confusa legislación española, con las normas más modernas de la técnica jurídica, y porque siempre tuvo presentes las necesidades nacionales que iban a satisfacer. En ocasiones sobrepasó las soluciones que Europa había dado a varios problemas. Le era muy familiar la legislación francesa y sus comentaristas, pero de igual manera conocía el derecho sajón y el germánico. Esta vasta cultura le permitió adoptar el régimen mejor para Chile, creando un verdadero monumento legislativo, que tuvo una sensible influencia al tomarse como modelo por los países latinoamericanos.

Bello vivió la tradición romanista del derecho y la estructura individualista de la economía, y a pesar de esta circunstancia, las normas jurídicas en las cuales interviene como legislador las organiza y regula para proteger a todos los ciudadanos, y en todas ellas se percibe su cabal espíritu de abogado, su rectitud y buen sentido. Un hombre de tal naturaleza no podía ser partidario de la aplicación compulsiva de la ley, y por lo tanto, aconsejó que el Código Civil se adoptara gradualmente.

Admira en esta obra no sólo la claridad y exactitud de lenguaje, gracias a los conocimientos gramaticales de Bello y a su buen gusto, que le habían conquistado la más fervida admiración. Mantenedor del derecho patrimonial y de familia, conservó la concepción de sujetar al individuo a los intereses de la misma, y por ello, mantuvo los fideicomisos familiares, y la protección a todos los miembros ligados por la sangre.

Las grandes obras legislativas viven sin sufrir grandes mutaciones, sobre todo como en el caso de Bello, que procuró trabajar con doctrinas depuradas por la jurisprudencia, y con el anhelo de resolver las diversas situaciones que abarca la ley civil, con un sentido de verdadera justicia. Hombre de múltiples facetas, estaba capacitado para trabajar con amplitud de miras, pues no tenía las limitaciones del especialista, y así, al lado del abogado, estaba el gramático, el diplomático y, particularmente, el maestro por antonomasia.

Un carácter de tal naturaleza tenía que significarse de manera conspicua, máxime que su talento y capacidad fueron reconocidos por los gobiernos de su patria adoptiva, los cuales le brindaron la oportunidad de realizar sus eminentes trabajos, cosa que por desgracia no siempre sucede en el mundo de nuestros días.

Del renombre glorioso de Bello, su producción jurídica lo hace acreedor al más sentido aplauso, ya que sus estudios y tareas legislativas brillan como esmaltes en su actividad creadora, para garantizar el orden social. Por otra parte, sus convicciones claras y resueltas, el manejo fácil y maravilloso de su pluma, y su cultura de humanista, despiertan nuestra devota admiración. Pero sobre todo, sus esfuerzos a favor de la paz internacional, su amor por el orden pacífico y legal, constituyen un precioso legado, una luz inextinguible en el mundo que vivimos, tan cargado de odios y de peligrosas rivalidades económicas.

DON ANDRÉS BELLO, MAESTRO Y GRAMÁTICO *

Por don DANIEL HUACUJA

Señor Director de la Academia Mexicana:

Señores Académicos:

Señoras y señores:

En las aulas de la Escuela Primaria anexa a la Normal de México, en las postrimerías del siglo pasado, cuando cursábamos el cuarto año, un maestro eminente, don Daniel Delgadillo, ponía solícito empeño en que sus discípulos hiciéramos con frecuencia, en lo concerniente al lenguaje, variados ejercicios de elocución para enseñarnos prácticamente la importancia de ajustar a la índole de cada composición la entonación y los matices que armonizan con el tema y se afanaba en presentarnos ejemplos de los mejores autores.

Llegado el turno de estudiar las producciones de los escritores sudamericanos, luego de memorizarlos, recitábamos algunas veces individualmente y otras ocasiones en coro, los versos brillantes de Rafael Obligado que en "El alma del payador", como en los poemas similares que incluye en sus *Tradiciones argentinas*, describe de modo natural y emotivo el ambiente pampero y la atrayente vida gauchesca.

Fue en aquellos remotos tiempos cuando comenzamos a pronunciar con admiración y respeto el nombre de don Andrés Bello al comentar con placer, guiados por la pericia de nuestro entendido maestro, las referencias que el bardo hacía de su vida hogareña, del amor entrañable que guardaba a sus siete hermanos y de los años venturosos de su infancia, en la "Oración por todos", poema que en sus numerosas estancias destila la tierna sensibilidad que heredó de su dulce madre.

Más tarde, en los grados profesionales, la exquisita palabra de don Enrique de Olavarría y Ferrari, nuestro maestro de Gramática Superior, con criterio sagaz y trato paternal nos puso en condiciones de justipreciar los alcances profundos de la obra variada y múltiple del hombre que, en síntesis armoniosa, fue poeta, escritor, filólogo, jurista y, por sus alcances intelectuales y preparación enciclopédica, uno de los más enhiestos representantes de la cultura en este continente. Don Enrique, como con entrañable afecto le llamábamos, en sus lecciones concedió mayor atención

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 22 de octubre de 1965.

al aspecto que más podía interesar a quienes nos preparábamos para desempeñar las tareas magisteriales.

Así fue como llegó a sernos familiar el nombre del varón ejemplar cuya capacidad envidiable se manifestó desde su juventud y persistió a lo largo de ochenta años de actividad febril y de brillante esfuerzo mental.

Sus biógrafos aseguran que su acción como maestro fue al principio meramente accidental y accesoria, sólo tendiente a obtener los recursos económicos necesarios para satisfacer sus exigencias perentorias cuando fue estudiante, o en la época aciaga en que le atenaceó rudamente la pobreza, injustamente le mordió la calumnia y con furia demoníaca le asaetó el odio de sus enemigos políticos.

Sus primeras andanzas en el campo magisterial fueron en Caracas, forzado por la urgencia de obtener la pecunia que le ayudaría a terminar sus estudios filosóficos; pero por poca fortuna no logró el éxito que soñó y por el fracaso sufrido abandonó las funciones docentes en Venezuela para volver a ejercitarlas en el exilio, cuando a ellas se asió como a una tabla salvadora, en Londres, para defenderse de los apremios del hambre y como recurso bienhechor que le ampararía para fomentar su acendrada afición por los estudios y para acrecentar su erudición vastísima.

Transcurrieron casi dos décadas de ostracismo y su vida frisaba ya en el medio siglo al desembarcar, el mes de junio de 1829, en Valparaíso, suceso que quizás ocurrió por el vigoroso influjo de Irisarri y de Egaña, quienes, reconociendo la potencia de ese gran espíritu y su enorme personalidad, le recomendaron con calor y eficacia.

Afirman los apologistas que Irisarri escribió desde Londres a O'Higgins diciendo que:

de todos los americanos enviados a la corte británica en misión diplomática, don Andrés Bello es el hombre más serio y comprensivo de sus deberes, actitud a la que asocia la belleza de su carácter y la notable ilustración que le adorna.

Por su parte, Egaña envió misivas a Chile afirmando que se presentaba la oportunidad de obtener una valiosa adquisición en la persona de un excelente colaborador que se hallaba dispuesto a emprender el viaje y a contribuir con su ilustración extraordinaria en el progreso del país.

Al arribar a su segunda patria, agitada por violentas convulsiones sociales que amenazaban degenerar hasta el empleo terrífico de las armas, la enseñanza constituyó el ejercicio primordial de su vida y a ella se consagró con ahínco fervoroso.

No disponía de elementos copiosos; contados eran sus amigos influyentes, y apoyado únicamente en su equilibrio mental, en su carácter firme y en su extensa sabiduría, inició la gigantesca tarea que desarrolló después de cerciorarse en qué consistía el problema social y de que la resolución favorable del caso implicaba

la lucha tenaz por alcanzar la educación del pueblo que no poseía el hábito de la lectura y usaba el idioma con deficiencias muy notorias.

Aunque vislumbró que la empresa era muy difícil y complicada, acarició el propósito de consumarla para corresponder con gallardía a la hospitalidad que se le brindó, a la cordialidad con que fue recibido y halagado por algunas de las familias principales y por la acogida benévola que le dispensó Portales, el gobernante que tuvo el privilegio de mantener al país en un provechoso periodo de tranquilidad.

Comenzó su labor docente en el colegio de Santiago, para proseguirla poco tiempo después en el Instituto Nacional. Como acción inmediata e inaplazable promovió cuanto creyó oportuno para elevar la calidad de la enseñanza primaria, por tener la convicción profunda de que es característica substancial y privativa de los seres humanos la aptitud para transformarse y mejorarse, y que todos los individuos, cualesquiera que sean su clase y condiciones, al vigorizar su intelecto con ideas nobles, quedan pertrechados atinadamente para contribuir al progreso social.

Por las razones enunciadas insistió en que la acción educativa debe expandirse entre los integrantes todos de la comunidad, aunque se advierta falta de similitud en sus condiciones de vida, sus necesidades económicas y sus aspiraciones, pues en tales casos se procurará ajustar los métodos y los procedimientos a los diferentes medios en que el maestro actúe.

Predicó con la palabra y el ejemplo que la enseñanza jamás deberá constreñirse al mejoramiento de una minoría selecta con la mira exclusivista de preparar reducidos grupos de expertos y eruditos, sino difundirla en forma amplia, de manera que abarque y aproveche al mayor número, porque siempre es preferible formar ciudadanos útiles que coherentemente den ocasión a robustecer una sociedad bien organizada.

Adelantándose a su tiempo, aconsejó a los maestros que no consideraran a los alumnos como ánforas en las cuales vertieran nociones, fechas, hechos y sucesos, convirtiéndolos en sujetos puramente retentivos, pues, contrariamente, el educando tiene que ser elemento activo y factor positivo de su propia enseñanza y, como detestaba lo que pudiera resultar para algunos confuso o impreciso, en sus propias clases ponía ejemplo vivo: explicaba con detalles el asunto que estudiaba con sus discípulos, conversaba con ellos, provocaba y estimulaba el debate, despertaba y orientaba el anhelo de investigación, hacía las explicaciones pertinentes, hasta llegar a consolidar, finalmente, el conocimiento que se proponía inculcar.

En el aspecto *filológico*, sorprende gratamente la vasta producción de Bello, pero particularmente sobresalen de ese cúmulo los temas referentes a ortología, ortografía, declinación, conjugación y gramática general.

Hace ciento treinta años que editó en Santiago de Chile su obra titulada *Principios de la Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, en la cual hace ver

que es indispensable el estudio de la ortología para quienes, por la categoría social que ocupan, les está vedado, si no quieren demeritarse, incurrir en vulgaridades de lenguaje o dar tropiezos que menoscaban su discurso y acusan ignorancia, deficiencias que orillan al orador a caer en el ridículo e incitan a los oyentes a mirarlos con desdago; previene que no es bastante el uso propio de los vocablos y la debida proporción y simetría de las expresiones si se descuida que los sonidos se articulen debidamente y las palabras se emitan ciñéndose a la cantidad o tiempo que es propio invertir en la pronunciación de las sílabas o si se desdeña el empleo de los acentos adecuados.

En lo referente a las *innovaciones ortográficas*, suscribió un artículo publicado en la *Biblioteca Americana* bajo el título de "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América", y al examinarlas resalta la tendencia de hallar la conformidad absoluta entre la lengua escrita con la hablada. Para el efecto propone: primero, que cada sonido se represente exclusivamente por una sola letra y, segundo, que se suprima cualquiera letra que no represente o ayude a representar un sonido.

En acatamiento al primer precepto, dejaría de usarse la *g* en las combinaciones *ge, gi*, por ejemplo, y se la sustituiría por *je, ji*, con *j*; dejaría de usarse la *y* copulativa, y se la reemplazaría por *i* latina, y, en obediencia al segundo dictado, morirían la *b*, para siempre, y la *u* en las sílabas *gue, gui*, casos ambos en que se trate de letras mudas.

Vista desde el ángulo correspondiente a la ciencia del lenguaje fonético, la proposición parecería acertada; pero surge el escollo de tener que modificar en los lectores el sistema de asociación de imágenes al que inveteradamente estamos acostumbrados y mediante el cual, a la impresión óptica de una palabra escrita corresponde la imagen de la palabra hablada y simultáneamente el concepto que la misma palabra representa, aparte de que la innovación estaría en pugna con la fuente prístina de los vocablos y quedaría oculto su significado de origen.

En el capítulo de la *declinación*, conforme al parecer de Bello, los nombres pueden estar en cuatro "casos": el *nominativo*, el *complementario acusativo*, el *complementario dativo* o en el último, que nunca significa complemento por sí solo, que exige la presencia de una preposición antepuesta y que no significa más que el término de un complemento y al que, por esta razón, conviene aplicar con propiedad el título de *terminal*.

Esta doctrina fue aceptada plenamente, entre otros eminentes gramáticos, por el muy ilustre filólogo, diplomático y académico colombiano don Emiliano Isaza en su valiosa gramática, quien al tratar el punto que me ocupa, expresa: los "casos" son cuatro: si el nombre ejerce la acción indicada por el verbo, la forma que toma se llama *nominativo*; si recibe directamente esa acción, *complementario acusativo*; si indirectamente, *complementario dativo* y si va después de una preposición,

es decir, de una palabra que sirve para anunciar un nombre en que termina la relación, se llama *terminal*.

Es del conocimiento general, por su grandiosa magnitud, otra de las reformas sugeridas por Bello, la cual recibió cálida aceptación en la casi totalidad de los centros educativos y ha sido elogiosamente debatida por las personas conectadas con este género de estudios. Me refiero al cambio sustancial operado en la nomenclatura de los tiempos del verbo. La solución de este asunto constituyó una de las primeras preocupaciones para el gramático y quizás fue motivo de sus lucubraciones desde antes que saliera de Venezuela.

Don Rafael Ángel de la Peña, académico sapientísimo y suprema autoridad en problemas de esta índole en nuestra patria, afirma textualmente que:

el señor Bello es el gramático que ha explicado mejor el valor y uso de los tiempos del verbo en la conjugación castellana. En su exposición se aunan la claridad con la profundidad, y la sagacidad del análisis con la verdad y la novedad de la doctrina.

La denominación que dio a los tiempos fundamentales del verbo, por buena fortuna corre cotidianamente en los labios de maestros y escolares. Todos aprendieron que, además de los fundamentales, hay tiempos secundarios y metafóricos; que en los fundamentales se refiere inmediatamente el significado del verbo al momento en que se habla; que en los secundarios se refiere el significado del verbo al de otro verbo y, mediante éste, al momento en que se habla, y los metafóricos son los usados en sentido translativo.

Por otra parte se dividen los tiempos en simples y compuestos: los primeros constan de una sola voz; los segundos se integran con alguna de las voces verbales y de un auxiliar.

En la nomenclatura que propuso, la idea de coexistencia se representa por el prefijo *co*; la de anterioridad por *ante* y la de posteridad por *pos*.

Las formas compuestas son más adecuadas que las que venían preconizándose y dan idea por sí mismas del uso y significado de los tiempos.

Los modos son, según su parecer: indicativo, subjuntivo, subjuntivo hipotético y el optativo y todo constituye un sistema completo, armónico y lógico para el estudio del verbo castellano.

Su *Gramática de la Lengua Castellana, destinada al uso de los americanos* tuvo su primera edición en 1847 y encierra la síntesis de sus profundos conocimientos.

En su libro impera un método racional, incluye abundancia de ejemplos oportunos, insiste en combatir los vicios de lenguaje en que la generalidad incurre y para las definiciones usa procedimientos prácticos en vez de ocurrir a fórmulas ininteligibles para los escolares.

Abundantes y muy elogiosas son las opiniones que ha merecido ese monumento literario. Don Marcelino Menéndez y Pelayo expresó:

Es sin duda esa gramática la que en nuestro siglo ha tenido mayor número de reimpresiones y ha servido para estudiar al mayor número de gentes.

La Real Academia le concedió magna importancia y luego de ponderar su extremado valor, expidió el siguiente comunicado a la legación de España en Chile en encomio de Bello:

Deseosa la Real Academia de dar a tan insigne literato un testimonio público del concepto que ha formado de su obra, le ha nombrado *Académico honorario*, distinción que por primera vez se ha concedido.

Señoras y señores: El varón eminente al que hoy rendimos fervoroso homenaje, no sólo vertió su sabiduría en las mentes juveniles, educó también con su palabra docta y su ejemplo recto y contribuyó sólidamente a formar ciudadanos útiles y de provecho. Ojalá que su espíritu prócer mañana, como hoy, presida y abrillante los trabajos de esta Academia.

DON ANDRÉS BELLO, HUMANISTA *

Por don OCTAVIANO VALDÉS

Don Andrés Bello pertenece al número de los afortunados a quienes les fue concedido el don de ciencia y el don de sabiduría. El primero, que consiste en copiosa suma de conocimientos, muchos hombres lo han poseído, y en número reducido el de sabiduría; el cual es luz generosa que capacita al hombre para relacionar la ciencia con la vida, al individuo con el universo; es equilibrio y acierto de la inteligencia para dar a nuestros juicios la debida proporción y para atinar con la justa medida de cosas y personas: Sofía y Sofrosyne juntas. Cualidades todas éstas, cuyo conjunto forman el sinónimo del verdadero humanista. A don Andrés Bello corresponde aplicársele con toda verdad.

Varón tan preclaro cabe compararlo a los más eximios del Renacimiento, sabios en pulir un hexámetro o un endecasílabo y en discurrir sobre los más variados temas de ciencia y de arte. Un verdadero plebiscito de los más ilustres críticos ha reconocido sus grandes méritos de humanista, por lo que toca a sus alcances de erudito y sabio: don Miguel Antonio Caro, Rufino J. Cuervo, Menéndez Pelayo, Blanco-Fombona, Mariano Picón-Salas y la voz de tantos otros que han añadido su voz al ditirambo de su gloria.

Don Andrés Bello es filósofo, sociólogo, internacionalista, legislador, gramático, crítico, traductor y poeta. Habiendo poseído el dominio de las lenguas clásicas, griego y latín, y de varias modernas, su asombrosa ciencia y erudición tienen la solidez y la autenticidad que trae sus raíces de las vetas maternas.

El ambiente cultural de Caracas favoreció el desarrollo de su talento. Al decir de Humboldt, la sociedad caraqueña cultivaba la música y, de mentalidad moderna, estaba al día en el conocimiento de las literaturas francesa e italiana. Bolívar el Libertador, también de marcados perfiles de humanista, patrocinaba una tertulia en que alentaba a jóvenes aficionados a las letras, y a la cual asistía Bello. En ella se dice que leyó su traducción del libro V de la Eneida y de Zulima de Voltaire. Debió haber sido también, sin pretenderlo, alma de la tertulia. Sería aquélla una hermosa escena, presidida por dos hombres geniales, en la cual la voz del uno

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 22 de octubre de 1965.

hallaría resonancia cumplida en el otro; ambos se comprenderían en exacta medida del mismo placer estético.

Refiérese también que la presencia del sabio alemán Humboldt, en Caracas, y las relaciones de sus viajes científicos despertaron en Bello su amor a las ciencias naturales. Las descripciones de aquél acerca de la naturaleza americana, aparecerían más tarde filtradas y transfiguradas en el arte de las Silvas de la Agricultura.

Bello frisaba en los treinta años cuando partió a Londres como secretario del Libertador, que iba en representación de la primera Junta de Gobierno, con el fin de conseguir el apoyo de la nación británica para la nascente autonomía de su patria.

No es aventurado suponer que don Andrés Bello no habría alcanzado toda su altura, si un destino providencial no lo hubiera retenido en exilio durante diecinueve largos años en la ciudad de Londres. En ese horizonte abierto a todas las corrientes del espíritu, se enriqueció como sabio y se consolidó como humanista. Él mismo dice: "Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las investigaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes."

Sin embargo, aunque este tiempo significó mucho en su vida, no se debe pensar que llegó a Londres como un estudiante de Liceo; pues ya en Caracas había cursado Humanidades y Filosofía, conocía a los clásicos castellanos y había elaborado su *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*. Dueño ya de una cultura bien redondeada y disciplinada y de un cerebro con ideas claras que sabe a dónde va, llevaba el germen de su futura y grandiosa obra.

Asistente asiduo a las bibliotecas y al Museo Británico, no procede con tanteos, sino que estudia e investiga por las rutas que tiene bien definidas. Se perfecciona en los estudios clásicos aprendiendo el griego y se dedica al estudio de las lenguas romances, investigando la clave de su evolución en su origen, en los tiempos de la baja latinidad.

Al mismo tiempo emprende la publicación de la *Biblioteca Americana*, y posteriormente de *Repertorio Americano*, en donde da a luz valiosísimos trabajos científicos, estudios de etimología y prosodia, que son preludios de su Gramática castellana y demás estudios lingüísticos. Entre los estudios de crítica, el más interesante y profundo —dice don Miguel Antonio Caro— "es el juicio relativo a las poesías de Horacio, traducidas por don Javier de Burgos. Revélase allí Bello tan empapado en el espíritu de Horacio, como entendido en los misterios de su estilo y manera, y enterado de las principales dificultades de interpretación y de construcción que ocurren en el lírico romano; abunda en observaciones originales tan útiles para entender la poesía latina, como para aprender a traducir en verso."

La presencia de Horacio se advierte en la expresión de su poesía, concisa, ceñida, esmerada. A ello se añade un moderado conceptismo calderoniano, y un

afán persistente de no caer en la vulgaridad. Hecho éste nada frecuente en esos tiempos de palabra pródiga y adjetivación corriente y estereotipada.

Pertenecen también a esta época londinense la traducción de catorce cantos de *Orlando enamorado* de Bayardo y de un fragmento de los *Jardines* de Deille. Además su actividad intelectual se extiende al estudio del positivismo inglés, de cuyos filósofos conoce principalmente a Stuart Mill, quien más tarde lo inspirará en su tratado de la *Filosofía del entendimiento*, “que es sin duda —decía en su tiempo Menéndez Pelayo— la obra más importante que en su género posee la literatura americana.”

Alguien ha dicho en son de elogio, que Bello por sus variados conocimientos es un ecléctico. Lo cual me parece inexacto, porque en el fondo del ecléctico está el escéptico. Y al revés de lo que dice San Pablo: “Escrutadlo todo y retened lo bueno”, el escéptico ha probado por muchos sitios sin quedarse con nada, debido esto a una deficiencia de virilidad intelectual y carencia de poder de síntesis, para formarse una convicción y un sistema organizado de ideas. Nunca un ecléctico, por ingenioso, erudito y brillante que haya sido, ha podido igualar a un Platón, a un Tomás de Aquino, a Kant, o a Shakespeare o Cervantes. Digamos más bien que don Andrés Bello es un sabio excepcional, cuya ciencia y erudición pasmosas se desarrollaron y fructificaron organizadas bajo los faros de ideas bien vertebradas, sujetas a un criterio equilibrado y firme, rector de su credo intelectual y humano.

Abierto a todos los soplos del arte, en el gusto estético de Bello caben las modulaciones latinas de Horacio y Virgilio y las del Siglo de Oro, con preferencia de Lope y Calderón. Admira a los humanistas latinos del XVIII, pero sin caer en el mero virtuosismo versificador. Gusta de los románticos, Hugo, Byron y otros; los traduce y los imita, pero sin dejarse arrastrar por el estro desmelenado de esa escuela.

Una de las más notables hazañas de su actividad intelectual, que inició en Londres y terminó en Chile, fue la reconstrucción del *Poema del Cid*. En aquella ciudad se capacitó investigando los orígenes de la lengua castellana y la influencia de la epopeya francesa en la española, y prosiguió esta empresa en Chile, “con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica” —dice Menéndez Pelayo— valiéndose de la imperfecta edición de Sánchez, “parece un portento cuando se repara que fue trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres”.

Este tiempo de su destierro seguramente contribuyó a madurar ese equilibrio de juicio, que es característica suya y realización de la sabiduría del humanista. Pues quien ha vivido encerrado en su rincón —excepción hecha de pocos bien dotados y cultivados—, vive expuesto, juzgando con criterio de aldeano, a sobreestimar lo propio y a menospreciar lo ajeno, o viceversa, a mirar con ojos nega-

tivos lo de casa y a ponderar lo extraño por el solo hecho de serlo, y a vivir subyugado por las influencias exteriores de la hora que vive.

Si se trata de filosofía, Bello se adhiere al positivismo, pero sabe hallar la manera de no incurrir en el extremo materialista. Si de poesía, son sus predilectos, según dijimos, Horacio, Virgilio y los grandes del Siglo de Oro español, pero sin anquilosarse profesando un pseudoclasicismo desvitalizado, encadenado a la retórica de las tres unidades aristotélicas, según la falsa interpretación de Boileau y Moratín. En su clasicismo cabe el romanticismo, pero temperado y aclimatado a su acrisolado gusto personal.

Esa nota de equilibrio, el "ne quid nimis" de su maestro Horacio es muy significativa en algunos de sus más bellos poemas, que suelen ser clasificados por los críticos como poesía científica o didáctico-descriptiva. Es admirable cómo su gusto y sensibilidad de poeta se defienden con éxito del enorme caudal de su ciencia y erudición. Allí están para ejemplo sus *Silvas* a la Agricultura, para ejemplo de sabiduría y equilibrio estéticos; en ellas sus conocimientos científicos se esconden o se transforman en resplandor de arte, florecidos en versos de una pureza pocas veces igualada. Un sabio como él fácilmente pudo haber caído en la tentación de los hábiles versificadores del XVIII, que en metros latinos describían minuciosamente trabajos agrícolas, cría de varias especies de animales. O como Delille, "hábil mecánico de versos" que pretendió versificar tratados de Física, Matemáticas y otras ciencias.

Su detención en Londres, pues no fue otra cosa —se consideró allí siempre de paso—, se convirtió en prolongado ostracismo de diecinueve años, con su secuela de sufrimiento por penurias económicas, por la pérdida de su primera esposa, de uno de sus hijos y la nostalgia natural del desterrado: "Nessum maggior dolor che ricordarsi del tempo felice", dice Dante. Y la melancolía de Bello, rememorando los días felices de su vida en Caracas, tiene varias de sus composiciones escritas entonces:

No para mí, del arrugado invierno,
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo,
la luz al cielo, a su verdor la tierra;
no el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde.
Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, ¡todo es invierno!

Todavía en su ancianidad acude a su memoria la imagen sonriente de tiempos juveniles; en su tierra nativa:

...visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida y para siempre huyeron.

Aquellas circunstancias dolorosas contribuyeron a mantener viva la vibración de su sensibilidad, defendiéndolo de deshumanizarse dentro del mundo abstracto en que vivía su inteligencia. Durante todo ese tiempo, el regreso a la patria fue para él una obsesión. En carta versificada que dirigió al poeta Olmedo pone en boca de éste su propia esperanza:

Con él esperaré a que llegue el día
de dar la vuelta a mi nativo suelo.

Quizá lo más valioso de su producción poética no hubiese nacido sin la convivencia de su sensibilidad con la herida del destierro. Pues aunque en Londres vivió rodeado de afecto en su hogar, padeció, sin embargo, la soledad que sufre el forzado a vivir en tierra extraña, desconfortado el corazón sin el cobijo materno de la patria:

Naturaleza de una madre sola
y da una sola patria.

En esa soledad, la ausencia de la tierra amada se convierte en presencia obsesionante, cada vez más tangible, y en las estrofas del poema a la Agricultura, casi sensual; al evocar la imagen lejana, los sentidos del poeta contradictoriamente exasperados en transporte de gozo, hacen vibrar epítetos que ha regustado en nostálgicos paladeos, y que parecían recién nacidos a los lectores de Europa:

Una fecunda zona bajo cuyo sol enamorado,
"el ananás sazona su ambrosía",
y el algodón despliega el aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.

En urnas de coral cuaja la almendra
que en la espumante jícara rebosa.

Y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano,
y para ti el banano desmaya al peso
de su dulce carga...

Otro gran humanista, gracias sean dadas a su tribulación, el P. Rafael Landívar, produjo en su destierro más cruel que el de Bello, el poema más hermoso de nuestra literatura americana descriptiva: "Confieso que debería velar mis entrañas de enlutado peplo y derramar amargas lágrimas —exclama—, pues mientras

florezcan los prados y alumbren las estrellas, mi espíritu y mi pecho siempre serán presas de profundo dolor.” “Mas, me veo obligado a ocultar dolor tan hondo...” Y para consolarse prorrumpe en sonoridad de hexámetros, que componen la sinfonía de la naturaleza de América.

Pero hay algo más importante y trascendente que se fue elaborando dentro del alma de Bello en su activa soledad: es la suma de su sabiduría de humanista: la adquisición y maduración de una conciencia profunda y comprensión anchurosa de América. Con esa penetración y sagacidad con que intuyó y reparó las fallas del *Poema del Cid*, de semejante manera, ayudado por las corrientes del pensamiento que allí confluían, pudo comparar la realidad de América, sus virtudes y dolencias, sus debilidades y potencialidad con el paradigma europeo y sacar sus conclusiones, que desde esa atalaya abarcarán en su futuro de humanista, no sólo linderos de su patria, sino América toda.

Es significativo a este respecto, que a sus publicaciones londinenses les llame *Biblioteca Americana* y *Repertorio Americano*. Con visión genial intuye posibles peligros que la Historia ha hecho reales para las naciones nuestras, provenientes de Norteamérica. “Puede venir —decía—, no sólo de una nación extraña a la América, sino también de la América misma.” Cuando al fin logra el regreso, no vuelve al solar nativo por circunstancias políticas desfavorables a su persona, como si un destino providencial lo desarraigara de los límites patrios, a fin de que su grande espíritu derramara su sabiduría por las anchuras de América.

La nación chilena, que se ha distinguido entre sus hermanas por su serenidad y buen juicio, hizo voto a don Andrés Bello y lo colocó en el sitio adecuado y lo sostuvo con su voto durante largos años, como Rector de la Universidad de Santiago, desde donde mejor podría irradiar la sabiduría de que venía lleno. Fue también Ministro de Relaciones y cuando se retiró, mentor de ministros de Relaciones. Afirma don Miguel Antonio Caro que en la inauguración de la Universidad de Santiago, Bello como Rector pronunció un discurso que “resonó en el continente.”

Como fruto maduro de su conocimiento de la jurisprudencia europea, sobre todo de la inglesa, redactó el “Código civil chileno”, el cual —a juicio de los entendidos— a diferencia de otros, no es un traslado del Código napoleónico o de la legislación norteamericana, sino que está pensado para normar las condiciones sociales de las repúblicas recién nacidas a la autonomía.

Tal vez el signo más expresivo de su espíritu humanista es su obra de *Derecho Internacional*. Obra entonces casi inconcebible en nuestra América de nacionalismos exacerbados a causa de las recientes luchas de independencia; pero no en el espíritu superior de don Andrés Bello, fecundado por ideas de universalidad y de fraternidad cristiana, pues su religiosidad profunda era parte de su sabiduría.

En Santiago vivió hasta su muerte respetado por todos y rodeado del afecto de sus numerosos discípulos. Maestro de maestros o sea humanista, decía: “Un

buen método de enseñanza no tanto se propone comunicar mucha ciencia al estudiante, cuanto dar a su entendimiento poderoso impulso y rumbo cierto." Verdadero sabio, tenía "la audacia especulativa que abre nuevos rumbos y sentido de la realidad que convierte y traduce lo especulativo en obra útil". (M. Pelayo.)

En los pueblos de América se le conoce principalmente por sus tratados lingüísticos y, en especial, por su "Gramática de la lengua castellana". Lo cual es un accidente feliz que revela su obra más perdurable en beneficio de nuestras naciones de habla española. "La lengua es compañera del imperio", dijo Nebrija al entregar su gramática a la reina Isabel. Bolívar fracasó en su ideal de hermanar naciones que había libertado, Bello sigue siendo el héroe mayor del imperio de nuestro idioma castellano, que sigue iluminando la batalla, nunca terminada, en contra de la barbarie lingüística, y en contra del ataque a los valores del espíritu.

Hay un episodio muy aleccionador, que vivió Bello en los primeros años de su vida en Chile. Cuenta Caro que "unos argentinos emigrados de talento, pero de tendencias selváticas y de instrucción deficientísima, encabezados por Domingo F. Sarmiento, denunciaban con alarma y vocerío que Bello, así como sus enseñanzas, parte estériles, parte perniciosas, estaban pervirtiendo el espíritu público." Se burlaban de su sistema didáctico, condenaban el estudio de las Humanidades y de la Gramática castellana; clamaban por la libertad en literatura como en política y aconsejaban a los jóvenes que "se abandonasen a sus propias fuerzas". Sarmiento llegó a afirmar: "Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que la civilización exige..."

El mismo episodio bajo nuevas formas se sigue repitiendo. Bello, con su progenie de espíritus humanistas sobrevive enfrentándose a la tribu de los "sarmientos". En el campo social y político bandos extremistas pretenden con violencia sacrificar el hombre a las teorías, olvidando que las teorías deben ser para el servicio del hombre. En el orden científico, el maravilloso y deslumbrante progreso trata de mutilar al hombre reduciéndolo a animal hedonista y utilitarista. En lo literario —caso patético cierto tipo de teatro y novela—, olvidando el respeto que se debe a la dignidad de la persona humana y al decoro del idioma, bucean en lo más bajo y podrido del vocabulario. ¿El motivo? Un afán por el éxito fácil o por un prurito de estar al día, con el último grito venido de fuera, sin darse cuenta sus autores que su esnobismo es en realidad un lamentable coloniaje mental.

Mas no seamos pesimistas. El espíritu luminoso de don Andrés Bello, honra de América y de la especie humana, no se ha extinguido, ni deberá extinguirse. Sea él inspiración y símbolo de sabiduría, en esta hora en que nuestras naciones luchan por hallar su equilibrio, su alma verdadera y la estatura que tienen predestinada.

PALABRAS DEL SEÑOR ACADÉMICO DON CARLOS PELLICER, DICHAS
ANTES DE LEER EL POEMA DE DON ANDRÉS BELLO, EN LA SESIÓN
CELEBRADA EL 22 DE OCTUBRE DE 1965

Señor Director,
Señoras,
Señores académicos,
Señores:

Nos hemos reunido hoy para recordar a uno de los pocos maestros que han conducido, en forma efectiva, una parte muy considerable del espíritu que en forma novedosa se ha creado en esta parte del mundo que Martí, acuñando como siempre una frase feliz, nombró "nuestra América".

Como ustedes acaban de escuchar a los señores académicos encargados de recordar y enumerar los más importantes motivos de genialidad de Andrés Bello, estamos realmente ante uno de los espectáculos intelectuales más extraordinarios que tenemos no solamente en nuestra América, sino también de la cultura hispánica.

Apenas en Sor Juana encontramos un elemento de paralelismo por lo que se refiere a la cultura bilabial, por así decirlo, que se nos presenta nueva indudablemente; pero en tanto que la prodigiosa mujer, o más bien el ser excepcional que fue Sor Juana acumula a su cultura sin mayores consecuencias, en Bello esta acumulación cultural va a determinar en forma pública y con frecuencia con proyección continental, este mundo de conocimientos que atesora este hombre extraordinario y en el cual nosotros nos atreveríamos a decir que en él puede formularse algo que podríamos llamar la cultura como forma de patriotismo.

Por lo que se refiere a su obra poética, nos encontramos con un escritor que con un fondo clásico de gran importancia tiene, sin embargo, una personalidad que nosotros no podemos olvidar. Si no pudo completarla, no olvidemos que las *Silvas americanas* como él las intitula, podían reunirse, agruparse ambiciosamente en un poema gigantesco que había tomado el título "Tierras de América".

Las vicisitudes, las dificultades para vivir, las solicitudes que además él mismo se provocaba en el ámbito de la cultura, no consiguieron reunir estos poemas en los que nosotros encontramos sobre todo como elemento fundamental, un

cierto estilo de épica moralizante, como la que encontramos en muchas de las odas de Píndaro. Esta épica moralizante resulta necesaria en el momento en que Bello escribe y lo hace con un ánimo, con un aliento, con una soltura absolutamente nuestra: indoeamericana.

Si él se dirige a nuestra naturaleza, naturaleza que se encuentra ceñida por el Ecuador y encerrada entre los trópicos, es porque él procede de un país tropical, en el que la naturaleza en sus formas más variadas se nos presenta por modo extraordinario: el Orinoco, la selva, las costas, la riqueza de ellas, la diferencia de climas, los productos; y si a eso agregamos lo inspirado de los clásicos remotos y la influencia que no es difícil de notar en aquellos poetas ingleses del grupo llamado "laquista"; todo esto con la exclamación magnífica de Rousseau, hace que nosotros encontremos a Andrés Bello acudiendo a una cita que él siempre se había dado y esta cita es, precisamente, con lo más esplendoroso de la naturaleza de nuestra América. La *silva* publicada a la memoria de la zona tórrida nuestra se publicó por primera vez en Londres, en una de las dos revistas que Bello editaba en la capital inglesa.

Bello supo hacer, a los cincuenta años, esta obra en plena madurez, en la que el hipébaton juega un papel muy importante, no solamente desde el punto de vista de un vestigio, en cierto modo arcaizante, pero en cierto modo también renacentista. En esta obra encontramos nosotros el soplo mejor de su entusiasmo poético.

Ha sido una obra estudiada, emitida, editada muchas veces. Es, indudablemente, dentro de su repertorio poético, su obra más importante. Todos los elementos estilísticos de un neoclasicismo, ya empezado a inclinarse por lo romántico, están presentes en la obra: las exclamaciones, las llamadas espirituales, la necesidad de conformar el paisaje a una serie de impresiones muy personales, hacen de esta obra una obra única en la lírica, no solamente de nuestra América, sino en toda la poesía española.

DON MANUEL GONZÁLEZ MONTESINOS, TEÓRICO DEL LENGUAJE*

Por don MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Atildado caballero, hidalgo de vieja cepa, legionario y héroe de la primera contienda universal, estudiante en la Sorbona, poligloto, periodista con misión definida, maestro universitario, conocedor de las sutilezas del idioma, quijote, juramentado enemigo de gazapos y barbarismos, hombre generoso, dueño del raro arte de conversar que es conjugación de anécdotas, pensamiento y chispeante gracia, todo esto y mucho más fue el inolvidable *Dómine*, el muy querido y respetado don Manuel González Montesinos. Nacido en esta ciudad de México el 21 de marzo de 1897, nada de escaso tuvo lo que vio, sintió, pensó e hizo don Manuel en sus sesenta y ocho años de bien aprovechada existencia.

Al hacer ahora recordación del maestro y del amigo que se ha marchado, su vida tan rica y variada, se antoja asunto que requeriría numerosos y distintos enfoques, casi tantos como los intereses y aficiones que tuvo nuestro *Dómine*. Así, podría hablarse de él como ejemplo de periodista, sincero consigo mismo y honrado con todos, que en sus centenares de artículos dejó siempre una lección y supo plantar en cada caso una semilla. Igualmente interesante sería analizar su obra como maestro y estudioso no sólo de las literaturas castellana y francesa, en las que fue especialista, sino también de la escrita en idioma inglés, de lo cual es principal testimonio su magnífico trabajo sobre *La estética de Edgar Allan Poe y los críticos "neohumanistas" norteamericanos*.

La vida misma del *Dómine* en su innata y cultivada vinculación con los ideales que simboliza Francia, de la que dio pruebas en la cátedra y con la pluma y con las armas, ofrece tema al historiador para recordar que, como otros durante la llamada "gran guerra", también este distinguido mexicano sentó plaza en la Legión Extranjera y combatió, fue herido y alcanzó por sus méritos, entre otras condecoraciones, la Cruz de Guerra y la Legión de Honor.

De los múltiples aspectos de la vida y de la obra de quien como académicos nos honramos en considerar como a un colega, cuya alma y cuyo nombre no han

* Homenaje en sesión pública efectuada el 10 de diciembre de 1965.

muerto, quiero ocuparme ahora de la que llamaré profesión de teórico, por no decir de filósofo del lenguaje, en cuyo papel don Manuel llegó a elaborar ideas originales, de verdad valiosas.

Haré solamente una mención de carácter personal, si no para justificar, al menos para aclarar porqué hago uso de la palabra en esta ocasión en la que académicos y amigos nos hemos reunido para recordar al maestro que se ha ido. Con generoso y desinteresado gesto don Manuel suscribió y defendió la propuesta que don Agustín Yáñez y don Jesús Guisa y Azevedo formularon para traerme a esta docta corporación. El juramentado quijote, enemigo de gazapos y barbarismos, hizo entonces defensa de este aprendiz de algo que querámoslo o no, tiene relación con el castellano nuestro, como lo hablamos en México, me refiero a la lengua y la cultura de los antiguos nahuas. Públicamente reitero ahora mi sincera gratitud.

Ya hemos dicho que las enseñanzas y los palmetazos de nuestro inolvidable *Dómine* han quedado esparcidos en los centenares de artículos periodísticos que, con infatigable constancia, escribió a lo largo de su vida. En esos mismos artículos, verdaderos ensayos redactados con un estilo que hacía honor a su pensamiento y doctrina, trató también muchas veces don Manuel de temas directa o indirectamente relacionados con la que bien puede describirse como una teoría filosófica acerca de la evolución del lenguaje. Pero lo que en muchos de esos artículos insinuó o llegó a esbozar, aquello mismo que en sus clases y lecciones con frecuencia presentó, lo encontramos formulado, mejor que en parte alguna, en su discurso de recepción como Individuo de Número de esta Academia Mexicana de la Lengua, leído el 29 de marzo de 1957.

Y dicho sea de paso, recordaremos que precisamente con ese discurso del *Dómine* y con la respuesta que a él dio nuestro actual Director, don Francisco Monterde, se inauguró esta Sala de sesiones públicas y extraordinarias de nuestra Academia, establecida al fin en ésta su sede propia a partir de ese mismo año.

“El uso y el abuso del idioma” fue el tema sobre el cual versó el discurso de recepción de don Manuel. Haciendo en él recuerdo de don Alfonso Cravioto, predecesor suyo en la XVIII silla de esta Academia Mexicana, fijó la atención en la que fue su magna obra filológica:

“Obra de inmensa importancia, nos dice, que sólo pudo llevar al cabo a poder del esfuerzo y dedicación constante de los últimos treinta años de su vida, una obra verdaderamente monumental, de más de diez mil páginas de papel de tamaño oficio y escritas a renglón cerrado, a la cual su autor llamó modestamente *Repertorio idiomático*, cuando, con sobrada razón, hubiese podido intitularla, «Llave maestra de la Lengua Española», o bien «Clasificación general y clave de correspondencias, concordancias, ideas afines, modismos y sinónimos de la len-

gua castellana, que incluye todos los giros y regionalismos peculiares de la América Española».¹

Quien tanto interés tuvo y tanto luchó por defender la pureza y el buen uso de nuestra lengua, valoró así con justicia la obra de Cravioto. Más aún, como recientemente lo ha vuelto a señalar otro distinguido colega nuestro, don Luis Garrido, también recomendó ya entonces a esta Academia, don Manuel González Montesinos, que se considerara la posibilidad de salvar del olvido ese repertorio idiomático, que por diversas razones nunca ha llegado a publicarse.

La alusión a la obra de Cravioto y el "haberle rendido así parias de admiración", como diría el *Dómine*, por este su trabajo directamente relacionado con aspecto tan importante de la filología castellana, fue al mismo tiempo adecuada introducción al tema de su discurso de recepción. En él, como veremos, expresó el recién ingresado académico sus personales reflexiones sobre la evolución del idioma, desde el punto de vista de los usos y abusos en lo que a su formación y enriquecimiento concierne. Justamente de la teoría que en esa ocasión expuso el *Dómine*, es de lo que quiero ocuparme ahora.

Haciéndose eco, aunque sólo en apariencia, del pensamiento de un cierto filósofo de la historia, don Manuel comenzó por enunciar un rasgo o característica, a su juicio esencial, de ese fenómeno psíquico y cultural que son los idiomas:

"Las lenguas, afirma, como los entes humanos, nacen, andan a gatas y hacen pinitos en la infancia, son audaces y bullangueras en el período de la adolescencia, tienen edad viril, llegan a la madurez, envejecen y mueren."²

Con mayor razón, y desde luego mucho más defendible que la teoría del mentado filósofo alemán de la cultura, se nos muestra esta primera idea expuesta tan concisamente por González Montesinos. Más que las culturas y civilizaciones, en cuya formación participan elementos, fuerzas y circunstancias de muy distintos orígenes, el caso del lenguaje, tan exclusivo y propio del hombre, casi natural y espontáneamente provoca y admite la comparación con la trayectoria, no ya de los seres en general que pertenecen al orden de lo biológico, sino específicamente con el hombre que es inventor del lenguaje y que de él se sirve para expresar su pensamiento.

Para don Manuel, como él mismo lo dijo, el nacimiento, los gateos y la infancia de nuestra lengua, arrancan de su vieja raíz hispanorromana, "del *sermo vulgaris*, hablado por los legionarios y colonos". Fue luego esta lengua, repitiendo sus palabras, "audaz y bullanguera en el período de su adolescencia". El romance de Castilla comenzó a enriquecerse con incontables elementos de múltiples orígenes, entre ellos, claro está, muy especialmente los de procedencia árabe. El

¹ González Montesinos, Manuel, "El uso y el abuso del idioma" (Discurso de recepción como Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, leído la noche del 29 de marzo de 1957), *Memorias de la Academia Mexicana*, Correspondiente de la Española, Tomo XIV, México, Editorial Jus, 1958, pág. 43.

² *Ibid.*, pág. 44.

Cantar de Mio Cid, el *Auto de los Tres Reyes Magos* o los *Milagros* de Berceo, “aunque deleitosos”, nos dice, no podrán ser considerados como frutos de plenitud de nuestro idioma. Para encontrar esos frutos, hay que aguardar hasta su edad viril:

“A la edad viril de cada lengua, añade, que es el período de su mayor esplendor y de la plenitud de su fuerza, corresponde siempre, y cualquiera que sea la doctrina estética que prive en ese idioma, la época llamada clásica de su literatura; y esta época, por lo que a la propiedad y pureza se refiere, es, y debe ser, la piedra de toque del lenguaje.”³

Preguntemos ahora, ¿cuál ha sido la edad viril de nuestra lengua? González Montesinos nos ofrece una respuesta. Fue ese lapso afortunado en el que “el crisol castellano estaba, es menester insistir en ello, al rojo blanco; cuando en él se fundían, con las demás voces del idioma, aun aquellas que los culteranos habían introducido por mero afán de novedad y de elegancia, y solas se consumían, reduciéndose a cenizas, las palabras o frases de veras traídas por los cabellos, y más, sin duda que por Góngora mismo, por sus deplorables discípulos...”⁴

Y precisando luego cuál fue el momento en que este crisol castellano estaba al rojo vivo, continúa:

“Aunque en la literatura castellana hay dos llamados *Siglos de Oro*, podríamos aceptar, conformándonos al parecer de Robles Dégano, que la lengua, si bien ya vigorosa y desenvuelta desde fines del siglo decimoquinto, se hallaba todavía en el período anteclásico durante todo el siglo decimosexto, por no haber cumplido aún su mayoría de edad; y que el período propiamente clásico, el de su cabal perfección, es tan sólo el que abarca los años de 1600 a 1660. Los últimos cuarenta años del siglo decimoséptimo corresponderían, por consiguiente, al período postclásico, en que empieza la madurez, por no decir, la decadencia de la lengua.”⁵

Pero esta opinión de Robles Dégano que tanto parece restringir el período del supremo esplendor clásico de nuestra lengua, cuando “el crisol del castellano estaba al rojo vivo”, parece en realidad estrecho en demasía. A juicio de don Manuel:

“Quizás fuese más admisible incluir en el período clásico a todos los autores que escribieron desde el último tercio del siglo decimosexto hasta fines del decimoséptimo. Durante esa época, continúa nuestro estudioso de la evolución de la lengua, en la que, sin género de duda, predomina el genio del idioma, todos los escritores —tanto los patos de aguachirle castellana, como los culteranos y los conceptistas— contribuyeron a enriquecerle y perfeccionarle.

³ *Loc. cit.*

⁴ *Ibid.*, pág. 48.

⁵ *Loc. cit.*

“Entonces —¡pero sólo entonces!— cuando el castellano estaba al rojo blanco, en él se mezclaban y fundían armoniosamente todos los giros y vocablos: aun los de nuevo cuño, aun los tomados prudentemente y por necesidad real, de lenguas forasteras; aun los introducidos por mero afán de novedad o de elegancia, como aconteció con un sinnúmero de cultismos, que hoy por hoy, pertenecen, *nemine discrepante*, al acervo común del idioma.”⁶

A esa edad viril y de pleno clasicismo, la cual tan bien conoció y estudió González Montesinos, pertenecen, claro está, como él mismo lo señala, todas esas grandes figuras que son nuestros primeros clásicos, desde el beato Alonso de Orozco, los dos grandes Fray Luises, Malón de Chaide y algunos humanistas tan insignes como don Diego de Mendoza, el autor de la *Guerra de Granada*.

Si hiciéramos nuestro el pensamiento de don Manuel acerca de la evolución del castellano, tendríamos que añadir que precisamente en ésta su edad viril de clasicismo, que coincide con su presencia y difusión en este Nuevo Mundo, y con buenos timbres de gloria en nuestra antigua Nueva España, hay también figuras, quizás menos conocidas para los estudiosos de la literatura que, por poseer ese castellano que estaba al rojo blanco, contribuyeron también a su enriquecimiento y perfección. Si por autor clásico, desde este punto de vista, puede tenerse a don Diego de Mendoza, no creo que sea un disparate incluir en la lista a escritores que podemos llamar nuestros como Fray Bernardino de Sahagún, el buen Jerónimo de Mendieta y aun su hermano de hábito, Fray Juan de Torquemada, para no hacer ya mención de los bien conocidos y reconocidos como es el caso de Bernardo de Balbuena.

Justamente en ese período de plenitud fue cuando, como lo señalaba ya el *Dómine*, se introdujeron vocablos “tomados por necesidad real, de lenguas forasteras”. En el caso del castellano que entonces se hablaba en la Nueva España, el enriquecimiento bien pronto se dejó sentir. Y si en buena parte significó la aceptación, más o menos restringida al ámbito de esta porción del Nuevo Mundo, de numerosos vocablos de nuestras lenguas indígenas, el enriquecimiento que provenía de esta fuente llegó también a la vieja España y en los límites de lo conveniente y necesario, pasó al caudal del castellano universal. Y para quien burlonamente piense que menciono esto, impulsado por una desafortunada manera de indigenismo, diré que, más que defensa de lo indígena, es auténtico hispanismo subrayar la apertura del castellano que supo asimilar, en su crisol al rojo blanco, esa nueva riqueza que le llegaba de allende los mares.

Un solo ejemplo daré, por lo que toca a las voces que de la lengua náhuatl pasaron al habla de Castilla. Fuera de lugar sería insistir en los vocablos que se relacionan precisamente con alimentos, plantas y animales no existentes en el Viejo Mundo. Es obvio que por desconocerse en Europa el espumeante choco-

⁶ *Ibid.*, pág. 45.

late y la semilla del cacao, los frutos del aguacate o del tomate, estas palabras y otras más pasaran a incorporarse al castellano. Lo que es de verdad interesante es que otros vocablos como *tocayo*, *nene*, *petate*, *petaca* y *tiza*, fueran también asimilados. Y lo fueron tanto que algunos como *tiza*, en su acepción que da el diccionario de "arcilla terrosa blanca que se usa para escribir en los encerados", le hemos perdido en México, en donde nos servimos del vocablo "gis" de manifiesto origen latino. Otro feliz ejemplo nos lo da la citada voz para mentar a otra persona que tiene el mismo nombre, me refiero a *tocayo*. Tan universal y diríamos "tan castizo" se ha vuelto este vocablo en todo el mundo hispanoparlante, que bien pocos son los que conocen, y menos los que usan, el de *cognombreño* o *connombreño*, que es ya un arcaísmo.

Todo esto que parece un *excursus*, y que en realidad no lo es, está dirigido a una cierta manera de confirmación de lo expuesto por don Manuel González Montesinos, al describir lo que es y significa la edad viril de cada lengua. Pero, pasando ya a lo que él llamó la edad madura del idioma, puesto que lejos estuvo de pensar en la muerte de nuestra lengua, hablada hoy en día por cerca de doscientos cincuenta millones de seres humanos, nos referiremos solamente a una última idea suya que clarifica y da nuevo sentido a los orígenes de nuestra Academia, en su versión primera, la de la Real Academia Española, creada por el primer borbón, Felipe V, el año de 1714.

"Por ello, afirma el *Dómine*, es por lo que Felipe V creó la Real Academia Española, cuando el idioma estaba ya en su plena madurez y empezaba el período de contaminación de otras lenguas; y por ello, también, la Academia tomó por empresa un crisol expuesto al fuego, debajo del famoso mote: «*Limpia, fija y da esplendor*»."⁷

Al parecer, los primeros académicos que de sí mismos dijeron: "hemos vivido con la gloria de ser los primeros y con el sonrojo de no ser los mejores", tuvieron, más que algunos de nosotros, desarrollada conciencia de cuál era su misión y por ello con entusiasmo se pusieron a trabajar, dentro ya de esta edad madura de nuestra lengua. A ellos debemos ese *opus magnum* que fue el *Diccionario de Autoridades*, publicado doce años más tarde en 1726. Su trabajo, como lo repitió muchas veces el *Dómine*, "fue, sin duda alguna, el mejor, refiriéndose a las lenguas modernas, que hubo en su tiempo..."⁸

Es cierto que la acción de la Academia ha continuado y continúa hasta el presente. Pero también es verdad que a pesar de los múltiples trabajos lexicográficos y filológicos como los diccionarios de Terreros, de Cuervo y de otros muchos, y entre los más recientes el de don Ramón Menéndez Pidal, seguimos todavía echando de menos obras que han de ser indispensable instrumento de trabajo para hablar y escribir con propiedad el idioma nuestro, haciendo de él,

⁷ *Ibid.*, pág. 50.

⁸ *Ibid.*, pág. 52.

como lo repetía don Manuel, no sólo medio de expresión del pensamiento, sino también de creación de auténtica belleza.

Sabio conocedor de los primores de la lengua llegó a ser él mismo. Pero, hombre generoso, no se contentó con ser, "y a mucha honra", un purista en el mejor sentido de la palabra, sino que, repartiendo palmetazos, hizo llegar a través de la cátedra y del artículo incisivo sus lecciones de verdad fecundas. Aludiendo a esta actitud y profesión bien suyas, nos dejó el inolvidable *Dómine* este rápido y feliz autorretrato:

"Hice mi primera salida por el campo de Montiel de las letras mexicanas; pero sin armadura ni loriga. Llevaba yo tan sólo una chupa recién estrenada, y mi única arma era una palmeta, que manejé sin miramiento ni compasión.

"De entonces acá, como a la cotorra de Iriarte, muchos han sido los loros que, en perfecto gabacho, me han dicho: «Vos no sois más que un purista», pero yo, como el pajarraco de marras, sigo diciendo: «A mucha honra»; ya que, según el propio don Tomás: «Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar puristas a lo que le hablan con propiedad, como si el serlo fuese una tacha.»

"En conclusión los tildados de puristas somos los que creemos como el autor del *Peribermenías*, que: «La lengua nacional debe amarse y conservarse con el mismo cuidado que la integridad de la Patria, pues los delitos contra la lengua son delitos de lesa nación.»"⁹

Hace solamente poco más de dos meses, el 5 de octubre de este año, don Manuel González Montesinos se marchó para siempre. Decir que su muerte ha sido una pérdida parece lugar común, pero en este caso es una verdad de a puño. Si nuestra Academia ha de proseguir con éxito en la misión para la que ha sido creada, jamás podrá prescindir de la colaboración, en su seno mismo, de filólogos, lingüistas y puristas como lo fue el *Dómine*. Sus lecciones no fueron en vano. La empresa de una vida empeñada en defender la pureza del lenguaje, de necesidad significa la siembra de muchas semillas y la esperanza de mejores frutos.

La muerte de quien tanto amó la verdad y la belleza de la palabra humana, no es, así lo creemos, total acabamiento. El enamorado estudioso de las mudables palabras del hombre en la tierra tiene ahora ante sí al supremo Logos divino. Destino feliz es éste para quien a lo largo de su vida, como *filó-logo*, había hecho ya de ellos mismos profesión anticipada.

⁹ *Ibid.*, pág. 65.

La sesión pública efectuada el 11 de febrero de 1966 fue dedicada a recordar a Rubén Darío, con motivo del cincuentenario de su fallecimiento. El señor académico don Carlos Pellicer hizo comentario de la obra de Darío y dio lectura a algunas poesías del mismo.

DON BALBINO DÁVALOS*

Por don LUIS GARRIDO

Señor Director,
Señores académicos,
Familiares de don Balbino Dávalos,
Señoras y señores:

Nuestra corporación me honra con el encargo de glosar en esta solemnidad, la vida y obra de un eminente intelectual que figuró en su nómina, en ocasión del centenario de su nacimiento.

Estas sesiones consagradas a rendir homenaje a las extintas figuras literarias de la patria son un acto de justicia, pues la posteridad les debe el haber contribuido al enriquecimiento de nuestras letras, proporcionando esparcimiento y solaz estético a más de una generación.

Nos toca hablar de un finado ilustre: don Balbino Dávalos, poeta, diplomático, maestro, traductor y hombre de mundo, que nació en Colima el 31 de marzo de 1866. Huérfano desde su infancia, comienza su educación a cargo de sus abuelos, y merced a su parentesco con el obispo Labastida, es bien recibido en el Seminario y Liceo de Varones de su tierra natal. Continúa después sus estudios en la capital de la República, siendo digno de mención que, cuando estaba en la Preparatoria, era al mismo tiempo profesor de griego y latín. Cursó la carrera de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, presentando su examen de grado en la capital de su Estado.

Sus inquietudes poéticas lo llevaron desde muy joven a colaborar en los periódicos de la época, en el Liceo Mexicano Científico y Literario, y en el Liceo Altamirano. En 1894 dio a conocer en la *Revista Azul* sus versiones de poetas franceses, que fueron justamente celebradas por la exactitud y fina sensibilidad con que las hizo, pues amó siempre las cosas bellas del espíritu.

Durante su carrera de hombre de letras dio muestras brillantes de ser un admirable traductor, gracias a su cultura clásica y al conocimiento profundo que tenía de la poesía latina, lo que le permitía cortar flores en el jardín de Horacio.

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 25 de marzo de 1966.

Bebía con deleite de las claras aguas de las fuentes inmortales, y nos daba en lengua española, en forma concisa y bella, las puras esencias que había gustado. Sus trabajos de este tipo son un reflejo cabal del original, y no un trasunto infiel del mismo, vestido con galas extrañas. Constituyen verdaderas obras de arte que hacen resonar la armonía de las mejores liras de Francia, o que logra dar en forma cristalina la hermosura de una novela o de una pieza teatral. Y así la *Afrodita* de Pierre Louys surge con toda frescura en las páginas de su versión, pues en ella la cortesana tiene todo el ardor y la franqueza con que la trazó su autor, inspirado en la sensualidad griega.

Pero si el son mágico de las flautas antiguas lo embelesó, su traducción en prosa rítmica de la *Monna Vanna* de Mauricio Maeterlinck demostró su comprensión profunda de la filosofía de los héroes de este maravilloso poeta, que levantó, como escribió su esposa Georgette, "un templo de belleza, de amor y de verdad".

Al licenciado Dávalos debemos también el haber conocido en español la obra de C. Lumholtz *El México desconocido*, cuyos estudios de antropología social sacaron a luz el estado que guardaban varias de nuestras razas indígenas, y atrajeron la atención científica sobre sus costumbres, condición económica y actividades artísticas.

Con criterio estético atinadísimo y gracias al conocimiento que tenía de diversas lenguas, abordó traducciones del italiano: *Caballo árabe*; del portugués: *Cuatro sonetos* de Antero de Quental, y versiones que hizo de bardos ingleses, alemanes, latinos y griegos, las que coleccionó en su libro *Parnasos*. Merece especial mención la traducción rítmica que hizo de las *Odas* de Píndaro, por la delicadeza y galanura con que la trabajó, gracias a su sólida y severa cultura clásica.

Puede afirmarse que don Balbino Dávalos interpretó cabalmente, al traducir, el espíritu y forma de los modelos, merced a su temperamento de escritor y a que determinadas lenguas, como el francés, le eran familiares. Lexicógrafo notable, vertía las palabras extranjeras en nuestro idioma, con criterio gramatical y constructivo, pero además sabía matizar su trabajo con los mismos tonos y dibujos que ostentaba el original. El hecho de haber logrado versiones excelentes de poetas clásicos, demuestra su talento literario, que le permitía conservar el sentido, la belleza y la música de los versos de aquellos cantores inmortales, porque era él mismo un poeta inspirado.

En su juventud laboró en el periodismo. Don Carlos Díaz Dutoo refiere que por el año de 1888 "entraba cronométricamente cada veinticuatro horas en la redacción de un diario nuevo, que se alzaba sobre las viejas hojas impresas, un muchacho de estructura angulosa y pupilas miopes, que parecía completamente extraño a todo lo que le rodeaba. No tomaba parte en las charlas de los redactores, no saludaba a ninguno, no le interesaba, por lo visto, el mundo en que vivía. Tenía, por lo demás, el aspecto del personaje de un cuento de Hoffmann. Era el

traductor del periódico. Y como simple traductor lo tuvimos por una larga temporada”.

Pues bien, este joven delgado y solitario que buscaba la transposición de los textos informativos en la mesa de redacción de un diario, se sintió atraído, como ha sucedido frecuentemente en nuestros escritores, por el brillo de la carrera diplomática. Entró por oposición a ella en 1897 como Oficial Segundo, y fue más tarde Secretario Particular del Ministro de Relaciones Exteriores don Ignacio Mariscal. Concurrió a la Segunda Conferencia Panamericana celebrada en esta capital, y nombrado Segundo Secretario, estuvo en nuestra Embajada en Washington, por solicitud expresa del Embajador Casasús. Fue Primer Secretario en la de Londres y figuró después, en 1909, como Encargado de Negocios en Portugal, y ascendido al correr de los años a Ministro Plenipotenciario, representó a nuestro país en la propia tierra lusitana, en Alemania, Suecia, ante la Corte de St. James y otros países.

En el desempeño de tales encargos puso de relieve sus dotes y aptitudes para la diplomacia, pues estaba forjado para ella, no sólo por su cultura y el conocimiento de lenguas extranjeras, sino por su tacto y cualidades de negociador. Fue siempre un funcionario responsable de la alta misión que tenía, y los informes que mandaba a nuestro gobierno eran páginas donde se leían las observaciones más sagaces, los análisis más completos de la política europea de aquellos años, y se advertía además al hombre de fácil y elegante pluma.

Entre las evocaciones de su carrera que solía referir, figuraba la de haber sido el último jefe de misión que recibió el zar Nicolás II. La entrevista se celebró en el Palacio de Verano, al cabo de un largo y penoso viaje. Días después nuestra Legación ofreció una fiesta, ajeno su personal al próximo estallido de la revolución, que iba a transformar a varias naciones del mundo.

El último cargo diplomático que desempeñó fue el de Ministro en Suecia. Durante toda su vida oficial en el extranjero, el licenciado Dávalos acometió con empeño y competencia las misiones que se le confiaron, pues aparte de sus estudios del griego y latín, tenía conocimiento del inglés, francés, italiano, portugués, catalán, alemán, danés, sueco, árabe y japonés. Por otra parte, su preparación jurídica e histórica lo capacitaba para percibir bien las cuestiones más intrincadas de carácter internacional, y de igual manera su excelente educación y maneras distinguidas le abrían las puertas de la vida social, campo que el diplomático debe cultivar en beneficio de los intereses de su patria.

Un hombre de tacto y de prendas personales como era el licenciado Dávalos, tuvo oportunidad de relacionarse con grandes personajes de la política y la diplomacia, pero por su formación literaria cultivó de preferencia la amistad de los hombres de letras, con los que sostenía largas charlas o correspondencia sobre tópicos de su especialidad. Y así, en el ocaso de su vida gustaba de referir su trato con sus condiscípulos del Liceo Mexicano: Ángel de Campo, Amado Ner-

vo, Rafael de Alva, José María Bustillos y Luis González Obregón. Veneraba la memoria de sus maestros y protectores, don Francisco Rivas, don Joaquín Casasús, don Victoriano Salado Álvarez y don Justo Sierra.

En una plática que tuvo con el llorado Rafael Heliodoro Valle, le mencionó que cuando trabajaba en *El Universal*, de Reyes Spíndola, tuvo bajo sus órdenes a Valle Inclán, que era por ese tiempo "un jovencito esmerado, muy bien «prendidito», que saludaba graciosamente, y trabajaba bastante bien, pero de quien todos se reían". Pasaron los años, y cuando estaba en Madrid don Balbino Dávalos, fue a buscar al autor de las *Sonatas*. Se lo encontró, refiere: "en un caserío viejo; ocupaba un cuarto separado por una gran cortina, y en aquella antesala esperó. Había un escritorio sobre el cual divisó un libro abierto de D'Annunzio", pues le gustaba mucho este autor.

Durante su estancia en España, cultivó la amistad de don Marcelino Menéndez Pelayo, doña Emilia Pardo Bazán, Pío Baroja y otras figuras insignes, y en París la de Rubén Darío.

Toda su existencia permaneció fidelísimo a su vocación de escritor. Se inició en las bellas letras en la época del modernismo al lado de José Juan Tablada, de Rubén M. Campos, de Francisco M. de Olaguibel y de Jesús Urueta, colaborando aparte de la *Revista Azul* en la *Revista Moderna*. Pronto adquirió prestigio literario por su trabajo como traductor, pues al decir de Max Henríquez Ureña: "En lengua española ha habido muy pocos traductores que puedan hombrarse con él."

Su propia labor poética no es muy abundante, pero sí muy depurada, pues cuidaba mucho de la calidad, y en consecuencia, su producción era parca. Escogía con excesivo celo los vocablos para usar los más apropiados, y asimismo se preocupaba de la métrica del verso. Ya en 1904 observaba José Juan Tablada de sus obras: "Son pocas sus poesías y sus paráfrasis, porque la pieza más pequeña, la más leve estrofa, representa una tarea exquisita y minuciosa, tarea delicada de miniaturista y de orfebre."

De sus contemporáneos, don Carlos Serrano, el popular "Mueganito", que conoció a don Balbino Dávalos en una de las reuniones que organizaba en su casa de Tlalpan el poeta Valenzuela, Mecenaz del arte y la poesía, nos ha dejado un sentido comentario sobre sus versos. Comienza diciendo que el vate era un sujeto muy difícil de analizar al primer intento, pues su instrucción y cultura eran múltiples, pero que "su gloria tiene el reflejo sereno de la claridad de las estrellas. La fuerza de su alma consistió en sentir y en saber expresar en forma admirable lo que era belleza y arte. Tuvo una viva pasión por la poesía. Fue un latino en toda la expresión del vocablo; ese fue su mérito. Tuvo el privilegio de ser poeta, pero un poeta que supo ajustar con gracia, elegancia y sentimiento las rimas más hermosas. Fue un poeta de su época. Muy personal. En todo lo era. Yo siempre

admiré en él —afirma el cronista— al hombre superior, distinguido, decente, discreto, hábil en el raciocinio y en la palabra; equilibrado, muy ponderado, diplomático sutil, culto y elegante, con un fondo de aristócrata del pensamiento y de la acción. Su físico se prestaba para todo, y su gesto aristocrático y la elegancia de su espíritu, hicieron que gozara en todos los instantes de su vida de lo que el destino le brindó. Fue un hombre feliz”.

Su primer libro es un *Ensayo de crítica literaria*, publicado en 1901, en que comenta la versión castellana de Joaquín D. Casasús, de las *Odas* de Horacio, y en el cual pone de manifiesto su conocimiento sobre la poesía latina y su admiración por el vigor y apego al texto original, con que llevó a cabo el licenciado Casasús su trabajo de traductor, buscando en sus versiones “la sonoridad que fuese necesaria para satisfacer el número y la cadencia castellanas”. Dicha versión, afirmaba don Balbino Dávalos, “es fácil, inafectada y sobria, sin carecer por ello de cierto esmero y alinamiento. Puede leerse con agrado, con interés, sin fatiga, lo cual es muy raro que acontezca tratándose de poesía antigua vista por el tosco revés que de ordinario dan las traducciones”.

En el mismo año de 1901 dio a la estampa sus estudios acerca de los poetas norteamericanos incluidos en una conferencia que sustentó en honor de los delegados a la Segunda Conferencia Internacional Americana, y en la que con una prosa elegante y poética glosa sentidamente los cantos de Howard Payne, las estancias de Henry Wilde, los versos de Bryant, la poesía de Longfellow que, a su juicio, “Sabe conmover porque él mismo canta poseído de una emoción verdadera, y porque su pecho no tiene puertas cerradas a las impresiones que lo agitan”, y comenta asimismo los trabajos de Whittier, Walt Whitman y Edgar Poe, cuyos versos a Elena le parecían luminosos, impalpables y etéreos. En 1909 edita en Madrid *Las ofrendas*, libro que consagra al ensueño y al amor, a la vida, al arte. Son versos juveniles, que en opinión del gran pontífice del modernismo, Rubén Darío, exhiben un “vocabulario rico y una airosa elegancia de composición” y ratifican que su autor “es un humanista, y el humanismo será siempre fuerza preciosa para los poetas”. En sus primeras composiciones advierte una vaga reminiscencia becqueriana:

Súbito, el aire aquíétase; reprime
su canto el ave; se detiene el tiempo;
sobre sus ejes se estremece el mundo;
tiembla mi corazón... Amor, te siento.

Pero también experimenta nuestro bardo impulsos parnasianos y románticos, pues era el momento en que la lírica de América se renovaba con nuevos modelos de imágenes, de técnica y de recursos métricos. Y así canta:

Escrupulosamente
busco el curioso efecto
de lo que mucha gente
juzga vulgar defecto.

En fina rima arrimo
vocablos caprichosos;
mas siempre los combino
en grupos sentenciosos.

El poeta usa una gran variedad de versos. Ensayó el soneto, el romance, la silva y otros como el terceto, en su afán de ensayar todo tipo de música y poner de manifiesto su dominio del ritmo. En cuanto al espíritu que anima a su estro, corresponde al de las primeras ilusiones de la juventud, a los sueños de amor y de arte. A veces, sin embargo, exterioriza un pensamiento que no es melodía ideal, sino la grave, austera inquietud, que vaga por los recónditos pliegues del alma:

En las tinieblas silenciosas
cruza callado el pensamiento,
viajero errante de tediosas
Tebaidas negras. Va con lento
volar de tardas mariposas,
dentro de un lóbrego elemento
donde se apaga hasta el lamento
con sumisiones pavorosas.

La lira del licenciado Dávalos es de tonos variados, pero su música es serena, y ya suene triste o dulce, nos da la impresión de provenir de un vate noble y fuerte, cuya amplia cultura lo lleva a explorar diversos derroteros. Y como él dijo en uno de sus versos, el humilde almendro de su heredad dio frutos en el curso de su vida, y él los guardó para su acervo justo.

En esta corporación dejó constancia de su talento poético, en el poema a la raza, que leyó al conmemorarse el cincuentenario de su fundación. Es un hermoso canto al descubrimiento de América y a la fusión de dos razas, la "del linaje esclavizado y la casta vencedora".

Sus andanzas por el mundo nunca postergaron la imagen de México en su corazón, y más de una vez cantó las bellezas de la patria, como en aquel acabado soneto "Frente al mar":

¡Oh, mar de mi adorable costa nativa,
que se abrasa en el fuego del sol poniente,

al fin te miro, y hierve, con el candente
hálito de la tarde, mi sangre altiva!

Pero es sin duda en sus exploraciones de la lírica extranjera, donde logra con un ímpetu de gran modernidad recoger muy bellas flores, y presentarlas con sus más vivos matices, en los campos de la lengua española. Castro Leal hacía figurar en las cien mejores poesías mexicanas, la traducción de la Sinfonía en blanco mayor del exquisito Teófilo Gautier, que tiene el encanto profundo de un cuadro iluminado por una luz apacible y preciosa, que destaca la mágica blancura de la mujer nórdica que simboliza en su carne la atrayente fatalidad de las diosas del Rin, pero en las nuevas ediciones de dicho libro, presenta el bello soneto del propio Dávalos, "Cristal marino":

Cual copa de oro, hacia la mar se inclina
el sol de fuego, y trémula avizora
la purpurina sangre de la aurora
que a sus sedientos labios se avecina

Amado Nervo nos ha dejado una interesante estampa del poeta colimense, recitando en el reservado de un restaurante el *Miserere* de Verlaine, "con voz austera de cavernoso timbre", en estos términos:

"Balbino Dávalos, que ocupaba el sitio de honor de la mesa, paseaba la mirada de sus ojos miopes, ocultos tras lentes oscuros, por el cuarto, exactamente como los demás; y yo veía su faz angulosa de druida joven, su nariz afilada, su boca de labios finos, su bigote delgado, lacio y pálido como el césped de una tumba, y sus manos que jugaban con el aro de una servilleta: aquellas manos de «santo bizantino»."

En la historia literaria de México, el académico que hoy recordamos quedará como uno de los más capacitados traductores de la poesía extranjera, no sólo por la exactitud con que respetaba las preciadas esencias del original, sino por el primor artístico con que vertía en español cada palabra del verso. Era un orfebre delicado y responsable, que volvía a dar vida en otra lengua a la belleza poética, pues como él mismo afirmaba, trabajaba en estos altos menesteres con amorosa fidelidad, procurando conservar intactos la forma y el ritmo.

La versión, por ejemplo, del poema de Elizabeth Barret Browning: "Ámame con el alma", es irrefutable:

Ámame con el alma, y los sentidos,
y pensamiento, y corazón, y fe:
ama hasta de mi pecho los latidos,
todo cuanto hay en mí, todo mi ser.

Ámame con sumisa complacencia
de toda tu entreabierta juventud;
de tu boca, con toda la elocuencia;
del silencio, con toda la quietud.

Se siente tan seguro Dávalos de su fuerza como traductor, que le gusta acometer las tareas más difíciles, y dedica una versión de A. Charles Swinburne a Díez-Canedo, venciendo airoosamente las dificultades que ofrece su poesía:

No pidas más, vida mía.
Te doy cuanto puedo dar.
¡Oh, mi bien!, si más tuviera,
más a tus plantas pondría;
Amor que te hiciera amar,
canción que soñar te hiciera.

Dávalos gustaba de la poesía romántica inglesa, y conocía a fondo la obra variada de los bardos victorianos como acabamos de ver, pero también se complacía recogiendo rosas del jardín de Galia. En su libro *Musas de Francia* hallamos excelentes versiones, interpretaciones y paráfrasis trabajadas con verdadero amor, pues desde su adolescencia admiró el tesoro lírico de la patria de Hugo, y por ello exclama:

Escucho en nuestros ritmos rumores de fontana;
me alegra vuestra risa, me apiada vuestro llanto,
y en fascinadas horas de paroxismo santo,
presiento vuestro espíritu como caricia humana.

Con todo refinamiento dio a conocer los exponentes de esta poesía tan trémula y admirable, trasladada magníficamente. Por eso decía Enrique Díez-Canedo que las traducciones de Dávalos tenían el valor de originales. He aquí, *verbis gratia*, un poema de Verlaine, vertido con mesura, buscando la palabra justa y dándonos la verdadera fisonomía del verso:

Llora en mi corazón
como en la ciudad llueve...
Qué es esta turbación
que entra en mi corazón?

Dulce rumor de gotas
que los techos golpean!
Hastío, así me azotas...
Grato sonar de gotas!

Las interpretaciones de Dávalos son de un acabado extraordinario, y pueden parangonarse con las mejores que se hayan hecho en nuestra lengua, ya que lo mismo nos brinda las traducciones de vates cuyo temperamento era similar al suyo, que las de tono misterioso o de valor descriptivo. Tenía una gran ductilidad y abordaba en sus traducciones los poetas más contradictorios, puesto que su inteligencia y arte le permitieron sentir por igual el encanto de un claro de luna, la inquietud alucinante de Regnier, el dulce verso de Samain, las baladas de Paul Fort, los nocturnos de Moréas o los sonetos de Rollinat. Además se debe alabar el magnífico criterio con que Dávalos hace la selección de las poesías que traduce, pues todas son de una gran belleza y variedad, y él las presenta con la mayor elegancia.

Espíritu selecto y culto, de poderosas raíces humanistas, cultivó desde sus tiempos de estudiante en el Seminario de Colima, el estudio de los clásicos latinos y griegos, lo que le permitió, al correr del tiempo, ser un juez excelente de los intérpretes de Horacio y Virgilio, como don Joaquín Arcadio Pagaza, don Joaquín D. Casasús y don Ambrosio Ramírez. Profesaba una gran estimación a los miembros de esta Academia, los doctores Garibay y Valdés, a los que consideraba entre nuestros más insignes humanistas.

En su discurso de recepción en esta Academia, abordó el tema: "La rima en la poesía clásica romana", que le fue suscitado al estudiar la traducción en alemán de Horacio, realizada por Juan Enrique Voss reproduciendo la forma métrica de las oda's originales, mediante el uso adecuado de la tonalidad cuantitativa. Su vasto saber filológico le permitió discurrir sobre la acentuación de las palabras latinas, formulando sagaces rectificaciones a las reglas tradicionales, que lo llevaron a señalar el procedimiento "de reproducir rítmicamente versos latinos y griegos tonalizando justamente la cantidad". En esta notable pieza, el licenciado Dávalos hace gala del conocimiento cabal que tenía de los grandes poetas de la lengua latina y de los métodos de la versificación clásica antigua, dando una verdadera clase de fonética comparada.

Su formación intelectual lo llevó, cuando dejó el servicio diplomático, a dar conferencias y servir cátedras de literatura. Fue profesor de lenguas romances en la Universidad de Minnesota, y de la lengua española en la de Columbia. En Estados Unidos, Londres, París y Berlín sustentó pláticas sobre historia y literatura de Hispanoamérica, desempeñó numerosos cargos docentes en nuestro país: Director del Instituto de Toluca; de la Facultad de Altos Estudios; Profesor de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, en sustitución de don José María Vigil; de francés en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en la Escuela Normal de Toluca. Finalmente, fue Rector de la Universidad Nacional en dos ocasiones, la primera en 1913, cargo en el que sus dotes de ecuanimidad y mesura le permitieron una gestión muy estimable.

No tuve la fortuna de tratar al hombre selecto y culto que era don Balbino

Dávalos, pero las personas que lo conocieron elogian su inteligencia extraordinaria, su pasión por el orden y la sabiduría, su elegancia y su amena conversación sobre diversos episodios de su vida. Todos alababan su fidelidad en la amistad. Él ayudó a varios compañeros para que fueran ascendidos en la carrera diplomática, y a don Antonio Caso lo siguió devotamente cuando fundó su Instituto de Cultura. Tenía una facilidad asombrosa para aprender idiomas. Acerca del particular, se refiere que el rey Gustavo V, de Suecia, le otorgó la condecoración de su país porque al cabo de seis meses le hablaba corrientemente en su idioma.

Su carácter ponderado y sereno raramente lo abandonaba, pero entonces asumía gestos un poco violentos, que al decir de don Carlos Serrano, lo llevaban a pronunciar frases como una granizada, actitud que hacía exclamar al poeta Urbina: "Viejecitos, abran el paraguas de la paciencia, porque Balbino está hoy de mal carácter."

En su larga jornada por el mundo, el licenciado Dávalos siempre se interesó por los problemas colectivos de su tiempo, y persuadido de la necesidad de transformar gradualmente algunas instituciones, profesó un socialismo moderado, pero no ocultó su desencanto en sus años postreros, por la frustración de muchas ideas renovadoras.

Abrigaba una filosofía determinista y preocupaciones teosóficas, hasta que su muerte crispó sus manos de "santo bizantino", el 2 de octubre de 1951, a la edad de 85 años, para irse a reunir con sus hermanos del cenáculo literario, cumpliéndose las palabras que pronunció a la muerte del poeta Urbina: "Y también diré yo, con la serenidad de quien ansía reposo: hasta muy pronto, viejecito."

El ilustre colega desaparecido, cuyo centenario de nacimiento celebramos en esta velada, tuvo el don divino de la poesía, pues fue un poeta delicado y un traductor excepcional de bardos europeos y norteamericanos; laboró en la diplomacia con el anhelo incesante de representar dignamente a nuestra patria, y sirvió fervoroso y efusivo a la educación superior del país. Por su gran saber y su acendrado amor a los clásicos grecolatinos, figura entre los más distinguidos humanistas mexicanos, y puede compararse con los grandes traductores modernos en español, autores de versiones poéticas, de varios idiomas, quienes en un estilo de gran distinción y elegancia, conservan el espíritu lírico del original: el español Enrique Díez-Canedo (1879-1944), el colombiano Guillermo Valencia (1872-1943) y el argentino Leopoldo Díaz (1862-1947).

Entre los traductores mexicanos contemporáneos más importantes, hay que colocar a Balbino Dávalos al lado de Joaquín Arcadio Pagaza, autor de excelentes versiones de Virgilio y Horacio; de Joaquín D. Casasús, que vertió con tanta fidelidad y cuidado a Catulo y Tibulo, así como a Horacio y Virgilio; a Justo Sierra, que lo mismo tradujo a clásicos como a Lucrecio, y a poetas modernos como José María Heredia y, finalmente, a Enrique González Martínez, que dejó versiones impecables de los poetas simbolistas franceses.

Los que lo conocieron recuerdan con afecto y admiración su figura de maestro eminente y de amigo desinteresado. Y los que no tuvimos ese privilegio, guardamos la impresión exquisita de las páginas y versos que trazó su pluma. Su paso por la tierra no será olvidado, ya que tuvo merecimientos por las luces y auxilios derramados por él, para que su nombre figure con honor en nuestra historia literaria y diplomática. Consecuentemente, ha hecho bien la Academia en haber organizado este homenaje, pues nada puede la muerte para impedir que se rescate la memoria de los que, por su arte esclarecido y sus virtudes didácticas, han dejado una huella noble en la cultura, para infundir aliento a los que trabajan hoy por la grandeza de la patria.

La sesión pública que la Academia Mexicana celebró el 29 de abril de 1966, fue dedicada a Jorge Manrique. En ese acto el señor académico don José María González de Mendoza dio lectura al trabajo que se publica en seguida.

El primer actor Ignacio López Tarso dio lectura al poema de Manrique, a la memoria del Gran Maestro don Rodrigo.

El académico colombiano don Germán Pardo García leyó su poema a Jorge Manrique.

EL LEGADO DE JORGE MANRIQUE

Por don JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA

Víctimas de su mejor acierto han sido no pocos poetas, de cuya obra sólo subsiste aquello que, un día, les mereció la inmortalidad. Acaso el ejemplo máximo en nuestro idioma sea Gutierre de Cetina, de quien todo está olvidado salvo el madrigal a unos ojos claros, serenos, alabados de dulce mirar. Pero quizá más característico sea el caso de Jorge Manrique; se le recuerda, al cabo de cinco siglos, por las *Coplas a la muerte del Maestre don Rodrigo, su padre*. Más exactamente: sólo algunas de las cuarenta coplas, dobles, que componen el poema. En último análisis, unos cuantos de esos cuatrocientos ochenta versos son el cimiento de su gloria.

Las Historias de la Literatura nos dicen que Jorge Manrique fue un hombre de armas castellano, en tiempos ensombrecidos por la guerra civil: la que sostenían señores feudales hostiles a doña Isabel, después llamada "la Católica". Don Rodrigo, Maestre de la Orden de Santiago, férreo guerrero de quien Hernando del Pulgar trazó en pocas líneas un bosquejo expresivo en su admirable libro *Claros varones de Castilla*, a lo largo de su agitada existencia de setenta años peleó constantemente, contra los moros y contra los adversarios de doña Isabel; pero también halló tiempo —aparte el necesario para casarse tres veces— de componer versos, cosa propia entonces de lo que hoy llamamos "buena educación".

Jorge, fruto del primer lecho, nació hacia 1440, probablemente en Paredes de Nava, en la hoy provincia de Palencia, villa de la que su padre era señor con el título de conde. Jorge fue señor de Belmontejo, villa de la provincia de Cuenca, y, en la Orden santiaguista, comendador de Montizón, villa de la provincia de Jaén. Combatiendo en 1479 contra las mesnadas del marqués de Villena, rebelde a doña Isabel, pereció en el asalto al castillo de Garci-Muñoz, a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Cuenca. No holgará recordar que media centuria después, en tierra francesa, otro capitán y poeta español fue herido asimismo en el asalto a un castillo, y de ello murió; se llamaba Garcilaso de la Vega.

Las poesías de Jorge Manrique, dispersas en *Cancioneros*, fueron recogidas por primera vez a principios de este siglo por el editor Antonio López, de Barcelona, quien las publicó, sin indicación de año, como volumen 114 de su colec-

ción intitulada *Diamante*. De la noticia preliminar por don A. Riera son los datos aquí utilizados. Las poesías han sido objeto de ulteriores publicaciones, y es accesible ahora la edición preparada por don Augusto Cortina para la Colección Austral. Aparte las *Coplas* famosísimas hay poemitas amorosos, en los mismos metros y forma que aquéllas, esto es: “de pie cortado”; algunos en quintillas; varios en cuartetos octosílabos. Hay juguetillos retóricos, así el que comienza: “Ved qué congoja la mía”, donde cada estrofa principia con el vocablo final de la precedente; y en otro poema, de siete dobles cuartetos, todos los versos de cada par de ellas empiezan con una misma letra; esas iniciales —con la licencia de substituir la *u* por la *ve* y la *i* latina por la griega— forman el nombre de una dama: Guiomar, después esposa del poeta, quien le dedicó asimismo una composición formada por cinco grupos de redondillas en las que ocultó el nombre de ella y sus cuatro apellidos —Castañeda, Ayala, Silva, Meneses—, así como el sobrenombre que se le daba; añadió un *cabo*, o sean otras dos redondillas donde se dice el secreto del poema, no aclarado en la edición de Riera pero sí en la de Cortina, sin que en ningunas de las dos se indique el sobrenombre de la dama. Hecho sorprendente es que doña Guiomar era hermana de la segunda madrastra del poeta, quien así vino a ser cuñado de su propio padre...

Ninguno de esos poemas posee la calidad armoniosa ni el contenido emotivo de las *Coplas*. Son obritas alambicadas, con elegancias preciosistas. Poesía de salón, apenas si en ella placen algunas imágenes afortunadas, algunos conceptos sinceros. Hay, finalmente, un par de composiciones burlescas, de tal tono que nos duele saberlas de Jorge Manrique; pero así es la heterogénea condición humana: a la par elevada y bajísima.

Lo que importa en su obra son las *Coplas*. Sería superfluo recordar que el título está desvirtuado por el cambio semántico habido en ese vocablo. *Copla* vale hoy por composicioncilla lírica popular, para ser cantada; evoca el no siempre indispensable son de la guitarra; pero hace cinco siglos su significado era más alto y más amplio; valía por poesía breve, de metro corto, vehículo de pensamientos delicados. Común a entrambas concepciones es la musicalidad verbal.

No todas las *Coplas* de Jorge Manrique suenan bien a nuestros oídos. La prosodia de la lengua castellana ha variado y algunos versos de ellas quedan para nosotros cortos de una sílaba, porque en tiempos de Manrique —y aún siglo y cuarto más tarde, en los de Cervantes— la hache se aspiraba. Por ejemplo, en la copla 33, el séptimo verso: “después de tanta hazaña”, pierde la cojera si se pronuncia: “después de tanta jazaña”. Por otra parte, la moderna ortografía altera también la métrica de algunos de esos octosílabos y tetrasílabos —varios de éstos alargados a pentasílabos—, así en los versos donde el poeta escribió “fizo”, “fizieron”, etc., trocados ahora en “hizo”, “hicieron”, etc., pues se forma sinalefa cuando la voz precedente a cualquiera de éstas acaba en vocal.

El poeta añora el pasado, invoca a Jesús, amonesta: contémplese cómo son

transitorias las cosas humanas: es fugaz la hermosura, lo son la nobleza y el poder, los placeres; la fosa iguala al pastor con el prócer; recuerda a reyes y grandes dignatarios coetáneos y llegan hasta el Maestre don Rodrigo; lóalo por sus virtudes: valiente, generoso, leal; lo equipara a ilustres varones de la antigüedad clásica, sobresaliente cada uno por limpias cualidades, que halla en él; porque cumplía con celo sus obligaciones de creyente, la Muerte le habla, le infunde ánimo, le anuncia la vida eterna; responde al Maestre en dos estrofas, implorando la clemencia divina; y el poeta, resignado, encuentra consuelo en recordar al difunto.

A la par de la muerte de los seres, planea Jorge Manrique la inestabilidad de las cosas. Nada de cuanto hacemos es permanente, y pronto o tarde cae en ruina.

El poeta dice aquellas verdades con sencillez, a menudo hermoseada con metáforas. No siempre son éstas certeras; el lector quisquilloso acaso argüirá que no todos los ríos van a dar en la mar; los hay en cuencas cerradas y desembocan en lagunas, tal nuestro Nazas.

Nos alejaría del asunto la comparación —tentadora— de la métrica de esas *Coplas* con la del *Dies Irae*, tema indicado por nuestro doctísimo e inolvidable colega don Alfonso Méndez Plancarte, quien asimismo halló semejanza entre ellas y un poema latino de Alain de Lisle, monje cisterciense francés del siglo XII; e incluso apuntó que quizá sea dable ver parecida filosofía en el soneto de Sor Juana *En que da moral censura a una rosa, y en ella a sus semejantes*. Por mi parte, pienso en el que comienza: “Este que ves, engaño colorido” y termina a lo Góngora: “es cadáver, es polvo, es sombra, es nada”. También sería instructivo establecer las discrepancias con el desolado poema de Manuel Acuña, *Ante un cadáver*.

No holgaría citar influencias de Jorge Manrique en poetas ulteriores, así como voluntarias alusiones; por ejemplo, Campoamor le tomó aquello de:

en este mundo traidor

para convencernos de que:

nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

Y Valle-Inclán, en sus *Prosas de dos ermitaños*, hace decir a San Gundián:

San Serenín, padre maestro,
como los ríos a la mar,
todas las cosas en el mundo
hacen camino a su final.

En las *Coplas* de Jorge Manrique no hay propiamente lamento. La realidad inexorable es aceptada con resignación, como conviene. Lo circunstancial, lo atañedor a don Rodrigo, no es lo que las hace admirables —aunque para Jorge Manrique fuese lo más importante—, sino lo general y aplicable a todos. Las impregna el espíritu religioso: está vista la muerte como el término de cuanto ocupa al ser humano, la pérdida de todo aquello que le es grato, la ruina de lo que se esforzó por alcanzar o construir; en suma, queda de manifiesto la pequeñez humana. Pero también está vista la muerte como el tránsito a mejor vida, la eterna, donde los buenos tendrán el merecido premio.

La posteridad ve en el poema, sobre todo, la melancólica convicción de la fragilidad y brevedad de la existencia, y por eso cala tan hondo en nuestra sensibilidad. No sólo no ha perdido un ápice de su contenido moral, sino que éste se ha enriquecido con cuanta melancolía le añadieron las generaciones siguientes, a lo largo de medio milenio. Unos cuantos de sus versos han llegado a ser proloquios.

¿Por qué tanta importancia a tanta brevedad? La respuesta es obvia: porque el poeta dio forma verbal, sencilla y armoniosa, a un pensamiento que todo ser humano tiene, a muchos amedrenta y a todos conmueve: al hombre y a la mujer, al docto y al rústico, al potentado y al menesteroso. Son ideas comunes, mas con el sello personal, el *quid divinum* que al poeta anima. Breve enseñanza, pero profunda.

Una evidencia que hiere como un descubrimiento doloroso y que nos conmueve porque nos atañe como una cosa propia: todo acaba; e implícita en esa evidencia, una lección moral, sencilla pero riquísima en contenido: pues que todo acaba, esforcémonos por merecer el recuerdo de los pósteros merced a laboriosidad y virtud ejemplares, a la obra provechosa para los demás, a las nobles acciones.

Aquella evidencia y esa lección moral es el durable, ya que no imperecedero, legado de Jorge Manrique.

Dentro de pocos momentos sus versos admonitorios vibrarán en este recinto. Los oiremos de labios de un gran artista, don Ignacio López Tarso, a quien todos admiramos y hemos aplaudido, cautivados por su portentoso don de infundir vida a seres imaginados por los dramaturgos. Al modo de Ulises en la costa de Cimeria, el conjuro de su voz revivirá la por siglos extinta del viejo poeta castellano.

Después —motivo principal de esta velada— escucharemos a don Germán Pardo García, quien como miembro de la ilustre Academia Colombiana Correspondiente de la Española tiene asiento entre nosotros, y que a México está vinculado por un tercio de siglo de residencia, por una veintena de hermosísimos libros aquí editados y por su tesonera labor de cultura mediante la magnífica

revista *Nivel*, título expresivo, rico en significado. Acorde su espíritu al que anima las melancólicas pero dulcemente consoladoras *Coplas* famosísimas, nos dará a conocer, en primicias, el conmovedor poema que ha compuesto en honra de Jorge Manrique y a su manera, como antes cantó en admirables liras a Fray Luis de León, y en otras bellísimas composiciones a Gustavo Adolfo Bécquer y a José Asunción Silva. Gran poeta, don Germán Pardo García ha merecido de sus compatriotas la propuesta para el Premio Nobel de Literatura; y esta Academia se honró al proponerlo, en 1963, para el Premio Internacional de la Paz, fundado en Bélgica, que se otorga a los escritores cuya obra estimula y guía hacia ese altísimo bien.

En nombre de nuestro Director, que me ha confiado este grato encargo, doy a tan destacados huéspedes cordial bienvenida.

HOMENAJE A RUBÉN DARÍO*

Por don JAIME TORRES BODET

El centenario de un gran poeta, de un pintor célebre o de un músico egregio se presta siempre, a la vez, a la alegría del panegírico y a la meditación solitaria frente a la esfinge, cerca ya del misterio que encarna el hombre al que sus herejeros se alistan a celebrar. Quisiera que mis palabras, en la presente ocasión, participaran del entusiasmo del panegírico y, al propio tiempo, de la conciencia crítica del escritor que medita en voz alta frente a esa esfinge. Porque Rubén Darío no fue solamente un varón solar —el de algunas *Prosas profanas*, el de la *Salutación del optimista*, el de la oda *A Roosevelt*, o el del *Canto a la Argentina*, de 1910— sino, también, un varón nocturno, un alma humilde y estremecida ante los augurios de *Lo fatal*.

La vida lo deslumbraba y lo amedrentaba. He ahí, a mi juicio, el secreto de su carácter y la clave mayor de su poesía.

La vida lo deslumbraba. Y de ella lo quiso todo: *la perla, la rosa, la estrella / y la mujer*, según confesó en su *Poema del otoño*. Pero no sólo conseguían atraerlo esos brillos, esas fragancias y esa férvida entrega al amor humano, sino todos los brillos, las sonoridades y las fragancias, todos los ímpetus y los goces: *la caricia de las magnolias* sobre la seda de los ropajes, *el canto de los dulces violines de Hungría*, los *sollozos de los violoncelos*, la *risa de oro* que eternizó en la boca de la *divina Eulalia* y hasta *el ala aleve del leve abanico*, cuyo frívolo encanto verbal indignaba a don Miguel de Unamuno.

Rubén pretendía hacer llamear las rosas *en las manchadas pieles de pantera* y que *una fuga de leopardos* escoltara a las diosas de su Olimpo... Sí, la vida lo deslumbraba. Y, frente a ese deslumbramiento, a esa sed de placer, a ese irrefrenable impulso vital, se comprende que ciertos críticos hayan protestado con acritud. ¡Cómo es posible —parecen declarar esos críticos— cómo es posible que le gustaran tanto a Darío todas las cosas y que las ansiara todas con idéntico frenesí! ¡Cómo es posible —exclama concretamente Cernuda— que juntase en su obra “cosas dignas y cosas indignas, cosas exquisitas y cosas vulgares, mostrándonos simplemente qué gran confusión había en su cabeza”!

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 27 de enero de 1967.

En su cabeza, ¿o en sus sentidos? Porque el deslumbramiento al que estoy refiriéndome era un hambre infinita de posesión, una tremenda avidez sensual, sin las cuales sería difícil comprender el otro hemisferio de la lírica de Darío: su silencioso pudor, su respeto ante el alma que se desnuda, su angustia de niño errante frente a los vértigos de la muerte.

De niño, sentía pavores nocturnos. Pronto, en el esplendor de la juventud, aprendió a mezclar los valores de la vida inmediata con los reclamos de quién sabe qué cautelosa y oscura telepatía. Escuchaba voces de amigos muertos. Lo distante le resultaba tan conocido como lo próximo. Ya, desde *Prosas profanas*, sorprende al lector de hoy encontrar cierto espectral poema, *Heraldos*, sobre las avenidas de cuyos versos, anunciadas por cisnes, pajes, palomas, corzas y pavos reales, desfilan Helena, Makheda, Ifigenia, Electra... Y hasta Yolanda y hasta Isabel. Surge, entonces, una pregunta. ¿Y ella? El poeta se contesta a sí mismo: *No la anuncian. No llega aún.*

Esa *Ella*, eliminada de la escena durante tantos años, se presenta en *Cantos de vida y esperanza*, para reaparecer —tan activa como invisible— en el cruel *Nocturno de El canto errante*. Y es que esa *Ella* es la vida: la vida que se transforma en muerte. O, si queréis, la muerte: la muerte en que se resume y condensa toda la vida.

Hay una hora en que el varón solar encuentra, en su propio ser, la noche más tenebrosa. Esa hora sonó, para Rubén Darío, en los días en que iba ya penetrando, a hurto suyo tal vez, en lo que había de llamar “la selva sagrada”. *Nel mezzo del camin di nostra vita*, dijo Dante. Y Rubén, por su parte, exclama:

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

A partir de ese deslumbramiento interior, la acción de los sentidos infatigables de nuestro gran poeta no disminuye en intensidad, pero cambia de metas y de objetivos. Lo que *se juzgó mármol, era carne viva*. Incluso el poeta, al acercarse a su hijo Phocás, no habla ya de la vida “dulce y seria”, sino de una cotidiana cicuta que intoxica a los hombres. Y escribe, entonces, estos versos amargos y lacerantes:

Tarda en venir a este dolor a donde vienes,
a este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los Ángeles, sueña bajo los Santos;
que ya tendrás la Vida para que te envenenes...

Confieso que, en lo que se refiere a mis propios gustos, me siento más cerca del Darío interior que del exterior. Los *Nocturnos*, *Melancolía*, *Lo fatal*, *La canción de los pinos*, el *Poema del otoño* me dicen más de Rubén Darío que las vastas composiciones sinfónicas en que resuena toda su orquesta lírica. Pero reconozco que sería imposible admirar al Darío interior sin tratar de entender al otro, a su inseparable: el Rubén Darío exterior. Éste produjo a aquél. Y se hallaban ligados ambos, indisolublemente, como el caballo y el hombre en el ímpetu del centauro.

Preferir no ha de ser desdeñar. Resultaría una prueba de impertinencia crítica el querer escindir lo que preferimos del conjunto que hizo posible su advenimiento. El camino que Darío siguió para llegar a la desnudez de la estrella hubo de pasar por todas la ostentaciones de los sentidos, todas las intermitencias del carácter y todos los altibajos del sentimiento.

La poesía de Darío, como su vida, necesitó recorrer un mundo: ir de las tardes de Nicaragua a las de Santiago de Chile; jugar al dominó con los marinos germanos del vapor *Uarda*; sentar plaza de vista de aduana en Valparaíso; cantar el combate del *Huáscar* y el *Esmeralda*; impregnarse de nuevo del aire de *Centroamérica*; elogiar a la luna de Sonsonate cual si fuera una *góndola de alabastro*; propugnar la Unión Centroamericana; desposarse con Rafaela Contreras; visitar España, en la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América; deplorar la muerte de Rafaela y contraer nuevas nupcias con Rosario Murillo; conocer a Martí en Nueva York; atravesar París en 1893; asomarse, en Buenos Aires, al Parnaso hermético de *Los raros*; ver surgir, en España otra vez, a la generación del 98; unirse, en Madrid, con Francisca Sánchez; visitar tierras solares y tierras nórdicas; “panamericanizar” en la Conferencia de Río de Janeiro; apreciar la gratitud de su patria en 1907; no llegar hasta la capital mexicana en 1910; dirigir las letras de la revista *Mundial*; gozar de la paz de Palma de Mallorca; comprender, junto al mar latino, que en *roca*, *aceite* y *vino* estaba su *antigüedad*; vagar con los corderos y con las cabras por los montes de Valldemosa; buscar, en el refugio de la Cartuja, *la soledad que amaba Jeremías*; sentir el soplo bélico de 1914; exhortar a la paz en la Universidad de Columbia; sufrir la hospitalidad de Estrada Cabrera, y morir, en la tierra de sus mayores, el 6 de febrero de 1916...

Hay poetas que parecen exentos de biografía. Nacen de sí mismos —para morir en sí mismos, serenamente. No fue ése el caso del poeta Rubén Darío. Su obra estuvo siempre abierta a la vida, de par en par. No es posible compararlo con escritores del tipo de Mallarmé o de Valéry. Y tampoco sería prudente equipararlo con Paul Verlaine. En el fondo, cada poeta es único. Y Darío conseguiría su unidad literaria fundamental merced a una deliberada inmersión en las más torturantes diversidades.

Es tan improcedente querer separar al Darío exterior del otro, como lo era —en los años de mi adolescencia remota— una clasificación de los escritores en objetivos y en subjetivos. Objetivos y subjetivos lo somos todos. En ocasiones, sucesivamente. Y, en otras, simultáneamente. Tan subjetivo como objetivo fue siempre Rubén Darío; pero necesitó abandonar los mitos de su primera objetividad (los cisnes, los pavos reales, los tigres de Bengala, *con su lustrada piel manchada a trechos*), para ir tocando la forma oculta de su ser íntimo: aquel sobre cuya frente, traspuesta la madurez —y la madurez fue precoz en espíritu como el suyo—, surgiría, por fin, el *Alba de oro*.

Con el tiempo, se apagaron las lámparas; emigraron los cisnes; se marchitaron las opulentas guirnalas de músicas y de flores; dejaron de piruetear los bufones en los palacios de las princesas. Enmudeció el paisaje. Y, sobre un fondo sin *papemores* y sin *bulbules*, solo ante su conciencia, solo ante su destino, responsable ya de su poesía más descarnada, en el poeta Rubén Darío vimos al hombre: el que advirtió la *miseria de toda lucha por lo finito*, el que dejó caer en la sombra *las gotas de su melancolía*, el que supo medir *la labor del minuto y el prodigio del año*, el que —auscultando el silencio nocturno— oyó cómo surgían *de su prisión los olvidados* y sintió con qué vehemencia *un eco del corazón del mundo* penetraba y movía su propio corazón.

¿Se desmentía el poeta así? ¿Era aquel ascenso una traición a su pasado? ... En manera alguna. Tampoco se desmiente la rama, ni se traiciona —antes se comprueba—, al coronar con la intensa y última flor, lenta en manifestarse, el espeso atavío de hojas con que el árbol hubo de preparar —y de proteger— su mágico nacimiento.

No hay dos Daríos en Darío, según lo creen o lo declaran algunos críticos. Sus extravíos no fueron óbice para sus aciertos. Sus defectos eran indispensables a sus virtudes. De ahí que tanto conmueva al lector de hoy, en un poema contaminado por los hábitos juveniles (hablo de la *Canción de otoño en primavera*), descubrir —tras de algunas estrofas de gusto más que dudoso— las maravillosas líneas en que el poeta, con el cabello gris, se acerca a los rosales del jardín, y confiesa que las demás mujeres, *en tantos climas / en tantas tierras, siempre son / si no pretexto de "sus" rimas / fantasmas de "su" corazón*. En esos versos —y en muchos otros, que sería prolijo citar— tocamos el punto en que el Darío instintivo del artificio y el Darío esencial del arte se comunican estrechamente. Y es que Darío no fue jamás un poeta químicamente puro, como parecía pretender el Abate Brémond que lo fueran sus predilectos. Impuro, como la vida, todo lo ambicionó. Todo lo acarició. Y, a fuerza de acariciarlas, no fueron pocas las experiencias que marchitó. ¡Que lo condenen, por esa fiebre vital, quienes juzguen su propia obra en estado onírico de pureza! Pero los más puros de sus contemporáneos —entre los grandes de nuestro idioma, como Juan Ramón Jiménez y

Antonio Machado— no lo condenaron jamás por sus impurezas. Sabían que, hasta en sus caídas, si hubo un alma sincera, era la suya.

¿Quién imita hoy a Rubén Darío? se preguntan algunos prófugos de Darío. Y, en efecto, él —tan imitado durante lustros— ha llegado a ser, para siempre, un inimitable. Esto, que los detractores usan como argumento contra su lírica, es, a mi ver, la demostración mayor de su señorío.

El verdadero gran escritor no escribe para ser imitado. Escribe para ser comprendido, sentido, y para encender en las almas que lo comprenden y que lo sienten una luz nueva y original; es decir: una luz distinta de la que él trató de encender en su propia obra.

¿Cuál es, entonces, el legado real de Rubén Darío?

Contestaré a esa pregunta con tres afirmaciones complementarias. Ante todo, el legado de Darío está en el idioma poético que heredamos de su experiencia: el idioma que renovó todas las letras españolas en los albores del siglo XX. Por otra parte, está en su ejemplo mismo: el ejemplo de un poeta rebelde, inconforme, insubordinado a los otros, y disciplinado —como el que más— a sus propias normas de creador. Y está, en fin, en la lección mayor de su poesía: en el lento desprendimiento de todas las vestes multicolores que tanto halagaron su juvenil sensibilidad, para alcanzar —en la madurez— la dimensión completa de su conciencia, el cintilar de la estrella que, cuanto más se desnuda, más resplandece.

Consideremos, aquí, la razón de tales afirmaciones.

En primer término, el verbo. Comparemos el español que usaba la poesía de nuestro idioma en 1867, año en el que Darío nació, con el español que usa desde la hora en que la lírica de Darío se impuso al mundo hispánico de su época. ¡Qué abismo advertimos hoy entre lo que apreciaban, como idioma poético, escritores de la calidad de Zorrilla, de Campoamor o de Núñez de Arce, y el español —rejuvenecido, múltiple, elástico, ondulante, nervioso, claro e iridiscente— que surgió de los libros de Rubén y que, junto con Rubén, elaboraron, pulieron y renovaron los mejores maestros del modernismo!

Fue tan honda la rebelión —y fueron tan vigorosos y férvidos los rebeldes— que el impulso renovador estuvo a punto de equivocarse y de frustrar el mejor de sus resultados. Muchos de los imitadores de Darío llegaron a imaginar que la simple abundancia verbal era ya riqueza, que desarticular la metáfora era darle brillo y que bastaba con adornar un asunto para infundirle valor poético perdurable. Siempre ocurre lo mismo en todo movimiento renovador. Malaventurados —y no bienaventurados— los imitadores, porque se adaptan a los defectos del modelo que copian y, dóciles a sus vicios, ignoran el secreto de sus virtudes. De ahí la ruina del modernismo. Del modernismo, pero no de Rubén Darío.

Porque —y aquí penetro en el plano de la segunda de mis afirmaciones— Darío subsiste, a pesar de la ruina del modernismo. Y subsiste, como un ejemplo.

Nacido en un Continente habituado a imitar lo español en los pueblos de expresión española, y lo inglés en el pueblo sajón del Norte, Darío nos enseñó a afirmar nuestra sensibilidad americana y a ser leales con nuestra obra, genuinos en nuestra obra.

He llamado a Rubén el Colón de una nueva expresión poética. Y he dicho que era un Colón al revés, porque, en lugar de inventar —tras de ignotos mares— un continente imprevisto y de inmensas formas, él descubrió —navegando por los mares más conocidos— un hemisferio de música y de belleza: aéreo, nuevo y deliberado.

Ese hemisferio es el nuestro. Los jóvenes de 1967 lo consideran tan suyo, pues lo heredaron tan fácilmente de sus abuelos y de sus padres, que no piensan en conservar gratitud para el descubridor y el conquistador. Algunos, cuando lo leen, suelen torcer el gesto: ¡cuántos almíbares! ¡cuántos clavicordios! ¡cuántos “claros clarines”! ¡cuántas pupilas en las que asoma “el alma del rubio cristal de Champaña”! ¡cuántos “dragones”, “tortugas” y “tazas de té”! ¡cuántas “perlas de Ormuz”!... “¿Qué tienen que ver todo ese inventario exótico y todo ese «atrezzo» —de ópera o de opereta— con la poesía de hoy?”, parecen estar pensando los jóvenes de que hablo. Y, en efecto, suenan a hueco, a menudo, ciertos líricos cascabeles. Pero no se dan cuenta siempre nuestros próximos sucesores de que juzgan barata bisutería lo que, en determinada época del idioma, fue testimonio de un lujo insólito, prueba de una audacia iconoclasta, o —por lo menos— signo de una curiosidad intrépida de lingüista.

Rehabilitar un idioma no es cosa fácil ni empresa menospreciable. Pero Darío no se detuvo en la mera rehabilitación del idioma. Tras de inventar el suyo —es decir: el nuestro—, llegó por modo lógico a lo que indiqué en la tercera de las afirmaciones que hice, cuando evoqué su legado de hombre de letras. A saber: que la lección mayor de la poesía rubendariana fue, precisamente, la de lograr desprenderse de todos los ropajes que suscitó el capricho del escritor durante el período juvenil, para alcanzar —en sus mejores composiciones— el despojamiento de la verdad intacta a la que se refirió en el primer poema de *Cantos de vida y esperanza*, al escribir el endecasílabo memorable: “De desnuda que está, brilla la estrella”...

No pensemos, a este respecto, en los procedimientos de quién sabe qué frívolo *strip-tease*. Lograr desprenderse de sus vestiduras sonoras y deslumbrantes implicó, para Rubén Darío, un esfuerzo realmente trágico. Fue la vida, el dolor de la vida, el origen de aquella extraordinaria transformación. El poeta de *Cantos de vida y esperanza* y del *Poema del otoño* no es el antídoto del artista de *Prosas profanas*. En cierto modo, lo continúa, incluso cuando consideramos que lo niega. No ha olvidado ninguno de sus conjuros. Podría remozar (y así lo hace, cuando lo quiere) todos sus plásticos sortilegios. Lo que ha cambiado no es el artista, ni el escritor. Lo que ha cambiado, en realidad, es el hombre.

El legado de Rubén Darío no fue ilusorio. Existe. Perdura. Y perdurará. A los cien años de su nacimiento vemos sin duda muchas cosas del mundo con ojos diferentes a los que tuvo, para las cosas de su época, el poeta de *Azul* en 1888, el de *Prosas profanas* en 1896, el de *Cantos de vida y esperanza* en 1905 y el del *Poema del otoño* en 1910.

En gran parte, el público ha perdido familiaridad con la poesía escrita. Y digo “con la poesía escrita”, porque la otra persiste hasta en los ánimos que pretenden absorber —¿con sentido práctico?— dosis mayores de realidad. Desde hace años, la poesía escrita y la expectación de los pueblos parecen haber experimentado un lamentable divorcio. Los poetas se han hecho más crípticos y los públicos más insonoros. Pero, según recordaréis, bastó que un hijo de la era técnica descubriese —en *El mejor de los mundos posibles*, de Huxley— un volumen de William Shakespeare para que reviviera en él toda una humanidad ya aparentemente dominada y disciplinada por los automatismos tremendos de la abstracción.

Y nosotros no estamos en el mejor de los mundos posibles, ni hemos asistido en verdad al crepúsculo de los poetas. Las grandes voces del hombre expresan, en primer término, a su país; pero expresan —para siempre y con valores definitivos— a toda la humanidad. Las penas que sufrieron, las alegrías que nos legaron, son las penas y las alegrías de un mundo asociado por la esperanza en la unión fecunda de la valiente familia humana. Y ello demuestra, entre otras cosas, hasta qué punto el mejor destino de la cultura es un destino de paz y fraternidad. El hecho de que las naciones de habla española —y no sólo ellas— celebren la gloria de Rubén y que haya escritores, en prosa y en verso, que se congreguen, durante estos días, para discutir acerca de Darío, para recordarlo y para exaltarlo, son circunstancias alentadoras.

Como dijo Darío —y como habré de repetirlo yo aquí, para concluir— “la poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte”. Y, mientras exista la poesía, no serán pocos los hombres y las mujeres que vayan a buscar, en la obra de Rubén, la armonía de la selva sagrada, el rumor de espigas que inició la labor triptolémica, la alegría súbita de la primavera y las rosas melancólicas del otoño.

Héroe de paz, de sonrisa y de lágrimas, él, tan refinado y tan parnasiano en ciertas horas de su juventud, advirtió, con la experiencia del tiempo, que hay “almas de diamante / hechas de libertad y nutridas de sol”. Así la suya. Y así también la vocación que nos trae a los miembros de esta Academia a honrar a un hombre que, a un siglo de su advenimiento, sigue en nosotros y va en nosotros.

EJEMPLARIDAD DE RUBÉN DARÍO *

Por don ALFONSO JUNCO

Alta ocasión y coyuntura propicia la de esta centenaria conmemoración de Darío, para volver a él los ojos, repasar su obra, aquilatar su ejemplo.

I

¿Por qué pudo Rubén Darío suscitar y robustecer un movimiento renovador en la poesía, en la prosa, en la sensibilidad literaria del mundo hispánico? ¿Por qué sus audacias no quedaron en antojos pasajeros e infecundos, sino supieron impulsar con aire inédito una orientación fértil, duradera y decisiva en la literatura de nuestra lengua?

Pienso yo que por dos motivos esenciales, cuya unificación en Rubén constituye su ejemplaridad como renovador: porque la brasa que le quemaba el pecho era cosa auténtica, genuina, vital; y porque antes de emprender sesgos insólitos había ejercitado su capacidad y maestría en las normas clásicas y tradicionales.

Autenticidad. No fantaseó Rubén novelaría para meter ruido, atrapar la atención, *épater les bourgeois*, fraguarse un nombre a punta de postizas arbitrariedades: fácil recurso de impotentes. Él traía en el alma una inquietud con alas; ruiseñor aprisionado que quería escaparse y cantar al aire libre. Y al escaparse llenó el ámbito de músicas desusadas.

Por eso ser sincero es ser potente.

De desnuda que está, brilla la estrella...

Su potencia venía de su autenticidad.

Y, también, de que conocía y señoreaba lo que pretendía superar. No el advenedizo que desprecia lo que ignora o que estropea arquitecturas que no es capaz de forjar, sino el sabidor que, amoroso del árbol milenario, no intenta

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 27 de enero de 1967.

derribarlo sino enriquecerlo y renovarlo con vivientes injertos que lo pueblen de ramas y de flores mañaneras.

Ya el espíritu abierto y sagaz de don Juan Valera, al saludar la aparición de *Azul* en 1888 y dar al autor un espaldarazo internacional, decía que asombraba la sutil asimilación de lo francés en aquel mozo que no había estado en Francia, pero a la vez comprobaba —y hay que ver quién lo dice— que el libro estaba escrito “en muy buen castellano”. Fiel a lo propio, se embellecía con lo ajeno.

Y Rubén comenta en la breve y jugosa *Historia de mis libros* (de donde tomo todos los textos de prosa que irán después):

“Cierto: un soplo de París animaba mi esfuerzo de entonces; mas había también, como el propio Valera lo afirmaba, un gran amor por las literaturas clásicas y conocimiento «de todo lo moderno europeo». No era, pues, un plan limitado y exclusivo.”

De hecho, Rubén nunca fue —como podría superficialmente pensarse— un afrancesado. Aires de Lutecia corrían por su libro primigenio, cuando aún no conocía bien aquella lengua, pues “mi francés todavía era precario”. Pero Rubén se mantenía —y se mantuvo hasta el fin— fuertemente enraizado en lo castizo. Y, además, “mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios”. Por eso pudo ser un nicaragüense universal.

II

Otra ejemplaridad de Rubén Darío. En sus venas, por las que cundía sangre indígena, alentaba un espíritu español. Fundió en su persona —como se funden en nuestros países de América— las dos estirpes que integran nuestra complejidad psicológica y nuestra realidad histórica inderogable. Nada de indigenismos retrógrados ni de hispanismos excluyentes. Amor a la dualidad que en cuatro siglos vitales crea y define nuestra irrompible identidad.

Soy un hijo de América, soy un nieto de España, dice de sí mismo. Y cuando caracteriza, con sumo elogio, a su amigo el poeta José Santos Chocano, exclama:

vive de amor de América y de pasión de España.

En su cálida interpelación a Teodoro Roosevelt, habla

de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Y, entrelazando amorosamente sus excelencias, define así a la América nuestra:

...que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl...
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctézuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor...

esa América es —nada menos—, con rumor de teogonías y grito lírico, "la hija del Sol".

Aquel bardo de rasgos y atavismos indígenas, gózase en ser hispánico, así en lo literario como en lo vital.

Cultiva la amistad tonificadora de Cervantes, a quien gusta y entiende en lo más hondo de su totalidad compleja y transparente:

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

Él es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
Es para mí; suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso y caballero,
parla como un arroyo cristalino.
Así lo admiro y quiero,

viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino.

Rubén muéstrase hispánico, no sólo porque así "le tocó" nacer, sino por ímpetu jubiloso de su voluntad;

Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.

Con la España que acaba y la que empieza,
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules allí fue como Orfeo,
ser español es timbre de nobleza.

Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante,
alma de rosa en corazón de encina...

Y en la *Salutación del optimista* adopta y adapta el clásico hexámetro para ensanchar a multitudinaria su voz personal, para exaltar en vasta polifonía el nervio de la estirpe y el clamor de la esperanza:

Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...

¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?...

Únanse, brillen, secúndense tantos vigos dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica...

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos...

Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros.
¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

Al referirse a sus *Cantos de vida y esperanza*, corrobora y puntualiza Rubén:
"Hay, como he dicho, mucho hispanismo en ese libro mío; ya haga su salutación al optimista, ya me dirija al rey Óscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al Cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a don Diego de Silva Velázquez y a don Luis de Góngora y Argote, o loe a Cervantes o a Goya, o escriba la Letanía de Nuestro Señor Don Quijote. ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales."

III

Y cerramos el tríptico de la ejemplaridad de Rubén Darío: su radiante sinceridad. La sinceridad es en él norma y bandera. Lo proclama y lo cumple:

Si hay un alma sincera, ésa es la mía.

Exhibe, en lo literario, sus admiraciones primerizas o permanentes, y —ahorrándoles tarea a los buceadores de mañana— pormenoriza las influencias recibidas, las fuentes en que bebió. Hombre bueno y sin cálculos ni envidias, elogia a boca llena a contemporáneos que podrían considerarse émulos suyos —Díaz Mirón, Salvador Rueda, Santos Chocano— y que en otra naturaleza menos diáfana inspirarían tal vez reservas o interesados silencios.

Vuelca Rubén el alma en sus rimas y en sus prosas, descubre sus propias fallas éticas e intelectuales, confiésase en alta voz, pone siempre la verdad del sentir —así sea furtivo o contradictorio— que en aquel momento vibra en su espíritu.

Una sensualidad elegante e idealizada lo impulsa y domina, en pugna tesonera con su cristiana raíz:

Entre la catedral y las ruinas paganas
vuelas oh Psiquis, oh alma mía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno...

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte...

¿Se pensará que esto es nomás lirismo? No. En prosa también, en prosa llana y directa y sin metáforas, analizándose como a solas al reseñar la historia de sus libros, se explaya Rubén. Y sus paladinas confidencias —no suficientemente divulgadas— son todas de altísima ejemplaridad, así en lo radioso como en lo sombrío. Vale la pena meditarlas y extraerles el jugo.

Su vida —escribe— es:

“La historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad, contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos, en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios...”

Más adelante insiste:

“Quizá hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios.

“Y las verdades de mi vida: «un vasto dolor y cuidados pequeños»; «el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos»; «el grano de oraciones que floreció en blasfemia»; «los azoramientos del cisne entre los charcos»; «el falso azul nocturno de inquerida bohemia»...

“Sí, más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto «el rudo destino». La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna, poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos?

“He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mejicano:

Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan. Mi plumaje es de esos.

“En cuanto a la «bohemia inquerida», ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído o si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

“Y gracias sean dadas a la suprema Razón, si puedo clamar con el verso de la obertura de este libro: «Si no caí fue porque Dios es bueno»...”

Claramente ha dicho Rubén, al hablar de su libro *Azul*, que hay en él “una ansia de vida, un estremecimiento sensual, un relente pagano, a pesar de mi educación religiosa y profesar desde la infancia la doctrina católica, apostólica, romana. Ciertas notas heterodoxas las explican ciertas lecturas”.

Nos viene aquí a la memoria aquel fantástico don Diego de Torres Villarroel —suerte de Quevedo del siglo dieciocho—, quien decía cómo en cierta

ocasión en que se le sospechaba de hereje, empezó a examinarse a sí mismo y a "palparse lo católico": y se encontró entero y verdadero como tal.

Rubén Darío, que además de sentir los íntimos contrastes entre su conducta y su fe, percibe los aires paganos o heterodoxos que se cueban por ciertas rimas suyas y pueden imputársele, va repasando algunas de ellas como si quisiera excusarse en público y "palparse lo católico".

Escuchémosle:

"Ananke es una poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano. Valera la censura con razón."

"En Canto de esperanza vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno, como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres..."

"En La dulzura del Ángelus hay como un místico ensueño, y presento como verdadero refugio la creencia en la Divinidad y la purificación del alma y hasta de la naturaleza por la íntima gracia de la plegaria..."

"En Divina Psiquis se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano..."

"Y en Lo fatal, contra mi arraigada religiosidad y a pesar mío, se levanta, como una sombra temerosa, un fantasma de desolación y de duda..."

Pero...

"En mi desolación me he lanzado a Dios como a un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaídas."

Por otra parte, le ha faltado a Rubén una sólida cultura religiosa, y le han sobrado libros y ambientes desorientadores:

"Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo."

"Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles, y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra."

Y finalmente, en melancólico desahogo que revela la índole benigna y perdonadora del poeta:

"He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados, atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza."

Nada más. "He sonreído con tristeza."

Porque este hombre, visceralmente religioso a despecho de sus flaquezas y altibajos, amaba la paz. La amaba en el huerto de lo íntimo, la amaba en el ágora de lo universal. Por eso, ante la guerra le acomete una punzante angustia, y levanta los ojos y el clamor a lo Excelso para invocar, patéticamente, al único verdadero Pacificador. Hay en estas estrofas —¡tan actuales!— una trepidación conturbadora que quisiera dejar resonando en vuestras almas como el más hondo homenaje para Rubén:

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este...

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste o empedernida
que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON ALEJANDRO QUIJANO *

Por don SALVADOR AZUELA

Corrían los años de mil novecientos veinte a mil novecientos veintiuno; la Escuela de Derecho se hallaba en la misma calle que la Preparatoria; los estudiantes de Leyes, con ánimo travieso, gustaban llevar por ese rumbo un oso del cuartel próximo al plantel. Nos regocijábamos los preparatorianos y los futuros juristas; la calle de San Ildefonso se animaba. Eran rectores, primero, don José Natividad Macías, en las postrimerías del régimen de don Venustiano Carranza; después, don José Vasconcelos.

De cuando en cuando veíamos pasar los estudiantes de la Preparatoria, por la antigua calle del Reloj, a un hombre más bien alto, de pulcro vestir, de fisonomía sonriente, del que emanaba una corriente de simpatía. Todo él revelaba la dimensión fundamental de su espíritu: la bondad. Era don Alejandro Quijano, sobre todo, un caballero. Tenía la clásica escuela del hombre cortés de México; pero cortesía no como mera forma; cortesía sinónimo de caballerosidad; caballerosidad como espíritu de servicio.

Cuando lo veíamos caminar por la calle del Reloj, no era raro que se acompañara de don Genaro Fernández Mac Gregor. De rostro adusto, de apariencia severa; en el fondo, un hombre cordial, dotado de singulares dotes, de espíritu crítico, Fernández Mac Gregor, en aquellos tiempos, también figuraba en la nómina de catedráticos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

A don Alejandro tuvimos ocasión de oírlo leer unas breves cuartillas en los funerales de Ramón López Velarde. Era una de esas mañanas luminosas del Valle de México; había dicho una espléndida oración fúnebre Alfonso Cravioto. Enrique Fernández Ledesma leyó unas páginas llenas de emoción. De Rafael López se dijeron unos versos y don Alejandro Quijano, con voz entonada, nos reveló el magnífico lector que en él había. Recordó a López Velarde, un gran muchacho provinciano, y su obra breve, ora simple, ora complicada. Habían fallecido, relativamente próximas sus muertes a la de López Velarde, Herrán, Nervo, Urueta.

* Leído en sesión pública efectuada el 24 de febrero de 1967.

La carrera en el magisterio y en la literatura de don Alejandro Quijano arrancaba de sus días de estudiante. Compañero de Antonio Caso, de José Vasconcelos, de Genaro Fernández Mac Gregor, de Isidro Fabela, provenía de Mazatlán. Nacido en el Puerto por el año de ochocientos ochenta y tres, su padre don Fiacro Quijano era un destacado ingeniero. De él aprendió la disciplina matemática que habría de dar lugar, precisamente, a que como maestro iniciara su tarea magisterial enseñando esa asignatura.

Al obtener el título de abogado —cuenta don Alejandro Quijano en unas páginas llenas de sabor y nostalgia, dedicadas a su Preparatoria—, don Justo Sierra, que había sido su maestro de Historia General, le quiso hacer un regalo y le ofreció una cátedra de Español; pero al presentarse a la Secretaría a hacer efectiva la designación de don Justo, don Ezequiel A. Chávez, el Subsecretario, le indicó que no había más vacante que una clase de matemáticas, en la Escuela Normal.

Don Alejandro relata que su padre lo hizo recibir lecciones de aquel ilustre matemático de convicción católica muy apasionada, que era don Joaquín Terrazas. Singular hecho, que revela la disciplina mental de los hijos de la Escuela Preparatoria positivista, formados en el rigor científico. Quijano sintió la laguna de las humanidades y buen autodidacta, la llenó con simpatía, cordialidad y sentido humano.

Catedráticos de la Normal, él y Rafael López se disputaban los alumnos. De Quijano se cuenta cómo era accesible, directo; regalaba libros a quienes concurrían a sus clases; leía los clásicos; daba a conocer a los escritores modernistas en boga en aquellos tiempos. Rafael López, irónico y mordaz, lanzaba dardos envenenados envueltos en frases áticas. Discípulos de la Normal en esa época que pasaron por las clases de los maestros de Literatura Alejandro Quijano y Rafael López, eran: Gregorio López y Fuentes, Francisco González Guerrero, Rodrigo Torres Hernández, Basilio Badillo.

De la Normal de Varones sería trasladado don Alejandro a la Normal de Mujeres, y luego tendría relaciones magisteriales con la Preparatoria y con la Escuela de Altos Estudios, antecedente de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Al referirse a sus estudios, evoca los días de la Primaria anexa a la Normal, servida por espléndidos pedagogos, en las postrimerías del régimen porfiriano. Después alude a los maestros preparatorianos —algunos que no alcanzamos ya: don Rafael Ángel de la Peña, por ejemplo; don Manuel Sánchez Mármol—. La semblanza que trazó de Sánchez Mármol completa aquella magnífica de Alfonso Reyes que se refiere al conversador, al abogado, al espíritu satírico, al hombre de fantasía; novelista dedicado a tratar temas locales con particular donaire.

Otros maestros fueron don Rafael Sierra —que sabía hacer amable la enseñanza del español—, don Francisco Rivas —el famoso Papá Rivas—; el hebreo

Francisco Puitziberg, docto en lenguas, de verba toda picardía, que lo conduce a lanzar en la cátedra, con gracia, las mayores procacidades, haciendo que nuestras compañeras abandonaran el salón; don Ezequiel A. Chávez, que era el método, la disciplina, la aptitud expositiva, con aquella cortesía suya que daba a todos los alumnos también la sensación del caballero. Lo recordamos con su piel blanca, marfilina, con su mirada bondadosa.

De los maestros a quienes evoca don Alejandro Quijano, dedica las páginas más cordiales a don Justo Sierra, lo evoca siempre de jacket, con pantalón a rayas; la camisa blanca con cuello de "palomita", la corbata oscura, el chaleco de piqué, los zapatos bajos. Era la presencia de don Justo majestuosa, solemne; pero en el trato no dejaba de tener sus ribetes de ironía, al lado de la elocuencia de que hacía gala en público, que atraía numerosos oyentes a las aulas preparatorias, en su curso de Historia General.

De estos maestros saldría, cultivada moral e intelectualmente, sana y firme, una generación. Quijano está ligado en forma eminente con los hombres del Ateneo. Entonces se inicia una labor de saber crítico, de disciplina, de orientación mental severa. Se hace a un lado la improvisación. La tarea literaria no es oficio intrascendente; hay que entregarse a ella en condiciones serias. Del Ateneo habrá de ser don Alejandro Quijano el último de sus secretarios de actas. Al lado del Ateneo, fundada por sus hombres, trabaja la Universidad Popular. La Universidad Popular estaba instalada en los altos del teatro Díaz de León, por el rumbo del Jardín del Carmen, en la ciudad de México. Allí se daban los cursos y conferencias de la Universidad Popular.

El año de 1916 se conmemoró el tercer centenario de la muerte de Cervantes, y con ese motivo disertaron don Alejandro, don Genaro Fernández Mac Gregor, don Carlos González Peña. La vocación cervantina; el espíritu quijotesco de don Alejandro, hubieron de manifestarse con ese motivo: un elogio de Cervantes, en medio del desgarramiento de la Patria, sacudida por la Revolución. Los valores del espíritu, triunfantes, en una situación patética. Todavía, por las calles de la ciudad, era difícil el recorrido, cuando las facciones revolucionarias llegaban el año de quince, y en dieciséis, "colas" más o menos largas se instalaban para adquirir víveres. Admirable el esfuerzo de estos hombres que, como Antonio Caso en la Universidad Popular, se dedicaban en una entrega superior a la obra de la cultura, en que el maestro, precisamente, daba el curso sobre la biografía moral del Cristianismo —antecedente de su libro fundamental—: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*.

Don Alejandro Quijano, abogado, catedrático, era periodista. Ejerció el periodismo sin darle después importancia y fue seguramente un antecedente fecundo para sus trabajos de escritor. En semanarios ilustrados de los años novecientos trece, novecientos catorce, andan dispersos artículos suyos. En mil novecientos quince intervino en una reforma de los planes de estudios, relativa a

la enseñanza del Español y de las materias conexas, en la Normal. Combatió la tendencia a reducir este capítulo de la formación educativa; logró que se mantuvieran las cátedras de raíces griegas y latinas y que se incrementaran las enseñanzas del español, en el primero y el segundo curso; la clásica retórica y la preceptiva; y luego una clase especial de Literatura Española; para rematar el ciclo, con unidad lógica, en la literatura general. Afirmando el positivismo, como sus contemporáneos del Ateneo, logró ponerse por encima de las limitaciones científicas.

Cuando la Universidad desarrollaba la iniciación de sus cursos, el año de mil novecientos dieciocho, en un acto solemne, subrayó la importancia formativa de la Institución en la conciencia de los jóvenes; el valor de las preocupaciones de orden moral y estético; proclamó una especie de religión de la inteligencia, fundada en una actitud laica no abstencionista, aunque no lo dice, pero sí de simpatía para las obras del espíritu en lo que tienen de perdurables. Era ya un cálido hispanista; no hispanismo convencional, de carácter intrascendente, sino hispanismo medular, consubstancial a la persona. Sin renegar del indígena, proclamaba el valor de España. Había sido moda rechazar todo lo español. Don Alejandro es uno de los que destacan los elementos hispánicos de la nación mexicana: habla de raza, pero no en el sentido anatómico y, fisiológico, sino desde el punto de vista del espíritu.

Cuando la Universidad en la que él trabaja como catedrático lo convoca a intervenir en cátedras, discursos o conferencias, discurre con acierto. Recordamos cómo, al iniciarse un año escolar, recordó el rito agrario en que se bendicen las tierras antes de lanzar la semilla al surco que habrá de abrirse; de la misma suerte, el rector, con una actitud o un ademán de carácter laico, habrá de bendecir la inauguración de los trabajos escolares. Era un liberal; ese tipo tan singular de católico liberal que es frecuente en México. Un liberal que cuando se refiere a Juárez lo elogia en el ángulo menos conocido, porque no era un cleróforo. Quijano mantuvo hasta el fin esta liberalidad que hace tanto bien a la Academia, de abrir las puertas a corrientes y a valores de las más distintas tendencias.

La obra de Quijano, en el orden literario, es como él diría, parva; nosotros añadimos, pero selecta. En su libro de discursos *En la tribuna* recoge su conferencia sobre Jiménez de Cisneros, el ilustre Cardenal que contribuyó tanto a la fundación del Estado Español, por cuyo empeño el régimen feudal, en buena parte, fue cediendo a formas políticas de acuerdo con el sentido del Estado moderno. Se crearon los primeros servicios públicos: de policía, de guerra, de justicia, de impuestos. La documentación de don Alejandro en este trabajo es de primera mano y revela sus dotes de estudiosos.

Tenemos particular preferencia por un pequeño libro que hoy es una rareza; se titula *En casa de nuestros primos*. Él califica de notas intrascendentes las im-

presiones que ha organizado aquí. La sicología del norteamericano está vista con penetración. No se trata del habitual libro de viajes en donde se copian datos, descripciones o antecedentes históricos, forma fácil de llenar volúmenes, para hacer una bibliografía. No, hay en este opúsculo ingenio, espíritu crítico. Es un recorrido por San Antonio, por Washington, por Nueva York. Recuerda que en un hotel, al llegar al restaurante, inmediatamente que él y don Genaro Fernández Mac Gregor entregan sus sombreros y abrigos, los recoge un lacayo vestido nada menos que con el atuendo de Jorge Washington, con todo y peluca.

Pero al lado de estos detalles cómicos, se refiere a los teatros, a los conciertos, a los museos. Una gran interpretación del *Tristán* de Wagner, en el Metropolitano de Nueva York; el ballet que daba la impresión de una estatua animada con toda la cadencia y el ritmo del arte griego: Isadora Duncan. También lo fascina el arte de Velázquez, con aquel retrato de Felipe IV en que él comenta su preferencia por las manos dibujadas y pintadas con perfección: una que se apoya sobre la espada y la otra que tiene una carta; el personaje ataviado de negro, con un toisón de oro.

Cuando murió Amado Nervo, se le rindió un homenaje por la Universidad Nacional en el que intervinieron don Alejandro Quijano y don Enrique González Martínez. Don Alejandro era un atinado pintor de personajes. Hay retratos como el de Nervo, como el de don Artemio de Valle-Arizpe, que revelan sus dotes. A Nervo nos lo recuerda flaco, con la piel amarillenta, como abatanada e infundida, dice, en marfiles viejos; con el paso desgarrado, la manera de decir sus versos; con el rostro de los Cristos de Cimabué o de Giotto.

El año de mil novecientos diecisiete visitó la ciudad de México una bailarina que entusiasmó a la gente culta: Antonia Mercé, La Argentina. Recuerda don Alejandro Quijano que entre los entusiastas de La Argentina estaba particularmente Ramón López Velarde. En una función de beneficio de La Argentina, hubo de distribuirse el programa de lujo en el que venían aquellas estrofas del zacatecano dedicadas a Antonia Mercé, audaces, iconoclastas para la época, que en el público asistente al espectáculo levantaron comentarios en pro y en contra.

Este curioso artículo —publicado en *El Universal*— es un testimonio de la mentalidad de la época. Así como fue amigo de López Velarde, Quijano lo fue de Saturnino Herrán y de Manuel M. Ponce. En un trabajo premiado en un concurso de Aguascalientes, se refiere a la figura de Ponce, a su señorío, a su delicadeza, al tono menor con que hablaba, su gracia y su espíritu humorístico; su música honda, noble, saudosa, como él la califica; y el marco de la ciudad donde no nació Ponce pero sí se formó: una ciudad castiza, mexicana por excelencia, con sus fuentes, sus plazas, su Jardín de San Marcos, su gente inteligente y sensitiva, en donde se respiran todas esas manifestaciones de mexicanidad, independientes del color local, pero que son como la entraña de nuestra personalidad colectiva.

Las tareas de don Alejandro en la Universidad culminarían en el ejercicio de la dirección de la Escuela de Jurisprudencia. Un dato revelador de su amplitud es que hizo secretarios suyos a dos hombres entonces ideológicamente coincidentes, del grupo de los famosos siete sabios de Grecia: Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Sus alumnos lo querían por su espíritu bondadoso, como ya hemos subrayado; por su don de dar. Se manifestaba al primer contacto. Quienes lo conocimos y tratamos, así fuera superficialmente, recogimos una impresión de bondad que se advertía en un hecho muy peculiar que no olvidamos: nos llamaba por nuestros nombres. Este sentido humano, fraternal, directo, no se nos olvida. Todavía cuando lo encontrábamos por las calles del viejo barrio universitario o por lo que era Plateros, lo saludábamos abrazándolo. Nos conmueve recordar este dato emotivo que era en él tan peculiar.

Cuando llegó a la Academia, fue para sustituir al poeta Enrique Fernández Granados, el año de mil novecientos dieciocho. Su discurso de ingreso, en mil novecientos veinte, revela cómo gustaba a don Alejandro Quijano y cómo entendía los antecedentes de la Literatura Española; dedicado su discurso a cuatro siglos de poesía española, termina con la época de Garcilaso. Los trabajos de don Alejandro, en la Academia, son numerosos. El elogio a aquel espíritu severo, auténtico espíritu crítico, que fue don Francisco A. de Icaza, sus respuestas a las piezas de recepción de don Artemio de Valle-Arizpe, don Genaro Fernández Mac Gregor, don Luis María Martínez, don Manuel Toussaint.

De todos estos trabajos preferimos la semblanza de don Artemio de Valle-Arizpe. Lo recuerda más alto que bajo, las carnes macilentas, los ojillos vivaces; con aquella mirada maliciosa, tras los cristales de los anteojos orlados de carey. Además alude a sus dotes de esteta de la novela virreinal, género que cultivó hasta su muerte. Comenta cómo en don Artemio, espléndido conversador, se extrañaba que no estuviese ataviado con la ropilla de seda, el ceñido jubón y las calzas típicas de los caballeros de la nobleza virreinal. Elogia su penetración, sus dotes de trato social, su sentido humorístico, su caudalosa capacidad de trabajador de las letras.

Despide a don Federico Gamboa, el novelista de *Santa*, con una pequeña pero sentida oración fúnebre. Van a visitarlo don Genaro Fernández Mac Gregor y don Alejandro a Cuernavaca, y lo encuentran ya enflaquecido hasta el límite —dice—, con las manos exangües, la piel amarillenta, parda. A punto de morir, todavía tiene el buen humor con que platicaba, admirable conversador.

Al fallecer don Federico Gamboa, la Academia, con notorio acierto, escogió como su Director a don Alejandro Quijano. Pocos han sido tan acertados en el ejercicio de este encargo, particularmente difícil en la historia de la Academia Mexicana, como el señor Quijano. Tenía dotes singulares de amplitud de criterio, de tacto, de diplomacia; era de esos espíritus que saben concertar inteligencias; en él todo atraía, y permitía poner las voluntades más diversas en marcha hacia

un propósito común. Era por excelencia, en un medio como éste, pasional y violento, batallador y contradictorio, un espíritu llamado a unificar. Creaba en su torno la temperatura de la cordialidad, como que ella provenía de su propio temperamento, de su sensibilidad y de su alma clara de hombre bueno. En la Dirección desarrolló una larga labor, de mil novecientos treinta y nueve hasta su muerte, en mil novecientos cincuenta y siete. Esta labor culminó, con la ayuda de don José Rubén Romero, don Genaro Fernández Mac Gregor y don Alberto María Carreño, en la instalación de la Academia en un local propio, con el modesto patrimonio que le fue proporcionado gracias a estas gestiones, por el Presidente don Miguel Alemán.

En la Asamblea de mil novecientos cincuenta y uno —el Primer Congreso de Academias de Habla Española—, don Alejandro Quijano puso de manifiesto, en medio de choques y de contradicciones que hacían difícil trabajar, este espíritu que orientaba hacia el entendimiento.

La obra de Quijano, en consecuencia, es múltiple en el orden de la cultura: Perteneció al Patronato de la Orquesta Sinfónica Nacional; fue Presidente de la Barra de Abogados; Director del periódico *Novedades*; Miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional de México y, sobre todo, Presidente de la emérita Asociación Mexicana de la Cruz Roja.

En don Alejandro Quijano había una voluntad de belleza, pero por encima de la voluntad de belleza, resplandecía en él la voluntad de bien. Nadie que se le acercó en busca de ayuda, después de llamar a su puerta salió con las manos vacías. Entendía la cultura y sus formas supremas, como un camino moral de perfección. La caballerosidad a que me he referido, era en él ejercicio constante de la virtud: tenía el bálsamo que permite suavizar las heridas; apaciguar y tranquilizar; no el ácido que quema.

Esta noche, a los diez años de su muerte, la Academia Mexicana rinde homenaje a su memoria; honra al hombre de letras; al gran organizador, al periodista, al catedrático, al hombre virtuoso.

Hay valores que tienen para los países la significación de fermentos que obran a través de las generaciones. Tal el ejemplo de don Alejandro Quijano, que esta noche proclamamos digno de seguirse en la República: en la república de las letras y en la república de los hombres honrados.

RECORDACIÓN DE "FERNANGRANA" *

Por don ANDRÉS HENESTROSA

Hace cien años nació en esta ciudad Enrique Fernández Granados, o *Fernangrana*, pseudónimo que popularizó tanto como su nombre verdadero. Hasta hace un año se dio como el de nacimiento el de 1866, o se dudaba entre éste y ese año. La Academia Mexicana de la Lengua, entre los homenajes o recordaciones que proyectó para el año pasado, incluyó uno consagrado a Fernández Granados, dando por hecho que se cumplía el centenario de su natalicio. Una nota manuscrita suya, localizada por nuestro Director, don Francisco Monterde, vino a establecer definitivamente la fecha de nacimiento de *Fernangrana*: 4 de junio de 1867.

Nuestras historias literarias tardarán en incluir esta rectificación, como han tardado en hacerla con la fecha del nacimiento de Luis G. Urbina, por ejemplo: 1864 y no 1867. Pero la Academia se complace en reconocer que ella también estuvo equivocada y que se honra en proclamarlo, al rendir hoy este homenaje a Enrique Fernández Granados.

Y ahora, entremos en tema, contando qué es para nosotros *Fernangrana*, y lo hago con un recuerdo. Fue en mi remoto pueblo natío, en mis lejanas niñeces. Ello es que había en casa unos libros, entre ellos uno que me gustaría ver en las manos de la niñez patria: *Lecturas mexicanas*. Y si no pudiera ser ése, otro que acorde con los tiempos que corren ofreciera a la infancia unas lecturas graduadas que la condujeran a una visión de la patria y del mundo, contribuyera a promover su amor a los símbolos nacionales: la bandera, el himno; que la llevara, en una palabra, a vislumbrar la gloria por virtud del ejemplo de los héroes, de los santos, de los escritores. Un libro como el que he dicho, organizado por Amado Nervo, poeta y hombre delicadísimo. Ilustrado por Julio Ruelas, con dibujos, grabados, retratos, si se puede, tan elocuentes como las mismas lecciones. Cada selección lleva el retrato del autor, una síntesis biográfica y un rápido juicio sobre su obra; es así como el grabado viene, pudiera decirse, a completar la enseñanza que se propone. Al pie de la ilustración, una frase que es como el resumen de la lectura. No hay lección que no lleve una lista de palabras que se considera que reclaman explicación, y que en el texto aparecen escritas en bastardillas. Un libro

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 23 de junio de 1967.

precioso, en verdad, el de las *Lecturas mexicanas*. Allí, en las primeras páginas, un poema de Enrique Fernández Granados titulado "Madre mía", que me dio la certeza primera de la muerte, de la orfandad, de lo fugaz de la vida. Un primer orden de las cosas: cuna, urna, y entre las dos, la dicha instantánea y el permanente dolor. Allí las palabras nuevas: cirio, sudario, féretro, que parece que arrojan sobre el poema un manto, una sombra, una luz negra.

Se ve al autor con la cabeza erguida, el pelo ralo, los bigotes rectos y puntiagudos, duro el cuello de la camisa y grande el nudo de la corbata. Debajo del retrato esta breve nota escrita por Nervo: "Nació en México el 4 de junio de 1866. Ha publicado entre otros libros *Mirtos*, *Margaritas* y *Antología*. Es un poeta de tendencias decididamente clásicas, de inspiración diáfana y de ponderado estilo." No olvido tampoco la ilustración. Al pie de un árbol apenas insinuado, el sepulturero abre una tumba; en el horizonte los últimos rayos del sol; en medio cuatro hombres conducen en los hombros un féretro, y unas mujeres en procesión. Al pie del grabado estos dos versos:

Abra su seno la tierra,
abra sus puertas el cielo.

Y el pobre niño que yo era memorizó aquellos versos, que lo hacían llorar; pero no pudo imaginar que saldría del pueblo y que muy lejos iba a encontrarse otra vez con el nombre de Enrique Fernández Granados y con otros versos suyos: delicados, transparentes, escritos ya no con lágrimas sino con mieles. En México, un poema suyo aprendí muy pronto de oírlo recitar en un café. El más popular de todos, "El vino de Lesbos", aquel que huele a flores, se liba en rosas, se bebe en la rosa de la boca amada. Del poema dijo Manuel Gutiérrez Nájera que estaba elegantemente cincelado, como el asa de una ánfora de plata; que trascendía a flor de Anakreón, y era néctar libado en flores jonias. A tales juicios —éste de Gutiérrez Nájera y el de Nervo ya transcrito—, casi nada se ha agregado acerca de la poesía de Fernández Granados.

No es Enrique Fernández Granados un poeta precisamente olvidado. Los buenos catadores de nuestras letras, los enterados de ellas, lo recuerdan, musitan sus versos, lo incluyen en las antologías. Así lo han hecho Genaro Estrada, Manuel Maples Arce, Antonio Castro Leal: antólogos estrictos, de bueno y depurado gusto. Tuvo Fernández Granados, como todos, su hora, su minuto, luego cayó un poco en el olvido. Pero algo escribió que resiste los embates del tiempo, su soplo aleve. Son aquellos poemas en que acertó una feliz expresión de los viejos y eternos temas: la vida, la muerte, el amor. "No morirán conmigo cuando muera", dijo el poeta en la dedicatoria de *Mirtos*.

Poeta anacreóntico, se le ha llamado. Porque, aunque a mi entender, no sabía griego, lo oía, como Monti, como Góngora, como Reyes. El espíritu de Anacreonte

retoza en sus versos, dijo Montes de Oca y Obregón. Y sabía lo que afirmaba. Las ideas y las imágenes, inatacables; la forma, clásica. Eso es griego o romano de los buenos tiempos, escribió Ignacio Manuel Altamirano acerca de sus versos. Dulce, sereno, ecuaníme, afirma Jiménez Rueda que era Fernández Granados. Dulcísimo, dijo González Peña. Uno de sus prologuistas —José P. Rivera— propuso que su libro *Mirtos y margaritas*, se llamará *Áticas*. Breve, muy breve, la obra de Fernández Granados. Tres pequeños poemarios, que en rigor no son más que uno y solo libro, por su contenido y hasta por sus títulos. Enamorado de la perfección, rendido cultor de la armonía y la perfección, se pasó los años retocando sus poemas, seleccionándolos. Aquella febril aspiración a las cosas acabadas, pulidas hasta el deliquio, hasta el delito iba a decir, explica la parvedad de su obra. Tal como para que pudiera cumplirse aquella sentencia aplicada por Antonio Castro Leal a los autores así como Fernández Granados: “¿No habéis notado que la primera impresión de lo perfecto es siempre de escasez?”

Buscaba el verso sencillo, de alas cortas y ágiles, como las del espeluznante colibrí. Rehuía los metros mayores, el vuelo sonoro del endecasílabo. Entre una palabra de dos sílabas se quedaba con la de una sílaba. Frente a un esdrújulo elegía la palabra grave, no en balde, llana. Y así, paciente, dolorosamente, lograba que música y tema se mezclaran en una sola hermosura: “que en trance de ritmo la palabra alcanzara la voz de la poesía”, tal como en la poética de Rubén Bonifaz Nuño.

Su bibliografía se enriquece con las traducciones que hizo de poetas italianos: Leopardi, Fóscolo, Carducci, Stecchetti, Rondani, Pasquale Papa, reunidas en el volumen *Fronteras de Italia* (México, Imprenta M. Viamonte y Cía., 1915). Tradujo, asimismo, a algunos poetas franceses, reunidos en *Exóticas* (México, La Europea, 1898).

Y ahora una palabra sobre su pseudónimo. Escribí en una Alacena que *Fernangrana* venía de *Fernanflor*, pseudónimo de Isidoro Fernández Flórez (1840-1902), de la Real Academia de Madrid, autor de *Cuentos rápidos*. Pasados unos días, recibí un recado de nuestro llorado José María González de Mendoza, que a la letra dice: “Evidentemente, como usted lo suponía, *Fernangrana* tomó su pseudónimo de *Fernanflor*, formándolo como éste formó el suyo.”

No, no está olvidado Enrique Fernández Granados. La Academia Mexicana de la Lengua de la que fue Secretario, menos podía olvidar el centenario de su nacimiento. La sola lástima es que yo no haya sabido recordarlo y exaltarlo.

VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ, ESCRITOR *

Por don JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Don Victoriano Salado Álvarez perteneció a esa singular generación de escritores a cuyos nombres anteponeamos naturalmente el don. Don Federico Gamboa, don Carlos Díaz Dufoo, don Manuel Puga y Acal, don Emilio Rabasa, don Joaquín D. Casasús, don Ignacio Mariscal, don Enrique Fernández Granados, don Ángel de Campo, "Micrós". Después de los rostros bravos e hirsutos, en los que el peine y los aliños apenas han iniciado su tarea, de las generaciones romántico-liberales: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Francisco Zarco, Juan Bautista Morales, José Tomás de Cuéllar, cuán diferentes nos aparecen los hombres de esta época de paz que ya no han tenido que esforzarse por dar cohesión y libertad a su país. Algunos de ellos guardarán recuerdos infantiles de los tiempos de la Intervención y el Imperio, pero otros han nacido después, o como Salado Álvarez, justamente en el año del fusilamiento del Cerro de las Campanas, del triunfo de la República y del principio de una nueva época, de hecho, del comienzo del México moderno.

Sólo la literatura puede darnos una imagen cabal de lo que fue nuestro país en los revueltos años que van desde la Independencia hasta 1867. He aquí el patético panorama de estos años, como lo describía un personaje de Salado Álvarez: "¡Nuestra desventurada patria, devorada por las facciones, envuelta en la anarquía, y en el peligro más inminente de perder su nacionalidad! ¡Desgraciado México! —exclamó—; sin erario, debiendo como millón y medio de pesos de dividendos atrasados de la deuda inglesa, sin poder satisfacer de la interior el rédito del año vencido, ni asistir a los empleados con los pagos que les pertenecen; sin ejército, con las fronteras abandonadas y sufriendo grandes desastres con los ataques de los bárbaros; minados de traidores los Estados fronterizos, influidos y favorecidos por los americanos, y cinco años tolerando esto por los gobernadores ineptos, traidores también y dignos de la execración universal."¹

* Homenaje en la sesión pública efectuada en Guadalajara, Jal., el 29 de septiembre de 1967.

¹ Victoriano Salado Álvarez, *Episodios Nacionales, I. Su Alteza Serenísima* (1902), reed. Colección Málaga, México, 1945, pág. 187.

La tarea de construir una nación con los escombros de tantas ruinas fue posible gracias al triunfo republicano y liberal, y a la tenacidad de un hombre que fue el motor y la voluntad de esta regeneración, Benito Juárez. El gobierno que él reasumió en 1867 y los que lo continuaron, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, fueron edificando lentamente la República Mexicana. Se consolida y protege entonces su integridad territorial, se organizan sus finanzas y vida económica, se sientan las bases de un sistema educativo, se promueven las comunicaciones, particularmente los ferrocarriles que habrían de iniciar la unificación del país —y de paso terminarían con la pesadilla de las diligencias y los asaltos—; se levantan edificios y monumentos públicos, se alienta la propiedad, y se acaba por consentir el latifundismo y aquel lema de “mucha administración y poca política”.

No nos extrañe, pues, que no sólo los políticos sino aun los escritores que vivieron y disfrutaron esta época hayan adquirido aquel empaque grave y digno, aquel aliñado vestir y aquel continente señorial que nos impone el don. Como lo han hecho y lo harán los hombres de cada época, ellos amaron la que contribuyeron a crear. Y cuando fue derrumbada y sustituida por otro orden que, además de la civilización y las buenas maneras, pensara también en la justicia y en el derecho de las mayorías, lo menos que hicieron fue suspirar por los buenos tiempos idos. Don Victoriano lo expresó con singular franqueza cuando repitiendo la frase de un historiador francés, escribió: “Quien no saboreó el antiguo régimen no supo lo que era la dulzura de vivir.”²

Salado Álvarez fue cabalmente un escritor del antiguo régimen: creció y maduró con él, se identificó con las empresas, la ideología y los hombres de su tiempo y dejó una crónica espléndida de aquellos años; noveló su pasado inmediato y, cuando se impuso con violencia el nuevo régimen, nunca pudo transigir ni deseó comprender. Cuenta en sus *Memorias* que Limantour, cuando la presidencia transitoria de De la Barra, le sugirió seguir en el Ministerio de Relaciones ya que él —Salado Álvarez— podía ser el puente natural “entre ésta y la futura situación”. Mas él, orgullosamente, no lo aceptó, pues no quería “que sobre mí pasaran todos los que quisieran, ni tampoco reñir con gentes a quienes tanto debía”.³

Clausuró pues el puente de la comprensión y de la apertura a nuevos aires y nuevas ideas y se quedó en su antiguo régimen, desterrado largos años por propia o ajena voluntad y sobre todo desterrado espiritualmente. Nunca quiso admitir la justicia, la razón y la nobleza del nuevo régimen, que combatió en su nacimiento y no cesó de zaherir y despreciar como el mayor de los males que hubiera sufrido México y como la pérdida de aquel dulce vivir que echaron abajo las chusmas revolucionarias.

² *Memorias*, tomo I, *Tiempo viejo*, EDIAPSA, México, 1946, pág. 362.

³ *Memorias*, tomo II, *Tiempo nuevo*, pág. 322.

Sólo a la luz de esta crisis dramática del hombre entre dos épocas puede entenderse el carácter y el pensamiento de don Victoriano Salado Álvarez. Aquella plenitud creadora, de sus años de juventud y madurez, se prolongará después de la Revolución en una enorme obra periodística, que es preciso rescatar, llena de sabiduría y talento, pero vencida por una íntima tristeza, por una negación sustancial. Nunca más volverá a tener aquella vitalidad afirmativa de las obras que escribió de acuerdo con su tiempo y con la vida.

Su obra literaria de aquel primer período, y aquélla por la que Salado Álvarez es uno de los grandes prosistas mexicanos, se realiza y publica en el breve período de un lustro, de 1899 a 1903 y al principio de su madurez, entre sus 32 y sus 36 años, y entre Guadalajara y la ciudad de México. Pero a las obras de estos años deben sumarse las *Memorias* de don Victoriano, reunidas y publicadas sólo hasta 1946, que su autor escribió en sus últimos años, y son una crónica admirable de su propia vida y del "antiguo régimen".

Su primera aparición literaria fue una colección de estudios críticos, *De mi cosecha*, publicados en Guadalajara en 1899. Cuenta Salado Álvarez que "En 1897 se hallaba preocupado el mundo por no tener preocupaciones y no mirando delante ningún conflicto internacional, ni una guerra posible, ni el derrumbamiento de uno o varios tronos, se dio a opinar en pro o en contra del decadentismo".⁴ Aquellos estudios críticos tratan pues, principalmente, del "Decadentismo", o del Modernismo, y recogen la ilustrativa polémica que sostuvo Salado Álvarez con Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo, es decir, con la famosa *Revista Moderna*. Frente al afán de renovación e innovación de los nuevos poetas, Salado Álvarez advierte la falsedad de aquellos refinamientos. Piensa que si en Europa, donde tienen cabida todos los extremos de la civilización, "el fastidio de todo lo que se ha probado y el afán de catar algo nuevo han traído el «surmenage», la degeneración, el neurosismo, los innumerables matices de histeria y la multitud de formas de locura, entre las cuales merecen especial mención las literarias y musicales, aquí, donde nadie llega naturalmente a estos estados mórbidos, en que todo es primitivo, tradicional, inconsciente, no hay razón para figurarse que la civilización nos tenga hartos y «surmenes»".⁵ "Estos imitadores serviles —añadía en otra parte—, a cambio de haber inventado cuatro frasecitas y adaptado alguna combinacioncilla nueva a la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional, que ya vestía la toga pretexta, a permanecer envuelta en pañales por luengos años".⁶ Por ello, como contrapartida de estos desacuerdos, muestra en el mismo librito su admiración por los novelistas

⁴ *Memorias*, I, pág. 259.

⁵ *De mi cosecha*, págs. 40-41.

⁶ *Ibidem*, pág. 30.

y poetas que seguían fieles a la doctrina nacional-tradicionalista, como Rafael Delgado, José López Portillo, Federico Gamboa y Juan B. Delgado.

Era muy aguda la argumentación del joven Salado Álvarez, y constituye un capítulo importante de la historia de las ideas literarias en México, pero el tiempo no le dio la razón. Por encima de sus neurosis postizas, los modernistas se salvarían por la calidad y la autenticidad de su poesía y por su ímpetu renovador, que era saludable para la anquilosada literatura hispanoamericana. Por otra parte, Salado Álvarez no advertía que la prédica nacionalista de Altamirano, había tenido sentido treinta años antes, cuando el país necesitaba un elemento de cohesión espiritual, pero que ya no podía tener vigencia en aquella nueva sociedad que comenzaba a descubrir la burguesía y el cosmopolitismo.

"Pobre, hinchado y pomposo era el tal librito",⁷ diría Salado Álvarez de su primera obra, años más tarde. Y con todo y que la historia la rectificaría, es la obra de un espíritu singularmente informado, y la de un carácter, podría añadirse, la de un hombre que ha tomado ya, aun en cuestión de ideas literarias, un camino del que no se apartará.

Dos años más tarde, aún en Guadalajara, don Victoriano Salado Álvarez publica, con prólogo de su paisano López Portillo, la colección de cuentos llamada *De autos*. "Burla burlando —dice su autor—, lo había escrito en Zapopan, durante una temporada de veraneo",⁸ y cuenta más adelante cuántas puertas le abrieron en México sus dos primeros libros. Pero, además de franquearle el primer paso para la conquista de la capital, *De autos* hizo descubrir a Salado Álvarez sus raras condiciones de narrador y fue su primer ejercicio antes de atacar una empresa mayor. Al lado de *La guerra de tres años* de Emilio Rabasa y de algunas estampas de "Micrós", *De autos* cuenta entre las obras narrativas más perfectas de aquellos años, por la gracia de su estilo, por la templanza de su humor y por la rara lucidez de su composición literaria.

Su prologuista López Portillo señalaba con perspicacia, pero como disculpándose, que el joven Salado Álvarez solía tomar los argumentos de sus cuentos de historias reales o ya conocidas, pero que su pluma ponía en ellas tanta frescura y lozanía que desvanecían la materia prima. Bien conocía el oficio el autor de *La parcela*. En efecto, Salado Álvarez no creará nunca ficciones novelescas, no añadirá ni un Periquillo ni un Coronel Astucia a la novela mexicana, pero explotará magistralmente su verdadera aptitud, la de narrar novelescamente los sucesos y la historia.

Mostraban, además, los cuentos reunidos en *De autos* otros méritos de su autor: la amplitud y firmeza de su cultura, particularmente en el campo de la historia, y su rico y matizado dominio de la lengua y del estilo. Tenían éstos en

⁷ *Memorias*, I, pág. 260.

⁸ *Ibidem*, I, pág. 306.

la pluma de don Victoriano tanta plenitud y seguridad, y empleaba su autor con tal soltura los recursos de la retórica, que en ocasiones su prosa nos hace sentir que leemos a un escritor español, a un Valera o a un Galdós. El casticismo y la imitación del realismo peninsular eran ciertamente normas de aquellos años, para novelistas como López Portillo, Delgado y Rabasa, y aun para Gamboa, que seguía al mismo tiempo a los naturalistas franceses. Mas en el caso de Salado Álvarez, al igual que en sus contemporáneos, poco a poco la tierra, los propios usos lingüísticos y el peculiar sabor de los acontecimientos que narra van desprendiéndolo de aquel afán de imitación de sus primeras obras para darle una robustez de estilo que ya sólo era mexicana y la suya propia.

Cuando don Benito Pérez Galdós inició en 1873 la publicación de sus *Episodios nacionales*, muchos novelistas, que comprendieron la eficacia popular de aquella nueva forma de contar la historia, quisieron emularlo. En México, fueron muchos los que intentaron o realizaron series novelescas que narraban la epopeya de los grandes hechos del siglo XIX.

Después de 1867, varios novelistas, como Vicente Riva Palacio y Juan A. Mateos, comenzaron a narrar la historia de su siglo. Pero el primero en componer un ciclo novelesco fue Enrique de Olavarría y Ferrari que, de 1880 a 1883, publicó dieciocho volúmenes de *Episodios nacionales mexicanos*, que narran nuestra historia desde la época colonial hasta la de Independencia. Pocos años más tarde, Ireneo Paz inició en 1886 un primer ciclo llamado *Leyendas históricas de la Independencia*, al que siguió un segundo, que se extendió desde la Reforma hasta 1910. Con el título general de *Biblioteca del niño mexicano*, y con portadas ilustradas por José Guadalupe Posada, Heriberto Frías escribió varias series de breves relatos histórico-novelescos, en numerosos cuadernos que se publicaron de 1899 a 1901.

Era, pues, un intento ya muchas veces perseguido y logrado con desigual fortuna el que emprendía don Victoriano Salado Álvarez cuando, a instancias del editor español Santiago Balleescá —a quien México debe tantas hermosas y monumentales ediciones—, comenzó a redactar una nueva serie histórico-novelesca. Se limitó don Victoriano a un período de la historia inmediata, desde 1851 a 1867, que dividió en dos secciones: *De Santa Anna a la Reforma*, la primera, y *La Intervención y el Imperio*, la segunda, y aparecieron, aquélla, en tres volúmenes en 1902, y esta última, en cuatro, al año siguiente. En la edición original, sólo la segunda parte llevaba el título general de *Episodios nacionales mexicanos*, que en la reedición de 1945 se antepondría al conjunto de la obra, abreviado en *Episodios nacionales*. Cuenta Salado Álvarez que su arreglo con Balleescá, para la redacción de estas series, fue a razón de un peso por página manuscrita de cierta extensión, aunque el generoso editor “me pagó mucho más de lo convenido, me costeó viajes, me ayudó en circunstancias apuradas y me constituyó en el hombre

de sus confianzas".⁹ Para documentarse sobre tantos pormenores y versiones de los hechos que quería recrear, don Victoriano se puso a hurgar libros, periódicos y manuscritos de la Biblioteca Nacional, y trabajaba en una capilla que el director José María Vigil le cedió. Pero, además, como se trataba de un período aún no muy lejano, podía consultar también a testigos que le daban detalles o precisiones de tal o cual suceso. Entre otros informantes, que contribuyeron para la exactitud de los relatos novelescos que se iban forjando, su autor señala a los generales Jesús Lanne y Francisco de P. Troncoso, así como al propio general Porfirio Díaz, quien dio su parecer sobre los episodios en que él fue actor y sobre los hechos que bien conocía.

La característica más saliente de los *Episodios nacionales mexicanos* de Salado Álvarez me parece que es su discreto equilibrio entre la información histórica y la ficción novelesca. Poseía, en efecto, aquella cualidad que advirtiera López Portillo, de dar nueva vida a los sucesos conocidos, y pudo emplearla con largueza y con múltiples recursos en las catorce partes o novelas que forman las dos series. Nunca quiso volver a contar simplemente la historia, sino trazar, sobre el cañamazo de hechos, circunstancias y ambientes muy precisos, un relato vivo, y en cierta manera autónomo como creación novelesca.

Así, pues, la historia que nos enseñan los *Episodios* de Salado Álvarez está presentada un poco al sesgo, como incidentalmente, y sólo en ciertos episodios se la expone directamente. La ambición de su autor era la de hacer vivir a seres reales, "a los cuales —nos dice— trataba de quitar su corteza de solemnidad y su ropaje de hinchazón para ver de convertirlos en trozos de este pobre y pecador barro humano, que por frágil y por sensible merece toda la compasión del historiador y del novelista."¹⁰

A pesar de la rapidez y el apremio con que los escribió, pues debió componerlos en dos años, y en no menos de cinco mil cuartillas, su autor no se dejó vencer por perezas y siempre encontró para cada episodio la perspectiva más adecuada a la intención. Por lo general, fingió el relato de testigos: un viejo veterano, un "mocho" o una afrancesada —la cuñada del prestamista Jecker—; inventó con mucha gracia una correspondencia entre Ignacio Ramírez, "El Nigromante", y Guillermo Prieto, "Fidel", y, para narrar el episodio de Querétaro, se sirvió del teatro y en cinco jornadas dio vida al choque final entre el falso imperio y la República. Como una lección de técnica narrativa, es en verdad admirable la composición de los *Episodios* de Salado Álvarez, y merecía un estudio detenido esta multiplicidad de recursos, esta adecuación siempre tan flexible de estilos y perspectivas a la naturaleza de los asuntos. La consecuencia natural de tal eficacia literaria es la vivacidad y el interés siempre sostenidos y renovados de la vasta narración. Cada uno de los catorce *Episodios* tienen una unidad de tema y de

⁹ *Memorias*, I, pág. 326.

¹⁰ *Ibidem*, I, pág. 337.

estilo; y, en su conjunto, forman una amplia corriente que recrea magistralmente la dramática historia de aquellos lustros decisivos para México.

Los *Episodios nacionales* de don Victoriano Salado Álvarez son ciertamente una de las obras maestras de la novela histórica y una de las empresas más ambiciosas de nuestra novelística. Pero si las consideramos no ya como obra literaria sino como documento histórico, el peculiar hombre que las escribió y sus muy peculiares ideas, vuelven a aparecer. En la primera serie, *De Santa Anna a la Reforma*, hay excelentes estampas de los grandes reformistas: Melchor Ocampo, Leandro Valle, Jesús González Ortega, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Santos Degollado y Guillermo Prieto. Y si no muestra su autor entusiasmo por el ideario liberal no se le podría llamar tampoco conservador. Parecía tener, en efecto, mucha mayor simpatía por los caracteres que por las ideas que los movían y determinaban.

En cambio, sí se ostenta partidario ferviente de la causa de la República, en la serie *La Intervención y el Imperio*. Y, paralelamente, su visión de los oropeles imperiales oscila entre la sátira y la comedia. Las escenas que describió de la precaria burguesía mexicana aprendiendo usos cortesanos son algunas de las páginas más graciosas de nuestra literatura. Mas, para Salado Álvarez, la gesta y la victoria republicanas habían sido, sobre todo, la hazaña de los generales: Ignacio Zaragoza, Ramón Corona, Mariano Escobedo y Porfirio Díaz; del general Porfirio Díaz, especialmente. El presidente don Benito Juárez permanece más bien en la sombra, y apenas se describe, al sesgo, su peregrinar norteño, y se le muestra en dos escenas de *Querétaro*, el drama final, para escuchar imperturbable las súplicas de la princesa de Salm-Salm, y para escuchar, inmovible también, otras peticiones de clemencia que le dirigen Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre. Juárez no es, pues, para Salado Álvarez, la conciencia y la voluntad férreas que dieron cohesión y tenacidad a un pueblo para defender su causa. El porfiriato, como es sabido, fue el iniciador del reconocimiento y de la exaltación de la figura de don Benito Juárez. Pero, en este punto, don Victoriano Salado Álvarez, historiador, disenta respetuosamente del presidente Díaz, porque, para don Victoriano, el héroe de la República era el propio presidente.

La última gran empresa literaria de don Victoriano serían sus *Memorias*. Cuando contaba ya sesenta y dos años, y sólo viviría dos más, comenzó a escribirlas y publicarlas, dentro del aluvión de escritos periodísticos de sus últimos años. De allí fueron rescatadas para formar una de las autobiografías mexicanas más sabrosas y ricas, que sólo superan las que, años más tarde, escribió José Vasconcelos.

En dos partes dividió Salado Álvarez sus *Memorias*. *Tiempo viejo* llamó al período que va desde su progeñe y su nacimiento hasta el fin del siglo, y *Tiempo nuevo* al que va de 1901 a 1910, es decir, al fin del propio tiempo del autor, el porfiriato.

Si don Victoriano fue desde sus principios literarios un escritor de raza, en esta obra de madurez alcanzó la plenitud de sus dones. Las páginas de estas *Memorias* tienen esa soltura, esa fluencia y esa riqueza de asuntos y de matices que sólo se ganan cuando, además de haber tenido una vida rica en experiencias, se ha convertido en carne propia una larga frecuentación con el arte y la cultura, se ha ejercitado largamente la pluma y se tiene un don natural para la narración. Esa fiesta para el espíritu que, según ha contado don Artemio de Valle-Arizpe, era la conversación de don Victoriano Salado Álvarez, parece escucharse de nuevo en muchas de las páginas de sus *Memorias*. Ya cuente la historia y los esquivos encantos de Teocaltiche, su pueblo natal; ya recree la vida en la capital jalisciense, en el último tercio del siglo XIX, o ya se demore en múltiples pormenores de la vida política, literaria, periodística o diplomática, el gran narrador, el gran conversador nos tiene pendientes de sus rememoraciones. Había llegado don Victoriano a aquel temple de los años en que uno se sorprende de la pasión que antes se puso en cosas que luego se olvidan y parecen nimias, y acaso por ello volvía los ojos a los hombres y hechos del pasado con una memoria bullente y cordial, pero sin que sus heridas o sus diferencias le impidieran la visión serena. Quedaban aparte, por supuesto, la Revolución y sus actores, que serían su bestia negra; los inicuos destructores de lo que había sido "su mundo". Refiriéndose a don José María Vigil, escribe Salado Álvarez estas palabras que bien pudieran explicar su propia intransigencia: "¡Cosas de la vida! Aquel liberal lleno de ardor, para quien todas las reformas eran necesarias y que no entendía de esperar ni de atemperar, en su vejez odiaba las reformas materiales y aun las legales que no fueran las que en su tiempo se habían proyectado o practicado."¹¹ Él sería, pues, voluntariamente, un hombre del "tiempo viejo", pero también el que supo darnos una crónica espléndida de aquellos años de vida mexicana.

Atrás, en primer lugar, en estas *Memorias*, la galería de retratos de "caballeros del antiguo régimen", como les llama don Victoriano. A causa de la escasez de los memorialistas mexicanos, y de cierta incapacidad nuestra para hablar de cosas personales, sabemos muy poco de los rasgos humanos e íntimos de nuestros hombres públicos. Mas gracias a las *Memorias* de Salado Álvarez, nuestra pobreza de imágenes vivientes se convierte en abundancia durante los años en que él fue testigo. Aparte de las graciosas estampas familiares, Salado Álvarez nos dejó retratos admirables¹² de los artistas, escritores, filántropos, editores, diplomáticos, políticos, periodistas y soldados, más representativos que formaron la vida mexi-

¹¹ *Memorias*, I, pág. 365.

¹² De Ángela Peralta, de Agustín Rivera, del Padre Rositas, de José López Portillo, de Manuel Puga y Acal, de Ignacio L. Vallarta, de Rafael Reyes Spíndola, del Dr. Manuel Flores, de Francisco Bulnes, de Carlos Díaz Dufoo, de Pablo Macedo, de Justo Sierra, de Emilio Rabasa, de Santiago Ballezá, de Joaquín D. Casasús, de José María Vigil, de Matías Romero, de Ignacio Mariscal, del Obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón, del presidente Porfirio Díaz, de Bernardo Reyes, de Ramón Corona, de "Papá Rivas", de Enrique Fernández Granados, de Ángel de Campo y de Manuel Caballero, entre los más notables.

cana a fines del siglo XIX. En ocasiones, estos retratos tienen una singular agudeza y unos cuantos trazos bastan para dar vida a los personajes, como cuando dice de don Francisco Bulnes que "es uno de los pocos genialoides que hemos tenido, y sus rasgos de hombre raro se confundían con sus atisbos de persona que sabía ver lo futuro y escrutar lo pasado",¹³ o cuando nos descubre, junto a la imagen que conocemos, otra inesperada de don Justo Sierra: "Era don Justo el hombre más divertido, gracioso y chirigotero que ha hollado tierra mexicana; un entendimiento altísimo que llegaba a las más sutiles concepciones, y un corazón abierto a los cuatro vientos de la bondad, la mansedumbre, la conciliación y la armonía",¹⁴ o cuando, describiendo el carácter de don Porfirio, desliza esta curiosa observación: "Algo había en su paso que le era peculiar. Parecía uno de esos planígrados que asientan con firmeza los pies y tienen el andar seguro para la sustentación y pronto para el ataque y la defensa";¹⁵ o, finalmente, cuando nos deja este conmovedor dibujo de "Micrós": "Para evocarlo hay que recurrir a la ornitología. El andar saltarín, los pies y las manos pequeñitos y que recordaban las garras de las aves que se paraban en los árboles y en su corteza se mantenían, la cabecita chica y como triangular, un *coup de vent* que era como cresta que se alzara obedeciendo los dictados de la voz, que parecía un piar desapacible; los ojos redondos y cambiantes a ratos de color, como los de la alondra de Julieta, y sobre todo la nariz, una naricilla subversiva que tal vez haya resultado exagerada para aquel cuerpo, pero que era pequeña para nariz humana, se completaban con unos enormes anteojos que daban la idea de perdiz que acudía al señuelo engañada con un espejo movedizo."¹⁶

Enriquecen también estas *Memorias* múltiples pormenores acerca de los campos en que se movió la actividad de Salado Álvarez: el literario, el periodístico, el político y el diplomático; y en cada uno, el curioso encontrará anécdotas y peculiaridades llenos de interés. Refiere, por ejemplo, circunstancias poco conocidas acerca de la elaboración de los dos grandes testamentos culturales del porfiriato: *México a través de los siglos* y *México: su evolución social*; describe la peregrina acuciosidad con que don Matías Romero dirigió la compilación de la *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención*, cuyos solos índices alcanzaban más de mil páginas; cuéntanos, asimismo, cómo el doctor Manuel Flores defendió con inteligencia y brío al paisajista José María Velasco, desdeñado en París por el pintor Meissonier; cómo elaboró el mismo don Victoriano sus obras literarias e históricas, y cómo Manuel Caballero inició en México el periodismo moderno y dignificó este oficio.

Detengámonos, finalmente, en una imagen cordial. Aunque nativo de Teocaltiche, don Victoriano Salado Álvarez sentíase tapatío, porque en Guadalajara

¹³ *Memorias*, I, pág. 294.

¹⁴ *Ibidem*, I, pág. 319.

¹⁵ *Ibidem*, II, pág. 74.

¹⁶ *Ibidem*, II, pág. 79.

pasó su infancia y su juventud y porque esta tierra le dio sus primeras lecciones de belleza y le despertó su vocación intelectual. Pero, precisamente por ello, no quiere insistir en un amor que da por consubstancial. "No describiré una vez más Guadalajara —escribe— porque siempre la miro con el mismo deslumbramiento que la vi el día que a ella llegué." Y luego trata de explicarse la naturaleza de esta fascinación que sigue moviéndonos a cuantos aquí hemos vivido: "No es sólo el recuerdo de los tiempos moceriles ni la adhesión a amigos y maestros lo que me hace amar a Guadalajara; es algo material, telúrico, que radica en el aire, en la luz, en el aspecto de aquella tierra ávida que comunica no sé qué sensación de paz, de tranquilidad y de placer y que se adentra en el ánimo y de él se adueña sin consentir que esa imagen la borre otra alguna."¹⁷

Con estas palabras cordiales para nuestra ciudad —que él sentía señoreada por las deidades del Amor y la Muerte— pongamos fin a este repaso de las obras literarias principales de don Victoriano Salado Álvarez, en ocasión del centenario de su nacimiento. Y formulemos el voto de que el homenaje que rendimos al gran escritor sea un estímulo para volver a sus libros, en los que nos esperan el pensamiento y la imaginación de uno de los hombres de espíritu más poderoso y más jovial que han iluminado nuestra cultura.

¹⁷ *Memorias*, I, págs. 110-111.

EVOCACIÓN DE SALADO ÁLVAREZ *

Por don ALFONSO JUNCO

La celebración centenaria de don Victoriano Salado Álvarez, que vino al mundo en esta gallarda tierra jalisciense el 30 de septiembre de 1867, remueve en mí un tumulto de recuerdos.

Alguna vez, muy niño yo, pasó don Victoriano por Monterrey y fue a visitar a mi padre —don Celedonio Junco de la Vega— de quien siempre fue noble amigo. Los chicos, que oímos de la importancia del visitante, nos asomamos furtivamente a la sala, y a mí me quedó en la bruma de la memoria la recia espalda de aquel caballero: no alcancé a ver más.

Años adelante, lejos de la patria don Victoriano, supo de mis actividades literarias, comentó tal o cual poema o libro mío, nos cruzamos algunas misivas. Y en cuanto volvió a Méjico, reanudó con el hijo la vieja amistad que con el padre mantenía.

Gocé así de su trato en inolvidables tertulias. Semanalmente reunía a algunos amigos para cenar en su casa, y aquello era una fiesta de la cultura y del ingenio. Nunca faltaban don Federico Gamboa, conversador delicioso en todos los registros; Artemio de Valle-Arizpe, surtidor borbollante de sabrosas anécdotas, vividas o inventadas; Carlos González Peña, cuyo hablar hiperbólico y extremoso contrastaba con su mesurado escribir; y, por de contado, el anfitrión, tan docto en graves sapiencias como en malicias reidoras. Yo era el benjamín del grupo, y ahora quedo para evocarlo melancólicamente cuando todos han partido.

Tuve el privilegio de tratar a la familia: la esposa y tres hijas, pues ya en California había fallecido el primogénito. Llevaba la señora el mismo nombre de mi madre: Elisa, y por raro caso tenía del lado derecho el corazón, según se descubrió en un examen médico que le hizo el doctor Chávez; la mayor de las hijas, Lupe, siguió pronto a la madre en el viaje final; y ahora sólo tenemos el honor de ver aquí, presidiendo esta velada, a Elenita Salado Álvarez viuda de Rabasa; porque Anita, la valiosa y simpática Anita que escribía también —por muchos años fue colaboradora de *Excélsior*—, y era como la secretaria de su padre

* Homenaje en sesión pública efectuada en Guadalajara, Jal., el 29 de septiembre de 1967.

y congregó cuidadosamente sus trabajos para ediciones póstumas, se nos fue en febrero de este mismo año, acompañada por el dolor y el cariño de cuantos la conocimos.

Por cierto que de ella recuerdo una risueña anécdota. Ya en Méjico, llegó a la casa un admirador con ilusión de saludar en persona a don Victoriano. Mientras éste se disponía a salir, Anita atendió al visitante. El cual, explayando sus entusiasmos, dijo: "Yo me bebo los artículos de su papá". Y Anita replicó: "Pues nosotros nos los bebemos, nos los comemos y nos los vestimos". Porque aquellas colaboraciones periodísticas constituían a la sazón el único ingreso de la familia.

En la cual el buen humor y la traviesa agilidad mental eran legítima herencia.

Paladeen ustedes, por ejemplo, esta carta que don Victoriano dirigió a las señoritas Guadalupe y Dolores Ramos Pedrueza (hermanas de don Antonio y don Rafael), damas tan cultas como pías con quienes llevaba familiar amistad y gozábase en provocar alborozadas tempestades de discusión sobre todo lo humano y lo divino. Ellas lo apodaban de Voltaire y todos se reían de buena gana.

La misiva está fechada en Petrópolis, el 8 de abril de 1913, pues a la sazón don Victoriano encontrábase como diplomático en el Brasil.

"Mis queridas Ramos:

"No es Petrópolis, como ustedes se lo figuran en su ignorancia geográfica, algún arzobispado *in partibus* del Asia Menor; ni tiene que ver nada con Constantinopla, como lo insinúan con absoluto desconocimiento de todas las nociones de lugar y tiempo; ni es cosa que se coma con cuchara o con tenedor, como se lo creen ustedes, que piensan que Formosa es la tierra más bella, que la puerta otomana tiene correo y que en Manila se encuentran los mangos mejores.

"Petrópolis es un lugar muy hermoso, muy caro y muy aburrido que fundó S. M. el Emperador Don Pedro II (q. d. D. g.). Está situado en la montaña, a buena altura, con una cantidad de vegetación que asusta y con un calorcito que da la hora. Mi único consuelo es recorrer estas alturas diciendo como aquel antepasado de ustedes:

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis
tan altas, verdes y tantas,

pues estoy más solo que la calzada de los Gallos a las dos de la madrugada.

"Elisa con los niños vive en Bruselas, pues como no me infundía ninguna confianza la fijeza de mi posición aquí en tiempos del amigo Madero, no quise traerlos a que se fastidiaran en mi compañía ni que vinieran a oír hablar portugués. No sé si la murria, si los berrinches que he tragado con las cosas que pasaban en cierta época en nuestra tierra o qué demonios sea —que seguramente será el clima en buena parte— ello es que no ando bien de salud y que mi antiguo buen

humor se ha trocado en agrio pesimismo. Dicen que anda interesado en ello el hígado y yo no estoy distante de creerlo. Ya era tiempo de que la edad me hiciera explosión por algún lado, pues el día de Nuestro Padre San Jerónimo, padre y doctor de la Iglesia Latina, cumplí mis cuarenta y cinco.

"Si me toca liar el petate no me faltarán auxilios espirituales, pues soy amiguísimo del Nuncio —se los demostrará la tarjeta que va adjunta— que es un prelado muy bueno y muy generoso, un poco más tolerante que ustedes, pues no sufre ataques epilépticos cuando oye poner en duda la infalibilidad de Díaz Rayón (jesuita muy admirado por las señoritas Ramos) ni se indigna cuando se le cuenta de sujetos ordenados *secundum ordinem Ischariotes*.

"Adiós, Ramos queridas; saluden a Rafael y felicítenlo de mi parte; denle un abrazo a Antonio y recuerden un poco a su amigo. V. Salado Álvarez."

Lentamente corrieron arduos años. Los Salado Álvarez se instalaron en San Francisco, California, y de allí escribió don Victoriano a las señoritas Ramos Pedrueza, que amablemente me confiaron estas misivas, una fechada el 25 de noviembre de 1920, a la que pertenecen los renglones que siguen:

"Con todo lo que callo en esta carta no cabe lo que no digo. Viajes, aventuras de mar y tierra, enfermedades, *saudades*, *llantos* y *fantasías* requerirían un volumen de bien nutrida aunque no interesante lectura que me propongo naturalmente no escribir, pues bastantes ultrajes le tengo inferidos a la patria literatura para que se legitimara en alguna forma uno así de sangriento.

"Sin embargo, allí les va un recorte que escribí pensando en nuestras interminables polémicas del Naranjo y en las cosas que a todos nos han acontecido. Ya tendremos para varias noches de conversación (...)

"Por mi prosa comprenderán que no soy el mismo Voltaire de marras, y que la vida, que no ha sido conmigo todo lo despiadada que debiera, me ha enseñado algo. (...)

"Espero nada más a concluir unos librecitos que no me han de dejar más que disgustos, para hacer mi maleta y llegar a los patrios lares. Por de pronto dejaré aquí a Elisa y a las muchachas encomendadas a Luis, que me ha salido de oro y que me ayuda con la carga de la familia en este tiempo en que todo cuesta dos ojos de la cara.

"Antes deirme les mandaré mi retrato para que se imprima, publique y se le dé el debido cumplimento, pues no quiero me vean tan viejo como estoy, de manera inopinada."

Poco más tarde y antes de realizar su propósito de volver, vino el golpe intempestivo. En febrero de 1921, Luis, el único hijo varón, cae como un encino abatido por el rayo. Don Victoriano escribe a mi padre, el 12 de abril, una epístola emocionante de la que tomo algunos párrafos:

“¿Que cómo fue? Sería necesario que le refiriera a usted mil pormenores que me harían sufrir inmensamente. Baste decirle que se sentía un poco fatigado, que anunció tomaría cuatro semanas de vacaciones, que salió de esta casa, impregnada de su recuerdo, el día 28 de enero —sonriente, feliz, hermoso, lleno de esperanzas— y que el 28 de febrero salía yo, no a cerrarle los ojos ni a confortarlo en sus momentos postreros, sino a recibir sus despojos. . .

“Su edad era 27 años, 5 meses y 16 días, en el cual tiempo no me dio más disgusto que el de su muerte. . .

“Y aquí me tiene usted, sentado en medio del camino, a los 53 años, con mujer y tres hijas que sustentar, sin carrera, sin capital y sobre todo sin alientos y sin ilusiones.

“Si este terrible golpe es un castigo, espero no lo será de mi inconformidad. Pobrezas, destierros, enfermedades, peregrinaciones y riesgos los había recibido con tranquilidad, como accidentes de esta vida que a cambio de algunos ratos buenos nos da horas tan amargas. Ahora el Señor me hiere tan duramente que conozco bien que el golpe me toca en la piel que tenemos bajo la piel, como dice el demonio en el libro de Job.

“Para no afligir a los míos he tenido que hacerme una segunda vida. Por la mañana hablo, chancoo, converso, trato negocios; por la tarde me encierro en un cine —el primero que hallo en que no suene música ni haya bailoteos— y lloro a mis anchas. Trabajo un poco en la biblioteca hasta las nueve, regreso a casa y me encierro en este cuarto —alejé de él a mi mujer so pretexto que la luz que enciendo a cada instante no la dejaría dormir—, alternativamente trabajo, leo, medito y rezo, mirando siempre a mi muerto de mi alma que está conmigo en estas largas veladas que cesan hasta las seis, en que tomo hipnótico y descanso cuatro o cinco horas.”

¿Podría tener voces más elocuentes este trágico dolor, que sonríe ante los suyos y se esconde en el cine para llorar?

Poseía don Victoriano Salado Álvarez un congénito recato señorial, un estoicismo entre desencantado y jovial, cierto pliegue de diplomático habituado a no entregar su secreto, cierta espiritual elegancia que hallaba de mal gusto la exhibición del “yo” recóndito, un aire innato de burlón e ironista que encubría y celaba los veneros de la ternura. “*Câche ta vie, répand ton esprit*” era el lema de su ex libris: y lo vivía.

Mas en la pura intimidad, el corazón manaba sus secretos y abría sus desgarraduras. La intimidad epistolar nos marca las tres jornadas en la evolución del gran polígrafo: la cultura vastísima y la experiencia personal y social van acumulando rectificaciones en el heterodoxo —nunca jacobino, porque se lo impedía su distinción espiritual—; la muerte súbita del hijo le hace clavar los lace-

rados ojos en lo alto; y un año más tarde, con plenitud de madurez, viene el paso decisivo.

Lo cuenta a las señoritas Ramos Pedrueza, el 28 de febrero de 1922. Narra que "hace días, meses y años" andaba con tal deseo. Se decidió por fin, topó con un sacerdote cultísimo, tuvo con él "más de cuatro horas de plática" y se vieron después repetidamente. Nada dijo a nadie. Pero...

"Hoy les di la sorpresa a mis gentes y a toda la colonia mejicana, de verme comulgar", y quedé con "una sensación de tranquilidad y de alegría que mucho ha venido a endulzar mi pena". "Yo me sentía —prosigue— como los discípulos de Emaús: miraba que la noche se acercaba y la obscuridad crecía, y le supliqué al Señor que quedara a mi lado". Y concluye con su toque humorístico: "Ustedes que son unas santas insomnes y de mal estómago, recen porque persevere en este camino y no me aparte de él".

No se apartó. Y sin perder "genio y figura", sin alardes pero sin tapujos, perseveró como quería. La razón y el corazón que en armoniosa hermandad le llevaron a Dios, le entregaron irrevocablemente en Sus brazos el 13 de octubre de 1931.

Permitid, señores, que evoque ahora mi emoción en aquel trance. Apenas en la mañana supe de su enfermedad: en la tarde, había acabado.

Tránsito súbito de la azorada inquietud a la inexorable certidumbre. Todo esfuerzo, inútil; todo lamento, inútil; toda esperanza, inútil. ¡Muerto! El hecho brusco, neto, definitivo, irrevocable. Hay que amoldarse a él, plegar a él proyectos, comentarios, deseos... Cosa vieja y trivial para dicha; nueva y punzante para vivida.

Yo la viví, como todos los que le amaban. Nunca pensé que se nos fuera tan pronto. Los sesenta y cuatro años estaban lejos de ser enfermedad de vejez, y lo recio de la complexión física y de la plenitud mental, hacían esperar todavía varios lustros de fértil tarea.

¡Bien estaba allí, tendido en su estudio, en medio de sus libros! Los viejos amigos de tantas vigiliass, velábanle hoy el hondo sueño. Donde fue el afán, ahora el descanso. Donde el centro de la vida, el estrado de la muerte.

Dormía en paz. Acabó suavemente, sin estremecimientos ni dolores. En su rostro empalidecido, había aquella sonrisa bonachona que, en ratos de abandono e intimidad, solía transfigurarle las severas facciones, haciendo antitética armonía con sus ojos cansados y tristes.

Dormía en paz, en el recinto señoreado por la imagen del Cristo que allí acababa de renovar su eucarística inmolación; del Cristo a quien, diez años atrás, había vuelto el hombre en la madurez de la experiencia, el pensador en la madurez del conocimiento, el padre en la madurez del dolor.

Repaso, al azar, algunas novelescas páginas suyas, para refrescar la intimidad

con su espíritu. Y mientras él se queda allá, dormido en su ataúd, y el noble hogar se despedaza en sollozos, y en mi corazón sangra la tragedia, he aquí que su estilo fresco y sávido, sus escenas pintorescas, su humorismo al soslayo, su estupenda ironía, me embelesan y regocijan.

El que me apesadumbra es el mismo que me alegra. El que se ha ido, está aquí. ¡Privilegio divino del arte!

Y siento, con extraña intensidad, que el que ha escrito estas páginas no ha muerto; que vive y habla conmigo —como con otros hablará mañana— a despecho de los cuatro cirios que todavía me queman los ojos.

El trato exclusivo de los libros, desconectado de la realidad circundante, acartona y esteriliza; el trato exclusivo de las gentes, desconectado de la sabiduría impresa, multiplica impreparados y superficiales. Don Victoriano Salado Álvarez supo concertar, en equilibrio perfecto, el trato de los libros y el trato de las gentes.

Lectura vastísima e insaciable, entendimiento curioso de toda luz, erudición profunda y múltiple. Y, simultáneamente, sus largas andanzas por el mundo, sus labores políticas y diplomáticas de otro tiempo, diéronle conocimiento de los hombres, sagaz mundología, maneras despejadas y selectas.

Ni años ni desengaños le arrinconaron. Gustábele la vida social, frecuentaba el teatro, cultivaba la amigable tertulia. Así alternaba el silencio de la biblioteca con el ruido de la charla, los rancios papelotes con las noticias frescas, la soledad meditabunda con la alborozada compañía.

Nos deja don Victoriano Salado Álvarez una docena de volúmenes y un océano de trabajos periodísticos que merecen y exigen recopilación.

En todas sus obras, Salado Álvarez es, fundamentalmente, mejicano, mejicano modular. Mejicano por los cuatro costados. Nuestra historia, nuestras costumbres, nuestro folklore, son su preocupación y su entusiasmo. Pocos tan universales en su cultura; pocos tan nacionales en su propósito. Lo mismo si se abisma en la literatura peninsular o francesa, que si se hunde en los archivos norteamericanos, es siempre Méjico lo que está en su intención y en su pensamiento. Hasta en su estilo, señaladamente castizo y de hispano sabor, gusta de sembrar a manos llenas giros, proloquios y modismos típicamente nuestros: dijérase a veces que pasan por sus libros, cogidas del brazo, las sombras de Don Quijote y Periquillo.

Este mejicanismo orgánico de nuestro ilustre polígrafo, pide que todo compatriota le dé su homenaje. El cual no implica adhesión ciega ni identificación con todas sus ideas y orientaciones, pero sí proclamación leal, comprensiva, patriótica, del mérito evidente y eminente de este gran mejicano.

Por eso, señores, estamos aquí, celebrando con júbilo y orgullo el centenario de Salado Álvarez.

DON VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ COMO DIPLOMÁTICO*

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Don Victoriano Salado Álvarez ingresó al Servicio Exterior de México por la confianza y amistad de don Enrique Creel, cuando éste fue designado por don Porfirio Díaz su Embajador en Washington.

En el segundo tomo de sus *Memorias. Tiempo nuevo*, dice don Victoriano: "A don Enrique C. Creel lo había conocido en 1901 en casa de Porfirio Parra... Años después me reconoció en la Cámara de Diputados...",¹ más tarde la amistad se estrecha y en 1906 el señor Creel, entonces Gobernador del Estado de Chihuahua, llama a Salado Álvarez nombrándolo Secretario de Gobierno de ese Estado, puesto que desempeñó un año.

A principios de 1907, se encomendó a Creel nuestra Embajada en Washington y, no queriendo prescindir de los servicios de Salado Álvarez, obtuvo se le nombrara Segundo Secretario interino de aquella Embajada; el nombramiento tiene por fecha el 20 de febrero de 1907 y oficialmente comenzó a desempeñar sus funciones el 1º de marzo, aunque en realidad hacía más de dos meses que estaba trabajando allá, pues había llegado, junto con el Embajador, desde los primeros días de enero.

Durante ese año tuvo lugar la visita a México del Secretario de Estado Elihu Root, en la cual la Embajada de México sólo tuvo a su cargo detalles de trámite. De más importancia fue la Conferencia Centroamericana, reunida en Washington, por gestiones directas de los Estados Unidos, pero cuya convocatoria México se vio obligado a firmar también. Un párrafo de las *Memorias* de don Victoriano nos ha conservado su opinión sobre tal suceso; dice: "Delegado especial del Departamento de Estado para tratar esas cosas fue William C. Buchanan, diplomático de mucha mano izquierda, que conocía nuestros países y estaba al tanto de nuestras debilidades y de nuestras pequeñeces. Gran placer tuvo el Gobierno en recibir el espaldarazo que le daban los Estados Unidos de potencia signataria y garantizadora de un arreglo internacional de paz. A los porfiristas que se nutrían

* Homenaje en sesión pública efectuada en Teocaltiche, Jal., el 30 de septiembre de 1967.

¹ Victoriano Salado Álvarez. *Memorias. II. Tiempo nuevo*. Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., México, D. F., 1946, págs. 9 y 13.

de las enseñanzas del *Imparcial* les pareció que aquello marcaba el ápice de nuestra dignidad y nuestra consideración como pueblo formal y entregado a honradas actividades; pero los que estábamos en el secreto sabíamos que se nos tomaba nada más que como intermediarios para la realización de miras ulteriores.”²

Fue, sin duda, en esa ocasión, en que Salado llegaba a los 40 años de su edad, cuando comenzó a adquirir el profundo conocimiento de la política centroamericana, acerca de la cual, 22 ó 23 años después, escribiría muchas e interesantes páginas que es lamentable, pero imposible, comentar aquí.

“A principios de 1908, el embajador renunció el puesto porque su compromiso con el general Díaz era sólo de un año, y pocas semanas después hice yo dimisión del mío porque mi compromiso para con el señor Creel era idéntico. Además me pesaba mucho la nostalgia, pues ni el destierro dorado llegaba a consolarme de la ausencia de mi tierra y de mis amigos.”³ Eso escribió en sus *Memorias*, pero el texto oficial, dirigido al Secretario de Relaciones con fecha 15 de enero de 1908, dice: “Siendo necesario mi regreso a esa capital para poder atender mis asuntos particulares, ruego a usted respetuosamente se digne aceptar mi renuncia... en el concepto de que, si usted tiene a bien aceptarla, cesaré de prestar mis servicios con fecha 15 del próximo mes de marzo. Permítome la libertad de suplicar a usted... que se me considere en el Escalafón... como segundo secretario en disponibilidad...”⁴ El Secretario don Ignacio Mariscal, por acuerdo del Presidente, acordó de conformidad la renuncia y la petición y hasta una gratificación de \$400.00 “por trabajos extraordinarios desempeñados en esa Embajada”. Indudablemente Salado Álvarez entró con pie derecho en el Servicio Exterior.

“Cuatro o cinco meses permanecí en la Cámara de Diputados y desempeñando mis clases, cuando a fines del año me llamó Federico Gamboa para proponerme volver de nuevo al servicio diplomático; pero ya en calidad de primer secretario y por tiempo indefinido, pues se ignoraba cuándo llegaría de Europa el señor De la Barra, embajador recién nombrado.”⁵

Eso escribe Salado en sus *Memorias*, pero su expediente del Archivo de Relaciones es más explícito: se le nombró Primer Secretario de la Embajada de México en los Estados Unidos el 23 de enero de 1909, y cuatro días más tarde, dando las gracias al señor Presidente informa: “El día de hoy salgo para Washington, vía Veracruz y New York”. Al pasar por La Habana, el 1º de febrero, conferenció con el licenciado José F. Godoy, su antecesor en el puesto y en esa fecha Ministro de México en Cuba; por cierto que fueron menester gestiones especiales para el desembarco de Salado y del actor Francisco Cardona que iba en

² *Op. cit.*, págs. 110 y 111.

³ *Op. cit.*, pág. 109.

⁴ Expediente I/131/3200; L-E-415, del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

⁵ *Tiempo nuevo*, pág. 11.

el mismo buque, pues estaba decretada cuarentena para los barcos procedentes de Veracruz. También, a su llegada a Washington hubo una extraña duplicación de telegramas, que en otra ocasión referiré como cosa curiosa.

El 1º de febrero presentó sus cartas credenciales. Apenas había transcurrido un mes cuando pide permiso para renunciar y retirarse el 31 de marzo; se le telegrafía que no puede hacerlo y espere a que llegue su sucesor, que ya está nombrado; "Conforme", contesta Salado Álvarez, pero el 21 telegrafía, angustiado: "Si demagogia intenta solicitar licencia ir ésa antes venir acá suplícole impedirlo pues vendríanme graves perjuicios si yo llegara ésa con retardo"; el telegrama está dirigido al Subsecretario don Federico Gamboa, quien le contesta que "Ya telegrafiase demagogia..." No puede uno menos de sonreírse al ver que esa "demagogia" de que se habla era, en la vieja clave de Relaciones, el sinónimo de don Balbino Dávalos, a quien ya se ordena vaya a Washington y recibir viáticos.

El texto de su renuncia, 13 de marzo de 1909, dice: "Necesitando, por razón de mis ocupaciones, pasar a nuestro país y permanecer en él por tiempo indefinido, por la presente hago formal renuncia del empleo de Primer Secretario de esta Embajada..." y luego de dar las gracias, expresa su deseo "de quedar en disponibilidad con el grado y antigüedad que me corresponden".⁶ Lo cual se le concedió. Dejó su cargo el 21 de abril de 1909.

¿Qué urgencia tenía don Victoriano de regresar? En sus *Memorias* sólo dice "Al llegar a México, después de saludar a mis jefes de la Secretaría de Relaciones Exteriores, me recliné en San Angel Inn, donde quería descansar de la tremenda neurastenia que me consumía..."⁷

Allá estaba, en el Hotel San Angel Inn que, según creo, ya dirigía eficazmente Mme. Roux, cuando, dice Salado: "... una mañana, mientras el médico me aplicaba no sé qué inyecciones, llegó Federico Gamboa a anunciarme que iba a ser nombrado Subsecretario de Relaciones durante un viaje que él iba a hacer a Europa. ¿Quién me trajo ese honor, que yo no solicité ni apetecía? Los periódicos habían dicho que sucedería a Gamboa... el jefe de la Sección de América, Roberto Esteva Ruiz... Se dijo que la precipitación en publicar el ascenso de Roberto había ocasionado el enojo del general Díaz, pues por sistema el grande hombre repugnaba la indiscreción, aunque fuera de resultados insignificantes".⁸

El hecho es que, con fecha 12 de julio de ese año de 1909, el Secretario de Relaciones Exteriores giró la Circular nº 32, que dice: "En virtud de que el Señor Subsecretario del Ramo, Don Federico Gamboa, se dirige al extranjero al desempeño de una comisión, ha sido nombrado para sustituirlo, con el carácter de interino, el Sr. Lic. D. Victoriano Salado Álvarez, quien tomó hoy posesión de

⁶ Exp. cit.

⁷ *Tiempo nuevo*, pág. 124.

⁸ *Ibid.*

su cargo. Lo que participo a usted para su conocimiento, dándole a reconocer la firma del Señor Salado Álvarez puesta al margen de esta circular. Protesto a usted mi atenta consideración, *Mariscal*".⁹

Estuvo cuatro meses, hasta el 10 de noviembre, en que cesó en su encargo interino, por haber vuelto a tomar posesión de la Subsecretaría don Federico Gamboa.

"A fines de 1909 —dice en sus *Memorias*—, el señor Mariscal me nombró presidente de la Delegación mexicana a la cuarta Conferencia Panamericana, que había de celebrarse en Buenos Aires...";¹⁰ pero fue más tarde, el 11 de marzo de 1910 cuando, con rúbrica de Gamboa, se dicta el acuerdo: "Se promueve al Sr. Lic. Victoriano Salado Álvarez, Primer Secretario de Embajada en disponibilidad, a la categoría de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario".¹¹

La Delegación de México quedó integrada, según refiere Salado Álvarez, por él mismo, don Antonio Ramos Pedrueza, don Roberto Esteva Ruiz y don Luis Pérez-Verdía. Salieron en barcos y fechas diferentes, a mediados de año, después de haber aquí trabajado consultando asesores para conocer antecedentes y preparar los acuerdos y puntos de la representación mexicana, vía Nueva York y Lisboa, pues entonces no había, como tampoco ahora, ruta directa por mar a Sudamérica.

La IV Conferencia Panamericana se efectuó, en Buenos Aires, del 12 de julio al 30 de agosto de 1910. No es aquí lugar para examinar sus discusiones ni sus resultados; estudios como los de Cuevas Cancino o del venezolano Yepes¹² pueden ilustrar sobre ello a quien los consulte. Aunque Manuel J. Sierra dice que esa Conferencia Panamericana fue "la más anodina de todas"¹³ y en verdad no resolvió satisfactoriamente ninguno de los puntos de su agenda, algo se logró en la organización interna de la Unión Panamericana, en iniciar acuerdos sobre comunicaciones e intercambio cultural y, sobre todo, en plantear de nuevo y discutir seriamente los problemas de reclamaciones pecuniarias internacionales, aunque no se haya llegado a feliz éxito, por la oposición, como siempre, de los Estados Unidos.

Aquí sólo cabe recordar que, durante su permanencia en la capital argentina, tuvo don Victoriano oportunidad de aumentar y profundizar su conocimiento de la política exterior en América, al tratar con muchos diplomáticos de diferentes países, algunos de ellos muy enterados y otros ya egregios internacionalistas, como el doctor Estanislao S. Zeballos, cuyo aprecio por el saber de Salado Álvarez

⁹ Exp. cit.

¹⁰ *Tiempo nuevo*, pág. 230.

¹¹ Exp. cit.

¹² Francisco Cuevas Cancino. *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas. 1826-1954*. Editorial Razón, Caracas, 1955. 2 vols.

J. M. Yepes. *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas, 1826-1954*. Talleres Cromotip. Caracas, 1955. 2 vols.

¹³ Manuel J. Sierra. *Tratado de Derecho Internacional Público*. México, 1959. 3ª ed., p. 81, nota.

llegó a tanto que le cedió, en dos mañanas, su cátedra en el curso de Derecho Internacional que dictaba.

Don Victoriano Salado Álvarez salió de Buenos Aires para Europa, el 3 de septiembre y en octubre abordó el "Ypiranga" en Southampton, rumbo a Veracruz.

En diciembre de 1910 (el 12 de diciembre dice él, aunque el nombramiento oficial tiene fecha del día 10) volvió a hacerse cargo de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, porque don Federico Gamboa iba a salir con misión para Bélgica y Holanda y otra especial, con rango de Embajador, para España. El día 1º de abril de 1911, al hacerse cargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores don Francisco León de la Barra, presentó su renuncia Salado Álvarez, como es rigor cuando cambia el titular del ministerio, pero dos días después el nuevo Secretario le rogó continuara en sus funciones.

Dice Salado que durante los meses que ocupó la Subsecretaría tuvo grandes "trabajos para combatir a la revolución, que sabíamos inminente y ocasionada a mil peligros..." En realidad la revolución no era inminente sino que estaba ya en plena efervescencia pues se había iniciado casi un mes antes de que Salado regresara a México, y pocos meses después don Porfirio hubo de dejar el poder; pero esa es materia de política interna, fuera del tema de estas páginas, más importarían aquí los choques que tuvo con el Embajador Henry Lane Wilson, como ya los había tenido antes Gamboa, de lo cual uno y otro hablan algo en sus respectivas Memorias; en las suyas, dice Salado Álvarez: "Comprendí que había incompatibilidad de caracteres entre el embajador y yo, y por eso insistí en salir de México sin retardo para evitarle al Gobierno y evitarme yo tamaños desaguisados".¹⁴ Yo creo que esas palabras disfrazan la verdad: otros párrafos anteriores (y muchos de los de Gamboa) me dan la certeza de que, en los primeros meses de 1911, ya muchos de los altos funcionarios sentían que la nave gubernamental se hundía y no pocos de ellos trataron de ponerse a salvo. Porque lo que sí es verdad, es el empeño de Salado Álvarez en alejarse de México; dado el puesto que ocupaba me parece indudable que él mismo promovió y apresuró las gestiones siguientes: el 22 de mayo se le nombra Ministro de México en las Repúblicas de Guatemala y El Salvador y una semana después el Senado ratifica el nombramiento; además, el propio día 22 nuestra Legación en Guatemala y El Salvador comunicaba el *agrément* del Presidente de este último país. Pero no es eso todo: yuxtaponiéndolo a la mencionada designación, el día 24 de mayo se le nombra Enviado Especial de México a las fiestas del Centenario de Venezuela, para lo cual hubiera debido salir muy pronto, pues, si no me equivoco, esas fiestas serían en los primeros días de julio, y para Venezuela la comunicación por mar necesitaba tiempo.

Pero aquí ya no había tiempo. Como se recuerda, el 25 de mayo renunció

¹⁴ *Tiempo nuevo*, p. 330-331.

don Porfirio; las Cámaras, conforme a la ley, llamaron para ocupar la Presidencia al Secretario de Relaciones, y éste dictó el siguiente acuerdo, dirigido a Salado Álvarez: "En virtud de tener el infrascrito que tomar posesión interinamente de la Presidencia de la República, queda usted desde hoy encargado del despacho de esta Secretaría... (firma F. L. de la Barra)".¹⁵ Acuerdo que, al día siguiente, fue comunicado a nuestro Cuerpo Diplomático en el extranjero y al Cuerpo Diplomático extranjero acreditado en México.

Ya de lo últimamente dicho nada hay en las *Memorias* publicadas de Salado Álvarez, que llegan, en sus páginas últimas, a aludir a sucesos de los primeros meses de 1911. Si algo más quedó inédito, ojalá se publique algún día.

Desde luego, su misión de Enviado Especial para el centenario venezolano quedó sin efecto.

Un mes estuvo Salado Álvarez al frente de nuestra Cancillería. El 28 de junio entrega la Subsecretaría a don Bartolomé Carbajal y Rosas y don Victoriano se dispone a salir para Centroamérica. El 7 de julio telegrafía su llegada al puerto salvadoreño de Acajutla y el 16 presenta credenciales al Presidente de El Salvador; se dirige luego a Guatemala y el 29 presenta credenciales al Presidente Estrada Cabrera.

Nueve meses permaneció en Guatemala. Seguramente Relaciones sabía que no era mucho el trabajo diario que tenía nuestro Ministro y se deseaba su colaboración en cosas de la Secretaría, pues Carbajal y Rosas le encomienda "La comisión de formar un proyecto de ley orgánica del Cuerpo Diplomático Mexicano, así como de su Reglamento",¹⁶ pero no he encontrado datos de que llevara al cabo ese trabajo.

Solamente conozco un informe de gestiones hechas por Salado en Guatemala; el 15 de agosto de 1911 fue recibido por el Presidente y trató con él cuatro asuntos: la conveniencia de establecer el servicio de correos por la frontera, que el Presidente aceptó, considerándolo muy útil y desde luego autorizó que se comunicara al Gobierno de México que el curso de la correspondencia oficial podía hacerse por la frontera de Mariscal (poblado chiapaneco que después se llamó Suchiate y hoy se denomina Ciudad Hidalgo), lo que se consideraba ahorraría tiempo, pues hasta entonces, la correspondencia entre México y Guatemala se llevaba por mar, vía Nueva Orleáns. Basta considerar este aspecto de la falta de comunicaciones para explicar muchos aparentes absurdos y efectivas fallas en nuestras relaciones continentales; no es aquí lugar de hacer consideraciones y conclusiones, pero he querido señalar el punto, por su interés. Tampoco había telégrafo directo y Salado trató de ello, pero se le contestó que había que esperar concluyera la concesión dada a la Compañía del Cable que, por lo demás, estaba

¹⁵ Exp. cit.

¹⁶ *Ibid.*

por terminar. Mucho más espinoso era el asunto de ciertas reclamaciones de mexicanos, entonces pendientes de resolución; el Presidente ofreció considerarlas, menos una a la cual se negó terminantemente, porque era asunto poco limpio de juegos de azar, pero, sobre todo, el Presidente aludió a que había allí cuestiones personales. Hay luego una línea que sólo adquiere todo su valor, y terror, si se recuerda qué especie de bestia feroz (no la única, sí una más en la fauna "gorillesca" como se diría hoy) era aquel Estrada Cabrera y qué horrores de crueldad y brutalidad usaban sus esbirros; considerando eso se pueden aquilatar estas palabras de Salado Álvarez: "...le supliqué tuviera a bien disponer que las autoridades de la República no maltratasen a los mexicanos residentes aquí, cuando por cualquiera causa fuesen detenidos y me ofreció que así lo haría, por más que lo tiene muy recomendado, pero que muchas autoridades subalternas abusan en algunas ocasiones; en lo de adelante, dice, procurará evitarlo." Y termina el informe, muy diplomáticamente, diciendo: "Me habló con elogio de nuestro país, por el que sentía verdadero afecto, diciéndome que esperaba que dentro de ocho meses quedaría terminado el ramal de ferrocarril que unirá a Guatemala con México, para beneficio de ambos pueblos hermanos, y terminó nuestra conferencia con la mayor cordialidad..."¹⁷

Ya se ve que don Victoriano Salado Álvarez cumplía con los deberes que impone nuestro Servicio Exterior: representar a México, informar a nuestro Gobierno, negociar lo que sea conveniente a nuestro país y proteger a los mexicanos en el país en que se esté acreditado.

El 11 de marzo de 1912 se nombra a Salado Álvarez Ministro de México en Brasil, pero pasaron todavía dos meses en diversos trámites, pues el borrador de su carta de *rappel*, de Guatemala, está fechado el 13 de marzo, pero no consta cuándo se le enviaría el original; luego se consultó a la Mesa de Límites (que hoy es nuestra Dirección General de Límites y Aguas Internacionales), la que hizo el cálculo de que, de Guatemala a Río de Janeiro, vía San José, Panamá, Valparaíso y Río, hay 10,220 kilómetros y, como el artículo 28 de la Ley Orgánica del Cuerpo Diplomático Mexicano ordenaba se pagaran viáticos a razón de 40 centavos por kilómetro, se le giró a Salado Álvarez la suma de \$4,088.00.

El nuevo nombramiento lo recibió el 10 de mayo y ese mismo día telegrafió: "Con objeto de atender mi salud un poco quebrantada, ruego a usted que tenga a bien autorizarme para usar en Europa, antes de mi viaje al Brasil, del mes de vacaciones al cual según la ley tengo derecho". Se le contestó que hiciera uso de sus vacaciones después de tomar posesión de su puesto en Brasil, pero supongo que luego se reconsideraría esa orden, pues, aunque el 19 de mayo avisa, desde Guatemala, don Victoriano, que ese día sale para Europa, no encuentro otro informe hasta el 1º de agosto en que telegrafía, ya en Petrópolis: "Hoy recibí Legación".¹⁸

¹⁷ Exp. cit.

¹⁸ Exp. cit.

El 7 de agosto de 1912 presentó credenciales. Aunque el informe es muy oficial y ordinario creo que vale la pena transcribirlo por las referencias a la ceremonia que entonces se estilaba; dice así:

"Petrópolis, a 8 de Agosto de 1912.

"Tengo la honra de participar a usted que el día de ayer, a las tres de la tarde, fui recibido en audiencia solemne por el Señor Presidente de esta República, Mariscal Hermes da Fonseca.

"Ocurrieron a buscarnos al Palacete de Río Branco, donde tomamos alojamiento el Primer Secretario Señor Canseco y yo, el Jefe del Ceremonial Ministro Barros Moreira, un escuadrón de lanceros y los carruajes de la Presidencia.

"En el Palacio de Cattete nos aguardaba para hacer los honores un regimiento con bandera y música. Introducidos a la presencia del Primer Magistrado leí el discurso que como anexo número 1 tengo el placer de acompañar. El Señor Presidente respondió, al recibir las credenciales, con la pieza que envió en copia y traducción como anexo número 2.

"Tras las presentaciones de estilo conversé breves momentos con el Mariscal da Fonseca haciéndole presente, como es costumbre, las expresiones de cordial afecto que por mi conducto le enviaba el Señor Presidente de Nuestra República. El de la del Brasil correspondió con mucha efusión a esa muestra de cortesía y me encargó transmitiera al Supremo Gobierno su deseo de que pronto el país recuperara la paz, pidiéndome diera la enhorabuena al Jefe del Ejecutivo por los éxitos de nuestras armas alcanzados recientemente.

"El Señor Presidente estaba acompañado de su cuarto militar, del Secretario de Relaciones Exteriores, del Secretario de la Presidencia y de otros altos funcionarios. . ." ¹⁹

Para la mejor inteligencia de ese documento me permito la siguiente explicación: está fechado en Petrópolis, pequeña ciudad a pocos kilómetros de Río de Janeiro, donde entonces residía normalmente el Cuerpo Diplomático, acaso por razón de clima o, más probablemente, por haber quedado allí las residencias extranjerías desde que esa ciudad fue la Corte del Emperador don Pedro II; pero el Presidente de la República residía en Río de Janeiro, de modo que nuestro Ministro se trasladó acaso la víspera, de Petrópolis a Río de Janeiro y tomó alojamiento, como dice, en el Palacio que fue del Barón de Río Branco, hoy común e internacionalmente conocido por Itamaratí, que es hasta la fecha el Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil; de Itamaratí, escoltados por los lanceros, cruzaron casi toda la ciudad por el centro de ella y luego por la orilla del mar frente al Outeiro da Gloria, pues entonces no había otra ruta para llegar al Palacio de Cattete, que era la residencia presidencial.

¹⁹ Exp. cit.

De la gestión diplomática de Salado Álvarez en Brasil se encontrarán referencias y documentos cuando la Secretaría de Relaciones publique el 2º tomo de *Relaciones diplomáticas entre México y el Brasil*, que dejó preparado, con gran laboriosidad, nuestro colega el señor don José María González de Mendoza.

En el expediente personal de Salado Álvarez no aparece ningún documento más, hasta un telegrama, fechado en Petrópolis el 12 de abril de 1913 con esta sola palabra: "Impacientísimo", y al pie, esta frase manuscrita: "Acordada combinación efectuarse pronto. Pereyra". ¿De qué combinación se trataba? Apoyándome en escasísimos documentos, ninguno explícito, pero habida cuenta de los sucesos de la época, creo que lo ocurrido fue la maniobra diplomática que paso a explicar y que, por haber fallado y ser importante para el régimen en el poder, se trató de llevar al cabo por documentos reservados, que no constan en el expediente que he podido consultar.

Como es bien sabido, el 19 de febrero de 1913, triunfante el cuartelazo de la Ciudadela, se declaró Presidente el General Victoriano Huerta y, al día siguiente, nombró Secretario de Relaciones a De la Barra, quien ocupó ese cargo hasta principios de junio del mismo año.

Por lo mismo, debe proceder de abril o mayo de 1913 el acuerdo, sin fecha, que dice: "Nómbrese Ministro en la República de Argentina al Sr. Lic. D. Victoriano Salado Álvarez. Córranse los trámites de costumbre". Firmado F. L. de la Barra.

Uno de esos trámites era solicitar el *agrément* y ahí surgió el conflicto: desde un principio era de prever el resultado, pues aunque dicho trámite casi siempre no es más que eso, o todavía mejor, es una de tantas cortesías formalistas con su toque de tradición, a veces, muy pocas en realidad, puede tener grande importancia como sucedió en esta ocasión. El hecho es que el Ministro de Relaciones argentino, dijo que consultaría con su Presidente; días más tarde, el 20 de junio, explicó, según informa nuestro Encargado *ad interim*, que la actitud de su gobierno hacia el de México no ha variado, pues está en la mejor disposición de reconocerlo, pero no encuentra el medio de hacerlo separadamente, por estar obligadas las Cancillerías de Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos a obrar de acuerdo en este asunto, y poco después informa nuestro Encargado L. Blázquez: "Insistí sobre la *agrément*. . . El señor Bosch me respondió. . . que como el recibir a un nuevo Ministro implicaría el reconocimiento de nuestro gobierno, y esto es lo que lamenta Argentina no poder hacer sino de acuerdo con las Cancillerías citadas, habrá que esperar el resultado de las negociaciones que sobre el reconocimiento se llevan a cabo en Washington. . ." ²⁰

Ahora sí podemos explicarnos aquellas misteriosísimas palabras telegráficas de "impacientísimo" y "arreglada combinación". Aunque el General Huerta

²⁰ Exp. cit.

se apoderó de la Presidencia por obra, en grandísima parte, de Henry Lane Wilson, sin embargo, y en mucho por causa del asesinato de Madero y Pino Suárez, el Gobierno de los Estados Unidos llamó a su Embajador y no reconoció inmediatamente a Huerta sino que, al contrario, la posición internacional del Gobierno de México, presidido por Huerta, se fue agravando cada vez más. En esas condiciones, el Ministro de la Barra, o Pereyra o quién sabe quién, tuvo la idea de lograr el reconocimiento de Argentina mediante la maniobra de enviarles como Ministro de México a nuestro Ministro en Brasil, don Victoriano Salado Álvarez, persona muy conocida y apreciada en Buenos Aires, en donde había cultivado trato con altas personalidades tres años antes cuando estuvo residiendo allá muchas semanas, en ocasión de la IV Conferencia Panamericana. Pero, como también era de prever, la Cancillería argentina no iba a dejarse pescar con un anzuelo tan poco disfrazado; no lo hizo, la "arreglada combinación" se desarregló y don Victoriano hubo de quedarse en Brasil y tener paciencia... y luego algo más, por lo que más tarde ocurrió.

Por lo pronto, los últimos meses de ese año de 1913 al parecer los pasa gratamente y alejado de las complicaciones políticas, que aquí eran cada vez peores: en agosto insiste en que le concedan tomar sus vacaciones en Europa y don Federico Gamboa, ya Secretario de Relaciones, lo concede. Probablemente se fue Salado Álvarez al mediar septiembre, pues el día 13 dejó su Legación.

Con fecha 30 de octubre don Carlos Pereyra, que era Ministro en Bruselas, dice a Relaciones:

"Ayer tuve la honra de recibir el siguiente telegrama de esa superioridad: Diga Álvarez no vuelva Brasil hasta nueva orden que escoja punto residencia comunicándolo. De conformidad con dicha recomendación comuniqué lo que precede al Señor Ministro Salado Álvarez, quien se encuentra con su familia en esta ciudad. El mismo señor Ministro me contestó que obedece la superior orden y que escoge Bruselas como punto de residencia..."²¹

En diciembre hay un acuerdo de que se le envíen a don Victoriano, a Bruselas, los sueldos que le corresponden, pero poco después, el 15 de enero de 1914 un telegrama del Secretario de Relaciones, Querido Moheno, ordena: "Diga Salado vuelva Brasil", y Pereyra contesta: "Salado procede preparar viaje". Complicaciones de familia y luego una fiebre tifoidea obligan a Salado a pedir prórroga para su salida, que se le otorga. Finalmente restablecido, otro nuevo Secretario de Relaciones, don José López Portillo, le ordena embarcarse.

El 25 de abril de 1914, desde Petrópolis, informa Salado que ha vuelto a encargarse de su Legación. Allí permanece y allí debió sorprenderle la noticia de que, habiendo renunciado a la Presidencia de la República el General Huerta, el 15 de julio, el Gobierno al que Salado representaba había desaparecido. Esa

²¹ Exp. cit.

era la realidad histórica en México, pero en el extranjero, mientras otro Gobierno no fuera reconocido, Salado debía permanecer en su puesto, ya se adivina en qué angustiosas condiciones: de un momento a otro sería substituido por alguien proveniente del bando enemigo, no le giraban fondos, ¿con qué sostendría los gastos de la Legación?, menos aún le darían viáticos y, de seguro, ni pensaría en regresar, pues él había sido Diputado, Secretario de Gobierno de un Estado federal, alto funcionario en el régimen de Díaz, cierto que también sirvió a Madero, pero estuvo del lado de Huerta y fue su representante personal, como todo Ministro o Embajador lo es del Jefe del Estado. Bien sabía el vendaval de odio que barría la patria, desgarrada por la tremenda guerra civil: regresar sería inútil, imposible, suicida. Y por aquello de que una pena llama a otra y cuando Dios da, da a manos llenas, sucedió que en Europa, donde estaba su familia, acababa de estallar la que ahora llamamos Primera Guerra Mundial.

Don Victoriano, abrumado por esos golpes, hace a un lado su orgullo, que era grande, y el 2 de septiembre de 1914 envía este telegrama, que consta en su expediente: "Río. Ministro Alberto Pani. México. Ruégole enterarse concédaseme licencia pasar Europa recoger familia peligro vida Ostende. Salado".

Sin fecha, pero con membrete de "Correspondencia Particular del Tesorero de la Federación", un pliego dice: "Alberto J. Pani saluda muy afectuosamente a su estimado y fino amigo el Sr. Lic. Don Isidro Fabela, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Relaciones, y se permite adjuntarle un cable del Sr. Lic. don Victoriano Salado Álvarez, en el que solicita licencia para recoger a su familia que se encuentra en Europa. Pani agradecería al Sr. Lic. Fabela que se sirviera acordar lo que estime prudente (MS. entre renglones: comunicando resultado al interesado), y aprovecha esta oportunidad para repetirse una vez más su Afmo. amigo y muy Atto. S.S." (rúbrica)²²

Seguramente la gestión fue infructuosa y parece que Salado creyó que Pani nada había hecho, pues años después Salado escribió duros ataques contra Pani en artículos de prensa. Probablemente Fabela tampoco podía hacer nada. En realidad, el Cuerpo Diplomático mexicano había quedado disuelto. La vida diplomática de don Victoriano Salado Álvarez había terminado.

Lo que sigue es propiamente, un epílogo. Refiriéndose a la época en que fue llamado a la Subsecretaría de Relaciones Exteriores y en que dice haber hecho, como cosa buena, el llevar a Pereyra al Cuerpo Diplomático, añade: "E hice otra mala, que fue granjearme la enemistad de José Ugarte, joven inteligente, que después ha resultado lleno de habilidad para escribir. La negativa de un ascenso de antemano concedido por el ministro, una agria discusión, y el consiguiente desagrado motivaron la enemistad de Ugarte, que me dolió después,

²² Exp. cit.

porque tuvo la crueldad de escribir un tomo entero contra mi persona cuando me hallaba exiliado en Costa Rica y él era Encargado de Negocios de Carranza. Debo confesar que ni en esos escritos ni en parte alguna me ha faltado Ugarte a la buena educación y al respeto que todos nos debemos en sociedad".²³

En verdad, yo no conozco, ni he tratado de investigarlo, cuál sea ese "tomo entero" que José Ugarte haya escrito contra don Victoriano, pero lo que sí he visto es que en el expediente de este último, del archivo de Relaciones Exteriores, el señor Ugarte remite desde San José de Costa Rica, el 21 de noviembre de 1916, un artículo en forma de entrevista en el cual Salado Álvarez ataca ferozmente a Carranza, diciendo que está entregando México a los Estados Unidos y, usando los puntos más envenenados de su terrible pluma, escribe párrafos como este malévolos invento, que atribuye al pueblo anónimo y que, sin duda, es suyo propio; allí dice: "El pueblo de Méjico, que suele ser ingenioso, ha sentido tal estado de cosas e inventó un cuentecillo que tiene su gracia. Supone la anécdota que la gente carrancista tuvo el propósito de erigir una estatua a su ídolo, pero que los ayancados como Cabrera y Pani, hicieron un razonable reparo, esto es, que si se alzaba un monumento al Primer Jefe, otro igual, *aere perennis*, merecía Wilson, que nos ha traído el brillante estado que gozamos; por lo cual ambos partidos dispusieron, tras amigable contienda, que en la cima de una erguida columna se pusieran sendas efigies de los dos *Alegres Compadres*, con sus iniciales por toda inscripción W. C. . . ."

Ese artículo fue publicado en *La Información* de San José de Costa Rica, y algunos días después, en *El Imparcial*, de la misma capital, le fue contestado con otro, titulado: "De cómo se convirtió un afamado historiador en salado cuentista", firmado con el seudónimo "Chimalpopoca" que, según informa Ugarte, corresponde a la pluma de Antonio Manero, quien responde a Salado Álvarez pero, a decir verdad, sin la ponzoña ni la gracia de éste.

No se puede reprochar que el Encargado de Negocios de México informara al Gobierno de México los insultos que al Gobierno dirigía aquel mexicano en el exilio; ya he dicho que uno de los deberes de los representantes diplomáticos es la información. Ugarte no hacía más ni menos que cumplir con su deber, independientemente de que sintiera o no enemistad por Salado Álvarez que, como se ve, distaba mucho de ser una inocente paloma, pues para el régimen que estaba en el poder era enemigo rencoroso y pérfido, que hubiera sido peligroso si el triunfo de la revolución no hubiera sido tan completo y tan definitivo el hundimiento de la administración huertista.

Pero artículo como el citado eran como las flechas de los arqueros parthos, disparadas en la huida. Salado Álvarez estaba derrotado no sólo como político sino como hombre.

²³ *Tiempo nuevo*, pág. 125.

Don José Ugarte, que seguía como Encargado de Negocios *ad interim*, sigue informando a Relaciones. El 28 de febrero de 1917 dice: "Pongo en conocimiento de usted que el licenciado Victoriano Salado Álvarez, después de permanecer en esta capital (San José, Costa Rica) algunos días, procedente de El Salvador, regresó nuevamente a esa República". Y el 16 de marzo otro informe: "Pongo en conocimiento de usted que el señor licenciado Victoriano Salado Álvarez acaba de perder el puesto de Profesor, que tenía en el Colegio de Cartago, de esta República, y ha regresado a El Salvador, palúdico, sin grandes recursos y muy decaído el ánimo, según lo manifestó Nájera Pindten..."²⁴

Tan decaído debe haber estado que se volvió a doblar el temple de su orgullo. No hay constancia en el expediente, pero alguna gestión haría queriendo regresar a México, porque con fecha 6 de noviembre de 1917 contesta a Relaciones el Encargado de Negocios en San José: "Acuso a usted recibo de su atento oficio N° 554... 17 octubre último, por el cual me he impuesto de que el Sr. Lic. Victoriano Salado Álvarez debe esperar la expedición de la Ley de Amnistía correspondiente para poder regresar al país..."²⁵

El expediente tantas veces citado termina con estos dos últimos documentos:

Desde París, el 19 de abril de 1922, un señor Le Vasseur, que tiene un despacho de asuntos no contenciosos en el N° 33 de la Rue de Fleurus, se dirige a Relaciones pidiendo la dirección de M. Salado Álvarez "pour l'entretenir d'une affaire qui l'intéresse..." El 31 de mayo, el Departamento Diplomático contesta, un poco desdeñosamente: "...En respuesta me permito manifestarles que el señor Salado Álvarez ya no pertenece al Cuerpo Diplomático Mexicano pero que es probable que radique actualmente en la ciudad de San Francisco, California, E. U. A..."²⁶

Es un verdadero epitafio. Para la gente de *la carrière* Salado Álvarez estaba muerto, sólo podía informar que corporalmente se encontraba en aquella ciudad californiana.

Don Victoriano Salado Álvarez regresó a nuestro país y pasó en la capital los últimos años de su vida. Había nacido en Teocaltiche, Jalisco, en 1867, y murió en México en 1931.

Lamentable es que las circunstancias históricas hayan impedido aprovechar la sabiduría en cosas internacionales que Salado Álvarez había ido decantando en su conocimiento de los libros, los hechos y las personas. Apenas algo de ese saber pudo ser parcialmente aprovechado por generaciones posteriores en los pocos años en que fue profesor de Derecho Internacional Público, en la Escuela Libre de Derecho, de México.

²⁴ Exp. cit.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

Se le recuerda, con razón, principalmente por su obra literaria, pero como la mayor parte de los hombres de letras, en Hispanoamérica, se dedicó a varias actividades y destacó en diversos campos: el derecho, la política, la diplomacia.

Las páginas anteriores sólo pretenden recordar esta última línea en el pentagrama en que se desenvuelve la vida de ese personaje ilustre.

La sesión pública efectuada el 15 de diciembre de 1967 fue dedicada a honrar la memoria de los señores académicos don Celestino Gorostiza, don José María González de Mendoza y don Ángel María Garibay K., quienes fallecieron en el citado año de 1967.

Se publican en seguida los discursos pronunciados por los señores académicos don Salvador Novo, don José Rojas Garcidueñas y don Miguel León-Portilla.

EVOCACIÓN DE CELESTINO GOROSTIZA *

Por don SALVADOR NOVO

Señor Director de la Academia,
Distinguidos colegas,
Señoras y Señores:

Hay varias infracciones en esta sesión. La primera, por la que les pedimos perdones, es la tardanza en comenzarla. La que me atañe consiste en que no he escrito la evocación de Celestino Gorostiza que la Academia me hizo el honor de encargarme para esta sesión.

No me fue posible encerrar en ningún número de cuartillas (que son como la congelación del sentimiento, la frialdad de la escritura) el afecto con que pensé que verbalmente e improvisadamente, podría, sin embargo, dedicarle al primero en el tiempo de nuestros compañeros desaparecidos en este año, las palabras que evoquen con afecto, con admiración, con estimación, su querida persona.

Me cupo el honor, al ingresar Celestino Gorostiza en esta Academia, de recibirlo, o sea de dar respuesta a su excelente discurso, cuyo tema fue *Las paradojas del teatro*.

Esto fue hace 7 años. Celestino, por desgracia, estaba por entonces muy ocupado en la dirección del Instituto Nacional de Bellas Artes, que tenía a su cargo. Después enfermó seriamente y poco concurrió a nuestras sesiones académicas.

Esto no excluye que su obra, principalmente teatral y de crítica, lo haya hecho entonces merecedor de acompañarnos en la Academia y ahora, merecedor de que evoquemos y aprovechemos la ocasión de recordar una obra que, por desgracia, tenemos que considerar concluida, puesto que en enero de este año, fue él el primero de los tres compañeros que hoy evocamos, en abandonarnos.

Mis recuerdos de Celestino Gorostiza me llenan de añoranza, porque son los recuerdos de una juventud disfrutada en común, en común nutrida de sueños de gloria y actividad literaria y teatral, y la coincidencia con un grupo de escritores *futuros*, de los cuales muchos ya, nos han —como Celestino— abandonado. En realidad quedamos tres: el hermano ilustre de Celestino Gorostiza, el grandísimo poeta José Gorostiza; don Jaime Torres Bodet y yo. Ya ustedes perciben que

* Discurso leído en la sesión pública efectuada el 15 de diciembre de 1967.

me refiero al grupo que ha entrado en las historias o manuales de literatura con el nombre de "Los Contemporáneos".

La obra, pues, de Celestino, me consta desde sus principios. Compartí con él los sueños de renovar el teatro, que él nunca abandonó. Fundamos inmediatamente el Teatro de Ulises en 1927 a 28. Y Celestino con Xavier Villaurrutia, con el propio Pepe Gorostiza (quien también tuvo y tiene mucha afición y mucho conocimiento del teatro), traducía, dirigía, se asomaba, a este renacimiento soñado del teatro que se propuso el grupo llamado de "Ulises".

Pero en Xavier Villaurrutia y en mí fue efímero este primer fuego teatral; más en mí que en Xavier, que siguió dedicado al teatro cada vez más intensamente. De este grupo, Celestino Gorostiza fue quien más exclusiva y ardientemente se dedicó entonces al teatro. No porque careciera de talento para otras formas literarias que hubiera, sin duda, podido abordar con brillantez, sino quizás por el pudor fraternal de que teniendo en casa un poeta tan eminente como su hermano Pepe, él debía buscar otro camino de expresión artística que no fuera aquel que tan brillantemente cultivaba José.

Entonces él se consagró al teatro desde el grupo de "Ulises" en 1927-28, que nosotros —repito— abandonamos, pero él inmediatamente fundó el teatro llamado de Orientación por los años 30s, los primeros treinta, y percibió como ninguno de nosotros acaso, la necesidad de que se tecnificara esta profesión, hasta entonces tomada como lírica, de la actuación y también de la dramaturgia. Estamos en un siglo en que todo se ha tecnificado. Eso es ventajoso, es necesario y no se puede improvisar ni un escritor, ni un poeta, ni un actor, ni un dramaturgo. Celestino, entonces, con gran visión, pensó en organizar un grupo que trabajara permanentemente, tanto en escribir teatro, cuanto en hacer teatro y esto fue lo que se propuso y logró por largo tiempo, el grupo llamado Teatro Orientación, que es obra plausible de Celestino Gorostiza.

Por los años de 38, diez años después del Teatro de Ulises, el cine lo tentó, y dirigió cine, dirigió a Lupe Vélez, hizo *Naná* y fundó entonces una academia de actores que iba a proporcionarle mejores elementos artísticos al cine, nutrido, como estaría este personal nuevo que él ofrecía, en las disciplinas técnicas del teatro. Fundó, pues, esta Academia Teatral y Cinematográfica que ahora ustedes habrán visto mucho mencionar como dirigida por Andrés Soler y como nido y almácfgo de estrellas cinematográficas. Quiero decir que la docencia tentaba a Celestino, como la comprensión de que era necesario que los actores se cultivaran.

El Teatro de Orientación fue francamente experimental en el buen sentido, buscaba nuevas formas de expresión teatral.

Ahora eso se ha exacerbado y yo voy a terminar dentro de unos minutos mi breve evocación de Celestino y su carrera, justamente, con la lectura de lo que podemos considerar su último texto. Es importante, es interesante y es conmovedor, porque fue escrito ya prácticamente en su lecho de muerte, cuando lo habían

invitado a unas conferencias, de las que en seguida hablaré, y no pudiendo concurrir a ellas porque ya estaba postrado en cama y próximo a fallecer, envió este texto al que voy a dar final lectura.

Pero me falta hablar un poco de lo demás que hizo Celestino entre estos años y los últimos de su vida.

Escribió obras propias: *El nuevo paraíso*, *Los escombros del sueño*, las primeras que hizo, en las que él como Villaurrutia estaban influidos por los autores franceses de la época, sobre todo por Lenormand, y del teatro norteamericano por O'Neill y esos intentos de hacer un teatro psicológico, ya postibseniano, que tentaron tanto a Villaurrutia cuanto a Celestino Gorostiza, para sus primeras obras, que en consecuencia aspiraban a ser universales, pero acababan por ser simplemente como juegos de imitación de lo que se estilaba entonces en París. Sin embargo, conquistaba la técnica de la dramaturgia, y dentro del tiempo que le dejaban —que no era mucho— sus ocupaciones como Director de la Academia Teatral, o los puestos públicos que desempeñó, se daba tiempo de escribir sus propias obras, con la poca esperanza de una representación, que tenemos y aflige a todos los que en México hacemos, o hemos hecho teatro. Y cada vez más iba siendo su interés el ambiente mexicano y actual que impresionaba al dramaturgo que había en él. Así, las obras de su madurez son ya franca y típicamente mexicanas en su tratamiento de temas actuales; ya sin lenormandismo, ya sin o'neillismo, ya sin extranjerismos de ninguna especie. Me refiero a *Columna social* que es una crítica mordaz y graciosa de las ricas nuevas y de todas sus aventuras: a *El color de nuestra piel*, que es un excelente drama, a propósito de ese fenómeno que se observa en México, en donde la mayor parte de los muchachos debutan en el amor con las criadas de su casa y luego resultan hijos que son morenos, como es generalmente la criada, y en fin, se plantean problemas familiares, sociales, totalmente auténticos mexicanos, vigentes e importantes, que es lo que un dramaturgo maduro hace siempre y bien.

El drama histórico lo tentó fugitivamente. Hizo hace algunos años *La leña está verde*, que es un tratamiento poético de la Conquista y de los amores Malinche-Cortés.

No quiero usurpar mucho el tiempo, porque también tenemos que escuchar las evocaciones de otros dos colegas desaparecidos; pero sí deseo cumplir la promesa de terminar con la lectura del último texto de Celestino Gorostiza que nos evidencia su preocupación por el teatro y nos da como una especie de testamento, un poco triste, de cómo él contemplaba su propia obra, la obra de nuestra generación y lo que está sucediendo en la actualidad en el teatro.

El 17 de septiembre de 1966 —él murió, como ustedes saben, el 11 de enero de este año de 67— le escribí a Rodolfo Usigli —que es un dramaturgo mexicano—, Embajador de México en Noruega, la siguiente carta:

“Muy querido Rodolfo:

“La amable carta que me envió usted el 20 de julio último al Fondo de Cultura, me alcanzó en mi casa la víspera de la operación que me practicaron en los primeros días de agosto en el Hospital Inglés. Por eso hasta ahora la contesto, durante una convalecencia que se prolonga más de lo que yo quisiera y entre los preparativos para una nueva intervención que se me hará a fines de este mes y que espero que sea la última.

“Yo también celebro haber tenido la oportunidad de charlar con usted en México, aunque le confieso que no dejé de lamentar que la gentil compañía femenina que inesperadamente amenizó la comida, nos hubiera impedido tocar seriamente algunos puntos de nuestro mutuo interés. Me hubiera gustado cambiar impresiones con usted sobre lo que pasa con el teatro en México y en el mundo. Precisamente yo estaba preparando para el ciclo organizado por Carlos Solórzano y Wilberto Cantón, una conferencia que debí haber dictado el 1º de agosto y que hube de suspender por el estado de mi salud; pero ya que le interesa conocer mi punto de vista sobre el asunto, le diré que para mí todo lo que sucede es que vivimos una transformación radical del mundo en la que todo, las ideas, los procedimientos, las costumbres, los estilos, el lenguaje, el público, el hombre en una palabra, ha cambiado.

“A nosotros nos tocó cerrar un ciclo del teatro, que fue —¿por qué no confesarlo?— la era del teatro burgués. Dentro de él, nosotros tratábamos de escribir buenas obras para un público homogéneo, de cierto nivel intelectual, que todavía creía en los valores de la inteligencia, de la cultura y de la moral, y hasta en la buena educación y en los buenos modales. Ese público ya no existe. Está disperso, confundido, acabado como nosotros mismos, que ya no tenemos a quien dirigirnos; pero el teatro no está ciertamente ahora en los grupitos esnobes que no son sino los últimos ilusos, los últimos náufragos empeñados en asirse a un engañoso espejismo, ni, desde luego, en los desnudos del vodevil que ya no atraen más que a los tarados sexuales o a los retrasados mentales que no se han dado cuenta de que no necesitan ir al teatro para verlos y disfrutarlos, porque miles de millones de mujeres se desviven por ofrecerlos gratuitamente a todas horas y en todas partes.

“No, Rodolfo, el público de hoy es la masa. La masa heterogénea, informe e iletrada que ha tomado posesión del mundo y que apenas empieza a disfrutarlo. Para ella, la emoción dramática más elevada que es capaz de discernir son los goles del fútbol y los knockouts de box. Por eso lo que cuenta ahora no son ni las ideas ni las palabras, sino las imágenes, que son el alfabeto de los analfabetas. Y los procedimientos mecánicos, sin los cuales no sería posible hacer llegar esas imágenes a las multitudes de todo el mundo. La verdadera literatura de esta segunda mitad del siglo son los cuadernos de monitos y las fotonovelas. En cuanto al teatro, el teatro no se ha ido de pinta. Está refugiado en el cine y en la televisión, que

viven, salvo raras excepciones, al menos hasta hoy, de los peores engendros dramáticos de todas las épocas, porque todavía no surgen los nuevos autores que traten de darles contenido y calidad, y porque la mentalidad y el gusto de su público se mantienen en el nivel más bajo que se pueda imaginar. ¿Seguirá siendo siempre así? ¿No podrá esta masa universal irse cultivando y ascender hasta un nivel humanamente aceptable? Mi optimismo me hace creer que sí, y es allí donde veo la tarea que habrán de emprender los nuevos autores, los autores de esta época que ya no es la nuestra. Nosotros, bien o mal, ya cumplimos con la que nos tocó vivir. Por desgracia, no tenemos dos vidas para empezar de nuevo.

“Éstos son, en síntesis, mis puntos de vista, que no pude exponer en la conferencia que no di. Todo lo demás no iban a ser sino los ejemplos que demostraran mis aseveraciones y que están a la vista de todo el mundo.

“Esperando no haberlo fatigado con esta larga carta, le envío un abrazo muy afectuoso.

Celestino Gorostiza.”

Ésta es pues, a mi juicio, la última expresión del alto interés, del profundo interés, que tuvo siempre el colega a quien hoy evocamos emocionados, en lo que fue su vida: el teatro de México.

DON JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA *

IN MEMORIAM

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

La Academia me ha honrado encomendándome decir unas palabras, en este acto conmemorativo, en homenaje de don José María González de Mendoza y Rodríguez del Villar; encargo que cumplo con pena y gratitud, pena porque se trata de recordar a un colega ya ausente y gratitud porque se me da ocasión de volver a la memoria, de los que me honran escuchándome, el nombre y la obra de tan caro amigo.

Corría ya el final del siglo XIX (si consideramos que históricamente ese siglo terminó hacia 1910), cuando llegó a México el entonces joven González de Mendoza, nacido en Sevilla el 23 de junio de 1893, cuya familia hubo de trasladarse a América, por un vuelco de fortuna para rehacerla.

A pesar de que su preparación inicial fue predominante en matemáticas, cambiada luego por disciplinas relativas al comercio, su íntima vocación lo inclinaba a las letras y era tan irresistible que lo llevó, primero, por lecturas constantes y múltiples y luego por el serio estudio de varias disciplinas de humanidades, hasta adquirir una cultura que llegó a ser rica y profunda, y luego a la producción misma en las letras: ficción, investigación y crítica.

Parece que su primer cuento publicado lo fue en 1917, y de esa época datan sus primeras amistades con gente de letras: Manuel Horta y Guillermo Jiménez, y su breve producción lírica: *hai-kais* y unos interesantes caligramas, pero en ese género no volvió a insistir.

Creyendo haber logrado una base económica suficiente, quiso realizar su sueño: dedicarse a estudiar y escribir.

Se fue a París, designado corresponsal de *El Universal Ilustrado*, por lo cual figuró como miembro de la Asociación de la Prensa Extranjera, en aquella capital, de 1923 a 1927.

En cuanto a los estudios: cinco años cursó Mitología y Arqueología Precolom-

* Homenaje en sesión pública efectuada el 15 de diciembre de 1967.

binas, en la Escuela Práctica de Altos Estudios, Universidad de París, obteniendo el Diploma de "Élève Titulaire". Arqueología Precolombina y Clásica (dos años); Filosofía (dos años); Psicología (dos años); Economía Política (un año), en Cursos Libres del "Collège de France". Historia del Arte (dos años); Literatura Francesa (dos años); Filosofía (un año), en Cursos Libres de la Universidad de París. Finalmente, Historia de la Pintura (un año) en la Escuela del Louvre.

Cinco años habían transcurrido en esas tareas, por él elegidas, cuando otra vez un reincidente destino mutiló sus propósitos. La persona a quien él había confiado, en México, sus intereses, hizo de ellos tan mal uso que fueron perdidos para su legítimo propietario. Así, el señor González de Mendoza se vio, en París, sin más haberes que aquellos, mínimos, que le giraba Noriega Hope en pago de sus crónicas.

Era, entonces, Ministro de México en Francia don Alfonso Reyes; él llamó al Abate de Mendoza para que le ayudase en varias tareas, propiamente sin nombramiento oficial (a causa del lento y complicado trámite), pero trabajando en nuestra Legación en París.

Don Alfonso fue trasladado a Buenos Aires y en París se hizo cargo de la Legación don Alberto Pani; él pudo regularizar la situación burocrática del señor González de Mendoza, y éste inició, el 1º de julio de 1928, su carrera en el Servicio Exterior, en el que habría de permanecer más de treinta años ocupando diversos puestos en París, Madrid, Bruselas, La Habana y México, ascendiendo en la *carrière* todo el escalafón, dos veces Encargado de Negocios *ad interim* de nuestra Embajada en Francia, hasta el puesto de Consejero que era, en verdad, la culminación de su carrera, ya que su calidad de mexicano por naturalización le vedaba el acceso a la categoría de Ministro Plenipotenciario que, sin aquella traba legal, sin duda habría obtenido.

Su tiempo y esfuerzos dedicados al Servicio Exterior, hasta el 1º de enero de 1960, pudo gustosamente compartirlos con muchas tareas en esta Academia, que se honra en haberlo recibido como Miembro Correspondiente el 20 de septiembre de 1950 y luego como Miembro de Número, el 14 de noviembre de 1952, ocupando la Silla XXV.

Muchos fueron los servicios y muy valiosas las tareas que el señor González de Mendoza desempeñó en favor de la Academia. A poco de haber sido nombrado miembro correspondiente se le pidió fungir como Secretario Adjunto, por la enfermedad que aquejaba a don Darío Rubio, entonces Secretario Perpetuo, y cuando éste falleció la Academia pensó que debía substituirlo el señor González de Mendoza, quien no quiso aceptar ese cargo pero sí el de Secretario de Actas pues, como siempre, nunca rehuía el trabajo pero sí los puestos que conllevaban preeminencias u honores.

Fue Secretario Adjunto en el primer Congreso de Academias, efectuado en México en 1951, y luego siguió con igual cargo en la Comisión Permanente, por cinco o seis años más.

En 1965 fue nombrado Censor, ocupando así, por primera vez, un puesto entre los directivos de la Academia, pero lo aceptó porque el cargo implicaba las tareas de preparar, revisar y dirigir la edición de las memorias de la Academia, labor que hizo dedicándoles, a mi ver, muchos mayores esfuerzos y tiempo de los que eran menester, pero es que el Abate fue siempre cuidadosísimo en el cumplimiento de todos sus deberes, al grado que no exagero afirmando que derrochaba trabajo en cosas que no lo merecían tanto, ello era por su grande y noble sentido de responsabilidad y por el afán de hacer las cosas tan perfectas como en lo humano fuere posible, propósito loable pero en veces peligroso, por aquello que una cierta paradoja ha expresado diciendo que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Además de los encargos mencionados, nuestro colega González de Mendoza, cada vez que se le pedía y eso era con frecuencia, contribuía con resoluciones o dictámenes sobre las muy variadas consultas que suele recibir la Academia, relativas a cuestiones de lenguaje o de gramática.

En fin, en la imposibilidad de siquiera aludir a todo lo que esta Academia debe, moral y afectivamente, a don José María González de Mendoza, sólo puedo decir que él fue uno de los académicos más cumplidos, más eficaces en las tareas que se le encomendaban, más sinceramente devoto de nuestra institución y más apreciado por los académicos que tuvimos la suerte de convivir con él en esta casa.

Hacia el año de 1962 (perdón si mi memoria no me da la fecha exacta), el Centro de Estudios Literarios, de la Universidad Nacional de México, invitó al señor González de Mendoza para que guiara a algunos de los becarios de dicho Centro en sus investigaciones y labores. El Abate acudió inmediatamente, y creo que desde 1963 ó 1964 tomó a su cargo dirigir los trabajos encaminados a preparar la publicación de las Obras de José Juan Tablada.

En ese marco de actividades: colaboraciones en prensa, el Servicio Diplomático, la Academia y la Cátedra en el Centro de Estudios Literarios, realizó su obra nuestro ilustre colega. No hay en esta ocasión tiempo para revisarla ni examinarla como debiera ser. Apenas podré aludirla de modo muy general y deficientemente impreciso.

En respuesta a un cuestionario oficial, fechado en Bruselas en 1938, el señor González de Mendoza da estas referencias de su obra literaria:

"La emoción dispersa" (Cuentos), México, 1919. Edición privada.—*"El hombre que andaba y otros cuentos verosímiles"*, México, 1925, Edición agotada.—*"La luna en el agua"* (Novela corta), México, 1928. Varios centenares de artículos en una veintena de diarios y revistas de México y del extranjero.—Traducciones: "Los dioses, los héroes y los hombres de Guatemala antigua, o Libro del Consejo

(Popol-Vuh) de los indios quichés"; y "Los Anales cakchiqueles de los Xahil"; de una y otra obra hizo la versión castellana, en colaboración con Miguel Ángel Asturias, de las respectivas traducciones al francés hechas directamente del quiché y del cakchiquel por el profesor Georges Raynaud; publicadas: el Popol-Vuh, en París en 1927, y los Anales de los Xahil, 1ª edición, París, 1928; 2ª edición en Guatemala, 1937.

A eso habrá que añadir lo producido desde 1938 hasta 1966, que fueron muchos artículos publicados, principalmente, en *El Universal*; sus colaboraciones, anónimas, en *México de Hoy*, revista de la Secretaría de Relaciones que estuvo bajo su dirección; diversos trabajos, sobre todo su estudio sobre Biógrafos de Cervantes y críticos del Quijote, premiado en el concurso abierto por esta Academia hace veinte años, y, también, la laboriosísima compilación, arreglo, traducciones y edición de "Relaciones diplomáticas entre México y el Brasil", cuyo primer tomo se publicó en 1964, y el segundo entrará en prensas dentro de pocos meses; además de otras tareas que aquí es imposible enumerar.

Parecerá muy extraño que obra tan vasta —sólo entre crónicas, crítica y otros artículos pueden llegar a dos mil y tal vez más— esté tan perdida y olvidada. La explicación está en la actitud y el carácter de su autor, especialmente en dos rasgos suyos predominantes: el afán de lo perfecto y la exagerada modestia.

Yo insistí, en algunas de nuestras charlas, en que recogiera y publicara algunas de las series de sus artículos que son verdaderos estudios de investigación literaria; por ejemplo, aquellos sobre Acosta Enríquez y su curiosa obra *Sueño de sueños*. El Abate se resistía diciendo que el estudio no estaba completo porque faltaba por consultar no sé qué obra rara que no había podido conseguir. Yo discutía con él alegando que ninguna investigación alcanza a ser, rigurosamente, exhaustiva, pero el afán, digamos "perfeccionista" del Abate acababa por sobreponerse con perjuicio, pienso yo, de su propia obra y del gran servicio que con su mejor divulgación habría prestado a los estudiosos de las letras.

Su otro rasgo, que limitó y fue obstáculo a que su obra y su nombre fueran más largamente conocidos, fue su exagerada, casi diría absurda modestia.

Nunca o rarísima vez hablaba de sí ni de su obra ni de sus conocimientos y muchísimo menos de los honores que alcanzó. Yo, que durante los cinco o seis últimos años de su vida lo veía casi diariamente y varias veces a la semana charlábamos, en ocasiones un poco y en otras un mucho, yo no supe que el Abate era Caballero de la *Légion d'Honneur* hasta que pocos días después, en el cajón de su escritorio, en nuestra oficina de Relaciones Exteriores, encontré allí la roseta de la Orden. Sin duda algún día la usó al asistir a alguna fiesta o recepción francesa y luego, al llegar a la oficina, se la quitó de la solapa, precisamente por modestia.

Yo conocí al señor González de Mendoza hace unos treinta y cinco años. Entonces lo vi sólo dos o tres ocasiones. Luego él regresó a Europa y realmente empecé a tratarlo en 1947, cuando entré yo a ocupar un puesto en la Secretaría

de Relaciones y él trabajaba en la Secretaría Particular del Ministro, que lo era don Jaime Torres Bodet; al año siguiente yo salí del país y el Abate me substituyó en el cargo de Jefe del Departamento de Información para el Extranjero. Pero nuestro trato largo y frecuente fue, como dije antes, durante los últimos años, especialmente desde 1964 en que ambos tuvimos nuestras mesas de trabajo en la misma oficina de Relaciones Exteriores.

En alguna de nuestras charlas me refirió el Abate que el primer hombre de letras que conoció fue el Padre Coloma, cuando nuestro colega era un niño de ocho o nueve años; en el salón de unos condes sevillanos lo presentaron al ya célebre jesuita y, me decía el Abate: besé su mano, recuerdo sus dedos pálidos y manchados por el humo del cigarrillo, pues fumaba mucho; luego, con esos dedos fuertes y nerviosos me tomó la cabeza y me dijo: "Dios te haga un santo."

Siempre le deleitó la compañía de la gente de letras y logró muchas y profundas y entrañables amistades.

Pero ya no puedo extenderme más en estos recuerdos.

En su expediente, que guarda el Archivo de Relaciones Exteriores, encontré estas líneas sobre él, en un informe que rindió uno de sus jefes:

"En cumplimiento de lo prevenido en la fracción III del artículo 36 del Reglamento de la Ley Orgánica del Cuerpo Diplomático Mexicano, tengo la honra de informar a Ud. que el Escribiente de Segunda de esta Embajada, C. José María González de Mendoza, se distingue en las delicadas labores que tiene a su cargo en esta oficina por su infatigable dedicación, por su inteligencia y su cultura, y por su modo de ser discreto y austero. La limpieza de su conducta no es el menor de sus merecimientos, ni su espíritu de trabajo y cooperación su virtud más alta."

Esos conceptos fueron escritos hace treinta y seis años, por don Alberto Pani; podrían haber sido expresados hace pocos meses, al fallecer el Abate, pues su vida fue toda así: limpieza en su conducta, espíritu de trabajo, colaboración amistosa, eficiencia, generosidad, bondad.

Alguna vez con mayor tiempo y cuidado, habrá de hacerse el estudio que su obra literaria merece.

Ahora no he podido sino evocar al ilustre colega y querido amigo cuyo recuerdo nos acompaña siempre.

ÁNGEL MARÍA GARIBAY K.*

(1892-1967)

Por don MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Con fama de hosco pero con las puertas del corazón de par en par; en creación sin reposo, alejado del mundanal ruido, mas no de espaldas a sus problemas, así vivió y así quiso morir el sabio, honra de esta Academia, Ángel María Garibay. Cuantos lo tratamos, y más quienes fuimos sus discípulos, vivimos ya la verdad de su corporal ausencia sin regreso. Amargamente sabemos también que ha concluido un capítulo de nuestra propia existencia.

Era él raro ejemplo de humanismo sin fronteras, tan interesado en descubrir lo nuestro como en allegar para la cultura patria la riqueza espiritual del mundo clásico. Se han ponderado, y habrán de valorarse más, sus merecimientos de estudioso de los textos nahuas, greco-latinos y hebraicos. Monumento de sabiduría siempre asequible son sus obras; perenne presencia del humanista que de sí mismo dijo: "si soy el primero en acoger las ideas nuevas, soy igualmente el último en olvidar las antiguas".¹

Impresionante es ya bajo esta luz el legado del padre Garibay. Pero en esta recordación que de él hacemos, quiero fijarme, con la premura del tiempo que aún aquí nos asedia, en algo suyo que no debe soslayarse porque fue más que matiz omnipresente en la realidad plenaria de su vida y de su obra. Pienso en el sentido más hondo que para él tuvieron sus afanes como estudioso de esas culturas cuyas creaciones volvió a situar en el presente nuestro.

Para Garibay, traducir, analizar y comentar un texto jamás fue mera empresa de erudito ni ecuánime exhumación de antigüedades. En verdad creía y tenía su corazón puesto en el logos. Pero su logos era mucho más que razón pura, estoico pensar o discurrir para hacerse acreedor a títulos de científico y sensato. Era la suya un alma atormentada. Él mismo levantó alguna vez un poco el velo de su propio misterio; así cuando habló en esta Academia de la verdad de la ficción en torno a las andanzas de Quijano el bueno:

* Homenaje, en sesión pública celebrada el 15 de diciembre de 1967.

¹ Ángel María Garibay K.: *Esquilo, trilogía de Orestes*, México, "Bajo el signo de Abside", 1939, pág. 66.

"No suenen iconoclastas mis reflexiones", dijo entonces. "La negación de la primacía de una facultad, que en un momento de evasión puso Aristóteles como constitutivo de la esencial humanidad, no es sino el reconocimiento, amargo, si se quiere, de la realidad de la vida. No es el hombre un *zoón logikón*, animal racional: es un *zoón fantastikón*, animal imaginativo..."

"¿Seguir, quizá, las normas del Canónigo? Razón, pura razón, razón estéril, aunque razón sensata. Puede ser una meta a que aspirar: nunca será camino que recorrer. El menos racional de los seres es el hombre..."

"No estoy con mi colega, el Canónigo de Toledo, y desdeño sus rígidas limitaciones."

"Yo, que siempre he soñado, que alguna vez he combatido, que jamás cese de estar anhelante de la inasible belleza, de la remota verdad, apenas entrevista; yo, señores Académicos, anhelo estar siempre al lado de don Quijote..."²

Por eso, de él mismo, diremos lo que escribió a propósito de Platón y del autor del *Eclesiastés*: "era más poeta que razonador, lo cual es un elogio".³ Anheloso de la remota verdad, encontraba en el mundo de los clásicos la ocasión propicia de hacer de los textos pretextos para pensar y sentir más hondo. Pulir traducciones era para él repensar y revivir en su ser el atisbo ajeno, comulgar como poeta con lo que otros rostros y corazones dejaron dicho, aquí y allá, sobre el antiguo y siempre renovado misterio del existir humano en la tierra.

Su logos lejos estuvo de ser un eco. La versión y el comentario traían consigo el hálito de su alma de poeta. Desde su preciada soledad hablaba, convertido en nueva manera de profeta, para hacer revelación contemporánea de antiguas palabras, plenitud de vida. La sabiduría de los nahuas, de Israel, Grecia y Roma, afloraron así una vez más, con la fuerza del mensaje universal, en la circunstancia de los hombres de aquí y de ahora.

Olvidar todo esto, sería no comprender la obra del padre Garibay. Y casi tantas muestras podría dar de lo que he dicho, cuantas fueron las páginas que nos dejó. Quiero sólo traer ahora al corazón unos pocos de esos textos que su afinado repensar rescató para nosotros. El dolor de su partida evoca las palabras del heleno, del náhuatl y el judío, hechas ya carne de su carne y sentimiento de su alma. He aquí un fragmento del diálogo de voces y tiempos tan distintos. Él lo vivió en soledad; y ésta fue también su poesía y la verdad de su logos. Lo que para él fue meditar, para nosotros será reencuentro, porque quien hizo rescate del verbo de los sabios, quiso dejárnoslo con la sencillez que sólo el amor engendra.

De su Sófocles oigamos al coro, que contemplando a Antígona, ahonda en su canto sobre la condición de los mortales:

"Muchos misterios hay: de todos los misterios, el más grande es el hombre.

² Garibay: *Realidad de la ficción*, discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, México, "Bajo el signo de Ábside", 1954, págs. 20 y 22.

³ Garibay: *Sabiduría de Israel*, México, Editorial Porrúa, 1966, pág. 14.

“Puede él surcar el mar grisáceo y llegar a la opuesta orilla empujado por las revueltas olas. Nada importa que bramen ellas, ni que enfurezca el sol sus ardores. Marcha seguro y llega a donde intentar pretendía. Hay un ser sólo que puede torturarlo. Es la Tierra madre. Es ella incansable, es indomable, pues prodiga, año tras año, innúmeras cosechas a su labor. Pero él con su arado en interminable afán la labra y recoge de ella el don que aviva, y la fatiga con el trabajo de los caballos.

“Pero puede también el alado ejército de los pájaros que sin cesar agitan la cabeza atrapar y encerrar dentro de sus trampas. Como a los peces habitantes de las aguas, que cautiva en sus redes. ¡Ingenioso es el hombre...!

“Y la palabra y el pensamiento que vuelan como el viento y las leyes que rigen las ciudades, él solo sin maestro las ha aprendido. Y supo hallar también defensa contra las flechas que le lanza el frío insoportable, o los duros azotes de la lluvia. Para todo halla recursos y remedios. Nada que traiga el futuro incierto podrá superarlo.

“Un solo ser resulta para él irreductible. No tiene un sortilegio con que lo rehúya. Es el Averno, en que la muerte lo arroja, por más que para vencer las dolencias, aun las más reacias, tenga remedio y medicina...”⁴

Para el ingenioso y libre griego,preciado era surcar el mar grisáceo, recoger de la tierra el don que aviva, ser dueño de la palabra y el pensamiento que vuelan como el viento. Pero él también entrevió el misterio, y de todos, el más grande, el que descubría en sí mismo. Como lo expresó en nuestra lengua Garibay, “un solo ser, resulta para él irreductible... Es el Averno en que la muerte lo arroja...”

El hombre de Anáhuac a su vez gustó de lo bueno y lo recto, las flores y los cantos, pero, quizás más aún que el heleno, con obsesión vivió el misterio del acabamiento de los soles y los mundos, de los rostros y los corazones. Quien nos volvió asequible la sabiduría de los griegos, allegó también para nosotros los jades del pensamiento náhuatl:

Vano empeño: ya tomas tu enflorado atabal,
esparces, riegas flores:
¡se marchitan!

Nosotros también cantos nuevos
elevamos aquí;
también las nuevas flores
están en nuestras manos:
¡Deléitese con ellas el grupo de nuestros amigos,
disípese con ellas la tristeza de nuestro corazón!

⁴ Garibay: *Las siete tragedias*, versión directa del griego con una introducción, México, Editorial Porrúa, 1962, págs. 193-194.

Nadie se deje dominar de la tristeza,
nadie ponga su pensamiento en la tierra:
¡Aquí están nuestras flores y nuestros bellos cantos!
¡Deléitese con ellos el grupo de nuestros amigos,
disípelese con ellos la tristeza de nuestro corazón!
Prestada tenemos tan sólo la tierra, oh amigos,
hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.

Por ello me entristezco en mi canto al sol.
Hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.⁵

Alegría de los amigos, sacrificios a los dioses, simbolismo a la manera tolteca; pero también tristeza, aflicción desgarradora, porque como el griego sabe que su destino será el Hades, también entrevé el náhuatl que, sin flores y cantos, tendrá que marchar al *Mictlan*, la región de los muertos, el país de los descarnados. El Padre Garibay que así ahondó en dos maneras tan distintas, aunque afines por humanas, de sentir la vida, quiso acercarnos también a la intuición que llamó "sabiduría de Israel". Los textos que escogió y trajo del hebreo al castellano son igualmente diálogo del corazón, contraste de luz y tiniebla, ahora divinas palabras y fe que también es misterio. El mensaje del pueblo escogido, aunque diferente, no es opuesto a la afirmación del logos griego, de la *diké* que es la justicia y de la *eufrosine*, el anhelo de gozo pleno. También las flores y los cantos, el deseo de la amistad, el temor a la muerte, y, por encima de todos los dioses, la figura de *Tloque Nabuaque Moyocoyani*, el Inventor de sí mismo y dueño del cerca y del junto, hubieran tenido un sentido para el seguidor de Jahvé. Del libro del *Qobélet*, que llamamos *Eclesiastés*, hace traducción Garibay y para nosotros prosigue el diálogo universal y de verdad humano:

Dulce es, empero, la luz y grato a los ojos ver al sol;
aun cuando viviere el hombre muchos años y en todos ellos
gozare, recuerde los días de tinieblas, que serán muchos,
y cuanto acaeciere, será vanidad. . .
Acuérdate de tu creador
en los días de tu juventud, antes que venga el
tiempo malo y se acerquen los años de los cuales habrás
de decir "¡No hay en ellos placer para mí!"
Antes que se entenebrezca el sol,
y la luz y la luna y las estrellas,
y retornen las nubes después de la lluvia. . .

⁵ Garibay: *Historia de la literatura náhuatl*, 2 vols., México, Editorial Porrúa, 1953, t. I, págs. 184-185.

Y se cierran las dos hojas exteriores de la puerta
 y se amortigüe el son del molino,
 y se acalle la voz del pájaro
 y se debiliten las hijas del canto...
 Antes que se rompa el cordel de plata
 y se quiebre el vaso de oro
 y se despedace el cántaro en el pozo
 y se precipite la garrucha en el aljibe.
 Y vuelva el polvo a la tierra, cual era antes, y el
 hálito vital retorne a Dios que lo dio.
 ¡Vanidad de vanidades —decía Qohélet— todo vanidad! ⁶

Así puso él a nuestro alcance, vuelta sentimiento de su espíritu, la sabiduría de esas tres formas de vivir y pensar. En nuestra realidad de pueblo mestizo, indígena e hispánico a la vez, lo náhuatl, lo griego y lo judío ciertamente son raíz y antecedente. Para no extraviar el camino, había que volver a los orígenes. Para el común de los mortales sería tarea imposible querer llegar por sí solo, con paso firme y sin rodeos, a mundos tan distintos de cultura. Pero el sabio que escogió para sí la soledad, con el trabajo de una vida hizo posible el acercamiento. En su obra tenemos, a la medida nuestra, el mensaje de tantas voces. Repensar el antiguo verbo fue su verdad, comunicarlo fue su poesía.

Quien tuvo tanto que decir, no rehusó expresar también en ocasiones lo que llegó a ser el pensamiento suyo propio. Éste aflora sin cesar en sus introducciones y comentarios, en sus célebres lecciones sacras y profanas, y en multitud de ensayos. A su obra más íntima y personal pertenecen los poemas que escribió y de los cuales sólo unos pocos quiso publicar. Entre ellos están los sonetos que integran su *Poema de los árboles*. Escojo y leo aquel en que canta al ahuehuete, porque tal vez en él está la metáfora de lo que para sí mismo deseaba:

Patriarca de los árboles, tus frondas
 sacudidas por vientos milenarios,
 asemejan jirones de sudarios
 o nupciales, deshechas, blancas blondas.

¿Quién dirá los recuerdos que tú escondas?,
 ¿quién los archivos hallará en tus varios
 enormes troncos? ¿quién en los santuarios
 penetrará de tus raíces hondas?

⁶ Garibay: *Sabiduría de Israel, tres obras de la cultura judía*, México, Editorial Porrúa, 1966, págs. 53-54.

Tú guardas el silencio de los siglos,
de mil razas repites el lenguaje
y, año tras año, inmovible avanzas.

Fingen tus ramas lúgubres vestigios,
mas tu florido trémulo follaje
es un plumón cuajado de esperanzas.⁷

Del maestro que se ha marchado, bien puede decirse, aplicando a su alma su poema, que fue patriarca entre los hombres. Alma de cristiano, abierta y sacudida por vientos milenarios del bíblico Israel, de Grecia y Roma, de la Hispania y del Anáhuac. ¿Quién dirá los recuerdos que allegó? ¿Quién los archivos y santuarios donde estuvo en busca de raíces?

Padre Garibay, tu espíritu, ahora en posesión del logos, misterio de verdad y de belleza que a lo largo de tu vida sin cesar buscaste, para nosotros sigue repitiendo de muchos pueblos el lenguaje y, año tras año, en este mundo que has dejado, tu vida y tu obra permanecerán inmovibles como ejemplo de realidad henchida de esperanza.

⁷ Garibay: *Poema de los árboles* (edición privada), México, 1932, pág. 23.

ILMO. SR. DON JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA *

Por don OCTAVIANO VALDÉS

Su patria poética.

Nació en Valle de Bravo, Estado de México, el 6 de enero de 1839. Estudió en el Seminario Conciliar de México. Fue Párroco de Taxco, Cuernavaca y Tenango del Valle; Secretario de la Mitra de México; Rector del Seminario y Obispo de Veracruz. Murió en Jalapa en 1918.

Llamóse entre los Arcades "Clearco Meonio"; pero no hubiera habido necesidad de que se disfrazara de fingido pastor, puesto que su nombre profético de Bautismo, Arcadio, lo había consagrado personaje de égloga. Ciudadano de la Arcadia por el nombre que le tocó en propiedad, lo era también por naturaleza y siguió siéndolo hasta el fin de sus días, de modo que su lápida funeraria bien pudo narrar, como en el cuadro de Poussin *Les Bergers*, toda su vida, en el sencillo epitafio: "Et in Arcadia ego." Ciudadano de la Arcadia, vivió apacentando místicas ovejas de Cristo y las de su Corazón y fantasía.

El Ilmo. Sr. Pagaza es un poeta bucólico en el mejor sentido de la palabra. Un hado tenaz benevolente lo mantuvo durante largo trecho de sus años, dentro de los escenarios de la naturaleza que más consonaban con su espíritu. Por lo cual, el bucolismo de su poesía no es nostalgia de un desterrado, ni mero artificio, sino convivencia con la naturaleza y reciprocidad de entregamiento. Esto es lo que lo levanta sobre otros bucólicos, contemporáneos suyos, que únicamente conocieron el campo desde sus poltronas confortables, en las ajenas páginas pastoriles o a lo más en fugaces excursiones.

Valle de Bravo su patria chica, Tenango del Valle, Taxco, Cuernavaca y las poblaciones floridas de su diócesis veracruzana, vaciaron en sus sentidos de poeta "el himno inacabable de su única primavera", según el verso de Santos Chocano. Valle de Bravo con sus aires templados y belleza efusiva, que apropiándose el verso de Zorrilla de San Martín, "espera liras para asirse a ellas". En Tenango del Valle, según propia confesión, logró una copiosa cosecha de versos. "No pocas de estas producciones —se refiere a *Murmurios de la selva*— fueron escritas por mí cuando era cura de aldea." "Están personificadas en esas coplas —aclara ingenua-

* Homenaje en velada que se efectuó en la Universidad Autónoma del Estado de México, el 11 de septiembre de 1968.

mente—, bajo los nombres de Flérida, Mincia, Amarilis o Galatea, la Villa del Valle, mi tierra natal, y Tenango del Valle, mi antigua parroquia.” En esos lugares vivió siempre con sentidos de recién llegado, lavándose cotidianamente los ojos en el agua de esos cielos translúcidos, para que no se le envejecieran los panoramas, como a los demás lugareños. Cada amanecer asistiría a la natividad del paisaje.

Por eso lo mejor de su poesía brota del paisaje que se vierte en su alma, y se humedece en ella de un suave lirismo melancólico. Pero el paisaje propiedad de Pagaza es el de la altiplanicie, de aire fino y cadenas de montañas coronadas de pinares que circunvalan las tierras labrantías. Su índole poética ignora la emotividad ardiente y tumultuosa; y se expresa con más hondura cuando ésta es mansa y contemplativa, como recogida dentro de un ámbito al que llegaran filtrados los sonidos y la luz.

Por esta razón, la naturaleza apasionada y acometiva del trópico está débilmente interpretada en su poesía. Cuando discurre por entre ella —rara vez— se acompaña de Apolo, Pan o Galatea, que pasean su elegancia entre la barbarie de Tierra Caliente. En vez de los rugidos y rumores selváticos, el canto de la siringa, el ritmo de los coros citéreos y el galope de Diana, cuya aljaba se vacía suprimiendo las divinidades de la selva del trópico.

Cuando en sus poemas llega a aparecer la Tierra Cálida, da la impresión de haber sido antes transportada a un clima de purificación, de donde vuelve sin tintas vehementes, limpia de vahos calenturientos, con un tapiz de musgo que cubre los transpiraderos de la muerte. A veces se hace la ilusión de estar mirando el trópico, pero en realidad sólo contempla allí colores y líneas que emparentan con sus panoramas preferidos. Sirva de ejemplo su soneto: “El Papaloapan”:

Escucho aún tu plácida quejumbre,
gigante río...: ¡límpida guirnalda
tu sien orne, y del médano la falda
cíñas con aparente mansedumbre!

Del sol hermoso la divina lumbre
retrátase en tu linfa de esmeralda;
y en ti se vea, tinta de oro y gualda,
del Citlaltépetl la nevada cumbre.

De tus riberas el papayo rico
la poma ostente en nido de verdura
del tordo herida por el rojo pico;
y mézanse tus palmas en la altura
blandamente agitando el abanico
que al dulce Tlacotalpan da frescura.

(Horacio, pág. 232)

Fuera de algún adjetivo incoloro, es un buen soneto y bello el cuadro; pero contemplado desde muy lejos —no importa que el poeta lo haya tenido ante sus ojos—, a través del cristal de la altiplanicie. Sabemos que es Tierra Caliente por la alusión decorativa a las palmas y al papayo. Pero el Papaloapan no se hincha aquí respirando bárbaros efluvios, sino que se desliza elegante bajo el dosel de los ventalles, aspirando el fresco de su “límpida guirnalda”. Manuel José Othón, sin contemplar el río, imaginándose en un soneto que dedica al mismo Clearco Meonio, expresa mejor la realidad grandiosa de su fuerza:

Adivino los fértiles follajes
que baña el río...
La basilica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en tímidos e hirvientes oleajes.

Se confirma definitivamente esta opinión leyendo su largo poema “María”, de más de doscientas octavas reales, en que pretendiendo pintar la Tierra Caliente, fracasa; pues sólo descubre el aspecto incómodo y miserable de ella y nada de su hermosura terrible y magnífica. Está versificado con la soltura característica suya, pero muy ríspidamente y en un estilo prosaico, salvo unas cuantas estrofas en que logra asomarse el bucólico sin disfraz. Él mismo juzgaba sin mérito esta obra y tan alejada de su temperamento que no quiso reconocerla en público. Fue editada por un amigo, sin nombre del autor.

En cambio, el paisaje de Tenango del Valle, el de las alturas de Taxco y de su tierra natal, interpretaba fielmente la vibración apacible de su espíritu. Allí busca los alrededores anidados en pequeñas hondonadas, aldeas y rancherías; perfectos rincones, sordos a la batahola lejana. Allí, sin más nuevas que las de los clarines de los gallos y vientos augures, la vida que se cambia cada cien años, repite la diaria lección, como sus labriegos que pintan surcos a manera de renglones sabidos de memoria.

Aún sobrevivía, hace años, en Tenango del Valle, el recuerdo de cuando su párroco, a la muerte de su madre, huyó de las gentes, yéndose a paladear su dolor a la bellísima y perfecta soledad de San Pedro Tlanixco, remontado en la falda Sur del Nevado de Toluca, al borde de una barranca profunda, lecho de una cascada que se despeña desde una altura de cincuenta metros. Evoca aquel lugar las soledades de la Sierra Morena del Quijote, resguardadas en un silencio grandioso, suavemente melancólico, profundizado por el sonar de las aguas y el quejido de los ramajes.

Poeta sensitivo, reconcentrado —“...siempre el retiro y soledad amó la musa huraña.” (*Horacio*, pág. 357)—, pudo, dentro de su paisaje exactamente arcádico,

medir sin interferencias los latidos de su corazón, con el paso de la nube, el vuelo de las palomas “de alas azules y collares negros”, y con las demás tonadas que componen la sencilla polifonía de la égloga; pudo sincronizarlo a su sabor, con aquel aire de balada sobriamente sentimental.

Así era él, terso y transparente, de emoción que corría fácil, sin complicarse, igual a sus riachuelos pastoriles, y tan espontáneo que no se avergüenza de confesar a su amigo de la epístola “Tirsi” su ternura casi femenina:

“...si bien no ignoras
que tengo un corazón nada robusto.”
“Ni se prohíbe el llanto, ni es afrenta.”

(*Murmurios de la selva*, págs. 97 y 98)

En otro lugar expresamos la opinión de que el Nigromante comparado con Pagaza, en cierto sentido resulta más clásico. En efecto, Pagaza, siendo un clasicista académico, bajo el formalismo de escuela tiene la entraña romántica: ese “su corazón nada robusto”. Es un intérprete romántico de la naturaleza, por su índole y por el influjo de los poetas de esa escuela; pues su poesía no solo muestra la nota melancólica virgiliana, *sunt lacrimae rerum*, sino también el tono romántico muy del siglo XIX.

Siendo Pagaza un poeta de sensaciones más que de ideas, entrega los sentidos al suave placer —verdadero descanso bucólico— de pulsar “las señales furtivas” del paisaje. Las abstracciones cuando llegan, a guisa de corolario o moraleja, son generalmente débiles y suelen enturbiar las líneas de su poético mundo inocente.

Horacio y Virgilio fueron los dioses penates de sus apartamentos bucólicos; pero indudablemente cultivó mayor amistad con el Mantuano que con el Venu-sino, principesco y sagaz catador de hombres y de vinos egregios. Pagaza, como Virgilio, tenía *l'anima gentile*, tierna y pacífica, más contemplativa que razonadora. Muy a menudo mira y siente como un niño, en cuya pupila sin pasión se retratará límpida la naturaleza. Con ojos aun más ingenuos que los del Mantuano, juzga el mundo de afuera y el de su corazón.

De estos complejos de sencillez, de sentimientos tranquilos y diáfanos, resulta que las cuerdas humanas de su poesía carecen de aquellas vibraciones, que producen fríos y fiebres medulares. Lo cual no significa que Pagaza haya estado obligado a dar tragedias esquilianas; pues cada quien tiene derecho a pronunciar su palabra a su propio modo. Pero quien nace para la emoción de tonos menores, no puede enfatizarla sin caer en lo hueco. Por esto, gemidos y ayes, al estilo de “¡éstos, Fabio, ay dolor!”, suenan a consigna de escuela. El dramatismo de sus idilios pastoriles y de algunas odas, tiene más de cromo artificiosamente patético que de realidad humana. De todo esto, lo que hay de hermoso y auténtico, es la suave tristeza que moja su poesía; un tenue vapor de lágrimas que enternece a sus paisajes.

Espiritu monocorde.

Fue su inspiración bucólica tan exclusiva que las voces ajenas a sus campos, o no resonaron en su sensibilidad o apenas le dejaron rastros incoloros. El mar, muchas veces lo contemplaría en su diócesis veracruzana, y, sin embargo, solo alcanza éste a desflorarle la emoción cuando, en el primer encuentro, le echa a los ojos su belleza abrumadora. En el soneto: "Al ver el mar por primera vez" (*Horacio*, pág. 299), lo comenta como un espectáculo interesante, grandilocuente. Después no lo vuelve a recordar sino de modo fugaz. Dos años vivió en Taxco y ni un solo vestigio de él en su poesía. No conoció el habla de las piedras primorosas de Santa Prisca, ni el secreto de sus callejuelas grises. Ni una sola palabra cruzó con la sombra del gran "Jorobado", Juan Ruiz de Alarcón, quien diariamente lo saludaba desde una de las paredes de la sacristía parroquial.

Su forma literaria.

Muy justamente afirmó Menéndez y Pelayo que Pagaza "es sin contradicción, uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas". Indudablemente que es un maestro versificador "a lo clásico"; es decir, fiel a las formas del Siglo de Oro. Es uno de los que en México hacen sonar, por último, los versos de timbres épicos y la antigua estrofa dorada. Sus ritmos se despliegan con esplendores metálicos y cadencias que se alargan gratamente en el oído.

Rara vez pierde la buena entonación, pero la musicalidad, por desgracia, no es siempre de buena ley. Fue de su tiempo, del tiempo en que a los poetas se les facilitaba la tarea, teniendo a la mano algo así como un catálogo de voces etiquetadas de "clásicas", que fueron llenas de savia en Fr. Luis, Garcilaso o Quevedo, pero que de tanto usarlas después quedaron más gastadas que oratorias de político: "crudo invierno, ave canora, vocinglera, parlera; aura placentera; el tramontar de Febo, prado ameno, riachuelo cristalino, el rigor del hado, etc." El uso frecuente de estas voces no es extraño a nuestro poeta.

Lástima de ambiente que malogró más de un fruto en los huertos de Clearco. Es la explicación de sus desmayos y prosaísmos. Sus descensos llegan a estrofas como ésta:

¡Oh montes de mi pueblo,
dulcísimo como antes,
amados cual ningunos,
risueños y feraces!

(*Trovas últimas*, pág. 178)

Mons. Pagaza vivió en un medio literario en que el sentido estético debió librar ruda batalla a fin de libertarse de los grilletes académicos. Por esto es más de admirar cómo su instinto poético se encuentra a sí mismo a cada paso, fulgurando a través de los falsos formalismos. Usando de sobriedad y savia nueva, desconocidas entre la grey academizante, nos da versos limpios y sonantes a oro de juventud. P. ej.:

Al zafir se levante,
vaporosa y tremante,
cual lámpara en fanal alabastrino.

(*La estrella matutina*)

...el hirsuto sauce
al suelo humilla sus amargas greñas.
Presas las aguas en su verde anillo,
recibe el lago en su hispida junquera
de tordos la falange aventurera.

(*Murmurios*, pág. 192)

Y esta preciosa descripción, con todas las excelencias de la buena poesía pagaziana, rica de vocablos briosos y selectos:

Un bosque antiguo, pálido y sonante
de árboles corvos de cimera hirsuta,
de tronco hendido, nacarada fruta,
brazos rastreros, planta vacilante;
un arroyito claro y serpeante
que fluye al lado de campestre gruta;
un carrizal, un puente y una ruta
siempre en lid con la tierra exuberante.

(*Horacio*, pág. 443)

"Un bosque antiguo, pálido y sonante." Tres adjetivos, tres luces colándose entre las frondas de las églogas, como el bosque en que Albio Tibulo, el poeta elegíaco amigo de Horacio, amaba gastarse las horas taciturnas.

Estos breves rasgos son claro ejemplo de la alta calidad del poeta. Hay muchas impurezas a lo largo de su obra, pero los riachuelos de oro serpean abundantes por sus poéticos agros.

Lo más logrado de su poesía se encuentra en los sonetos; tiene algunos perfectos. La coraza ceñida de esta forma difícil, lo obligaba a ceñirse y seleccionarse. Era capaz de esta superación y la realizó. Es interesante notar que en sus mejores sonetos es donde menos aparece el artificio mitológico. Entre los cuales están "La oración de la tarde", "El río", cuya primera estrofa dice:

¡Salve deidad agreste, claro río,
de mi suelo natal lustre y decoro,
que resbalas magnífico y sonoro
entre brumas y gélido rocío!

(*Sitios poéticos del Valle de Bravo*)

Resbala este río por los catorce versos con tal “lustre y decoro” y con tan serena majestad su barba de espumas, que parece haber sido alisado entre los dedos de brisas helénicas. Hay muchos otros que podríamos citar: “A una palmera”, “A un cazador”, “Al caer la tarde”, “A una hiedra”, “A un laurel”, etc.

Príncipe afable de la docta lira.

Uno de sus matices más personales es la dignidad de sus formas. Hasta en sus decaimientos persigue la forma culta. Es un culterano en sentido elogioso. Manera muy natural en quien, además del temperamento, cultivaba tanta familiaridad con Horacio y Virgilio. El latinismo, como ejembre desertor de las églogas, se riega en áureas salpicaduras en su vocabulario, imprimiéndole algo de la enérgica preñez de la lengua madre. Claro es que junto a los muchos aciertos aparece a veces el rebuscamiento. A ratos las palabras cultas brotando en tropel invaden estrofas completas, y en más de un caso resulta bella la intemperancia, para quien alcance el significado latino. P. ej.:

¡Hended el éter y apiñadas nubes,
penígeros querubas
que revoláis en torno del Eterno,
y de amor inflamados
fugad a los osados
íncolas torvos del flagrante averno!

Y desterrad de valles y colinas
las húmidas neblinas
y el escuadrón de sombras indecoro;
y encended anhelantes
las hachas crepitantes,
y remeced los incensarios de oro.

(*Horacio*, pág. 320)

La noble silueta de Mons. Joaquín Arcadio Pagaza pasa flotando, en el acto final de su vida, sobre el erizamiento de odio y barbarie de la Revolución. Padece cárceles por su carácter sagrado, pero no se olvida del canto, ni abandona a su grey veracruzana. “Llevaba el cayado florido como un tirso” —dice Olaguíbel—, y también “un alma de hierro incrustada de oro”.

PAGAZA, TRADUCTOR DE LOS CLÁSICOS *

Por don RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Traducir un autor clásico. Acercarse a la obra de un autor que tuvo la facultad de comprender y medir y expresar la sustancia de un mundo unitario y redondo, sin fisuras ni grietas ni abolladuras. Mirar esa obra, y admitir que el presente puede ser explicado sólo si su conocimiento se apoya en la comprensión de un pasado ininterrumpido y habitable; pero saber, al mismo tiempo, que la comprensión de ese pasado será efectiva y fértil únicamente si está alumbrada por la luz precisa de un presente hecho conciencia, luz que lo define y lo elige y lo clasifica y le da sentido. No ignorar que esa obra de ese autor ha sido escrita en una lengua cuyo conocimiento íntegro está, en cierta forma, vedado en aspectos parciales, y, con todo eso, intentar recoger la esencia de la misma dentro de palabras de la propia lengua, buscando lo que hay de común, de indestructiblemente igual, entre el idioma original de la obra y el idioma de quien la traduce; esto es, aquella relación que nace de la unidad del espíritu humano.

Traducir un autor clásico es, así, esforzarse por dar un equivalente actual de su obra, captando la coherencia de su mundo y su lengua, su esencia necesariamente comunicable, y presentándola dentro de una forma accidentalmente distinta, pero semejante en su valor medular.

Ésa es la tarea a que se enfrentó y se dedicó Joaquín Arcadio Pagaza, obligado por su afán de comprender la existencia y de comunicar esa comprensión, y alentado por el amor de dos autores fundamentales de nuestra cultura y nuestro espíritu: Horacio y Virgilio.

Desde dos puntos diferentes ha sido considerada la dedicación del traductor: o bien, como proponía Fray Luis de León, debe buscarse que las poesías escritas en una lengua extraña hablen en la propia de quien las vierte, no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en ella y naturales, o bien se ha de pretender que la versión guarde con el original una actitud servil de palabra a palabra, que la lleve a la mayor exactitud, a la literalidad más precisa a que se preste la lengua de quien la hace.

* Homenaje en velada que se efectuó en la Universidad Autónoma del Estado de México, el 11 de septiembre de 1968.

En el primer caso, la traducción tenderá a una casi siempre inconseguible, siempre improbable, reproducción del sentido del original, que se verá inevitablemente falseado y corrompido. Si el que traduce es poeta —pienso en Pagaza y otra vez en Fray Luis—, el resultado de su trabajo podrá aspirar a ser una obra maestra de poesía, pero nunca merecerá que se la considere como una buena traducción. En el segundo, al querer no ya que lo escrito en la lengua original se pliegue a los caracteres naturales de la lengua traductora, sino que ésta llegue a ceñirse en las formas de aquélla, se alcanzará una obra acaso de difícil lectura, pero, pues se ha apegado a la palabra original en la mayor parte de sus significaciones transmisibles, será una traducción leal y legítima.

Los dos caminos mirados siguió Pagaza en sus traducciones. Pero hay que decir que el tiempo y la experiencia lo fueron llevando claramente del primero al segundo, es decir, del accidente a la conciencia, razón por la cual creo que puede afirmarse sin escrúpulo que las mejores traducciones que logró, fueron las que hizo al acercarse al extremo final de su vida.

Las primeras de sus versiones que Pagaza publicó, son las de las *Églogas* de Virgilio que se encuentran en su libro *Murmurios de la selva*. Él mismo las juzga de parafrásticas, cosa con que se indican su intención y las maneras que lo guiaban al ir las consumando; vienen después las que de algunas odas de Horacio y un libro de la Eneida de Virgilio incluye el volumen *Algunas trovas últimas*; por último, llegan sus tres obras que contienen principalmente sus traducciones de los dos citados poetas latinos: el *Horacio* de 1905, donde está vertida casi en su totalidad la obra lírica de este poeta; el *Virgilio* de 1907, con la traducción parafrástica de las *Geórgicas* y los libros I, II, IV y VI de la *Eneida*, y la versión literal de las *Églogas* II y IV, y el tomo primero de las *Obras completas de Publio Virgilio Marón*, en donde están incluidos las *Églogas*, las *Geórgicas* y los tres primeros libros de la *Eneida*; las *Églogas*, aquí, están en su versión literal.

Intentaré, con el análisis de algunos ejemplos pertinentes, estudiar esa evolución señalada en las traducciones de Pagaza, que lo lleva de la búsqueda del autor por medio del sentido, a su encuentro por medio de la comprensión de la palabra, preñada en sí misma de relaciones, sentidos y significados; y dado, pues, que existe una obra que el mismo Pagaza tradujo dos veces siguiendo sucesivamente los dos procedimientos mencionados, y que esa obra son las *Églogas* de Virgilio, me concentraré en el examen de las dos versiones, la parafrástica y la literal, en cuya comparación serán advertibles los pasos de las luces que lo condujeron.

A mi modo de ver, el poeta clásico no admite más interpretación que la literal; la metafórica o parafrástica necesariamente lo transforman y, por ende, lo anulan. Por eso, más que cualquier otro traductor, el de un poeta clásico ha de procurar, con su trabajo, la transmisión precisa de un contenido esencial. La obra del clásico por su unidad, por su naturaleza misma, es forzosamente traducible; es más, exige, para su existencia misma, ser traducida. La versión que de ella se haga manifestará la

parte actualizable de su significación, es decir, su posibilidad de vida y de inteligencia en distintas épocas y para hombres distintos. El clásico, al ser traducido, abandona en cierta manera el estado de la naturaleza para ingresar ampliamente en el campo de la historia, dentro del preciso momento en que se lo hace lícito el hecho de que una lengua interprete otra lengua. La obra traducida vive a través de los hombres que la leen, de las nuevas conciencias capaces de captarla, y alcanza de este modo durabilidad y, a la vez, renovabilidad. Y la traducción, que da esas virtudes a la obra original, es, por definición, obra pasajera y efímera, recogedora sólo de aspectos no absolutos.

Repito ahora que la obra que permite percibir con mayor exactitud el movimiento del espíritu de Pagaza hacia la necesidad de la traducción literal son las *Églogas* de Virgilio, en sus dos versiones, publicadas en 1887 y 1907, respectivamente.

La primera de ellas, la parafrástica, muestra sin duda una mayor riqueza verbal aparente, un manejo más completo de la versificación castellana, territorio en el cual Pagaza era gran maestro; pero deja ver, simultáneamente, un alejamiento inevitable de la perennidad del mensaje virgiliano.

Todos recordamos las *Églogas* de Virgilio; acerquemos ahora, a ese recuerdo, como el metal a la piedra de toque, los intentos de aproximación tendidos por Joaquín Arcadio Pagaza:

*Et iam summa procul uillarum culmina fumant,
maioresque cadunt altis de montibus umbrae,*

dice el poeta latino; y Pagaza, parafraseando;

Las auras empañando,
en espiral se eleva el humo espeso
encima de las miseras cabañas;
y rápidas se acrecen,
al caer negras de los altos montes,
las sombras, y los valles oscurecen.

Vemos el humear de las casas distantes, los montes levantados, la caída de las sombras crecientes. No falta, en realidad, ninguno de los rasgos fundamentales. Pero cómo se ocultan entre el follaje inútil de tantos rasgos inventados y explicativos que los rodean y los diluyen. El paisaje construido por Virgilio se decide con rigor insustituible. ¿Para qué, entonces, explicar que el humo empaña las auras, por qué interpretar que las villas son miseras cabañas, a qué viene añadir que las sombras crecen rápidamente, y son negras, y oscurecen los valles? Así, el sentido del poeta clásico, al sufrir el intento de interpretación por el lado del sentido, se ve induda-

blemente alterado; pues el valor de la descripción no estriba en el pormenor de las maneras y de los efectos, sino en la esencialidad de los hechos del mundo y del hombre. Y Pagaza lo comprendió. De allí la pureza intachable de su segunda versión de este pasaje:

Pues ya humean de lejos los techados
salientes de las villas, y ya caen
grandes las sombras de los altos montes.

Aquí sí, casi paso a paso, las palabras españolas siguen a las latinas, las reflejan, les sirven con humildad. Y de esta manera sirven también al verdadero sentido del conjunto, y lo transmiten.

El ejemplo anterior puede ilustrar acerca de la descripción virgiliana del paisaje. Pero Virgilio está muy lejos de ser únicamente un pintor de paisajes. Su mundo se integra con el estudio de la comprensión profunda de la naturaleza humana, de sus pasiones, de su voluntad, de su conciencia. De tal suerte, en la *Égloga* II condena los efectos del estéril amor del hombre por el muchacho, y hace que aquél se lamente:

O crudelis Alexi, nihil mea carmina curas?
Nil nostri miserere? Mori me denique coges.

Y Pagaza interpreta, en versión parafrástica:

¡Oh Galatea! . . . Dime, no te apiadas
de mi penar ¿escuchas mis cantares
como quien oye fuera de las radas
el ronco estruendo de alterados mares?
Me hiel a la frialdad de tus miradas;
y tu desdén acrece mis pesares
en términos que marchó ¡triste suerte!
con pasos gigantescos a la muerte.

Desde la invocación a una Galatea que sustituye al Alexis del canto, está todo modificado perjudicialmente para éste. Ya el hablar a una mujer en vez de a un mancebo, destruye, desde la última base, la totalidad de su sentido. Y luego, lo hace descender toda esa tramoya de sufrimiento amoroso dictado por el romanticismo, y tan distante del espíritu de Virgilio. Pues si alguien quisiera comprobar lo que él lograba al expresar dicha pasión, y no se conformara con el recuerdo de los dos versos que aquí evocamos, podrá acudir al cuarto libro de la *Eneida*, donde el amor hierve fatídicamente y se cría y se alimenta en las venas de Dido. Y de allí podría regresar a considerar de nuevo ese cantar comparado con el

estruendo de los mares, y esas miradas cuya frialdad hiel a al amante, y el ripioso "¡triste suerte!", y el calificativo de "gigantescos" referido a los pasos con que el hombre marcha hacia la muerte. No; el poeta clásico se prohibía esos desbordamientos. Y Pagaza, verdadero humanista, lo vio con claridad, y remedió casi todas esas caídas cuando, en la madurez de su conocimiento, llegó de nuevo a los versos comentados, y los tradujo con ejemplar apego:

Oh crue! Alexi! ¿nada de mis versos,
nada te curas? ¿No de mí te apiadas? . . .
¡A morir, finalmente, me condenas!

con lo cual, en este punto, Virgilio apareció nuevamente vivo, vivificado y comunicable, veinte siglos después de su muerte.

Y, todavía dentro del sentimiento amoroso, permítaseme pensar de nuevo en algún pasaje de la *Égloga* VIII, tan dolorida y tan deslumbrante. Dice en ella Damón:

*Saepebus in nostris parnam te roscida mala
(dux ego uester eram) nidi cum matre legentem;
alter ab undecimo tum me iam ceperat annus;
iam fragiles poteram a terra contingere ramos.*

Versos de perdurable poder humano, amargados de nostalgia y ternura insidiosas, que parafrasea Pagaza de la siguiente manera:

Quando eras niña, aquí en mis valladares
te miré con tu madre (yo era entonces
vuestro guía) cortando frescas pomas
escamadas de diáfano rocío.
Cumplido había trece primaveras;
ya alcanzaba empinándome en el suelo
de los manzanos las primeras ramas.

Escojo este ejemplo porque muestra cómo, a pesar de que en esta ocasión Pagaza no está obligado por la rima del verso, no sé por qué razón, si no es aquella falsa de interpretar el sentido, amplifica y altera desconsideradamente. Olvidemos aquel añadir un año a la edad del niño de la escena. Pero ¿se gana algo con **sustituir la expresión directa "año" con el tropo "primavera"**? ¿Qué se adelanta con traducir el exactísimo "roscida" con la perífrasis "escamadas de diáfano rocío"? ¿Y para qué hacer evidente, con el gerundio "empinándome", el esfuerzo del niño por alcanzar las ramas del árbol, esfuerzo tan sabiamente sólo sugerido en la expresión original? Y luego, los añadidos y las interpretaciones: ¿hay algo que

imponga la necesidad de decir que las ramas pertenecían a ciertos árboles, precisamente "los manzanos", o todavía, de decir que se trataba precisamente de "las primeras"? Seguramente, Pagaza estimó, al hacérselas, que preguntas como las anteriores no tenían respuesta sostenible, y así, en la traducción suya que tenemos por la definitiva, expresó:

Te vi en mis valladares aun pequeña,
seguida de tu madre, y que cortabas
rociadas pomas; yo era vuestro guía.
Cumplido el año undécimo ya entonces
y comenzado el otro, desde el suelo
asir podía frágiles las ramas.

Aquí la traducción se convierte en lo que pienso que debe ser: una forma que, como un velo, cubre el original; pero como un velo perfectamente transparente que, a lo menos durante el tiempo para el cual se construye, es incapaz de arrojar sobre aquél ni la más mínima sombra.

Y alguna vez, Virgilio se querelló de la injusticia social, cuya víctima había sido su provincia patria, ya se refirió a las persecuciones y los despojos que habían sufrido los campesinos paisanos suyos. Dijo cómo habían sido arrebatados de sus tierras y amenazados en su mero derecho de vivir. En este tenor, en la *Égloga IX* recuerda esos crímenes, y hace que uno de sus personajes se queje:

*O Lycida, uini peruenimus, aduena nostri
(quod nunquam ueriti sumus) ut possesor agelli
diceret: "Haec mea sunt; ueteres migrate coloni."
Nunc nicti, tristes, quoniam fors omnia uersat,
bos illi (quod nec uertat bene!) mittimus haedos.*

Pagaza, en su versión literal, reproduce:

¡Oh Lícidas! viviendo, hemos llegado
a ver (lo que jamás temido habíamos)
que advenedizo un poseedor del corto
jirón de tierra nuestro, nos dijera:
"Míos son estos campos; lejos idos,
colonos del pasado." Ahora tristes,
vencidos, pues que todo la fortuna
lo cambia, estos cabritos le llevamos.
(¡Que por jamás le hagan buen provecho!).

Años antes, en *Murmurios de la selva*, había él mismo incluido una versión parafrástica de los mismos versos en los términos siguientes:

Respiramos ¡ay Lícidas! las auras
para mirar (lo que jamás creímos)
que a poseer llegara nuestros campos
y heredades un fiero advenedizo
que osado nos dijera: "Labradores,
me pertenece todo, lejos idos."
Vamos ahora, puesto que la suerte
nos es adversa, tristes y mohínos
llevándole (que mal provecho le hagan!)
por tributo estos pávidos cabritos.

Si se compara esta versión con la antes citada, y ambas con el texto original que interpretan, se podrán advertir sus defectos, que he señalado en las citas precedentes. Así, el *uini peruenimus* se convierte aquí en "respiramos las auras"; el *agellus* se vuelve en campos y heredades; el poseedor extranjero, se nos explica sin necesidad, es "fieró", y, lo mismo, que los cabritos son "pávidos"; el adjetivo *nicti*, vencidos, del original, se cambia por "mohínos", palabra que en nada se acerca a aquélla, en ningún sentido; y la suerte, que todo lo trastorna, llega a ser en esta versión una suerte que "nos es adversa". Como puede verse, todas estas traiciones, y algunas más, fueron enmendadas por el traductor al pulir la versión citada ahora en primer término.

Manifestando otro de los aspectos de la poesía de Virgilio, la *Égloga* VII describe una escena de amigos que, por un tiempo, dejan su trabajo de pastores para ocuparse en el profundo juego del canto. Son cinco versos exactísimos en sus rasgos móviles y luminosos, y en los cuales las palabras, traspasadas de ritmos innumerables, preparan la llegada del cuerpo principal del poema:

*Forte sub arguta consederat ilice Daphni;
compulerantque greges Corydon et Thyrsis in unum.
Thyrsis oues, Corydon distentas lacte capellas:
ambo florentes aetatibus, Arcades ambo,
et cantare pares, et respondere parati.*

Es todo. Pues bien, en su versión parafrástica, Pagaza convierte tales cinco versos en tres octavas reales, tan alejadas del original, que más difícil resultaría señalar las pocas semejanzas que con él guarda, que apuntar una parte pequeña de las diferencias que de él lo separan. Valga como ejemplo una sola de las sobredichas octavas, muy bella en verdad:

El claro sol encima del reluciente
monte oriental, con pompa soberana
mostraba al mundo su radiosa frente
ceñida en nubes de amarillo y grana.
Dejaba oír de lejos el torrente
su majestosa voz; y la galana
festiva alondra, la naciente lumbre
contemplaba de un álamo en la cumbre.

Esto ya, ni siquiera por eufemismo, puede llamarse paráfrasis; mucho menos, traducción. Y mírese si en ese fárrago de invenciones hay a lo menos un rasgo que soportara el calificativo de virgiliano. No lo hay, por cierto. En cambio, qué limpia y certera es la versión literal, que cabe en ocho endecasílabos cuyos enca-balgamientos parecen acercarlos al ritmo amplio y perfectamente expresivo del hexámetro:

Bajo sonora encina, casualmente
sentóse Dafnis; Coridón y Tirsis
en una sola confundido habían
sus greyes; Tirsis sus ovejas blancas,
sus cabras Coridón, de leche llenas
las ubres; ambos en la edad florida;
Árcades ambos, en cantar iguales
y para el canto alterno preparados.

La diferente calidad de ambas versiones pone de relieve definitivamente las ventajas indiscutibles del apego literal. Creo que no existe posible duda. Los textos del poeta clásico, que en muchos sentidos son textos sagrados, deben ser tratados como tales por quien los traduce; debe éste abstenerse de unificarlos artificialmente en un solo sentido y, por lo contrario, está obligado a perseguir la esencia de cada una de sus palabras; pues en el descubrimiento de ésta, en su captación más humilde y apegada, se encontrarán, menguando hasta el extremo de lo posible la oportunidad de error, todos los sentidos, el sentido plural y único del poema al cual se pretende la aproximación. Pues la fidelidad al sentido no ha de buscarse directamente, ya que sólo es susceptible de ser alcanzada por medio de la absoluta fidelidad a la palabra.

Un último ejemplo: misterio grande y clarísimo traspasa los versos de la cuarta *Égloga*. Poeta y profeta en unidad, el clásico acrisola su voz, y canta la paz y la libertad duraderas que ansía. Mira el desorden del mundo, y confrontándolo consigo mismo, trata de combatirlo y de darle a la existencia humana norma serena y cabal, establecimiento de sentido perpetuo. Imposible encerrar este sentido en

palabras que no aspiren al mayor apego a las suyas propias. Todo otro género de búsqueda, lo será de una metáfora inútil y vacía. Más que nunca, en este caso la poesía manifiesta sus características de revelación y exige la fidelidad no al sentido de su mensaje, sino a su mensaje mismo. Y pide que sea necesario que la fidelidad origine en la traducción la libertad perfecta.

Se anuncia el retorno de la edad dorada, símbolo de la completa libertad humana en la paz, y la voz del poeta se eleva en el tono y el tema:

*Vltima Cumaei uenit iam carminis aetas;
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Iam redit et uirgo, redeunt Saturnia regna;
Iam noua progenies caelo demittitur alto.*

Pagaza, que sigue aquí la tradición que da al poema la interpretación mesiánica, parafrasea de la siguiente forma:

Asoma ya la deseada aurora
de el gran día que en Cumas la Sibila
al orbe presagió con voz sonora
mirando con profética pupila.
Llega otra edad; la serie aterradora
de los siglos que huyeron se aniquila;
la Virgen viene, y nace la justicia
destronando del mundo la malicia.

Al fin renace tras amargo duelo
la era de Saturno, el Siglo de Oro
que el largo afán del mortecino suelo
viene a templar y el prolongado lloro.

Nueva progenie nos envía el cielo,
la cual dejando el soberano coro
donde impera su estirpe bendecida,
será del mundo la esperanza y vida.

Con ser tan vasto y tan alto el sentido atribuido por Pagaza al canto de Virgilio, alcanza a limitarlo, al volverlo solamente uno. El poema admite esa interpretación, pero también admite otras muy justificables. Tal cosa se demuestra con la versión literal de 1913 que, sin eliminar en modo alguno la posibilidad de la interpretación arriba mencionada, presenta las abiertas, misteriosas significaciones que el canto encierra en sus partes:

La última edad, que présaga anunciara
en sus versos, de Cumas la Sibila,
es llegada; comienza ya de nuevo
el orden gigantesco de los siglos.
Ya retorna la Virgen, y retornan
los tiempos del reinado de Saturno;
ya una nueva progenie nos envía
de sus tesoros encumbrado el cielo.

Podría alargarme citando ejemplos y aduciendo comparaciones; pero pienso que con los pocos hasta aquí presentados hay materia suficiente para concluir, pues lo que se ha visto a partir de los pasajes elegidos puede extenderse a la totalidad de las versiones pagacianas de las *Églogas*. La segunda de ellas, esto es, la literal, se aproxima al texto original con tan notables seriedad y respeto, que la convierten en una de las mejores que se hayan dado en lengua castellana, versión superior, incluso, por las expuestas razones de comprensión y método, a la de Fray Luis de León.

Esta versión literal era bastante, así Pagaza no hubiera escrito nada más a lo largo y alto y profundo de su vida, para hacerlo merecedor del nombre de Virgilio mexicano. Porque supo trasegar el mundo perfecto del poeta clásico en una forma nueva, por medio del empleo del lenguaje puro, dándole vida durable y contribuyendo a su inmortalidad con su trabajo efímero y humilde de traductor.

El Gobierno del Estado de Aguascalientes, Ags., el H. Ayuntamiento de la capital de dicho Estado, la Academia Mexicana y la Corresponsalia del Seminario de Cultura Mexicana, organizaron un homenaje a la memoria del señor académico don Ezequiel A. Chávez, en ocasión del centenario de su nacimiento.

El acto tuvo lugar el día 19 de septiembre de 1968. Se descubrió una placa conmemorativa en la casa donde nació el señor Chávez, calle de Colón Núm. 107. En nombre de la Academia habló el Correspondiente señor don Alejandro Topete del Valle.

Por la noche, en la Casa de la Cultura se desarrolló un bello programa y, dentro de él, el señor académico don Salvador Azuela hizo uso de la palabra.

DON EZEQUIEL A. CHÁVEZ *

Por don ALEJANDRO TOPETE DEL VALLE

El aprecio a los valores espirituales, su exaltación y reconocimiento, no son sino el respeto y culto hacia la dignidad humana, en permanente lección cívica, por enaltecer niveles y condiciones sociales, en afanes estimulantes de superación. Cuando los pueblos y los gobiernos se prodigan en tributar sus mejores homenajes a quienes han generado la cultura nacional, ejercen ciertamente un poderoso influjo que eleva el ansia y la sed de altura.

Las autoridades de Aguascalientes, con su gobernante Olivares Santana y su alcalde Morales y Morales, han sentido esa preocupación y alentado tan noble propósito. Una simple placa de bronce, una inscripción conmemorativa de naturaleza histórica, encenderán siempre una saludable inquietud en el ánimo de la ciudadanía, desde el niño hasta el anciano, por recordar las trayectorias que conformaron nuestra esencia misma, de manera muy especial en las jurisdicciones de la mente.

Frente a esta vieja casona, bajo la emoción del conjuro, evocamos los temblores palpitantes de la República recién restaurada, porque dentro de estos venerables muros habitaba uno de los más vigorosos sarmientos familiares que prestigiaron la vida civil de Aguascalientes, particularmente en lo que atañe a la vida intelectual de esta amable provincia mexicana. Chávez y Lavista, dos hombres ungidos de abolengos morales; un linaje de virtudes políticas, que cimentaron un hogar transformado en pródiga almáciga de personalidades predestinadas a metas superiores.

El doctor don Ignacio Toribio Chávez dedicaba en aquellos memorables días sus mejores preocupaciones a cimentar la cultura de la juventud de este entrañable terruño, mediante el desarrollo de la benemérita Escuela de Agricultura transformada, a poco andar, en Instituto Científico y Literario. Era el doctor Chávez, por decirlo así, el patriarca de la cultura lugareña.

La austera figura del progenitor se mueve en los aciagos ambientes políticos del 70 al 71, en medio de una crisis provocada por el desbordamiento

* Homenaje, en ceremonia efectuada en Aguascalientes, Ags., el 19 de septiembre de 1968.

de las pasiones y de los intereses de grupo y de partido, hasta culminar con perfiles de tragedia, con la malaventurada cosecha de hondas divisiones en las filas del liberalismo local, como eco y consecuencia naturales de las tremendas escisiones entre juaristas y lerdistas, que en nuestro medio originó definitiva e insondable grieta entre dos respetables figuras, como lo eran el doctor Chávez y el coronel Gómez Portugal: leal y fiel el primero al gran presidente indio de Guelatao, y seducido el último por la avasalladora personalidad de don Sebastián, el radical intransigente, lo que motivó no pocas interpretaciones crueles en las columnas del efímero y cáustico periódico local *El Jicote*, cuyas ediciones se vieron ilustradas en cada número por el genial e incisivo lápiz de Guadalupe Posada en sus primicias litográficas.

Hay sin embargo un síntoma elocuente de la mística austera que presidía el ambiente hogareño de la familia Chávez-Lavista, pese a los principios políticos y sociales que sustentaba el jefe de la casa: Los nombres mismos que don Ignacio Toribio impone a sus vástagos —Samuel, Esther, Nohemí, Tobías, Ezequiel ADEODATO—, y al subrayar este último nombre, damos la razón de la “A” intermedia que siempre usó nuestro prócer intelectual. Esta manera de titular a sus hijos representa, a nuestro juicio, testimonio fehaciente del acendrado espíritu religioso que prevalecía en el seno de aquel santo hogar, bajo normas inspiradas de seguro en los cotidianos repases bíblicos de quien, en otros órdenes, se mostraba equilibrado y ponderado prosélito de las nuevas ideas, tanto en materia política como cultural, con calidades tales como las correspondientes a un reformador, sin rebasar por ello los linderos aconsejados por la justicia y la verdad, en esa honorable “dualidad” de proyecciones humanas.

Y al traer en nuestro recuerdo el nombre de ADEODATO que se disimulaba en don Ezequiel con la discreta “A” medianera, se nos ocurre detenernos a considerar enfáticamente, el alto honor que, a fe nuestra, hizo siempre nuestro sabio coterráneo a tan significativo y sugerente apelativo, acercándose en marcha progresiva y permanente a la Divinidad, a medida que los años pasaban, madurando y fortaleciendo aquel noble espíritu nimbado de superiores magnetismos; aquella alma sedienta de altura y anhelante de mundos metafísicos.

Aunque existan muchos elementos de juicio, no me atrevería a tratar de definir en términos absolutos la personalidad ideológica en sus más internas y recónditas tesituras, del ilustre filósofo; con ideales liberales inspirados seguramente en los principios democráticos preconizados por la Constitución del 57, en materia de tolerancias, y por sus observaciones personales en sistemas educativos de la entonces democracia norteamericana, el destacado colaborador del Maestro Sierra se pronunciaba por un respetuoso laicismo en la corriente educativa oficial del Estado y por una tolerancia liberal en la educación sostenida a expensas del sector privado, acorde con sus intereses especiales.

Por lo demás, con ello no hacía don Ezequiel sino colocarse en los terrenos de la realidad y menospreciar simulaciones naturales aunque vanas, de todos los tiempos, que limitaban el ángulo de apreciación sobre las realidades educativas de nuestro México.

Nuestros primeros y venturosos encuentros con don Ezequiel lo fueron, seguramente, a través de las lecturas alucinantes de aquella *Geografía elemental de México*, primero 4º año de Primaria, y del *Frasquito*, después, edición del 98, traducido y arreglado en colaboración con don Genaro García y que nos entregaba en pulcras y módicas ediciones, la casa de la viuda de Bouret.

Después, los incipientes bachilleres balbuceaban las primicias de los principios de Moral y la Lógica deductiva e inductiva, de las magníficas traducciones de las obras de Herbert Spencer y John Stuart Mill.

Evoco la figura del sabio Maestro, ubicada en su biblioteca, en el piso bajo de la casa número uno de las calles de Roma, después de que un pequeño y estratégico espejo reflejaba mi humilde figura y me identificaba como visitante grato al laborioso y urgido pensador; su noble figura la veía yo erguida, a pesar de los años, blanca, luminosa, hasta transparente, porque así fue su fecunda vida: diáfana y clara en lo que atañe a los conceptos morales y humanos de la existencia. ¡Con cuántos alientos quisiéramos entonar la merecida exégesis, la justa laudanza de esta figura luminosa del pensamiento patrio!

Ahora esta ciudad, cuna del preclaro educador, añade un nuevo acto votivo, para reconocer una vez más los méritos que en grado eminente resplandecieron en la figura respetable de su hijo, de aquel enamorado del bien, de la verdad, de la bondad y la belleza; de aquel noble espíritu seducido por los valores eternos de la vida; del pensador que proclamó, como metas supremas de la fecunda existencia, aquella fórmula sugerente y avasalladora: anhelo de infinito y ansia de eternidad.

DON MANUEL ROMERO DE TERREROS Y VINENT (1880-1968)
Y SU OBRA *

Por don JUSTINO FERNÁNDEZ

Recordar aquí y ahora a don Manuel Romero de Terreros y Vinent equivale a considerar no sólo a uno de los académicos más distinguidos que hayan formado parte de esta noble institución, sino sobre todo a un ilustre intelectual mexicano que con su vasta obra contribuyó de manera notable a la cultura de nuestro país en el presente siglo. En efecto, su continua labor en varios aspectos de la historia y en la del arte en particular, forma un conjunto de cerca de quinientos trabajos que enriquecen la cultura nacional, y por ende la universal, y cuyo conocimiento es imprescindible para quien se interese en los estudios históricos sobre la Nueva España y el México de la pasada centuria.

Escritor de fina sensibilidad y de excepcional buen gusto, en sus trabajos priva una elegancia en que están ausentes, de manera natural, los rebuscamientos de ideas y de estilo; así, su prosa es siempre clara, diáfana, de gestación clásica. Claro está que su estilo es expresión de su personalidad, de su carácter. Para el crítico nada hay más revelador que la obra misma; pero también ilumina la comprensión de ella el conocimiento de los antecedentes biográficos del escritor o de cualquier artista. Por eso es necesario tenerlos presentes al rendir homenaje a la memoria de don Manuel Romero de Terreros y Vinent.

Bien sabemos que fue de noble cuna, de larga tradición en nuestro país; nació en México el 24 de marzo de 1880 y fue hijo de don Alberto Romero de Terreros y Gómez de Parada, y de doña Ana Vinent y Kindelan, de la casa de los Marqueses de Palomares del Duero. El título de Marqués de San Francisco que ostentó don Manuel, y que aparece junto con su nombre en algunos de sus trabajos, lo heredó de su tío, el Marqués de la Pedreguera. Entre sus ilustres antepasados figura don Pedro Romero de Terreros, quien fue el fundador, en el siglo XVIII, de esa benemérita institución que es el Nacional Monte de Piedad. Fue Caballero de Honor y Devoción de la Inclita y Soberana Orden de Malta.

Alguien podría pensar que con tal abolengo fuese don Manuel un altivo

* Homenaje en sesión pública efectuada el 6 de diciembre de 1968.

señor, pero justamente era lo contrario; la imagen de la sencillez y de la bondad; era un hombre que tuvo un agudo sentido de la proporción y un temple interior que le hizo sobrevivir a las calamidades de la vida. No es dato despreciable que haya pasado su primera juventud en Inglaterra; estudió en el famoso Colegio de Stonyhurst y presentó exámenes en las universidades de Oxford y de Cambridge; se formó pues en un ambiente que, por lo general, imprime carácter a un espíritu sensible; y dominó la lengua de Shakespeare tan pulidamente como la de Cervantes.

Regresó a México en 1900, cuando tenía veinte años de edad; aquí casó, a los 41, con doña Concepción de Garay y Katthain, amante esposa llena de virtudes y compañera en todos los intereses del espíritu y del intelecto que ocuparon su vida. Rodeado de sus hijos, hijas y nietos, don Manuel era un patriarca que derramaba su cariño a todos, y aún le alcanzaba para extenderlo a parientes y amigos. Nada le hizo cambiar su bondadosa actitud que, junto con cierto estoicismo, tomaba fuerza de su fe religiosa. Era la imagen viva del caballero, auténtico en todo y en todo ejemplar.

Fue profesor de literatura inglesa y de otras disciplinas en la Escuela de Altos Estudios, y continuó como tal en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma de México; por veintidós años fue miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas, de la misma Universidad, y en él desarrolló una labor continua, de la que son muestra los numerosos estudios con que contribuyó al conocimiento del arte mexicano. También fue Presidente y Patrono del Nacional Monte de Piedad, fundado, como se ha dicho, por uno de sus antepasados.

Sus méritos de escritor y de historiador fueron ampliamente reconocidos en nuestro país y en el extranjero; fue Académico de Número de esta Academia Mexicana correspondiente de la Española, en la que ocupó en 1918 la silla que había dejado vacante el erudito don Francisco del Paso y Troncoso; y fue Académico de la Academia Mexicana de la Historia, y su Presidente por largos años. También fue correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid; de la de los Arcades de Roma, en ésta con el nombre de Glionte Tirio; del Colegio Heráldico de Roma, y del Consejo Heráldico de Francia, y también perteneció como miembro a otras instituciones de cultura nacionales y extranjeras.

Ajeno a toda ostentación, costó cierta insistencia que permitiera al Instituto de Investigaciones Estéticas publicar su extensa bibliografía en 1961, la que, adicionada por don José Miguel Quintana, volvió a editarse cuatro años después por el *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Cuanto hemos dicho hasta aquí, y más que podría agregarse, es tan sólo el marco de referencias biográficas dentro del cual se encuentra su obra de escritor, de historiador y de crítico de arte.

Nos duele la desaparición del entrañable amigo, mas por el respeto y admiración que le guardamos, y para completar el perfil de don Manuel, nos interesa especialmente revisar su obra, así sea superficial y brevemente, porque es ella por sí misma la que le da un lugar distinguido en nuestra cultura. No es tarea fácil enterarse de cuanto escribió, ni abarcar su obra por entero con profundidad; ése es trabajo que hemos de dejar para otra ocasión; por ahora, extendamos la mirada siquiera a las variadas disciplinas y temas que trató a lo largo de su vida, todo lo cual merece otro tiempo de estudios. Así pues, basándonos en su bibliografía, es posible caer en cuenta, gracias a una breve labor estadística, de cuáles fueron los temas en que se ocupó mayormente, o a cuáles disciplinas contribuyó con sus trabajos.

Su primer artículo, en 1905, fue de carácter bibliográfico; siguió más tarde, la *Bibliografía de los cronistas de la Ciudad de México* (1926) y el "Ensayo bibliográfico de la pintura en México durante la época colonial"; pero interesa en especial su opúsculo sobre *La biblioteca de Luis Lagarto* (1950), tanto por tratar del excelente miniaturista del siglo XVII, vecino de Puebla, como por el sentido que don Manuel le dio. En efecto, el inventario de los libros va precedido de un estudio sobre el arte, la familia y la librería del pintor, con objeto de poner en relación los intereses del artista con sus libros, ya que, dice: "Demuestran... que Luis Lagarto era hombre de amplia cultura y marcado buen gusto literario".

A la *Heráldica* le dedicó don Manuel no menos de nueve trabajos específicos, si bien en otros estudios históricos sus conocimientos en esa disciplina, tan raramente cultivada, se manifiestan en relación con diversos personajes. Salvo algunos estudios de carácter especial, su interés está centrado en la Nueva España, en las armas de los conquistadores y en los títulos nobiliarios de las familias mexicanas.

Otro aspecto de los intereses del historiador es la *Genealogía*, en donde fue uno de los pocos estudiosos que le han prestado atención. Sus trabajos se refieren a personajes o familias mexicanas de la época colonial, algunas emparentadas con don Manuel; destaca su estudio sobre *Hernán Cortés, sus hijos y nietos, Caballeros de las Órdenes Militares*, que mereció una reedición (1ª 1919, 2ª 1944). Mas, con el buen sentido de historiador que tuvo don Manuel, siempre puso en relación los datos con la vida y, así, sus estudios genealógicos tienen por interés las biografías, de las cuales escribió varias de personajes de la Nueva España, algunos, repito, pertenecientes a su propia familia.

Se ocupó también de las "Órdenes Militares en México"; de la de Malta, de la cual fue Caballero como ya anotamos, y tiene especial interés su trabajo sobre "La guardia de alabarderos de los Virreyes de la Nueva España".

Asimismo, pocos son los estudiosos que se han dedicado en México a la *Numismática*, disciplina en que don Manuel fue experto y sobre la cual publicó

buen número de trabajos que abarcan nuestra historia moderna, desde la Nueva España, "Los tlacos coloniales", hasta el México Independiente, "El peso de Victoria", "El peso de Maximiliano" y de manera especial se ocupó en "Las monedas de la Revolución"; escribió interesantes estudios sobre la "Moneda henequenera"; las "de necesidad, de Michoacán", y la de Colima, y todo lo resumió en un artículo titulado "Cuatro siglos de moneda mexicana" (1936).

Acerca de otras historias y artes no mexicanos escribió don Manuel algunos ensayos. De la *Historia europea* sobre "Los árcades de Roma", "Los duques de Norfolk", "El barón de Ripperdá" y "La pompa imperial". Dos artículos encontramos sobre *Pintura europea*, "El retrato de doña Ana de Austria", por Carreno de Miranda, que pertenece a nuestras colecciones del Museo de San Carlos, y "Retratos reales que se han perdido", entre ellos el de Carlos V, de Tiziano, que pereció en el incendio del Palacio Virreinal de México durante el siglo XVII. También escribió sendos artículos sobre "Bronces del antiguo Japón" y sobre "Miniaturas persas", ambos relativos a la *Historia de las artes orientales*.

Nociones de Literatura Castellana tituló un opúsculo que apareció en 1926 y que, ampliado, se publicó en Boston el año siguiente. En inglés compuso *Una breve antología de prosa mexicana*, con notas biográficas de los autores, que fue editada en Stanford, California (1928), para difundir en páginas selectas el conocimiento de nuestros valores literarios.

La literatura fue uno de sus intereses, amén de algunos escauceos previos; en 1922 publicó la primera edición de *La puerta de bronce y otros cuentos*, que por segunda vez fue editada en 1957. Es una interesante colección de relatos que hoy día entran con honor en el género que se llama literatura fantástica; su lectura es muy atractiva, pues, con la sencillez característica de su pluma, cada uno de los cuentos está construido de manera que lleve al lector en suspenso al desenlace final; son de carácter romántico y en ellos surgen los ambientes del México de nuestros abuelos, mas todos tienen un acento macabro, inusitado en un escritor como don Manuel, quien dejaba libre su imaginación recreando en el misterio del "más allá".

También escribió pequeñas obras teatrales y algunas de ellas fueron reunidas en un volumen que tituló *Teatro breve* (1956). Salvo una de ambiente antiguo que es trágica, "La confesión" se llama, las cinco restantes se desarrollan en nuestro tiempo y, no obstante, tienen —menos una, "Intuición", en que luce su ironía y humorismo—, un sentido fantástico, macabro, o tragicómico; inclusive en alguna, "Luciferina", entra en juego el sueño y por medio de él se cuela "el otro mundo", dejando al lector abierta la cuestión de si "la vida es sueño", todo en plan de comedia que hace recordar algunas obras breves de Pirandello. Como sus cuentos, sus piezas teatrales están compuestas de manera que tengan un dramático final, o bien en alguna, "Casa de huéspedes", que el drama se

resuelva en buen humor. Ciertamente don Manuel tenía aptitudes de dramaturgo y con ellas iban su sentido de gracia y de imaginación.

Entre las varias traducciones del francés y del inglés que realizó, se encuentran las de obras de autores como Keats y Lord Dunsany; del primero, *La bella dama sin piedad*, y del segundo, *Los enemigos de la reina*; de Andersen tradujo *El ruiseñor*, y de Middleton *Los hijos de la Luna*.

No se ocupó mucho en hacer recensiones, pero a lo menos escribió unas diez y seis, casi todas referentes a estudios sobre arquitectura, obras de arte y de artes menores, que fueran uno de sus intereses importantes.

Don Manuel Romero de Terreros leyó su Discurso de ingreso en esta Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, el 22 de abril de 1919, en su recepción como individuo de Número de la misma, y el tema que trató fue original: "El estilo epistolar en la Nueva España", del cual presentó varias muestras y acertadas consideraciones. En su excelente discurso dice algo que explica el porqué de sus afanes de historiador: "La afición decidida que (tengo) a la historia de Méjico —escribió— especialmente en lo que se refiere a los tres siglos coloniales. Es indudable que la sangre hispana, que heredé de mis mayores, háceme ver con simpatía todo cuanto a la Madre Patria se refiere, y por eso, he dedicado mis modestos estudios a aquella época en que la Nueva España se llamaba con orgullo hija predilecta de la Vieja".

Lo anterior parece el prólogo más adecuado a la parte de su obra que en seguida hemos de considerar, pero antes queremos recoger otras palabras del mismo Discurso que explican también la conciencia de su propio estilo de escritor, pues al referirse a una carta del Conde de Regla lo alaba diciendo: "En ella, ni la hipérbole ni el gongorismo tienen cabida: al contrario, la sobriedad y la sencillez son sus mejores galas"; no obstante tal gusto en cuanto al lenguaje, don Manuel fue capaz de estimar y aun de entusiasmarse por nuestro arte barroco y es que, en verdad, supo distinguir entre el objeto de su admiración y la forma de escribir sobre él.

Considerados sus trabajos sobre el pasado colonial se advierten tres grupos de ellos: el primero sobre temas variados de Historia política, que incluye cerca de ochenta estudios breves; el segundo se refiere a otros tantos "bocetos", como él los llamó, de la vida social de la Nueva España; y el tercero, igualmente numeroso, sobre otro aspecto en el que fue autoridad: el arte en México durante el Virreinato.

Parece conveniente explicar el modo, que constituye un método, con que don Manuel escribió sus estudios históricos. Salvo excepciones, casi todos fueron concebidos para ser publicados en diarios y revistas, de éstas algunas de carácter informativo y de divulgación y otras especializadas, técnicas y científicas. Más tarde recogió en volúmenes distintos buena parte de sus artículos. Ahora bien, esa manera de expresión, lejos de ser censurable, cuenta con representantes

ilustres, de los cuales mencionaremos sólo dos, a José Ortega y Gasset, en España, y a Antonio Caso, en México, si bien podría formarse una larga lista. Esa manera convenía al modo de ser de don Manuel y lo obligaba a la brevedad de sus escritos, lo que él mismo, por su modestia, consideraba una cualidad. Mas esto no quiere decir que sus estudios carecieran de información y, en muchos casos, de investigación; por el contrario, siempre se puede depender de los muchos datos, inéditos en su mayor parte, y de los documentos que dio a conocer. Pero como tuvo un auténtico sentido literario, sabía sintetizarlo todo y expresarlo en forma clara y atractiva, lo que añade un alto valor a sus estudios, que tienen la cualidad de interesar a toda clase de lectores: al estudioso de la historia por su novedad y buen sentido, y al público en general por lo ameno de la narración. Ciertamente recuerdan a otro historiador mexicano, don Luis González Obregón, quien tuvo intereses semejantes a los de don Manuel, y quien prologó uno de sus libros. Entre ambos nos descubrieron muchos aspectos desconocidos u olvidados de nuestro pasado.

Don Manuel publicó varias series de artículos bajo títulos generales: "Cosas que fueron", es uno de ellos, "Viejos libros, viejos papeles", es otro, y para sus bocetos de la vida social, uno más, en latín: "Ex Antiquis".

En cuanto a los estudios que pueden agruparse en la Historia política, considerada ésta en un amplio sentido, se refieren a muy diversos temas. A Hernán Cortés y a sus descendientes les dedicó varios trabajos, otros a don Vasco de Quiroga, a algunos de los Conquistadores, a los bergantines y a la encomienda de Martín López, a los Corregidores, a los Cronistas de la Ciudad de México, a los Virreyes y a otros personajes, como los Condes de Regla y a los Terreros, siendo Pedro, uno de ellos, el primer español que pisó el continente americano. Otros temas son curiosos e inusitados, como el de la estación de bomberos en el siglo XVIII, la primera historia del desagüe de México, un bibliófilo en el Santo Oficio, un quilatador mexicano, un intento pecuario, el primer mexicano en Inglaterra, un inca en México, un catecismo testeriano, coleccionistas de otros tiempos, y aun se ocupa de las guías de forasteros, de los billetes del Monte de Piedad, de las tarjetas de visita, del estilo epistolar y de otros muchos asuntos. Son de particular interés ciertas "estampas", como la de la Villa de Guadalupe en la segunda mitad del siglo XVIII, la celebración de los plateros de la Jura de Carlos IV, la calle del Reloj y la Plaza Mayor en 1729. Un trabajo se refiere al origen de la ciudad y puerto de Tampico y otro más sobre un proyecto de independencia de México. Ya se ve por las muestras anteriores que no hubo aspecto, por desdeñable que pudiera parecer, que no incitara la curiosidad y el interés del historiador.

Por el justo concepto de la historia que tuvo don Manuel, para él historiar era tanto como recrear la vida del pasado, no entregar datos en abstracto. Así, parece natural que le interesara particularmente la vida social en la Nueva

España; es, en verdad, uno de los pocos estudiosos que nos han dado multitud de aspectos desconocidos que él mismo llamó modestamente “menudencias de nuestra historia”, pero que integran una visión verdadera, y por demás atractiva, de la vida de entonces. Si bien sus trabajos fueron publicados como artículos, la mayor parte de ellos quedaron reunidos en cuatro volúmenes: *Bocetos de la vida social en la Nueva España* (1ª ed. 1919, 2ª ed. 1944), *Siluetas de antaño* (1937), *Cosas que fueron* (1937) y *Apostillas históricas* (1945). Tiene especial interés que don Manuel haya fijado su atención en las virreinas, aspecto poco o nada considerado antes de él, y del cual dice don Luis González Obregón en el prólogo a los “bocetos”: “...asistimos a las reuniones en Palacio; las acompañamos en los paseos campestres; vamos a orar con ellas a los templos; les damos el pésame en sus pesares, y somos testigos aun de ciertas cosas íntimas”. Tal es, en efecto, el poder evocador de don Manuel, quien dedicó otro grupo de estudios a “procesiones y paseos”, en los que nos lleva al Santuario de Guadalupe, a presenciar la imposición de borlas doctorales en la Real y Pontificia Universidad, a los funerales del Marqués de Casafuerte y a tantos otros eventos más. La última serie tiene por título “El gran mundo colonial” y, como dice don Luis: “qué mayor alegría me puede proporcionar el Señor Romero de Terreros... edificándome con la piedad de los virreyes... presentándome al Excelentísimo Señor don Fernando de Valenzuela, el llamado *Duende*... contándome al oído el enredo matrimonial con la famosa «china»... poniéndome en relación con los Borda y otros potentados señorones... llevándome a los besamanos y saraos... y a la toma de hábito y cruzamiento de un Caballero de la Orden de Santiago... y al fin rematando con la deliciosa presentación de cuatro damas hermosísimas, «Venus» y las «Tres Gracias», o sean la famosa «güera» Rodríguez y sus tres hijas, y refiriéndome después los detalles picarescos y las murmuraciones embozadas a que dieron margen ella y ellas por sus hechos y dichos”. También trató don Manuel tradiciones y leyendas; entre las primeras “los Nacimientos” y “Cuadros de Navidad”, y entre las segundas, “Relojero y asesino” y “La Madre Mariana”.

Todo lo anterior constituye algo así como la que llaman los franceses *la petit histoire*, mas no por ser eso, antes al contrario, deja de integrar la historia de la Nueva España.

Vengamos ahora a considerar brevemente, porque el asunto requiere estudio especial, uno de los aspectos más importantes de la obra de don Manuel, nos referimos al Arte Colonial, o sea el de la Nueva España.

Fue don Manuel uno de los primeros estudiosos mexicanos que se interesaron en nuestro Arte Colonial; cuando apenas si se iniciaba su revalorización, él contribuyó a ella oportunamente, desde la segunda década del siglo, con sus trabajos históricos y críticos, guiado por un sentido estético que hemos tratado de caracterizar en otro sitio, en *El retablo de los reyes*, 1959. Decíamos allí que

el fondo de su gusto era clasicista, pero que el crítico fue subyugado auténticamente por el licencioso arte barroco y el churriguera mexicano y, como por paradoja, si bien supo estimar algunas obras neoclásicas, el estilo, en general, le pareció que adolecía de cierta frialdad e insipidez. Esta posición que dijéramos ecléctica, mucho le honra, ya que pudo abrir su comprensión a diversas posibilidades; por otra parte, insistió en que el churriguera mexicano es distinto del español.

En 1916 publicó en forma de libro sus primeros "apuntes", como les llamó, sobre *Arte Colonial*; dos años después apareció un segundo volumen y otro, tercero y último, en 1921. Reunió en esos pequeños volúmenes diversos estudios, algunos publicados antes como artículos, práctica que continuó siempre entre unos libros y otros. En 1922 vio la luz su *Historia sintética del Arte Colonial*, en la cual organizó anteriores y nuevos estudios, de manera que pudiera seguirse el asunto cronológicamente; pero, a la vez, dividido según las varias artes: Arquitectura, Escultura, Pintura y Grabado; añadió un capítulo totalmente novedoso, las Artes Industriales, que lo habían atraído desde un principio. Al siguiente año publicó un volumen especial dedicado al tema: *Las artes industriales en la Nueva España* (1923). Este libro hasta la fecha no tiene paralelo, pues nadie se ha ocupado después de él en estos aspectos que tanto enriquecen la visión del Arte Colonial. En 1951 apareció *El Arte en México durante el Virreinato*, que, según don Manuel mismo dijo en la Advertencia, "es una nueva versión de nuestra *Historia sintética del Arte Colonial*", si bien ampliada y puede considerarse como el resumen de sus conocimientos. Mas, aparte de esas obras, quedan numerosos artículos sobre variados temas no recogidos en volumen. Las intenciones de don Manuel quedaron explícitas en la Introducción de la *Historia sintética*, pues escribió: "...admirador, como el que más, de las bellezas plásticas que nos legaron nuestros antepasados, he deseado coadyuvar a su estudio, con este epítome", y con su acostumbrada modestia agregó: "Ojalá que, a pesar de sus errores y omisiones, sirva de estímulo para estudiar y amar el arte colonial. ...".

En lo que se refiere a la *Arquitectura* de la Nueva España, don Manuel se interesó más por la civil y la campestre que por la religiosa, y también lo hizo por las obras de ingeniería hidráulica, como los acueductos. Parece natural que habiéndose ocupado en la vida social, lo hiciera asimismo en la arquitectura en que aquélla se desarrolló. Como ejemplo de sus estudios sobre residencias coloniales cabe considerar su trabajo sobre *Una casa del siglo XVIII en México, la del conde de San Bartolomé de Xala* (1957), modelo de monografía que incluye los inventarios de cuanto hubo en ella. Conexo al tema de las residencias está el de *Los jardines de la Nueva España* (1945), y las *Fuentes virreinales* (1967)* que fue uno de sus últimos trabajos. Publicó, además, un volumen sobre las *Antiguas haciendas de México* (1956), en el que considera algunos

casos del mayor interés; el tema, como otros que trató, era una positiva novedad. Sus varios artículos sobre los acueductos quedaron recogidos y aumentados en el volumen *Los acueductos en la Historia y en el Arte* (1949), un caso más de la originalidad del historiador y de su sentido estético. Por supuesto que escribió buen número de estudios sobre arquitectura religiosa, de aquellas obras vetustas que su amor lo llevaba a visitar: Acolman, Tepotzotlán, Tepeyanco, Atlatlahcan, Ozumba, Huexotla, Ayotzingo, Acatlán, y tantos otros monasterios e iglesias de que supo hablar con buen sentido crítico y erudición. Para el IV Centenario de la Universidad de México, escribió una monografía sobre *La iglesia y convento de San Agustín* (1951), ahora Biblioteca Nacional. De Francisco Eduardo Tresguerras escribió una breve biografía, la primera que existe del ilustre arquitecto neoclásico.

No menos de veinticinco trabajos consagró don Manuel a la *Pintura Colonial*, de la que fue experto conocedor y excelente crítico; su acierto mayor en este campo fue haber identificado una serie de obras importantes como de *El pintor Alonso López de Herrera* (1934), entre ellas la espléndida tabla con *La Asunción de la Virgen*. En su estudio sobre la pintura anónima de *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII* (1946), cuadro de grandes dimensiones que perteneció a la Colección Alcázar y que ahora se encuentra en el Museo de Historia de Chapultepec, vertió no pocos conocimientos; y fue don Manuel quien escribió primero que otros sobre el gran cuadro de *La Plaza Mayor de México en el siglo XVII*, de Cristóbal de Villalpando, que se conserva en Inglaterra. Su último trabajo, publicado apenas antes de morir, fue sobre una pintura de la *Misión de San Sabás en la Provincia de Texas* (1967).

Varios trabajos dedicó don Manuel a la *Escultura*, que resumió en unos *Breves apuntes sobre Escultura Colonial de los siglos XVII y XVIII* (1930), que más tarde publicó en inglés la *Gazette de Beaux-Arts*. En cuanto al arte del *Grabado*, su investigación más importante está contenida en el volumen *Grabados y grabadores en la Nueva España* (1948), pero descubrió algunas obras aisladas de gran interés artístico e histórico. El *Grabado en buco* no podía menos que interesarle, ya que la numismática le había atraído; así, también publicó algunos estudios sobre medallas coloniales y uno acerca del gran medallista neoclásico Jerónimo Antonio Gil, a quien puede considerarse fundador de nuestra Academia de San Carlos.

Lamento tener que abusar un poco más de vuestra atención, y pido mil perdones, pero no puedo dejar de mencionar siquiera los trabajos de don Manuel sobre nuestro siglo XIX. Como en el caso de la Nueva España, del México independiente se ocupó en la *Historia Política y Social*. Veinte trabajos escribió sobre Agustín de Iturbide, su Corte, su familia, su Coronación, la Orden de Guadalupe, el destierro; en conjunto forman una interesante visión del Primer Imperio. También escribió sobre las veleidades de Santa Anna, Maximiliano y

su Corte, y los funerales de Juárez. Prologó la traducción de *La vida en México*, de Mme. Calderón, por Enrique Martínez Sobral (1920) y el mismo prólogo antecede la edición inglesa de Everyman's Library (1954). Fue el único historiador que se ocupó del famoso Jockey Club de México, que estuvo en la Casa de los Azulejos.

Don Manuel supo gustar y estimar con mirada crítica el arte y en especial la pintura de nuestro siglo XIX; a José María Velasco lo consideraba un gran paisajista, como lo es, pero escribió un extenso trabajo sobre *Los paisajistas mexicanos del siglo XIX* (1943). También se ocupó de la obra del Barón Gros, hijo del gran artista francés, quien estuvo en México, y de Daniel Thomas Egerton, quien de sus dos largas visitas a nuestro país, en el cual perdió la vida, dejó una copiosa obra, en su mayor parte poco conocida, y todavía publicó un artículo sobre Mateo Saldaña, pintor del siglo XX.

No obstante esta especie de sucinto inventario que hemos hecho de la obra de don Manuel Romero de Terreros, con objeto de poner de relieve sus méritos, por demás indudables, apenas si hemos logrado sugerir una evocación y recordatorio de algunos de ellos; quedan pendientes los estudios que deben hacerse sobre tan multifacético e importante historiador y escritor que ganó con su pluma, como los buenos, la fama de hombre culto y erudito y el respeto y la admiración de sus lectores, como también el afecto profundo de cuantos nos honramos con su amistad.

Su muerte, acaecida el 18 de abril de 1968, marca la desaparición de uno de los últimos mexicanos representativos de ciertas tradiciones y de toda una época.

La Academia Mexicana, correspondiente de la Española, rinde homenaje en esta solemne ocasión a la memoria de don Manuel Romero de Terreros y Vinent, quien dio notable lustre a la cultura y a las letras de nuestro país.

ORACIONES FÚNEBRES

La Asamblea General de la Iglesia de Cristo, al celebrar la memoria del difunto, debe tener presente que la oración fúnebre es una de las formas más importantes de la vida espiritual y que, por lo tanto, debe ser tratada con la máxima solemnidad y respeto.

Esta oración fúnebre debe ser una expresión de fe y esperanza, una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección.

El propósito de esta oración es que el alma del difunto, desconsolado y afligido, encuentre paz y descanso en el seno de Dios. El propósito de esta oración es que el alma del difunto, desconsolado y afligido, encuentre paz y descanso en el seno de Dios.

Diferente es la oración fúnebre que se hace por un difunto que ha muerto en la plenitud de la vida y en la plenitud de la fe. Esta oración fúnebre debe ser una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección.

Por lo tanto, la oración fúnebre debe ser una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección.

La oración fúnebre debe ser una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección. Debe ser una oración que sea una declaración de la fe en la vida eterna y en la resurrección.

La Asamblea General de la Iglesia de Cristo, al celebrar la memoria del difunto, debe tener presente que la oración fúnebre es una de las formas más importantes de la vida espiritual y que, por lo tanto, debe ser tratada con la máxima solemnidad y respeto.

ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA POR EL LIC. SALVADOR AZUELA
EL 6 DE OCTUBRE DE 1965, EN NOMBRE DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA, EN LOS FUNERALES DEL DR.
MANUEL GONZÁLEZ MONTESINOS

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española pierde a uno de sus miembros ilustres. Pocos nativos de esta tierra, con los méritos de Manuel González Montesinos para ocupar una silla de académico.

Gran laborioso, todavía hace unos cuantos días el diario capitalino *Novedades* publicó sus últimas reflexiones lingüísticas. Fue un inteligente adalid de la pulcritud de la lengua castellana. Habrá que reunir y ordenar su abundante obra literaria, dispersa en la prensa.

El seudónimo de *Dómine*, que él hizo famoso, desconcertaba a quienes al conocerlo personalmente descubrían, con el mismo ingenio de sus escritos, la llaneza y la cordialidad en el trato.

Defendió a la Universidad Nacional, cuando ser universitario implicaba responsabilidad y riesgo. Tuve con él diferencias en querellas políticas de nuestra Casa de Estudios. Ahora, en este doloroso momento, me complace rendir homenaje a su probidad.

Fundamentalmente cristiano, asimiló lo mejor de la filosofía estoica y del pensamiento epicúreo. Sus empeños nobilísimos de escritor y de catedrático, que sus compañeros, amigos, lectores y discípulos reconocen con fervor, no le impedían adornar con guirnaldas de rosas la frente de la vida.

La cultura francesa contribuyó a la formación de González Montesinos, pero nunca perdió la recia raíz española. Era una síntesis singular de las virtudes de Don Quijote y de Cyrano de Bergerac. La caballería de González Montesinos dirige su vida y le permite superar las diferencias entre las armas y las letras, por una cabal adecuación de la conducta con el pensamiento.

La Academia Mexicana despidе al espejo de caballeros, al escritor, al catedrático, al amigo, al hombre bueno.

PALABRAS ANTE LA TUMBA DE CELESTINO GOROSTIZA

Tócame en suerte, pronto hará siete años, contestar tu discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, y darte así la bienvenida al seno de la Corporación que hoy me asigna el doloroso deber de despedirte en su nombre; de pronunciar frente al definitivo lugar de tu descanso, las palabras que depositamos sobre la tierra mexicana que va a cobijarte, como una ofrenda de dolor y cariño.

No ha sido, empero, la Academia el único sitio de nuestra coincidencia en la vida. Le precedieron años felices de alerta mocedad en que nuestra generación de soledades se enriqueció con tu compañía, anudó amistad imperecedera y avizoró desde el trabajo común el rico futuro a que tu devoción y tu talento conducirían para bien de México a aquella forma de la creación artística a que te consagraste desde un principio: el teatro.

En él nos dejas, al partir, una obra cumplida: personal de creación; de enseñanza y orientación para muchas generaciones de actores, autores y directores; de servicio a la Patria en el limpio, fiel e inteligente desempeño de las tareas que ella encomendó a tu madurez.

Nos legas un ejemplo de probidad, de discreción, de bondad, de inteligencia y de cultura ejercidas siempre para el bien, nunca con aristas hirientes.

No has vivido en vano. Dentro del dolor con que hemos venido a despedirte tus hermanos, tu esposa, tu hija, tus nietos, tus viejos amigos y los discípulos cuya vocación fomentaste, a todos nos conforta la certidumbre de que al caer el telón de la tierra sobre este último acto de tu vida, deberemos a tu imperecedero recuerdo la catarsis con que tu partida ha ungido a nuestros corazones. Descansa en paz.

México, 12 de enero de 1967.

SALVADOR NOVO

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR JAIME TORRES BODET
EN REPRESENTACIÓN DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPON-
DIENTE DE LA ESPAÑOLA, EN EL SEPELIO DEL SEÑOR DON JOSÉ
MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA

Con emoción y recogimiento, venimos a inclinarnos frente a los restos mortales de quien supo ser un excelente prosista, un investigador incansable, un ejemplar amigo y un hombre libre, fino, digno y cabal: José María González de Mendoza.

Lo conocí hace muchos años, cuando ambos principiábamos el aprendizaje de nuestro oficio de escritores. Tuve, después, el privilegio de que me acompañase en no pocas tareas, dentro y fuera de la diplomacia. Lo recuerdo en Europa, durante los primeros meses de la guerra desencadenada en 1939. Y, luego, como Consejero de la Embajada de México en Francia, de 1954 a 1958. Siempre fue un colaborador diligente, hábil, sagaz, patriótico, acostumbrado a colocar —sobre todas las aspiraciones personales— la entrega absoluta al servicio público. Y, al mismo tiempo, continuó siendo el literato entusiasta, el conocedor impecable de muchas de las pesquisas que interesan al escritor, el caballero sin tacha que todo lo ofrecía y no pedía nada a cambio de lo que daba; nada, sino el aliento de la comprensión y el estímulo del concurso para seguir luchando por la verdad.

Maestro de muchos jóvenes, servicial para los pequeños y para los que se figuran no serlo tanto, discreto y tenaz como pocos, el tiempo nunca le faltó para ayudar a quienes, a su juicio, merecían la ayuda de su talento, noble y genuino.

A las cualidades del hombre de letras, unió las mejores virtudes del hombre: la sencillez, la bondad y la rectitud, el respeto de la justicia, la fidelidad a la palabra empeñada, el valor —siempre renovado— en el cumplimiento de su deber.

La Academia Mexicana de la Lengua, en cuyo nombre hablo ahora, tiene que agradecerle una cooperación eficaz, incesante y regida, en todo momento, por un supremo desinterés.

Las letras pierden a un servidor abnegado, firme y austero. Y sus compañeros deploramos la ausencia de quien, por el espíritu, continuará en nosotros, como una lección de perseverancia: de la perseverancia que demostró, sin descanso y sin vanidad, a lo largo de una vida clara y auténtica.

Presentamos nuestra condolencia más afectuosa a su viuda, Doña Concepción Freyre de González de Mendoza, así como a sus deudos lejanos. Y hacemos votos por que el inolvidable y cordial amigo descanse en paz.

México, D. F., 11 de abril de 1967.

PALABRAS DE SALVADOR NOVO PRONUNCIADAS EN NOMBRE DE
LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA, EN EL SEPELIO DEL DR.
ÁNGEL MARÍA GARIBAY K., EL 20 DE OCTUBRE DE 1967

Cumplo el doloroso deber que me impone la Academia Mexicana de la Lengua, al despedir en su nombre y con palabras que la más viva emoción dificulta emitir, a su miembro más querido y más eminente: al que deja en nuestra Corporación el hueco abierto por su ausencia definitiva en el corazón de esta Patria que él amó y sirvió con la altura de su sabiduría y la generosidad de su alma.

Nadie como él penetró e hizo suyas, para transmutarlas en vida y proyectarlas hacia el mejor futuro de México; para que en él volvieran a florecer; para que su savia nutriera nuestro mestizaje y propiciara nuestra más digna universalidad, las raíces profundas de nuestra cultura.

De la estirpe de los claros varones que en el siglo XVI realizaron con amor la fusión de la cultura de occidente con la sabiduría de los pueblos nahuas, el Padre Garibay supo trascender la obra humanística del único con quien se puede comparar la que él cumplió: del Sahagún que el Padre Garibay editó, y a cuyos informes rindió permanente tributo.

Deja el Padre Garibay, sobre el tesoro de su sabiduría depositado en libros que honran y enriquecen a nuestras letras, el legado precioso de su ejemplo: el ejemplo de una vida de asiduo trabajo no interrumpido sino en el último instante. No hubo para él día sin línea, aurora sin horizonte. Tiempo y espacio fueron, sin límites, el ámbito a que asomó su indagación, que llenó con el fervor de un corazón que palpitaba al ritmo de todas las formas en que el Hombre ha manifestado la esencia de su divinidad sin fronteras.

Ahora entregamos, transidos de dolor, su cuerpo a la tierra. El surco que lo aloje recibe la más noble semilla. Se ha ido a la tierra del rojo y el negro, en pos de la suprema sabiduría. Pero en nuestro recuerdo, como en el cielo de nuestra Patria, vemos ascender y fulgir, abillantado por nuestras lágrimas, faro y guía, el astro inmarcesible de su corazón.

DON MANUEL ROMERO DE TERREROS, MARQUÉS DE SAN FRANCISCO,
EN SU PARTIDA

Por don FRANCISCO MONTERDE

Noble, por la nobleza que más trasciende, la del espíritu, aun antes de heredar el marquesado, con el blasón del cual formó su ex-libris; desdeñoso de los bienes de fortuna que fueron argentino caudal en sus antepasados, los fundadores piadosos, él supo dar lustre al título, con la pluma.

Se apartó de lo material que mueve a codicia, y prefirió conservar aquél, con los honores que correspondían a su alcurnia y al sello de su limpia sangre.

Formado en universidades prestigiosas, dentro del humanismo, la poesía dramática le atrajo desde la mocedad; tornó a ella en el otoño, cercano ya su invierno, para hacer que floreciera la sonrisa, con las donosuras del comediógrafo, en juguetes fácilmente dialogados.

Cultivó después la narración, en relatos alígeros —como “El papagayo de Huichilobos”— que reunió en un volumen: aquel de *La puerta de bronce*, dignamente reimpreso.

Más tarde, siguió los caminos de la historia y de la crítica de arte; como investigador acucioso, revivió la existencia de otros días y exaltó la belleza del pasado, en hechos y cosas que, sin él, quizás olvidaríamos ahora.

La gravedad que llega con los años y la urgencia de especializarse en determinados estudios, le impusieron otras disciplinas en las que descolló aun fuera de la patria.

Recordemos al numismata que disfrutó, hasta el fin, de una autoridad reconocida mundialmente: a él se acudía para consultarle sobre medallas y monedas, no sólo mexicanas, y cuanto a unas y otras se refiere, desde remotos países.

Era de aquellos varones —sabios sin que lo aparenten, porque la modestia los distingue— que comprenden dónde son necesarios, y se entregan abnegadamente a la actividad elegida.

En muchos, variados aspectos le pude apreciar, con un trato que su bondad hacía más fácil, desde que dirigió la Biblioteca del Museo Nacional de Historia.

A sus páginas, doctas y amenas; a su consejo y afable cortesía, acudí con frecuencia, y siempre obtuve de él la orientación, el informe que deseaba.

En ese balance que involuntariamente hacemos, al perder a un amigo, un admirado colega, el saldo estará siempre a su favor: lo ganó con creces.

Daré un ejemplo de su gentileza: cuando me atreví a rectificar una afirmación suya, acerca del primer torneo habido en la Nueva España, él mismo envió a una revista de historia mi artículo, para que lo publicara. Así me encauzó por ese rumbo.

En la Academia Mexicana —que, como decano entre los académicos de número, presidió cuando le era posible hacerlo— sus contribuciones fueron de gran eficacia, tanto en materia de filología como en cuestiones de historia.

En meses cercanos, cuando le pedimos informes sobre la casa —en que él vivió algún tiempo— sede actual de la misma Academia, respondió ampliamente.

Extremó su bondad al grado de ir a entregarme en propia mano los datos pedidos. Tengo presente el hecho, porque ya entonces cada uno de los pasos que daba le producía dolor, al cual siempre se sobrepuso.

Descanse ahora, de esas y las demás fatigas —de las terribles penas por desgarramientos filiales que sufrió con serenidad, ejemplarmente—, quien fue noble amigo: noble a la vez por el espíritu y la sangre: nuestro admirado colega don Manuel Romero de Terreros y Vinent, Marqués de San Francisco.

Por ellas y por sus generosas acciones, su recuerdo vive en nuestra mente; su memoria perdura entre nosotros.

18 de abril de 1968.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abreu Gómez, Ermilo, 71, 89, 91
 Acuña, Manuel, 191
 Ágreda, José María, 140
 Agüeros, Victoriano, 85, 96
 Aguilar y Marocho, Ignacio, 85, 96
 Alamán, Lucas, 132, 139
 Alarcón, Luis R., 48
 Alcalá, Manuel, 71
 Alcázar, Baltasar del, 32
 Alemán, Miguel, 68, 74, 76, 215
 Almeida Garret, Juan D., 112
 Altamirano, Ignacio Manuel, 49, 133, 134,
 136, 137, 138, 141, 218, 219, 220, 222
 Altolaguirre, Manuel, 36
 Alva, Rafael de, 180
 Álvarez Acosta, Miguel, 33
 Álvarez, Bernardino, 138, 139
 Álvarez, María Edmée, 50
 Allan Poe, Edgar, 28, 169
 Anacreonte, 32, 217
 Anaya Solórzano, Soledad, 50
 Andersen, Juan C., 291
 Apollinaire, Guillermo, 15
 Aquiles, 57
 Aquino, Tomás de, 162
 Arango y Escandón, Alejandro, 73, 76, 84
 Aristóteles, 19, 88, 261
 Arnáiz y Freg, Arturo, 135
 Arrio, 30
 Asturias, Miguel Ángel, 258
 Atl, Doctor (Gerardo Murillo), 12
 Azorín (José Martínez Ruiz), 38
 Azuela, Salvador, 6, 27, 72, 100, 209, 283,
 299

B

Badillo, Basilio, 210
 Balbuena, Bernardo de, 173
 Ballescá, Santiago, 223
 Baranda, Joaquín, 84
 Baroja, Pío, 180
 Barra, Francisco León de la, 220, 236, 239,
 240, 243, 244
 Barreda, Gabino, 86
 Barret Browning, Elizabeth, 183
 Barros Moreira, 242
 Bassoco, José María, 73
 Baudelaire, Carlos, 16, 18, 32
 Baz, Emilio, 136
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 193
 Beethoven, Ludwig van, 38, 46
 Bello, Andrés, 5, 75, 144, 145, 146, 148,
 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157,
 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165,
 166, 167, 168
 Bentham, Jeremías, 146
 Berceo, Gonzalo de, 172
 Bergson, Enrique, 87, 207
 Berkeley, Jorge, 146
 Bernard, Claudio, 127
 Blanco-Fombona, Rufino, 160
 Blásquez, Leopoldo, 243
 Boileau-Despréaux, Nicolás, 163
 Bolívar, Simón, 144, 160, 166
 Bonpland, Aimé, 144
 Bonifaz Nuño, Rubén, 9, 68, 71, 77, 98,
 218, 273
 Bouret, Vda. de, 133, 286
 Boutroux, Esteban Emilio, 87
 Brémond, Abate, 197
 Brillat-Savarin, Anselmo, 30
 Bryant, Arthur, 181
 Buchanan, William, 235
 Bulnes, Francisco, 227

Baco, 32

Bulnes, Gonzalo, 145
 Buonarrotti, Miguel Ángel, 12, 24, 29
 Burgoa, Javier de, 161
 Bustillos, José María, 180
 Bustos, Hermenegildo, 29
 Byron, Lord (Jorge Noel Gordon), 162

C

Caballero, Manuel, 227
 Cabrera, Luis, 246
 Calderón de la Barca, Pedro, 162
 Calderón de la Barca, Mme., 296
 Calvo, José, 49
 Camoens, Luís de, 112
 Campo, Ángel de, (Micrós), 136, 137, 138, 139, 141, 145, 179, 219, 222, 227
 Campoamor, Ramón de, 191, 198
 Campos, Rubén M., 140, 180
 Canale, Francisco C., 93
 Canales, María, 50
 Canseco, 242
 Cantón, Wilberto, 253
 Cardona, Francisco, 236
 Cardoso, Joaquín, 84
 Carducci, José, 218
 Caro, Miguel Antonio, 160, 161, 165, 166
 Carvajal y Rosas, Bartolomé, 240
 Carranza, Venustiano, 209, 246
 Carreño, Alberto María, 73, 78, 96, 135, 215
 Casares, Julio, 26
 Casasis, Joaquín D., 28, 84, 85, 96, 98, 179, 180, 181, 185, 186, 219
 Caso, Antonio, 73, 76, 84, 86, 96, 100, 124, 186, 210, 211, 292
 Caso, Concha, 50
 Caso, María, 50
 Castellanos, Abraham, 48.
 Castellanos Quinto, Erasmo, 68, 76, 84
 Castillo Ledón, Luis, 33
 Castillo Nájera, Francisco, 76, 94, 96
 Castro Leal, Antonio, 71, 76, 91, 183, 217, 218
 Castro, Leopoldo, 137
 Castro y Rossi, Adolfo, 28
 Catulo, Cayo Valerio, 32, 186

Cellini, Benvenuto, 12
 Cerdán, Jorge, 65
 Cernuda, Luis, 53, 194
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 30, 37, 45, 46, 75, 78, 79, 162, 190, 203, 204, 211, 288
 Cervantes de Salazar, Francisco, 141
 Cetina, Gutierre de, 189
 Cicerón, Marco Tulio, 135, 259
 Coloma, Luis, P., 259
 Colón, Cristóbal, 112, 199, 203
 Collado, Casimiro del, 76
 Contreras, Rafaela, 196
 Conzatti, Casiano, 48
 Cordero, Salvador, 76, 81, 102
 Cortés, Hernán, 289, 292
 Cortina, Augusto, 190
 Corona, Ramón, 225
 Correa, Alberto, 48
 Couto, Bernardo, 22, 104
 Cravioto, Alfonso, 28, 76, 85, 96, 100, 101, 134, 170, 171, 209
 Creel, Enrique, 235, 236
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 86, 110, 167, 191
 Cuauhtémoc, 134, 203
 Cuéllar, José Tomás de, 141, 219
 Cuevas Cancino, Francisco, 238
 Cuevas, Mariano, 124
 Cuervo, Rufino José, 75, 83, 160, 174

CH

Chávez, Esther, 285
 Chávez, Ezequiel A., 5, 85, 86, 124, 135, 137, 210, 211, 283, 284, 285, 286
 Chávez, Ignacio, 229
 Chávez, Ignacio Toribio, 284, 285
 Chávez, Noemí, 285
 Chávez, Samuel, 285
 Chávez, Tobías, 285
 Chocano, José Santos, 202, 205, 266
 Chopin, Federico, 32, 46, 138
 Chumacero, Alí, 71, 77, 91, 102

D

D'Annunzio, Gabriel, 180
 Dante Alighieri, 163, 195

Darío, Rubén, 5, 123, 176, 180, 181, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 205, 206, 207, 208
 Darwin, Carlos, 127
 Dávalos, Balbino, 5, 76, 85, 96, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 237
 David, 24, 135
 Dávila Garibi, José Ignacio, 5, 71, 78, 114
 Delille, Jacobo, 162, 163
 Degollado, Santos, 225
 Delgadillo, Daniel, 154
 Delgado, Juan B., 36, 76, 81, 96, 222, 223
 Delgado, Rafael, 57, 58, 68, 102, 222
 Díaz de León, Jesús, 80, 81
 Díaz del Castillo, Bernal, 133
 Díaz Dufoo, Carlos, 68, 89, 103, 178, 219
 Díaz, Leopoldo, 186
 Díaz Mirón, Salvador, 32, 45, 62, 66, 68, 205
 Díaz, Porfirio, 133, 220, 224, 225, 227, 235, 236, 239, 244, 245
 Díez-Canedo, Enrique, 184, 186
 Domínguez, Rafael, 80
 Duncan, Isadora, 213
 Dunsany, Lord, 291

E

Edwards, Emilio, 145
 Egaña, 155
 Egerton, Daniel Thomas, 296
 Elguero, Francisco, 100
 Elguero, José, 124
 Enríquez, Juan de la Luz, 48
 Escobedo, Mariano, 225
 Escobedo y Tinoco, Federico, 76
 Espinosa, Pedro de, 50
 Esquilo, 89
 Esteva Ruiz, Roberto, 237, 238
 Estrada Cabrera, Manuel, 196, 240, 241
 Estrada, Genaro, 97, 147, 217
 Eurípides, 89

F

Fabela, Isidro, 10, 11, 12, 21, 85, 96, 103, 210, 245

Felipe IV, 30, 213
 Felipe V, 174
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 127, 133, 138
 Fernández de Velasco, Juan, 30
 Fernández del Castillo, Francisco, 134
 Fernández del Castillo, Francisco, Jr., 27, 71, 93, 136
 Fernández Flórez, Isidoro, 218
 Fernández Granados, Enrique, 5, 32, 137, 214, 216, 217, 218, 219
 Fernández, Justino, 5, 9, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 71, 104, 287
 Fernández Ledesma, Enrique, 209
 Fernández Mac Gregor, Genaro, 42, 84, 85, 91, 96, 103, 123, 209, 210, 211, 213, 214, 215
 Flores, Manuel, 227
 Flores Magón, Ricardo, 127, 128
 Foppa, Alaide, 34
 Fort, Paul, 185
 Fóscolo, Ugo, 218
 Frías, Heriberto, 134, 223
 Froebel, Federico, 47

G

Galindo y Villa, Jesús, 138, 139, 140
 Gamboa, Federico, 5, 89, 96, 102, 123, 124, 126, 127, 128, 130, 131, 137, 139, 214, 219, 222, 223, 229, 236, 237, 238, 239, 244
 Garay y Katthain, Concepción de, 288
 García, Francisco Pascual, 85
 García, Genaro, 140, 286
 García Icazbalceta, Joaquín, 73, 79, 91
 García Lizalde, Eliseo, 133
 García Lorca, Federico, 44
 García Naranjo, Nemesio, 85, 89, 100, 101, 124, 135
 García Pimentel, Luis, 79
 Garcilaso de la Vega, 75, 189, 214, 270
 Garibay K., Ángel María, 5, 9, 21, 71, 77, 89, 91, 98, 185, 249, 260, 261, 262, 263, 265, 303
 Garza, Ofelia, 50
 Garrido, Juan, 138
 Garrido, Luis, 9, 42, 62, 72, 84, 146, 171, 177

Gauguin, Paul, 22
 Gautier, Teófilo, 183
 Gil, Jerónimo Antonio, 295
 Godoy, José F., 236
 Goethe, Juan Wolfgang, 32, 145
 Gómez de la Serna, Ramón, 43
 Gómez Mayorga, Mauricio, 39
 Gómez Morín, Manuel, 214
 Gómez Portugal, Jesús, 285
 Gómez, Rafael, 85
 Gómez Robledo, Antonio, 21, 71, 87
 Goncourt, Edmundo y Julio de, 127, 128
 Góngora y Argote, Luis de, 172, 191, 204, 217
 González Casanova, Pablo, 80
 González Guerrero, Francisco, 77, 91, 210
 González León, Francisco, 34
 González Martínez, Enrique, 36, 77, 93, 96, 124, 186, 213
 González, Victoriano, 48
 González de Mendoza, Concepción F. de, 302
 González de Mendoza, José María, 5, 71, 75, 188, 189, 218, 243, 249, 255, 256, 257, 258, 259, 301
 González Montesinos, Manuel, 5, 27, 28, 71, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 299
 González Obregón, Luis, 5, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 180, 292, 293
 González Ortega, Jesús, 225
 González Peña, Carlos, 42, 82, 91, 92, 103, 211, 218, 229
 González Rojas, Felipe, 30
 Gorostiza, Celestino, 5, 71, 89, 249, 250, 251, 252, 254, 300
 Gorostiza, José, 71, 77, 250, 251
 Goya y Lucientes, Francisco de, 15, 16, 204
 Granada, Luis de, Fr., 51
 Gros, Barón de, 296
 Güemes, Miguel María, 151
 Guisa y Azevedo, Jesús, 72, 170
 Gutiérrez Eskildsen, Rosario, 50
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 51, 52, 217
 Gustavo V, 186
 Guzmán, Francisco de P., 84
 Guzmán, Martín Luis, 71

H

Habsburgo, Maximiliano de, 127, 295
 Henestrosa, Andrés, 71, 91, 216
 Henríquez Ureña, Max, 180
 Henríquez Ureña, Pedro, 50
 Heredia, José María, 186
 Hermes da Fonseca, Mariscal, 242
 Hernández Palacios, Aureliano, 5, 54, 62, 63, 64, 65, 66, 68
 Herrán, Saturnino, 209, 213
 Hidalgo y Costilla, Miguel, 132
 Horacio, 30, 32, 161, 162, 163, 181, 185, 186, 269, 271, 272, 273, 274
 Horta, Manuel, 255
 Howard, Carlos, 30
 Huacuja, Daniel, 5, 27, 47, 71, 81, 114, 154
 Huerta, Victoriano, 243, 244, 245
 Hugo, Víctor, 32, 162, 184
 Humboldt, Alejandro, 132, 144, 160, 161

I

Icaza, Francisco A. de, 214
 Irisarri, Antonio José de, 155
 Irving, Washington, 42
 Isabel la Católica, 189
 Isaza, Emiliano, 157
 Iturbide, Agustín de, 295

J

Jiménez, Guillermo, 255
 Jiménez, Juan Ramón, 35, 40, 197
 Jiménez de Cisneros, Francisco, 212
 Jiménez Rueda, Julio, 82, 84, 90, 91, 96, 103, 218
 Juárez, Benito, 133, 212, 220, 225, 296
 Junco, Alfonso, 5, 71, 77, 108, 110, 123, 201, 229
 Junco de la Vega, Celedonio, 229

K

Kant, Emmanuel, 162
 Keats, John, 291
 Kent, 148, 162

Labastida, Pelagio Antonio de, 177
 Lagarde, Luis, 137
 Lampart, Guillén de, 134
 Landívar, Rafael, P., 164
 Lane Wilson, Henry, 239, 244, 246
 Lanne, Jesús, 224
 Laubscher, Enrique, 47
 Lavista, 284
 Leal, Manuel, 132
 Lenin, Nicolás, 128
 Lenormand, Henri-René, 252
 León, Luis de, Fr., 40, 46, 193, 270, 273, 274, 282
 León-Portilla, Miguel, 5, 9, 28, 71, 114, 169, 249, 260
 León Sánchez, Manuel, 133
 Leopardi, Santiago, 218
 Lerdo de Tejada, Miguel, 138
 Lerdo de Tejada, Sebastián, 68, 84, 96, 100, 133, 220
 Le Vasseur, 247
 Limantour, José Yves, 220
 Lira Urquieta, Pedro, 151
 Lisle, Alain de, 191
 Lombardo Toledano, Vicente, 214
 Longfellow, Enrique Wodsworth, 181
 Lope de Vega Carpio, Félix, 52, 162
 López, Antonio, 189
 López de Herrera, Alfonso, 105, 295
 López Mateos, Adolfo, 74
 López, Martín, 292
 López Méndez, Luis, 144
 López, Rafael, 135, 210
 López Portillo y Rojas, José, 5, 57, 58, 96, 102, 222, 223, 224, 244
 López Tarso, Ignacio, 188, 192
 López Velarde, Ramón, 34, 209, 213
 López y Fuentes, Gregorio, 210
 Lozano, José María, 100
 Louys, Pierre, 178
 Lumbholtz, Carlos, 178
 Luquín, Eduardo, 71

LL

Lloyd, Read, 60

Macías, José Natividad, 209
 Machado, Antonio, 36, 198
 Machado, Manuel, 28, 35, 41
 Madero, Francisco I., 133, 230, 244, 245
 Maeterlinck, Mauricio, 178
 Magdaleno, Mauricio, 71, 90, 126
 Malón de Chaide, Pedro, Fr., 173
 Mallarmé, Esteban, 196
 Manero, Antonio, 246
 Manrique, Jorge, 5, 188, 189, 190, 191, 192, 193
 Maples Arce, Manuel, 217
 Marañón, Gregorio, 31, 32, 68, 142, 143
 Marco Aurelio, 207
 Marín, Federico, 33
 Mariscal, Ignacio, 84, 95, 179, 219, 236, 238
 Martens, Federico, 148
 Mateos, Juan A., 223
 Martí, José, 20, 167, 196
 Martínez, José Luis, 71, 91, 219
 Martínez, Luis María, 100, 214
 Martínez, Miguel F., 48
 Martínez de la Torre, Rafael, 225
 Martínez Sobral, Enrique, 28, 84, 296
 Marroqui, José María, 81, 96
 Matisse, Henri, 15
 Mediz Bolio, Antonio, 77, 85, 89, 96, 103
 Meissonier, Ernesto, 227
 Méndez Plancarte, Alfonso, 91, 191
 Méndez Plancarte, Gabriel, 46, 99
 Mendieta, Esperanza, 50
 Mendieta, Jerónimo de, 173
 Mendoza, Diego de, 173
 Meléndez Valdés, Juan, 32
 Menéndez, Rodolfo, 57
 Menéndez Pidal, Ramón, 174
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 32, 83, 146, 158, 160, 162, 180, 270
 Mercé, Antonia, 213
 Meyerson, Emilio, 87
 Middleton, 291
 Millán, María del Carmen, 50
 Moctezuma, 139
 Moheno, Querido, 100, 244
 Mont, Manuel, 151
 Montalvo, Juan, 75

Monterde, Francisco, 5, 6, 9, 43, 72, 89,
91, 108, 109, 132, 144, 170, 216, 304
Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 77, 98,
100, 218
Monti, 217
Montiel, Tomás, 175
Mora, José Joaquín de, 145
Morales, Juan Bautista, 219
Moréas, Juan, 185
Moreno Cora, Silvestre, 68, 81, 84, 85
Moreno Villa, José, 35
Murillo, Rosario, 196

N

Navagero, Andrés, 42
Nervo, Amado, 91, 97, 180, 183, 209,
213, 216, 217, 221
Nicolás II, 179
Noriega Hope, Carlos, 256
Novo, Salvador, 6, 9, 35, 71, 77, 90, 91,
249, 250, 300, 303
Núñez de Arce, Gaspar, 198
Núñez Mata, Efrén, 5, 27, 47, 49, 50, 53
Núñez y Domínguez, José de Jesús, 68,
77, 96

O

Obligado, Rafael, 154
Ocampo, Melchor, 225
O'Higgins, Bernardo, 155
Olaguibel, Francisco M. de, 100, 101, 180
Olavarría y Ferrari, Enrique, 136, 154,
223
Olivares Santana, Enrique, 284
Olmedo, José Joaquín, 164
O'Neill, Eugenio, 252
Orea, María, 134
Orozco, Alonso de, 173
Orozco, Esperanza, 50
Orozco, Fernando, 138
Orozco, José Clemente, 19, 22, 24
Orozco Muñoz, Francisco, 46
Orozco y Berra, Manuel, 80, 84
Ortega y Gasset, José, 292

Ortiz de Montellano, Bernardo, 37
Orthón, Manuel José, 41, 77, 89, 268

P

Pagaza, Joaquín Arcadio, 5, 77, 98, 185,
186, 266, 267, 269, 270, 271, 272, 273,
274, 275, 276, 277, 278, 279, 281, 282
Palacio Valdés, Armando, 58
Palafox y Mendoza, Juan de, 140
Palma, Ricardo, 133
Pani, Alberto J., 245, 246, 256, 259
Pardo, Ramón, 48
Pardo Bazán, Emilia, 180
Pardo García, Germán, 188, 192, 193
Parra, Porfirio, 86, 102, 235
Paso y Troncoso, Francisco del, 68, 224,
288
Payne, Howard, 181
Payno, Manuel, 102, 219
Paz, Ireneo, 223
Pedro II, 230, 242
Pellicer, Carlos, 71, 77, 167, 176
Peña y Reyes, Antonio de la, 85, 96, 137
Peña, Rafael Ángel de la, 82, 91, 92, 158,
210
Peñalosa, Javier, 39
Peón Contreras, José, 77, 89, 93, 102
Pereda, José María de, 58
Peredo, Manuel, 91
Pérez Galdós, Benito, 137, 223
Pérez Verdía, Luis, 238
Pereyra, Carlos, 124, 243, 244, 245
Peza, Juan de Dios, 77, 96, 126, 133, 245
Picasso, Pablo, 15, 16
Picón-Salas, Mariano, 160
Pimentel, Francisco, 73, 78, 91, 93, 141
Píndaro, 168, 178
Pino Suárez, José María, 244
Phillimore, 148
Platón, 86, 162, 261
Plotino, 87
Poe, Edgar Allan, 28, 181
Ponce, Manuel M., 213
Porte Petit, Celestino, 65
Portilla, Anselmo de la, 102
Posada, José Guadalupe, 223, 285
Poussin, Nicolás, 266

Prieto, Guillermo, 33, 138, 219, 224, 225
Puga y Acal, Manuel, 77, 91, 219
Puitziberg, Francisco, 211
Pulgar, Hernando del, 189

Q

Queiroz, Eça de, 31
Quental, Antero de, 178
Quevedo y Villegas, Francisco, 50, 206, 270
Quijano, Alejandro, 5, 68, 74, 79, 84, 85, 123, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215
Quijano, Fiacro, 210
Quintana, José Miguel, 133, 288
Quintana Roo, Andrés, 50
Quiroz Martínez, Manuel, 49

R

Rabasa, Elena Salado Álvarez Vda. de, 229
Rabasa, Emilio, 84, 85, 96, 102, 219, 222, 223
Racine, Juan, 144
Ramírez, Ambrosio, 185
Ramírez, Ignacio, 49, 219, 224, 225
Ramírez, José Fernando, 134
Ramos Pedrueza, Antonio, 230, 231, 238
Ramos Pedrueza, Dolores, 230, 231, 233
Ramos Pedrueza, Guadalupe, 230, 231, 233
Ramos Pedrueza, Rafael, 230, 231
Rangel, Nicolás, 134
Raynaud, Georges, 258
Rébsamen, Enrique, 48, 136
Regnier, Adolfo, 185
Resende, André de, 112
Reyes, Alfonso, 12, 33, 77, 78, 85, 89, 91, 96, 98, 99, 103, 124, 210, 217, 256
Reyes Spíndola, Rafael, 180
Revilla, Manuel G., 22, 28, 82, 85, 96, 104
Riera, A., 190
Riva Palacio, Mariano, 225
Riva Palacio, Vicente, 133, 219, 223
Rivas, Francisco, 180, 210

Rivera, Diego, 12, 19, 24
Rivera, José P., 218
Roa Bárcena, José María, 68, 102
Robles Dégano, Felipe, 27, 172
Rodríguez Beltrán, Cayetano, 54, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 66, 67, 68, 69, 102
Rojas, Francisco, 180, 210
Rojas Garcidueñas, José, 71, 91, 95, 134, 235, 249, 255
Rollinat, 185
Román Lugo, Fernando, 65
Romero, José Rubén, 74, 77, 96, 103, 123, 215
Romero, Matías, 227
Romero de Terreros, Pedro, 287, 292
Romero de Terreros y Gómez de Parada, Alberto, 287
Romero de Terreros y Vinent, Manuel, 5, 71, 105, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 304, 305
Róndani, 218
Roosevelt, Teodoro, 202, 204
Root, Elihu, 235
Ros, Antonio, 31
Rousseau, Juan Jacobo, 168
Roux, Mme., 237
Rubens, Pedro Pablo, 12
Rubio, Darío, 79, 256
Rueda, Salvador, 205
Ruclas, Julio, 216
Ruiz, César A., 49
Ruiz de Alarcón, Juan, 30, 75, 134, 270

S

Sahagún, Bernardino de, Fr., 173
Salado Álvarez, Anita, 229, 230
Salado Álvarez, Elena, 230
Salado Álvarez, Elisa, 229, 230
Salado Álvarez, Luis, 231
Salado Álvarez, Lupe, 229
Salado Álvarez, Victoriano, 5, 82, 84, 96, 102, 180, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 243, 244, 245, 246, 247
Saldaña, Mateo, 296

Salinas, Ernestina, 50
 Salinas, Miguel, 80, 82
 Salomón, 135
 Samain, Alberto, 185
 San Agustín, 88
 San Hipólito, 138, 139
 San Pablo, 162
 Sánchez, Francisca, 196
 Sánchez, Raimundo, 79, 82
 Sánchez Cortés, Alberto, 65
 Sánchez Mármol, Manuel, 84, 91, 96, 102, 210
 Santa Anna, Antonio López de, 295
 Santa Teresa, 25
 Santamaría, Antonio, 49
 Santamaría, Francisco J., 73, 79, 84, 85
 Santo Tomás, 88
 Sarmiento, Domingo F., 145, 166
 Schubert, Francisco Pedro, 46
 Segura, José Sebastián, 68, 77
 Séneca, 25, 135
 Serrano, Carlos, 180, 186
 Shakespeare, Guillermo, 46, 144, 162, 200, 288
 Shaw, Bernard, 9, 10
 Sierra, Justo, 77, 84, 85, 91, 93, 96, 100, 102, 133, 138, 139, 180, 186, 210, 211, 227, 285
 Sierra, Manuel J., 238
 Sierra, Rafael, 210
 Silva Herzog, Jesús, 71
 Silva, José Asunción, 193
 Sófocles, 89, 261
 Soler, Andrés, 251
 Solórzano, Carlos, 253
 Spencer, Herbert, 86, 286
 Spengler, Oswald, 87
 Stecchetti, Lorenzo, 218
 Stendhal (Enrique Beyle), 67
 Stuart Mill, John, 86, 146, 162, 286
 Suárez, Manuel, 66, 98
 Swinburne, Charles A., 184

T

Tablada, José Juan, 44, 77, 89, 180, 257
 Talamantes, Melchor, Fr., 134

Teja Zabre, Alfonso, 84, 85, 96, 100, 103
 Terrazas, Joaquín, 210
 Terreros, 174
 Tibulo, Albio, 186, 271
 Tito Livio, 135
 Tolstoi, León, 128, 137
 Topete del Valle, Alejandro, 283
 Topf, Hugo, 47
 Torquemada, Juan de, Fr., 173
 Torres, Teodoro, 103
 Torres Bodet, Jaime, 6, 35, 71, 74, 77, 91, 194, 250, 259, 301
 Torres Hernández, Rodrigo, 210
 Torres Villarroel, Diego de, 206
 Torri, Julio, 72
 Toscano, Salvador, 22
 Toussaint, Manuel, 22, 104, 135, 214
 Tresguerras, Francisco Eduardo, 295
 Troncoso, Francisco de P., 224
 Turgueneff, Ivan, 137

U

Ugarte, José, 245, 246, 247
 Ukers, 32
 Ulises, 192
 Unamuno, Miguel de, 194
 Urbina, Luis G., 91, 139, 186, 216
 Urueta, Jesús, 180, 209
 Usigli, Rodolfo, 252, 253

V

Valbuena Prat, Ángel, 40
 Valdés, Octaviano, 43, 71, 77, 86, 98, 99, 160, 162, 185, 266
 Valencia, Guillermo, 186
 Valenzuela, Fernando de, 293
 Valenzuela, Jesús E., 180, 221
 Valera, Juan, 202, 207, 223
 Valéry, Paul, 196
 Valle, Leandro, 225
 Valle, Rafael Heliodoro, 180
 Valle-Arizpe, Artemio de, 85, 96, 124, 213, 214, 226, 229

Valle Inclán, Ramón del, 180, 191
 Vasco de Quiroga, 292
 Vasconcelos, José, 84, 87, 89, 103, 124,
 209, 210, 225
 Vattel, 148
 Velasco, José María, 29, 227, 296
 Velázquez, Diego Rodríguez de Silva, 215
 Velázquez, Primo Feliciano, 80
 Vélez, Lupe, 251
 Verdad y Ramos, Francisco Primo de, 49
 Verlaine, Pablo, 32, 183, 184, 196
 Vigil, José María, 84, 91, 98, 141, 185,
 224, 226
 Vigil y Robles, Eduardo, 137
 Vigny, Alfredo de, 32
 Villena, Marqués de, 189
 Villalpando, Cristóbal de, 295
 Villegas, Esteban de, 32
 Villaurrutia, Xavier, 40, 251, 252
 Vinent y Kindelan, Ana, 287
 Virgilio, 135, 162, 163, 185, 186, 269,
 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279,
 281, 282
 Vitoria, Francisco de, 88
 Voltaire, Francisco María Arouet, 160, 230,
 231
 Voss, Juan Enrique, 185

W

Washington, Jorge, 213
 Wheaton, 148
 Whitman, Walt, 181
 Whittier, 181
 Wilde, Henry, 181
 Wilson, Woodrow, 246
 Wutemberg, Carlos Eugenio, 30

Y

Yáñez, Agustín, 71, 170
 Yépez, 238

Z

Zamora, Dionisia, 50
 Zapiain Groth, Isabel, 134
 Zaragoza, Ignacio, 225
 Zarco, Francisco, 139, 219, 225
 Zeballos, Estanislao S., 238
 Zola, Emilio, 127, 128, 137
 Zorrilla de San Martín, José, 198, 266

Mi ángel guardián y mi demonio estrafalario.

(Anima adoratriz).

*Porque la tierra traga todo pulcro amuleto
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos
en la mueca erizada del hostil esqueleto.*

(Tus dientes).

*La edad de Cristo azul se me acongoja
porque Mahoma me sigue tiñendo
verde el espíritu y la carne roja.*

*Me asfixia en una dualidad funesta,
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta
y de Zoraida la grupa bisiesta.*

(Treinta y tres).

Y en consecuencia, comenta él mismo el drama surgido de esta dualidad:

voy bebiendo una copa de espanto.

(En mi pecho feliz).

*Estoy colgado en la infinita
agilidad del éter, como
un hilo escuálido de seda.*

(La última odalisca).

*Mas hoy es un vinagre
mi alma, y mi ecuménico dolor un holocausto
que en el desierto humea.
Mi Cristo ante la esponja de las hieles, jadea
con la árida agonía de un corazón exhausto.*

(Como en la Salve).

Su mismo concepto de patria, no es el de quien exclusivamente navega por "las ondas civiles". La patria velardeana se nutre

en el que cuida Roma en la Mesa Central,

(Todo)

V CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

<i>Que la fecha en que haya de efectuarse el Congreso se dé a conocer con la necesaria anticipación</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	109
<i>Que al aprobarse la sede de un Congreso a continuación se designe otra de las Academias para sustituir a aquélla</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	109
<i>¿Cómo nos llamamos?</i> , por DON ALFONSO JUNCO	110
<i>Principales "parcialidades" o grupos indígenas de México</i> , por DON JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI, DON DANIEL HUACUJA y DON MIGUEL LEÓN-PORTILLA	114

HOMENAJES

<i>Don Federico Gamboa</i> , por DON ALFONSO JUNCO	123
<i>México en la obra de don Federico Gamboa</i> , por DON MAURICIO MAGDALENO	126
<i>Don Luis González Obregón</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	132
<i>Mis recuerdos de don Luis González Obregón</i> , por DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO	136
<i>Don Andrés Bello</i> , por DON FRANCISCO MONTERDE	144
<i>Don Andrés Bello</i> , por DON LUIS GARRIDO	146
<i>Don Andrés Bello, maestro y gramático</i> , por DON DANIEL HUACUJA	154
<i>Don Andrés Bello, humanista</i> , por DON OCTAVIANO VALDÉS	160
<i>Palabras del señor académico DON CARLOS PELLICER, dichas antes de leer el poema de don Andrés Bello, en la sesión celebrada el 22 de octubre de 1965</i>	167
<i>Don Manuel González Montesinos, teórico del lenguaje</i> , por DON MIGUEL LEÓN-PORTILLA	169
<i>Sesión dedicada a Rubén Darío</i>	176
<i>Don Balbino Dávalos</i> , por DON LUIS GARRIDO	177
<i>El legado de Jorge Manrique</i> , por DON JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA	189
<i>Homenaje a Rubén Darío</i> , por DON JAIME TORRES BODET	194
<i>Ejemplaridad de Rubén Darío</i> , por DON ALFONSO JUNCO	201
<i>Homenaje a la memoria de don Alejandro Quijano</i> , por DON SALVADOR AZUELA	209
<i>Recordación de "Fernangrana"</i> , por DON ANDRÉS HENESTROSA	216
<i>Victoriano Salado Álvarez, escritor</i> , por DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	219
<i>Evocación de Salado Álvarez</i> , por DON ALFONSO JUNCO	229
<i>Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	235
<i>Evocación de Celestino Gorostiza</i> , por DON SALVADOR NOVO	250
<i>Don José María González de Mendoza, In Memoriam</i> , por DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	255